

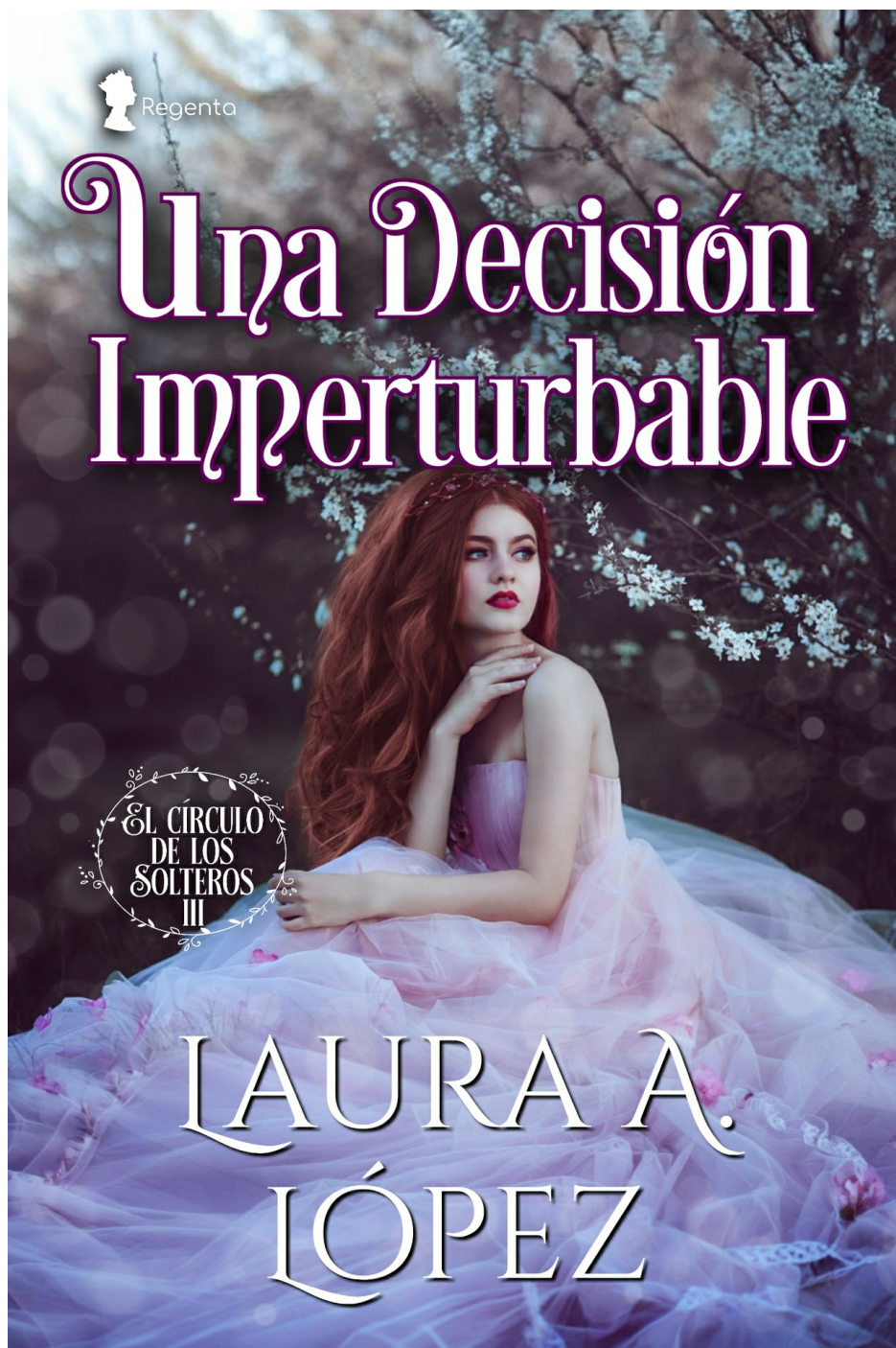


Regenta

Una Decisión Imperturbable

EL CÍRCULO
DE LOS
SOLTEROS
III

LAURA A.
LÓPEZ



Contenido

[Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros](#)

[Si te gustó Una casadera incorregible, podría gustarte...](#)

[Biografía](#)

Una decisión imperturbable

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2406198326287**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Regla N°3

«Para un aristócrata soltero andar solo es como una invitación a ser abordado».

Capítulo 1

La noche iluminada por las nubes grises y los relámpagos insistentes, hacían que la mayoría de las personas que se encontraban en las calles de Londres, a esas horas, corrieran en busca de refugio; sin embargo, Adam Bruster, conde de Baltimore, recién disfrutaba de la mitad de su noche en *White's*. Sus amigos casi se encontraban en las mismas condiciones, aunque no dos de ellos que habían dejado de pertenecer al círculo de los solteros al casarse y era probable que estuvieran buscando que los solteros pasaran al círculo de los casados.

—Es momento de que me retire, caballeros —pronunció George, el marqués de Blister.

—Creo que yo te seguiré —habló Wilburg, el duque de Westwood.

—Todos los casados se retiran a sus casas como si fueran pequeñas ratas. Tienen tres años de casados, no pueden ser tan amargados —se quejó Steven Bellamy, conde de Northland.

—Esto ya parece el círculo de la amargura, lo sigo repitiendo después de tanto tiempo. No existe nada divertido. En lugar de tener mujeres sentadas en nuestros regazos, tenemos a... James, sirviéndonos más *whisky* del que necesitamos. —Lo señaló John Coleman, marqués de Horshire.

—Soy un excelente vendedor y servidor de licor, su señoría. ¿Le apetece un poco más? —preguntó James.

John no respondió, solo le mostró su copa para que le pudieran servir.

—Todavía somos cuatro, no hace falta que nos preocupemos por los caballeros que se encuentran casados —musitó Herbert Wolf, duque de Durmont, que agachó la cabeza.

—Lamentamos que no exista otro círculo para ti, Herbert —aseguró Adam Bruster, que al instante recibió una patada bajo la mesa. Steven le había hecho saber que lo que dijo no era correcto.

George miró a Wilburg y como si sus miradas se comunicaran, asintieron.

—Nos quedaremos más tiempo. Una copa no es nada, ¿no es así? —curioseó Wilburg que también levantó su copa para que James le sirviera.

—Entonces, apostemos —alentó Adam que tenía muchas ganas de borrar lo que había dicho.

—¿Y a qué apostaremos? El libro de *White's* está esperando a que gastemos nuestro dinero para saber quién de nosotros será el próximo en pasar por la horca —dijo Steven.

—Ese, sin dudas, no seré yo —alegó John que con suerte había logrado escapar con vida del esposo de su última amante.

—A mí ni siquiera me miren. Esto es tedioso —farfulló Herbert.

—Ni siquiera pondremos tu nombre, Herbert, es momento de divertirse con los nombres de ellos. —Rio George al decir aquello.

—¿Y si mejor apostamos quién de ustedes buscará una amante cuando se cansen de sus dulces y perfectas esposas? —se burló Adam.

—Lo más probable es que ellas terminen buscándose amantes —opinó John causando roncha entre los hombres casados.

—Si me permiten una sugerencia... —interrumpió James, que estaba cerca de ellos—. Podrían apostar quién será la próxima matrona en morir sin verlos casados al resto.

—¡Maravillosa sugerencia! —exclamó Adam.

—Doy el primer nombre...

—Wilburg, yo lo diré —lo interrumpió John—. Lady Cadbury.

—Lamento disentir con ustedes, pero pongo todas mis fichas en lady Kirby. Esa mujer está oliendo a cadáver —expresó Steven.

—Sí, tiene razón. Apuesto por lady Kirby —decidió el conde de Baltimore.

Todos tenían algo que alegar para matar a una matrona y ganar dinero en cualquier momento por ellas. Ese tema de conversación sirvió para alargar la velada de los caballeros que quedaron refugiados en el club. La furiosa lluvia que caía impedía que cualquiera pudiera transitar sin ningún peligro.

Horas más tarde, de nuevo los seis caballeros habían sido tomados por la bebida y James se encargaba de ayudarlos a que tomaran sus correspondientes carruajes.

—Milord, tenga cuidado al subir y... es mejor que se dé un baño —expuso James que cerró la puerta del carruaje para que Adam pudiera partir.

Una vez en la seguridad de su coche, el conde se recostó en el asiento; sin embargo, el nauseabundo olor a vómito no lo dejaba cerrar los ojos. Siempre se preguntaba quién era el desgraciado que vomitaba en sus botas sin darse cuenta. Era un gran misterio.

Él aún se sentía entero, no se encontraba destruido por la bebida, al menos no para arrastrarse, aunque eso no le ayudaba a saber sobre lo asqueroso que tenía en las botas.

—¿Cómo estás, Adam? —indagó una mujer.

La ignoró para continuar con su camino.

—¿No vas a decirme buenas noches, hijastro? —Siguió la voz femenina—. Ya veo o más bien, ya huelo... Pediré que te preparen un baño y si quieres puedo raspar tu espalda...

Seguía ignorando las palabras de su madrastra. Le resultaba cansina, molesta y lo tenía hart. Lo único que podía hacer era ignorarla. Estar en su casa era lo peor que podía pasarle, ya

que ella no hacía más que intentar meterse en su cama.

La mujer se retiró hacia su habitación después de molestar a Adam, mientras él continuó su camino hacia la suya. Cuando entró golpeó la puerta que comunicaba sus aposentos con el que sería de la condesa. De ahí salió un hombre de aspecto mayor, tal vez de la misma edad que James.

—¿Aún no estabas dormido? —preguntó el conde a su sirviente.

—No, milord, lo estaba esperando, como siempre custodiando su habitación para que ninguna suripanta se meta a incomodarlo —respondió Harry, su ayuda de cámara.

—Con el trabajo que me ha costado sacarla de esa habitación en estos años. Es una desgraciada. Le ofrecí irse con una buena pensión y dejar aquí a mi hermano.

—Ella sabe que usted quiere a su hermano y por eso no dudará en chantajearlo con él para conseguir lo que desea. Usted sabe que es una arpía. Su padre se ha equivocado terriblemente con la elección de su segunda esposa.

—Ni lo digas. Se ha muerto hace tiempo y me ha dejado un calvario en esta casa. Desde que descubrí que me colocaba cosas en la bebida no dudé en echarla, pero como sinvergüenza que es no se fue. No importa cuánto le ofrezca, no se irá con nada. Necesito algo para que se largue.

—¿No le parece que es momento de tener una esposa? Sería interesante que comenzara a considerar esa idea. Ella no dejará que ninguna mujer esté bajo su techo y menos una *suegrastra*.

—Lo malo de una esposa es que quizá termine espantándose también si llegara a salir tan ligera como Pippa.

—Es lo malo de casarse con una dama tan poco preparada. Además, su padre ya era un hombre bastante entrado en años para agarrar una mujer como milady.

—Ella se ha vuelto loca.

—Créame que después de años compartiendo con un anciano, al ver a un joven vigoroso, supongo que es capaz de perder la cabeza.

—Que el infierno me libre de eso. Con tantos hombres en Londres, ella pretende que sea yo quien le haga los favores. Estoy ebrio, pero no demente y mucho menos necesitado para retozar con mi madrastra.

—Espero que milady reaccione y deje de perseguirlo.

—No lo hará. Ella no se va a ir de mi casa, por lo que tendré que irme de aquí. Buscaré rentar una residencia de soltero y eso solucionará mi problema hasta que consiga eso que has dicho. Solo puedo traer un demonio para expulsar a otro.

—Una esposa con carácter y mucha entereza para tomar la dirección de esta casa.

Adam asintió, porque era cierto que necesitaba de alguien muy capaz para llevar a cabo tal cosa en su casa. Si Pippa continuaba en esa casa era solo porque era la madre de su hermano, pero esperaba que pronto le dejara la custodia de aquel y se fuera a perseguir algún calzón que le diera satisfacción, ya que él no estaba dispuesto a ser la víctima.

En lugar de prepararle un baño, el sirviente solo se encargó de limpiar a su patrón de la mejor manera posible. Por la tarde del día siguiente le prepararía una buena limpieza.

Una vez que se sintió un poco menos sucio, consideró vomitarse en la ropa en ocasiones para que la mujer que vivía en su casa dejara de hacer tonterías. Rio ante su propia locura. Lo mejor era abandonar su casa, no podía permitir que quisiera dormirlo para aprovecharse de él o emborracharlo de alguna forma en la que le fuera difícil escapar.

Por la mañana, su sirviente fue a despertarlo. Él iniciaba sus actividades antes que el conde y lo mantenía bajo la seguridad de la llave en su propia casa. No existía lugar más seguro que su habitación, ya que todo contacto con él a través de otro aposento era imposible y eso le daba gran tranquilidad a Adam. Durante el día ignoraría a Pippa y esperaba que esta se ocupara del pequeño niño.

—Buen día, milord. ¿Un té para el dolor de cabeza? —preguntó su sirviente.

—Buen día, no hace falta. Iré a desayunar.

—Tenga estómago para hacerlo.

—¿Y ahora qué ha ocurrido?

—El señor Maison ha renunciado —contó el ayuda de cámara—. Me enteré por la cocinera.

—¿Qué número de preceptores hemos perdido?

—Tres, milord.

—Pippa me está poniendo muy nervioso, pero esto acabará de una vez. Me iré de aquí a vivir en paz, taparé mis ojos y oídos para no ver ni oír nada.

—No cambiará que ningún preceptor soporte tener a esa mujer aquí tantas horas al día y más si trae preceptores jóvenes, milord. Debería considerar que sean mayores de sesenta años.

—Pero si a ella le encantan los ancianos, por eso se casó con mi padre. Nada que tenga pantalones puede salvarse. Su fiebre es tal que vive inflamada por las llamas ardientes de su hambre.

—Deberá enfrentarse a ella hoy. El señor Maison ha dicho que solo saldrá de la habitación para hablar con usted sobre la paga.

—Maldición. A estas alturas de mi vida debería preocuparme por estar buscando una esposa y no un preceptor para mi hermano pequeño. De hecho, no debería tener niños aquí, salvo que fueran mis hijos. Mira el castigo que me ha dejado mi padre.

—Lo único que puede hacer es preocuparse más por usted que por el pequeño lord.

Ese día no estaba iniciando de la mejor manera. La noticia de que el preceptor había renunciado no le sorprendía, puesto que los otros también lo habían hecho gracias a que nadie era capaz de soportar las burlas y acosos de Pippa, que buscaba a toda cosa algo de atención por parte de Adam.

Después de salir de su habitación fue al comedor en donde encontró a su madrastra sentada en el lugar en el que le había prohibido sentarse.

—Te dije que no quiero que te sientes junto a mí —espetó Adam con brusquedad. Lo único que hizo fue mover el asiento en donde estaba ella hasta que se moviera.

—Tienes buenas formas de decir buen día, Adam.

—Por el amor de Dios, tápate el busto —escupió arrojándole una servilleta. Los senos de la mujer pedían a gritos escapar de la prisión de ese diminuto corpiño con el que ella intentaba realzar sus atributos sin éxito—. No es un burdel, respeta esta casa y a tu hijo.

—Deberías tratarme mejor, soy tu madrastra. Tú que frecuentas esos burdeles deberías saber qué hacer conmigo.

—Lo único que haré contigo es echarte de aquí si continuas así.

—No creo que dejes a Anthony sin hogar, es tu hermano.

—Jamás le quitaría algo a él. Si hay una cosa que has hecho bien es ese niño. Si te vas de aquí lo harás sin Anthony.

—No lo dejaré, es mi forma de permanecer aquí, a tu lado, en nuestra casa.

—Si quieres quedarte aquí, hazlo. Me mudaré pronto a una residencia de soltero.

—¡Adam! —exclamó su hermano Anthony que tenía casi diez años.

Él dejó de discutir con la mujer y acogió en brazos a su hermano. Adoraba a ese pequeño y por eso Pippa aprovechaba para chantajearlo.

—¿Cómo amaneciste hoy? ¿Qué has estado haciendo? —curioseó el conde que sonreía al ver a ese niño de cabellos castaños y ojos verdes. Era tan parecido al mismo Adam que la gente creía que era su hijo y no su hermano, olvidando que su padre fue joven en algún momento.

—El señor Maison se niega a salir de su habitación para darme la lección.

—¿Qué lección debías aprender hoy?

—Me dijo que iríamos al jardín a estudiar un poco de matemáticas.

—Matemáticas, eso es sencillo para mí. Podemos hacerlo juntos.

—Aprovecha que tu hermano todavía se encuentra aquí, Anthony, pues ha dicho que se

mudará —contó Pippa con malicia.

—¿Te vas a ir como mi padre y los preceptores, Adam? ¿Me abandonarás como todos ellos? —cuestionó el niño entre lágrimas.

Capítulo 2

Si las miradas pudieran calcinar, la suya hubiera convertido a Pippa en leña ardiendo. Aquella jugaba con los sentimientos de su hijo sin compasión alguna y a él le tocaba tener que explicar o inventar razones.

—Oye, Anthony, no llores. Lo que dice tu madre no es cierto, ¿sabes por qué? Porque yo te llevaré conmigo. También comprendes que nuestro padre no te ha dejado por gusto, se ha muerto y eso no puede solucionarse. Sobre tus preceptores solo puedo decir que tuvieron problemas en sus casas y debieron regresar, al igual que debe hacerlo el señor Maison. ¿Comprendes?

—¿Cuándo nos iremos tú y yo? —preguntó Anthony.

—¿No piensas llevarme? —inquirió la mujer esperando que pidiera que ella también los acompañara.

—Usted es mala, no quiero que vaya con nosotros —respondió el niño con presteza aferrándose a su hermano.

—Sabes lo que te ocurrirá por decir eso, Anthony —masculló Pippa que se acercó a él para arrebatarlo de los brazos de Adam e intentar golpearlo, pero el conde no lo permitió.

—Te irá muy mal si le llegas a tocar un pelo a mi hermano —advirtió entre dientes con un tono amenazante.

Pippa retrocedió y miró a su hijo con desprecio para después sentarse y poder desayunar.

No permitiría que esa mujer se quedara con Anthony, pues aquella era una arpía de lo peor, no sabía de lo que era capaz en su ausencia. Era evidente que no amaba a su propio hijo, carne de su carne.

—¿Desayunarás conmigo? —inquirió Adam a su hermano.

—No —replicó mirando a su madre con temor.

—Ve a jugar. Te enseñaré matemáticas después del desayuno.

Su hermano asintió y se fue corriendo.

Tanto Adam como Pippa acomodaron sus servilletas para empezar.

—Eres la peor madre que un niño puede tener. Es tu hijo, deberías quererlo.

—¿Quién puede querer a una aberración como esa? Me obligaron a casarme con tu padre cuando esperaba mucho más de la vida, pero las deudas de mi familia eran más grandes que sus ánimos de hacerme feliz. No quiero al hijo de ese hombre, pero a ti te daría los que me pidieras, soy fértil y puedes verlo. Eres joven y me agradas, Adam. Contigo sería un deleite compartir la cama y no como con tu padre.

—Basta, arpía ponzoñosa. No vuelvas a decir nada de mi padre. Nunca estuve de acuerdo con su matrimonio, pero no pude hacer nada. Anthony es lo único bueno que puedes tener, después eres escoria.

—Ponte en mi lugar, tener que soportar a un señor cada vez que quería algo conmigo... — Ella arqueó su boca con asco—. ¿Sabes lo que obtuve por mi sacrificio? Otro castigo que lleva su sangre.

—No quiero oírte. No quiero saber de tu desprecio hacia Anthony, la vida sin su padre ya es difícil como para soportar tu rechazo. Hazte a un lado de nuestras vidas, te daré mucho dinero.

—No quiero dinero, quiero a alguien joven como tú, con vigor, tan atractivo e inteligente. Todos estos años he estado enamorada de ti.

—¿Eres sorda? No quiero saber de tus absurdos sentimientos. Tu hijo debería ser la prioridad, pero veo que Anthony solo me importa a mí. —Adam cogió un pedazo de pan de la mesa y se fue. No podía seguir oyendo lo que ella decía, ya que cada vez le daba más asco saber de lo que era capaz.

Fue a su despacho y ahí agitó la campanilla para que su ayuda de cámara se acercara. Una vez que este apareció se sintió más tranquilo.

—Harry, ve a por el pobre hombre que quiere librarse de esa arpía. Él que puede irse bendito sea...

—Usted también puede hacerlo, ha dicho que lo hará, milord.

—Pippa le dijo a Anthony que yo me iría y el niño casi muere de desesperación. Ella lo tiene aterrorizado y sé perfectamente que no lo ama. Por favor, Harry, cuida a mi hermano en mi ausencia, cualquier necesidad que pudiera tener. No tiene a nadie que lo proteja más que yo.

—No se preocupe, siempre me ocupo que a milord no le falte nada. Un inocente no tiene culpa de la madre con que la vida lo ha castigado.

—Si la oyeras cuando habla de él... Tanto desprecio no cabe en una persona. A veces pienso en matarla y deshacerme del cuerpo de alguna manera, pero no es justo para Anthony que pierda a sus padres siendo tan pequeño.

—Considero que usted es mejor figura que esa mujer. Es más valorable que ella de lejos. Puede contratar a alguno de esos delincuentes que se dedican a eso.

—Es muy arriesgado si saben quién soy. Esto debe ser pensado con detenimiento y no en un momento de locura y desesperación, espero no estar tan desesperado más adelante. Ve a por el bendecido.

Después de un par de minutos, el señor Maison se presentó frente a Adam con el rostro serio.

—No puedo pedirle que reconsidere su decisión de dejar el puesto de preceptor. Si de mí dependiera, le pediría encarecidamente que permaneciera con nosotros, pero dadas las

circunstancias es imposible —pronunció el conde como una introducción.

—Es una pena que tenga que hacerlo, pero la situación es insostenible. Lady Baltimore es una mujer y no me permito hablar en términos poco ortodoxos de una dama.

—Lo comprendo, señor Maison. Usted es testigo de lo que uno debe soportar bajo este techo. Tal vez cuando me case lo vuelva a contratar. Le aseguro que ella no estará.

—Que tenga mucha suerte, la necesitaré.

Adam le entregó una bolsa con monedas al hombre, dando por terminada aquella relación laboral. Él debía buscar un nuevo preceptor para su hermano o mejor, dedicarle tiempo a enseñarle, ya que se encontraba capacitado. Era un conde, tenía una gran educación. No podía privar de eso a Anthony.

Una vez que el hombre se fue, Adam salió de su despacho para ir a buscar a su hermano. Cuando lo encontró, lo vio en el jardín jugando con un caballo de madera que le había pertenecido a él. Quizá lo mejor hubiera sido que lo guardara para su heredero, pero en ausencia de eso, tenía a Anthony que era más un hijo que hermano.

Bath...

Podía escuchar los gritos de su madre que subía las escaleras para buscarla, aunque fuera de las greñas para que saliera de su habitación para escuchar cómo se quejaba de ella.

Lady Dorothea Coldwell se encerró para evitar que su progenitora cruzara la puerta del único lugar en el que podía estar tranquila.

—Milady, sabe a la perfección que su madre se pondrá peor que un oso hambriento —pronunció la doncella de su madre, que también era una gran compañía para ella.

—No me importa, Camile. De todas maneras, me irá mal, ¿o no? ¿No es mejor que me castiguen por lo que disfruté hacer que por solo respirar? Al final da lo mismo.

—¡Dorothea! —vociferó la voz estridente de su madre golpeando la puerta con vehemencia—. ¡Sal de ahí, pequeña alimaña! ¿Qué crees estar haciendo? El carruaje te está esperando.

—No voy a ir, madre. Estoy cansada de ir a bailes sin tener resultado alguno. Ningún condado me ha ayudado a conseguir un esposo. Si eso no ha sido suficiente señal para usted, no sé qué más necesita para darse cuenta de que su única hija es una solterona.

—¡Borra esa horrible palabra de tu boca, Thea! Piensa en tu padre, un hombre enfermo...

—Ay, milady, su madre comenzará a querer manipularla —advirtió la doncella.

—Mi padre está enfermo desde antes que debutara, por lo que es usted quien lo ha enfermado con su forma de ser —espetó la joven que se arreglaba el cabello frente al espejo como si fuera vanidosa.

—¡Eres incorregible, Dorothea! Te arrepentirás. ¡Abre la puerta antes de que la eche y

sabes que soy capaz de hacerlo!

—Ábrele, Camile. Todavía quiero poder cerrar esa puerta por mucho tiempo más.

La doncella obedeció y fue a abrirle a la madre de la joven. La mujer entró con una gran y avasalladora presencia.

—Irás porque no me harás perder el tiempo ni la paciencia.

—¿Usted tiene un poco de tiempo para su pequeña hija?

—Con suerte te tolero, Dorothea, no eres lo que esperábamos.

—No soy algo que alguien espera. ¿Quién quiere a una pelirroja? Ni siquiera mis padres me aprecian.

—¿Te quejarás de todo lo que te hemos dado, ingrata? Tu padre morirá pronto y yo quedaré viuda y pobre, ¿qué piensas que ocurrirá contigo si no te casas?

—Terminaré pobre como usted, no hay que darle muchas vueltas a lo evidente.

—Tú debes encargarte de mí y para eso necesitas un esposo, uno bueno, con dinero o al menos con un oficio decente, Dorothea.

—Me cansa con la misma palabrería de todos los años. Supongo que mi padre tiene algún heredero que puede encargarse de nosotras con una pequeña mensualidad.

—¿Tu hermano? Por favor, querida. Está esperando como un buitre, sobrevolando el cuerpo de tu padre, para hacerse con el título y el dinero. De paso nos echará a los lobos y estaremos condenadas a comer bayas silvestres, tomar agua de un charco y comer aves pequeñas.

—Madre, está exagerando. Charles no es capaz de eso, al menos a mí no me echará a los lobos, pues se parece a mí.

—Es tan solterón como tú, en eso se parecen.

—Deje de satanizarlo.

—Si llegara a tener una esposa, no pensarás de la misma manera. Soy su madrastra y sabes que no le caigo en gracia.

—Usted es mi madre y tampoco me cae en gracia. No es algo incomprensible, ambos tenemos razones para alejarnos.

—Hablaré con tu padre, Thea. ¡Edmund! —gritó la dama que salió de la habitación.

—Ahora hará sufrir a su padre. Su señoría ya debe esperar el descanso eterno. Pobre de él, ha cometido un gran pecado al casarse con su madre, milady.

El marqués de Fremont escuchó que su esposa pronunció su nombre y procedió a guardar el láudano debajo de su almohada y su copa de *whisky* la escondió bajo la cama y se colocó en su

clásica pose de moribundo. Siempre la practicaba para que ella no lo molestara. Su mujer estaba enloqueciendo gracias a que la hija de ambos no había logrado casarse en cuatro temporadas.

—¡Edmund! ¡Oh, Edmund, querido! —expresó la marquesa que avanzó dentro de la estancia de manera dramática.

—¿Qué pasa esta vez, mujer? Estoy descansando —musitó el hombre, recostado.

—Es Dorothea, tu hija. Ese engendro pelirrojo hace cualquier cosa por desquiciarme, querido, y lo ha conseguido. Habla con ella.

—¿Y qué quieres que le diga, cariño?

—Que no se rinda en la búsqueda de un esposo, que consiga alguno por más que sea un vendedor de verduras. Estoy cansada de verla en esta casa. Quiero que se vaya y haga su vida.

—No quiero que Thea se vaya de aquí, es mi pequeña.

—Tú la has malcriado y ahora se ha convertido en una terrible carga, Edmund. Piensa más allá de lo que puedes ver hoy. Charles no se ocupará de nosotras. Lo primero que hará es despojarme hasta de los ojos que tengo y me dejará como Dios me trajo al mundo. ¿Qué crees que ocurrirá con Dorothea? Comerá lombrices de los jardines ajenos en búsqueda de comida.

—Exageras, pero la creo capaz de tal acto. Es una joven decidida.

—A lo que está es decidida a matarnos y aferrarse a la idea romántica de que su hermano la ayudará. Hazle entender las cosas, querido. No te quedes con los brazos cruzados, piensa en tus amadas mujeres de esta casa, ¿no quieres vernos en la miseria o sí?

—Haz que Thea venga aquí, debo conversar con ella. Quizá tengas razón y necesite un par de reglas para su vida. Confío en Charles, pero no en quien pueda influenciarlo en el futuro, y más si la mujer con la que se case es como tú.

—Nada puede ofenderme, salvo la falta de interés de tu hija. Es tu culpa que saliera pelirroja. Eso no la ayuda a conseguir un esposo.

—¿Me culpas porque ella tiene ese color de cabello?

—¿Quién más lo tendría? Charles tiene pequeños mechones parecidos. En mi familia todos hemos sido rubios.

—Boberías. Haz que venga, le pondré un tiempo límite para que encuentre a un caballero que la salve de un futuro incierto.

Capítulo 3

La madre de Dorothea fue a buscarla a su habitación, la encontró en el mismo lugar en que la había dejado minutos atrás.

—Tu padre quiere conversar contigo, Dorothea —pronunció su madre.

Dorothea levantó la mirada y abandonó el sitio en el que se encontraba.

—¿Cómo se ha atrevido a molestarlo si es un hombre enfermo?

—Empujaría a mi propia madre otra vez a su tumba con tal de lograr que tú te cases. Tu padre no es la excepción, Dorothea. Ve ahora, espero que él pueda llegar a tu razonamiento.

Ella suspiró debido a que lo último que deseaba era molestar a su padre cuando este se recostaba para descansar.

—Espero que se sienta conforme si anticipa la muerte de mi padre, madre.

—Quien lo empujará a su tumba serás tú, ya que vive quebrantado gracias a tu desinterés por conseguir algún candidato.

—¿Desinterés? Le aseguro que el desinterés no es de mi parte, los demás no me quieren.

—Tampoco haces mucho para que te quieran siendo una ermitaña.

—No puedo creer que me acuse por mi soltería. Lo he intentado todo, estoy cansada de tantos rechazos y miradas que dicen: pobre niña rara.

—No te compadezcas, mujeres feas se han casado con personas importantes, no puedes quejarte, te falta encanto. Ve ahora mismo —mandó la marquesa que señaló hacia la habitación de su padre.

A la joven no le quedó más que obedecer a lo que decía la mujer e ir junto a su padre. No quería molestarlo, pero al parecer a su madre no le importaba hacer sentir peor a su esposo. Golpeó la puerta y esperó a que su progenitor le autorizara la entrada.

—Adelante —dijo el marqués.

Dorothea colocó una sonrisa persuasiva en el rostro y entró con sigilo.

—Tu madre se ha quejado de ti —contó—. Cierra la puerta.

—Usted sabe lo exagerada que es. —Cerró la puerta y se acercó al lecho de su padre—. ¿Por qué huele a brandy?

—No me cambies la conversación, querida. Cada uno toma su medicina como gusta. ¿Qué has hecho esta vez?

—Nada, absolutamente nada.

—Entonces ese es el problema, Thea. ¿Qué haré contigo?

—No sé qué espera mi madre. ¿Quiere que secuestre a alguien para que se case conmigo? No puedo obligar el interés de nadie, padre. Quiero casarme, deseo ser una buena esposa, pero no hay esposo para eso. Cada día que pasa se aleja más. Me resigno, no lo lograré, seré una solterona por siempre.

—Borra ese vocabulario de tu boca. Eres tan bonita que opacas a cualquiera, solo que no todos pueden apreciar una piedra en bruto como tú, Thea. Considero que, si no has podido encontrar a un caballero en nuestro círculo social, no veo inconveniente en que lo busques fuera de él.

—¿Eso qué significa?

—Escucha, querida, cuando me muera, te quedarás con tu madre y lo más probable es que ella quede desamparada y dependiendo de ti, por eso debes pensar no solo en lo que pueda pasarte, también en esa pobre mujer que no hace más que preocuparse por ti. Si por alguna desgracia tu hermano se niega a mantenerlas o muere, será muy desafortunado para ustedes. Lo mejor es preocuparse y ocuparse del asunto. Aprovecha que todavía no tengo el hedor de un muerto y puedo entregarle a tu esposo una dote generosa en caso de que no tenga dinero suficiente para darte la vida que mereces...

—Sigo sin entender qué quiere, padre. Comprendo hasta el punto de que mi madre y yo no tendremos a nadie, pero eso no me hace entender sobre lo de un esposo sin recursos.

—Siempre te hemos presionado para que consiguieras al mejor partido; sin embargo, la realidad es que quizá fue un tanto limitante para conseguir algo. Ahora, Thea, puedes casarte con quien quieras, con dinero o sin dinero, recuerda que te daré una dote generosa, aunque, tengo un par de prohibiciones.

—Entonces no puedo casarme con quien quiera.

—Con cualquier inglés sí, pero no con un extranjero, ya que puede llevarte en donde yo no pueda encontrarte. Eres la luz de mis ojos, mi amada Thea, si aún sigo aquí creo que solo es por ti.

A ella le conmovieron las palabras de su padre, por lo que se recostó junto a él. ¿Cómo podría decepcionar a ese hombre que le decía que todavía seguía respirando solo por ella?

—Haré mi mejor esfuerzo, padre. Iré a Londres y prometo encontrar un buen esposo. Ahora que no hay tantas limitaciones, puedo conseguir a alguien que me aprecie.

—Por supuesto, hija mía. Me tranquiliza mucho saber que has aceptado lo que propongo, pero todavía faltan más instrucciones.

—Lo más difícil está solucionado, padre.

—No, lo más difícil está por venir: tienes un mes para presentarme al susodicho. No sé

cuánto tiempo me queda de vida, así que este asunto debe ser rápido.

—¡Ay, padre! ¿Cómo se supone que conseguiré en menos de un mes lo que no he conseguido en cuatro años? Esto es una verdadera locura, es imposible.

—Otra palabra que debes retirar de tu boca. Imposible es solo si tú lo crees. Harás un excelente trabajo. Visita a tu hermano en Londres para que pueda cuidar de ti.

—No quiero ser una molestia. Es mejor que vaya sola. Tal vez la doncella pueda ir conmigo. Nos hospedaremos en un lugar y haremos esto rápido. Debo fijar mi mente en el objetivo y no dejarlo ir. Debo lograr un milagro.

—La presión al parecer hace que puedas pensar con más claridad. Puedes pedir lo que necesites para ir a donde quieras y escoger al mejor esposo que puedas, no olvides eso.

Un mes... Solo tenía un mes para presentar al hombre que debía ser su esposo. Por cuatro años decepcionó a su familia, no podía desperdiciar ese tiempo que le estaban obsequiando. Ciertamente, era lo más desesperado que había hecho su padre y solo podía significar que sentía que su final estaba cerca y quería asegurar que tanto su esposa como su hija no quedaran desamparadas.

Esa noche a Dorothea no le quedó más remedio que aceptar ir a ese baile. La gente la conocía como el florero más excéntrico dentro de los salones. No tenía ninguno de los defectos propios de las solteronas comunes, ya que no era impulsiva, corriente, tonta, ni pobre. El problema radicaba en cómo era físicamente. Sus ojos ambarinos y sus cabellos dignos de ser comparados con las zanahorias de la huerta no hacían mucho por ella. Era demasiado extraña para las personas que la rodeaban, de hecho, su propia madre la miraba con cierto desprecio por nacer diferente. Su hermano tal vez fuera un poco pelirrojo, aunque más parecía una variedad de castaño que lo convertía en alguien aceptable.

Charlaba con toda la gente en el salón y, siempre había bailado con quienes se lo habían pedido, pero nunca las cosas avanzaban más que un baile. No pensaba que su conversación fuera mala o que bailara mal, culpaba de todo lo malo que le pasaba a su color de cabello y a la palidez de su piel.

Estando en medio del baile, miraba a todos los caballeros con otros ojos, pues antes solo podía mirar a los que estaban en su mismo ámbito. Con lo que le dijo su padre, el abanico de posibilidades era aún mayor para encontrar esposo. Estaba dispuesta a conseguir al hombre de su vida a como diera lugar. Se encontraba ansiosa por ser una buena esposa, ella siempre deseó serlo, pero las cosas no se habían dado como deseaba. Tuvieron que pasar cuatro años para poder entender que no era tan fácil como había creído. Su madre y la institutriz lo hacían parecer sencillo, mas la diferencia era abismal cuando se trataba de un color de cabello distinto.

Después de todos esos años, sus padres le daban cada vez más libertades para que ella se moviera por todas partes. De vez en cuando pensaba que la libertad era la forma en la que ella podría atrapar a un candidato. Sin embargo, era una joven correcta y no se había animado a hacer nada de lo que estaba prohibido para una dama.

De nuevo en su casa, Dorothea se sentía más ansiosa que nunca. Deseaba poner sus ideas

en práctica y partir lo más pronto posible rumbo a Londres. Llevaba mucho tiempo sin ir, pero ese era el lugar de mayor concentración de personas con ingresos decentes. No descartaba fijarse en algún administrador o un letrado, ya que su padre le había dicho que el único impedimento que tenía para casarse era un extranjero.

—Su madre me ha dicho que viniera a ver si estaba acostada —dijo Camile, la doncella de la marquesa.

—Me asustaste. No puedo dormir. Estoy pensando en que debo encontrar algo en menos de un mes, puesto que el viaje me llevará unos días —contó la joven.

—He preparado todo para partir mañana. La marquesa quiere que parta lo más pronto posible y yo iré con usted para cuidarla, al igual que el cochero. Llevaremos mucho dinero para poder estar cómodas en donde iremos.

—Lo que presiento era que no podré buscar un esposo en los salones. Nadie me invitará si no saben quién soy.

—No piense en eso. Sus padres ya debieron haber pensado en algo o en alguien para que la guíe en su travesía.

—Ni con la ayuda de doce matronas podré conseguir algo con facilidad.

Camile cogió la manta y la extendió mejor sobre la joven.

—Duerma de una vez o mañana lo pasará muy mal en el carruaje. Debe descansar y yo también. Buenas noches, milady.

—Buenas noches, Camile.

La doncella cerró la puerta, dejando a oscuras la habitación, la única luz que entraba era de la luna a través del espacio que dejaba la cortina. Eso tampoco la dejaba dormir, ya que sus pensamientos viajaban a diferentes escenarios de cómo sería su vida. Su progenitor le había asegurado que no pasaría necesidades, por lo que su mente imaginaba cosas hermosas como un esposo joven que tomara el té junto a ella en el jardín, a la vez que arreglaba las flores que tanto le gustaban y alimentaban juntos a las aves. Podría vivir amargada por la suerte que le había tocado; no obstante, ella se sentía feliz por más que su futuro corriera riesgos. No era capaz de dimensionar lo que ocurriría en caso de perder a su tan querido padre.

Cuando despertó en la mañana, lo primero que vio al abrir los ojos era el vestido de viaje que había preparado Camile para que ella pudiera vestirse. Desde un principio, Dorothea rechazó la idea de tener una doncella propia, pues se sentía más cómoda con la que atendía a su madre y, además, ella no tenía tantos pedidos, era bastante independiente y tenía un gran sentido de la practicidad. Era la mujer perfecta para una esposa, aunque sin el esposo.

Se vistió y se colocó un poco de perfume de varios que tenía en su tocador y que Camile no colocó en alguno de los baúles. Fue hasta la planta baja y ahí vio a su padre levantado, eso era algo muy extraño, ya que no lo hacía con frecuencia, pues se fatigaba en demasía si debía bajar las escaleras. En ocasiones, los sirvientes lo bajaban y lo colocaban en una silla de ruedas, con

eso podía ir al jardín y recorrer junto a su esposa partes de la propiedad.

—Qué alegría verlo levantado, padre —dijo mientras iba a abrazarlo.

—Te vas hoy y no puedo quedarme en la cama sin despedirte —reconoció el hombre.

—Es momento de desayunar, Dorothea, todo está listo para partir. No olvides que las joyas van en un compartimento secreto bajo el carruaje, al igual que el dinero en caso de que algún vándalo quiera asaltarlas. Los salteadores de caminos nunca descansan, no importa si es de día o de noche —habló la marquesa que hizo una seña a los sirvientes para que colocaran el desayuno en la mesa.

—Al menos debería saludar, madre —se burló la joven.

—Buen día, querida. Enfócate en lo importante y no en un tonto saludo. De esta casa saldrás con la mentalidad de conseguir a alguien que nos mantenga.

Capítulo 4

Tener que ser el preceptor de su hermano no era tarea fácil, ya que Anthony se distraía con facilidad. Debía tener una paciencia de oro con él durante aquel tiempo en que tendría que hacer algo para lo que quizá en teoría estaba preparado, aunque educar a otros quizá no fuera lo suyo.

Tampoco le gustaba ver a su madrastra que lo miraba como un halcón desde la ventana de su habitación cuando salía con su hermano al jardín y no era con exactitud para saber si su pequeño hijo estaba en buenas manos, sino más bien para devorarlo a él con su mirada libidinosa.

—¿Cuándo vendrá un nuevo preceptor? —preguntó Anthony a Adam.

—Cuando tenga tiempo para buscarlo —respondió el conde.

—Pero si a ti te sobra tiempo. Solo tienes un cigarro y bebes brandy todos los días.

—Oye, ¿me has estado espiando?

—No, pero te veo cuando estás sentado y no me ves cuando voy a tu despacho a jugar cerca de ti.

—Eres demasiado silencioso. Buscaré un preceptor hoy mismo, pero quiero que lo trates bien y lo mantengas alejado de tu madre.

—¿Cuándo viviremos solos tú y yo?

—Tampoco he buscado la residencia de soltero, pero lo haré.

—Siempre dices que harás algo y no lo haces. Mi madre es mala y no me quiere.

—Eso no es cierto. Es una víbora, pero no puede ser que no te quiera.

—Me ha puesto la almohada en la cara cuando creía que estaba dormido, pero tu ayuda de cámara siempre va a verme antes de dormir.

A Adam se le erizó la piel al oír lo que contaba el pequeño. Si no fuera por Harry, tal vez Anthony no le estaría contando esa historia.

—¿No crees que sería divertido que durmiéramos juntos? Pondré mis manos cerca de la lámpara y haremos sombras monstruosas.

—¡Sí! Espero que pronto anochezca para jugar.

—También podríamos cenar en mi habitación nosotros dos sin que nadie nos moleste. Quédate tranquilo que pronto nos iremos de aquí. Cualquier cosa que te diga esa mujer me la contarás. Sabes que me tienes a mí para lo que sea.

El conde abrazó a su hermano. No sabía lo que era tener un hijo, pero sí a alguien que

desde un principio fue desdeñado por su progenitora de la manera más vil. Ciertamente, sabía que muchas damas derivaban la crianza de los pequeños a las niñeras, él había crecido de esa manera, pero recordaba bien que su madre era una mujer cariñosa y preocupada por su seguridad. No podía quejarse de sus padres, le habían tratado de la mejor manera que podían siendo nobles. Sin embargo, el pobre Anthony solo tuvo a su padre por pocos años y no pudo disfrutar de la educación y el tiempo que un caballero dedicaba a su hijo.

Tal vez porque Adam era el heredero al título, no había jugado tanto como lo hizo con Anthony. Las responsabilidades eran diferentes para ambos. En lugar de celar a Anthony, él podía decir que se enamoró al verlo tan pequeño e indefenso. Su instinto de protección no hacía que se desprendiera de ese niño. Y si las cosas empeoraban, lo bueno para Adam era que él no se preocupaba por tener un heredero, porque tenía a alguien a quien podría heredarle eso.

Cuando Adam y Anthony entraron a la residencia, Pippa se acercó a ellos y miró a su hijo de pies a cabeza.

—Ve a tu habitación —ordenó la mujer.

Antes de obedecer Anthony miró a su hermano para saber si debería acatar o no.

—Mejor ve a la cocina y pídele a la cocinera algo de comer, unos scones con mantequilla y mermelada —replicó Adam.

El niño se fue sonriente dejando a aquellos dos solos en el salón, apenas aquel desapareció, la mirada de Adam cambió para mirar a su madrastra.

—Me quitas autoridad frente a mi hijo —masculló Pippa.

—Lo que quisiera es sacarte de esta casa. Si no te vas, te sacaré a patadas. No permitiré que le hagas daño a Anthony, ¿pensaste que no me contaría que intentaste asfixiarlo?

—Él confunde mi asfixiante cariño con intentar matarlo —dijo burlona.

—Verás este lado de la puerta por última vez. Soy el tutor de Anthony y tengo mucho más derecho que tú sobre él. Lárgate.

—Es un estorbo para lo que quiero. No me iré, Adam, y si llegas a sacarme de esta casa no sabes todo lo que puedo inventar sobre ti para hundir tu reputación. Puedo hasta decir que Anthony no es tu hermano, sino que es tu hijo y que traicionaste la confianza de tu padre abusando de su joven y amada esposa. —Ella rio, maliciosa—. También diré que nos maltratas violentamente y que has querido matar a tu propio hijo por celos.

—Eres una demente, pero sabes algo, eso no me preocupa. Puedes decir lo que quieras, no sé en qué puede destruirme eso. Lo único que me importa son las relaciones con mis amigos que jamás creerían una mentira como esa. No tengo esposa a la cual puedas avergonzar y si la llegara a tener, tendrás por seguro que te sacará de aquí por más que hables. No es digno que un caballero se enfrente a una supuesta dama, pero sí una dama puede enfrentarse a otra. Inventa algo mejor, Pippa.

—Veremos qué sogas se suelta más rápido. Me harás tu mujer, Adam.

—Habiendo tantos caballeros dispuestos a hacerte el favor de sofocar tus ardientes deseos, buscas al que nunca te apreciará y que te desprecia como no tienes idea. Aquí quien pone las reglas soy yo y tú pronto te irás por más que te resistas a salir de mi casa.

—Ay, pobre de ti, que no sabes que pronto me rogarás.

—Pero si casi te estoy rogando que abandones mi casa por tu pie, si no quieres que sea por el mío y de una manera muy humillante. Prepara tus pertenencias en un baúl. Te daré dinero de forma mensual para que vivas en algunas de las propiedades. Acuéstate con cuanto mozo desees y vive tranquila, que yo me encargo de Anthony.

—No me iré.

—No me saques de quicio porque no te gustará conocer mi lado menos caballeroso.

—No te atreverás a hacer una tontería...

Esas palabras de Pippa lo estaban desafiando y Adam estaba cansado de esa mujer, por lo que la cogió del brazo con fuerza.

—Si esperas que me queje no lo haré, al menos me estás tocando.

Seguía provocando la poca paciencia del joven, por lo que este abrió la puerta, la empujó fuera y cerró la abertura con fuerza.

Pippa cayó al suelo, pero se levantó con premura.

—¡Adam! ¡Adam! —vociferó—. ¡Entraré de todas maneras!

—No volverás a entrar aquí —sentenció sosteniendo la puerta para que no pudiera entrar—. ¡Harry!

El conde gritó el nombre de su sirviente para que este se presentara.

Ante el llamado con fuerza que hizo su patrón, Harry dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia la puerta de entrada. Ahí vio al conde sosteniendo la puerta para que no se abriera. Escuchaba los gritos de la condesa viuda del otro lado.

—La llave —mandó Adam.

Harry entendió lo que él quería y giró la llave en la cerradura.

—Cierra todas las aberturas de esta casa. Que alguien recoja las pertenencias de la arpa para llevarla a algún lugar, buscaré dinero para que no moleste —farfulló Adam que se arregló la camisa después de exaltarse un poco.

—Esto lo vas a pagar, Adam, lo prometo —advirtió Pippa que no podía creer lo que había hecho su hijastro y todo por lo que le había dicho Anthony.

El sirviente fue a cumplir la orden que le habían dado, mientras Adam contemplaba su

obra. La puerta cerrada era el principio de su felicidad en compañía de Anthony. Estaba cansado de esa mujer y de sus locuras.

Esta era la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo. La paz en su hogar era importante.

—Por fin podré beber mi brandy sin que alguien quiera dormirme —dijo sonriente, mientras iba a su despacho, ahí tenía guardado bastante dinero para que esa mujer desapareciera al menos un mes, después el administrador se encargaría de que nada le hiciera falta con la asignación que le daría. Esperaba que pronto se casara con algún tonto y desapareciera de sus vidas.

Una hora después, tanto Adam como su hermano observaban como Pippa subía al carruaje para irse.

—¿De todas maneras puedo dormir contigo? —preguntó el pequeño.

—Por supuesto. De ahora en adelante todo será más divertido después de que te dediques a tus estudios.

—¿Y tú qué harás cuando no estás conmigo?

—Beber, y tú dejarás de espiarme, no quiero que tengas malos hábitos por mi causa, no me tomes como ejemplo, soy de lo peor que puede pasarte. Ahora tú me ayudarás a deshacernos de todas las botellas de licor para reemplazarlas por nuevas que están en la bodega.

—¿Eso no me dará malos hábitos?

—No, eso te enseñará a no encariñarte con la botella y, sobre todo, a distraerte un poco. Sé que puede ser difícil ver que tu madre se va de la casa.

—Entiendo que era ella o nosotros.

—Me sorprendes, Anthony. A tu edad yo ni siquiera hablaba tanto. Eres muy inteligente.

Una vez Harry se unió a ellos, comenzaron a reemplazar las botellas de cada habitación por si la bruja había dejado vestigios en aquel lugar. No sabía qué le ponía para dejarlo tan mal. Recordaba que años atrás Wilburg lo había encontrado tirado en la calle después de beber en su casa un trago de brandy. Suponía que Pippa había colocado la fórmula maldita en todas las botellas que tenía abiertas en la casa con la intención de... Solo Dios sabía lo que ella deseaba, pero, evidentemente, no era bueno para él. Durante los últimos años su peor pesadilla era despertarse y estar a su lado. Tenía mucho cuidado de lo que tomaba en esa casa, pero desde ese día, ya podía estar tranquilo porque todos estaban tirando el contenido de las botellas.

Con su nuevo licor en su despacho, él se sirvió una copa y miró a su sirviente.

—Escribiré una carta para el letrado y otra para el administrador. Tú hablarás con el personal de la casa y les dirás que por orden mía la condesa viuda no puede entrar en esta casa ni si ruega por ver a Anthony, pues todos sabemos que no lo quiere.

—Sí, milord.

—¿Has cambiado todas las botellas?

—Sí. Su hermano todavía está en la biblioteca cambiando esa botella. Se ha sentido muy feliz al ayudarlo.

—Le estamos haciendo un gran favor a Anthony al alejarlo de esa mujer. Sin ti, él estaría muerto. Te lo agradezco, Harry.

—No sabía que lo quería asfixiar, aunque nunca me he fiado de su cariño materno.

—Ella no ama a nadie más que a sí misma. Es el peor ejemplo de madre. Espero tener una buena esposa si es que llegara a casarme. No siento atracción por hacerlo, ya que no necesito un heredero. Anthony es como un hijo para mí y no quiero que nadie le quite su lugar.

—Pero un hijo suyo es quien debe ser su legítimo heredero.

—Anthony es mi hermano y es legítimo, tiene el derecho de convertirse en el próximo conde.

—Si se casa eso tal vez no ocurra. Piense en su futura esposa, que ha sido criada para engendrar un heredero.

—Imagínate que pueda quitarle esa carga de los hombros. No descarto la idea de casarme por la mera compañía en un futuro, pero será lo único que buscaré. Por ahora seguiré divirtiéndome con mujeres que son adorables, inteligentes y solteras. De un tiempo aquí he perdido el gusto por las viudas y les he cogido temor. No es una buena experiencia convivir con una viuda ardiente de faldas flojas.

—Tal vez usted tenga mala experiencia, otras pueden llegar a ser respetables teniendo amantes en secreto.

—Pero no de amantes a sus hijastros. Considero eso un poco más indecente que casarse con una prima. Las primas siempre son bonitas, es extraño, pero cierto. Ve a por Anthony y que traiga sus caballos, jugaré con él a las carreras.

El ayuda de cámara asintió y fue a buscar al niño que tenía una botella de brandy junto a él y a sus caballos. Aquella se había derramado.

—¡Oh, milord! Debía tirar el líquido fuera de la casa, menos mal es el viejo, ¿no es así?

Anthony, que estaba distraído con sus juguetes, miró el licor y no recordaba si lo había cambiado y solo pudo asentir.

Capítulo 5

Camino a Londres, Dorothea, Camile y el cochero se quedaron a la vera del camino para extender las piernas y comer un poco.

Por más que quizá Dorothea tuviera prisa, iban en aquel viaje con calma, disfrutando del paisaje verde de las praderas. Mientras comían, una joven pasaba cerca de ellos que estaban sentados bajo un frondoso árbol. Se la notaba cansada en compañía de su caballo.

Dorothea sintió curiosidad por saber lo que ella hacía por aquel sendero que los llevaría a la gran Londres.

—¡Señorita! —la llamó, pero la joven le entregó una mirada temerosa y siguió su camino.

—Déjela, milady, es mejor no hablar con extraños —dijo Camile.

—Se veía cansada y su caballo ni qué decir.

—No se meta en problemas que no son suyos.

—Los caminos son peligrosos para una dama solitaria. La hipocresía se apoderará de mí si no le pregunto si vive cerca.

Ella no pudo quedarse sentada en un lugar. Cogió su sombrilla y caminó con premura hacia la joven que iba caminando junto a su caballo.

—Señorita, ¿va a Londres o vive por aquí? —interpeló Dorothea.

La desconocida miró con desconfianza a la persona que le hablaba. Era una dama, lo podía notar por sus prendas y por cómo se veía.

—Voy a Londres... —respondió.

—Nosotros también. No le recomiendo que haga este viaje sola, es peligroso para una mujer.

—Soy consciente de ello. Le agradezco la advertencia, tengo un arma para defenderme.

—Le ofrezco ir con nosotros, en la comodidad del carruaje. Estará segura en nuestra compañía.

—Agradezco tal oferta, pero continuaré mi viaje sin molestar a nadie. Cuídese.

—Mejor cuídese usted... —La vio seguir el camino, pero Dorothea no se sentía tranquila—. ¿No quiere comer algo? Mi nombre es Dorothea y soy la hija del marqués de Fremont, ayer salimos de Bath. Voy a Londres a buscar esposo.

—¿Va sin sus padres? Eso no es adecuado para una dama. Soy Alicia Green, milady.

—Es un gusto conocerla, señorita Green, puede acompañarnos a comer.

La extraña del camino asintió y siguió a Dorothea que le indicó en donde permanecían los sirvientes, comiendo.

—¿Qué hará usted en Londres? —preguntó Dorothea—. ¿También busca un esposo?

—Las posibilidades de tener un esposo son difíciles para una joven sin fortuna. Aspiro a ser una dama de compañía o una institutriz.

—Lo lamento mucho. Considero que tal vez vamos por el mismo camino. He fracasado en mis cuatro temporadas, o, mejor dicho, dos estuve en Londres y el resto recorrí distintos condados con los mismos resultados, a veces no es fácil ni para la hija de un marqués adinerado. Debe ser peor en su situación.

—Es peor cuando quieren obligar a un matrimonio cuando uno no lo desea.

—Entiendo que está huyendo de eso.

—No se lo diga a nadie, ni siquiera recuerde que me ha visto. Comeré con usted, pero no viajaré en su compañía, milady. Prefiero la soledad para pensar.

—Si llegara a casarme, me gustaría que fuera mi dama de compañía o la institutriz de mis hijos, de hecho, si me acompaña, podría redactar una carta recomendando sus servicios como dama.

Lo que dijo Dorothea de inmediato llamó la atención de Alicia.

—¿Lo haría?

—Por supuesto. Solo necesitaría llegar a una posada y redactarla. Tengo el sello de mi padre en mi baúl.

—Se lo agradecería tanto. El nombre de un marqués vale mucho para lo que espero. Eso me ayudará a hacer más fácil mi camino.

—Se nota que ha sido bien educada, señorita Green. Me entristece que tuviera que tomar otras decisiones en lugar de disfrutar de las mieles de un matrimonio deseado.

—La vida no le sonríe a todos de la misma manera. Ahora me sonríe a mí gracias a usted, milady.

Las dos sonrieron mirándose con picardía. Sin decir tanto habían podido conseguir una gran conexión.

—Ella es la señorita Alicia Green y va a Londres. Comerá con nosotros y nos acompañará a nuestro próximo destino. Después decidirá si quiere continuar o prefiere ir por su cuenta —la presentó Dorothea ante sus sirvientes, quienes se levantaron de dónde estaban sentados para saludar a la joven.

—Es un placer, señorita —correspondió Camile, mientras que el cochero inclinó la cabeza para saludarla.

—Ella es Camile, la doncella de mi madre, pero me acompaña en esta travesía para que no haga tonterías. —Dorothea continuó con su presentación.

—Para mí es un gusto conocerlos. Milady ha sido amable al preocuparse por mí y ofrecerme un poco de comida. Considero que es una dama inteligente.

—Es evidente que no conoce a lady Dorothea. Es capaz de cometer cualquier locura.

—Deberías hablar bien de mí, Camile.

—Lo haría si fuera sensata —insistió la doncella que cogió pan, queso, frutas y sirvió una copa de vino para entregarle a Alicia.

—Se lo agradezco —pronunció Alicia después de dejar a su caballo que fue a pastar en las cercanías.

—Como si fuera que iré a secuestrar a alguien. Lo que haré es ofrecerme para que alguien me acepte, que me premie sacándome de esta soltería que les preocupa más a mis padres que a mí.

—¿Por qué está soltera, milady?

—Infortunios, señorita Green. Ah, y ser distinta. Siempre he querido casarme, soy la esposa que cualquiera podría desear, solo que se niegan a conocerme por cómo me veo. No creo que tenga tres ojos para que me tengan en mal concepto, soy simplemente diferente.

—No imaginaba que el color de cabello pudiera ser tan determinante —alegó Alicia, confundida.

—Si quiere ser institutriz, debe saber que las diferencias físicas son una sentencia. No me sobra nada en el cuerpo ni me falta, el color de la piel y del cabello son una condena. ¿Cuántos años tiene?

—Veintidós...

—Tenemos la misma edad, eso significa que somos solteronas. —Eso le hizo gracia a Dorothea, ya que no era la única sufriendo en Inglaterra—. Usted es rubia y de ojos azules, supongo que no se ha casado por la falta de fortuna.

—Sí, es por eso. Mi familia está arruinada y para pagar una deuda quisieron casarme con un ser despreciable, por eso me voy de aquí.

—Lo lamento, señorita Green. Cuento con todo el apoyo de mi familia y de todas maneras me siento desafortunada, no imagino estar en sus zapatos.

—Para cada uno, su realidad es difícil, no podríamos compararnos. Espero tener algún día la sabiduría de una excelente institutriz.

—No todas las institutrices son sabias, señorita Green. Se dedican a dar directrices de comportamiento correcto para conseguir un esposo. Todo alrededor de lo aprendido es para ese fin, no hay nada dedicado a enriquecernos como damas, sino para consentir a los que deberían darnos una gran vida.

—Es una forma limitante de ver a su institutriz, milady. La mía ha sido un modelo de comportamiento, ética y moral importantes. Tenía un espíritu indomable, pero respetuoso. A mis adorables pupilas las trataré de la misma manera y con afecto.

—La mía ha sido todo menos un modelo de amabilidad. Se pasaba el día gritando cuando no era lúcida en mis apreciaciones, según ella. Sin embargo, en donde ella veía una flor, yo veía una abeja. Lo que para mí era relevante había sido aplastado por esa mujer. Después entendí que no podía hacer nada y me limité a aprender lo mejor que podía, lo que me parecía decente y útil.

—Lamento que tuviera una institutriz que la limitara. Ahora entiendo su sentir.

Por fin, Dorothea tenía una compañía de su edad con la que pudiera conversar sobre varios temas. Eso la ayudaba a no sentirse tan solo y miserable, pues en el mundo había alguien que estaba en una peor circunstancia. Después de comer subieron al carro y el chófer ató al caballo de la joven por el carruaje para que los llevara.

—¿Cómo hará para encontrar un esposo, milady? —preguntó Alicia con curiosidad.

—Será muy sencillo. Lo señalaré con el dedo, hablaré con él e intentaré convencerlo de que sea mi adorado esposo. Si todo eso no resulta, lo golpearé, meteré su cuerpo al carruaje y lo llevaré a Bath para casarnos y hacer feliz a mis padres.

Alicia y Camile no podían dejar de reír.

—Se ríen porque desconfían de mí, señoras de poca fe. La desesperación da muchas ideas, ¿no lo creen? Tengo un mes para convencer a alguien y, por más que todas sepamos que eso no ocurrirá, intentaré eso antes de tomar la drástica decisión del secuestro. Soy sensata —declaró sonriente.

—Usted y la sensatez no van de la mano. Es tan demente como su madre y dominada como su padre —replicó Camile.

—No discuto tu afirmación, debido a que estoy de acuerdo con ella en una parte, Camile; no obstante, no deberías hablar mal de tu patrona.

—No estoy hablando mal de su madre, pero sabe que es verdad. La marquesa está más preocupada por saber qué pasará con ella mañana que por usted, ya que no hace otra cosa que pensar que su esposo tiene un pie del otro lado y usted está soltera por ser extraña.

—El futuro de una dama es preocupante. Logro comprender el temor de la madre de milady. Por eso es que debe pensar en casarse sin duda alguna. Ya que no tuve opciones como usted, debo trabajar y forjar mi futuro. Mi familia no es tan buena como la de usted —aseguró Alicia, entristecida.

—Algunas personas ni siquiera deberían juntarse. Eso pasa en los matrimonios por conveniencia. No se quieren y menos quieren a sus hijos. Es la desgracia de nacer en una sociedad controlada por el varón, su dinero y sus intereses. Lo sigo pensando y moriré considerando eso, aunque no se lo diré a ningún caballero porque no quiero perderlo, es parte de mi conveniencia. No cometeré la locura de hacerme daño.

—Mmm... sigo dudando que quede callada, milady, pero por su bien espero que lo haga — declaró la doncella.

Después de un par de horas llegaron a una de las posadas que había dicho Dorothea para convencer a Alicia de que los acompañara. En el lugar, pidió varias habitaciones, incluso una para su nueva amiga. Antes de dormir redactó la carta de recomendación que prometió. En verdad deseaba ayudar a esa joven que no tenía la culpa de su triste destino. Alguien que había nacido para algo bueno que terminaba no de mala manera, pero no como debería.

Al acabarla, la dejó en un lugar para que se secara, mientras que ella daba vueltas en una caminata absurda dentro de la habitación. Tal vez no fuera de todo un absurdo, ya que a medida que se acercaba a Londres, la realidad de su condición comenzaba a hacer lo suyo con escenas tristes y repetidas de su pasado.

No quería ir a un salón para que después la dejaran como siempre: solterona. Lo mejor era escoger al ideal de los solteros y meterlo al carruaje sin consideración. Casarlo obligado y darle dinero. ¿Qué más podría pedir alguien? Eso no sería bien visto por su padre, pero lo importante era conseguir al hombre y darle paz al viejo antes de morir. Quizá fuera mejor buscar a un caballero en la quiebra, pero eso significaba que en el futuro podría pasar hambre, no era lo más conveniente. Un hombre trabajador, honesto e inteligente era lo que necesitaba, por lo que, definitivamente, debía buscar a un letrado o un administrador.

Al terminar el descanso en la posada, Dorothea selló la carta para entregarla a Alicia y de esa manera cumplir con lo que había dicho. En los ojos de ella podía notar el sincero agradecimiento por lo que estaba haciendo por una desconocida.

—Le agradezco tanto este gesto, milady. Agradezco haberme cruzado en su camino — pronunció Alicia.

—No hace falta que nos despedamos aquí, señorita Green, podríamos hacerlo en Londres. Siga con nosotros hasta llegar allí. Su compañía es muy grata —alegó Dorothea.

—Está bien, es solo un día más. Ahí cada una tomará el camino que busca.

—Espero que sea el que me lleve a los brazos de mi futuro esposo. Quisiera imaginarlo como un hombre joven, de considerable estatura, con inteligencia y, sobre todo, amabilidad. No quiero casarme con un engreído. Sé que pido mucho para lo que ofrece mi cuerpo, pero tengo dinero en el bolsillo, eso debe ser tentador para alguien.

—Los más jóvenes son los que están empobrecidos. Lastimosamente, el dinero lo tienen los caballeros de edad avanzada que quieren a una joven para arruinar su vida con sus mañas... Olvide lo que dije.

Capítulo 6

Dorothea y sus acompañantes llegaron a Londres en la mañana del día siguiente y Alicia Green creía que era el momento ideal para agradecer la amabilidad y la buena predisposición de Dorothea.

—Es el momento en que continúe mi trayecto sola, milady. Me ha ayudado a ahorrar un par de monedas y eso es de gran utilidad para mí —dijo la señorita Green.

—Siento que he cumplido con lo que me aquejaba en el pecho. No podía dejarla sola y a su suerte en una travesía tan peligrosa hasta aquí. Si la veían sola eran capaces de hacerle cualquier cosa. Ha llegado hasta aquí sana y salva para cumplir sus objetivos. Me siento feliz con usted, señorita Green.

—Me hace sentir afortunada con su acogida, milady. Usted merece al mejor esposo. Dios le permita encontrarlo en tan corto tiempo.

—Sé que lo conseguiré, algo llevaré de esta gran ciudad, al menos una peste.

Las dos sonrieron casi sincronizadas, como lo habían hecho desde que se conocieron días atrás. Tenían mucha afinidad, quizá porque las unía el infortunio.

Buscar una residencia de alquiler sería algo difícil dentro de Londres, habían visto varias a las afueras y esas eran a las que apuntarían para quedarse, eran las que podían rentar por pocos días, ya que no se quedarían ni siquiera un mes.

—Muchas gracias a todos por tanta hospitalidad. Espero que regresen con bien a Bath. Tal vez no volvamos a encontrarnos, pues no regresaré al condado —se despidió la señorita Green.

—Que le vaya muy bien, señorita Green. Nuestros caminos se han cruzado en el momento correcto, el resto no importa. En mi carta tiene la dirección de mi casa para escribirme si lo desea.

—Lo tendré en cuenta. Tal vez en un par de años para saber si se ha casado, tiene una hija y necesita una institutriz. Ha sido grato conocerlos. Les deseo un feliz retorno...

—Adiós, señorita Green...

Se despidieron y Dorothea quedó un poco sola, ya que la extraña era una persona que le agradaba mucho y la oferta había sido cierta.

—Ahora debemos ir a rentar la casa de las afueras, milady, de cualquiera de los lados. También debería pensar por dónde comenzará la búsqueda de su esposo.

—He considerado que los salones no son un buen lugar, tal vez los bailes públicos y los clubes de caballeros.

—¿No estará pensando en buscar algún hombre que no tenga ni el aire suficiente para

llevarse a los pulmones, milady? —cuestionó la criada.

—No tengo mucho que escoger. Lo que caiga del cielo no me golpeará, es un hecho, lo consideraré un milagro. Casarse a estas alturas para mí es algo que solo puede venir del cielo, un acto divino, o tal vez, el diablo quiere que haga sufrir a alguien que se ha portado mal. Créeme, Camile, que he considerado muchas cosas para poder escoger un lugar donde emboscaré a mi presa con paciencia. Después de tantos años intentando hacerlo como una casadera convencional, no pasarán en vano.

—¿Y no sigue siendo una casadera convencional?

—No, soy una desesperada. La vida se me ha complicado con una madre alharaca y un padre jugando a vivir o morir. Seré una carga para mi medio hermano que hasta quizá me deje tirada, pobre, miserable y llorando por los rincones. En el fondo no quiero creer que pueda ser capaz de tal cosa, pero al no ser hijo de mi madre, las posibilidades son grandes, por eso no puedo quitarle la razón cuando ella se siente asustada. No hay mucho para las damas sin un caballero que las respalde. Lo sé, pero quería ignorarlo por comodidad, por temor o por haraganería. No, no es cierto, nunca he sido haragana, me esforcé por cuatro temporadas, una más desgraciada que la otra. Este año me presentaría como cualquier otra, esperando que alguien se fijara en mí.

—Las cosas han cambiado mucho, milady. No puede seguir esperando que alguien la escoja, debe ir a por el objetivo, cogerlo en sus fauces y no soltarlo hasta que esté segura de que no se le escapará.

—Tú tienes claro el concepto de cacería, Camile. Prometo no dejar que se me escape mi próximo esposo.

Ese día buscaron un sitio para permanecer durante ese corto tiempo.

El lugar era más grande de lo que necesitaban. Estaba dentro del precio que estaban dispuestos a pagar por un alojamiento similar.

Mientras que ella miraba la casa, Camile se encargaba de guardar las pertenencias de Dorothea en la habitación que le correspondería y el cochero se encargaba de los caballos que debían ser alimentados para poder descansar de tan largo trayecto.

Al acabar con su recorrido, Dorothea entró a la habitación y se sentó en la cama, observó a una afanosa doncella y bostezó.

—La casa me agrada. Es una residencia especial para solteros, no cuenta con tantas dependencias ni es tan grande. Si no llegara a casarme me gustaría vivir en un lugar así...

—Se contradice, milady. Ha venido a buscar un esposo. Debería olvidar eso de vivir sola en un lugar de estos.

—Tienes razón. En ocasiones, olvido la realidad en la que vivo. He vivido mucho tiempo de la fantasía, imaginando un esposo. La verdad he sido promiscua en mi vida fantasiosa, he tenido tantos esposos que ya he olvidado sus nombres.

Camile rio al oír a la joven. Ella siempre era graciosa y al hablar se le escuchaba despreocupada.

—En esta ocasión usted dejará la fantasía para vivir una realidad, milady. Después de este esposo, se le acabará la promiscuidad. ¿Se le ofrece algo? Debo ir al mercado para llenar las alacenas.

—No, no quiero nada. Descansaré un par de horas para poder salir a pasear, quizá mañana. En los parques deben estar los caballeros decentes.

—Es una buena idea, milady. No como esa de ir a un club y buscar lo que no se le ha perdido. Estoy segura de que saldrá de esta ciudad con un nuevo esposo, y uno excelente.

—Lo del club no es mala idea, que sea un caballero es lo que importa.

Al día siguiente de instalarse en Londres, Dorothea le pidió a su cochero que la llevara al parque más cercano. Ella se preparó con su mejor prenda de paseo y comenzó su caminata con su sombrilla para evitar curtir su piel con los rayos del sol de la primavera londinense. Definitivamente, el paseo le parecía algo acertado, aunque más para apreciar la belleza masculina que otra cosa, ya que la mayoría de los caballeros iban acompañados por bellas damas con sus carabinas. Estaba perdiendo el tiempo, pero le gustaba lo que veía. El flirteo entre ellos era interesante, deseaba dejar de ser una mera observadora para ser la protagonista de tales atenciones. Deseaba que un caballero le cogiera la mano y le diera un beso, pero no cualquiera, sino uno que hiciera que en su pecho se encendiera una llama que la dejara ardiendo por volver a verlo. Estaba cansada de los saludos secos que la persiguieron durante años.

Suspiraba en soledad, mientras se perdía en la misma fantasía que quería que se convirtiera en realidad.

—Tenga más cuidado, jovencita. A mi edad podría quebrarme hasta el pensamiento —dijo una dama de edad.

—¡Lo lamento! —se disculpó con una venia.

—Creo haberla visto antes...

—Tal vez en algún momento, he pasado dos temporadas en Londres...

—¿En dónde están su esposo y sus hijos?

—También me encantaría encontrar a un esposo y tener hijos, pero no he podido. He pasado cuatro temporadas sin éxito. Soy hija del marqués de Fremont.

—Ya recuerdo. Muchos dijeron que no se casaría, es una lástima que cumplieran con eso. ¿No me recuerda? Soy lady Kirby. Pensé que mi memoria era más privilegiada, pero la edad no viene sola, querida.

—Lamento no recordar muy bien, siendo tan joven mi memoria es peor que la suya.

—¿Vive en Londres con su familia?

—No, solo vine a buscar un esposo.

—¡Ja! Si no lo consiguió años atrás, no crea que lo conseguirá en este. Lamento decirle que debe resignarse a ser una solterona.

—No creo que deba resignarme. Tengo buena dote y una gran desesperación.

—No demuestre que está desesperada o ese dinero que la respalda puede ser su perdición. Le deseo suerte, jovencita, la necesitará.

Lady Kirby siguió su camino en compañía de su doncella que la acompañaba a todas partes y Dorothea solo se quedó en aquel sitio viéndola retirarse.

Lo que le había dicho era algo que quizá no esperaba que alguien le dijera sin endulzarlo. Esa matrona no tenía dudas de que fracasaría de nuevo. No podía fracasar, ya que su padre le había dejado las cosas claras sobre hacerlo. Su destino sería miserable en caso de que su hermano no quisiera responsabilizarse por ella. Pese a que no deseaba pensar en esa opción, debía hacerlo, ya que una esposa para él podría ser la perdición para su madre y de paso para la misma Dorothea. Quizá en ese momento de la vida, todavía la quisiera, pero no sabía lo que podría pasar cuando una culebra quisiera engatusarlo o envenenarlo contra su madrastra.

Después de pasear por el parque hasta que le dolieran los pies, Dorothea regresó al carruaje para que la devolviera a su casa. No había forma de que lograra algo en ese lugar.

—¿Cómo le fue, milady? —curioseó Camile que se acercó para sacarle los zapatos a la joven una vez que entró a su casa y se sentó en uno de los sillones.

—No hace falta que me los saques, se han amoldado a mis pies con tanta caminata. Después de dar tantas vueltas, considero que no es un buen lugar para conocer a alguien, pues todos están acompañados por otros —confesó decepcionada.

—¿Cuál es la siguiente opción?

—Los bailes públicos. Esta noche iré a recorrer la ciudad hasta encontrar uno.

—¿No es mejor que descanse?

—Tengo el tiempo contado, está en mi contra. El descanso es para los muertos, Camile. No puedo hacerlo, debo ser agresiva con mis tácticas.

—Me da miedo oírle decir esas cosas, me temo que pueda agarrar un pésimo hombre con ese pensamiento.

—No sé cómo te haré entender que lo que necesito es un esposo, el que sea, aunque tampoco hay que abusar de lo que consideramos cualquiera.

Camile dudaba de lo que la joven pudiera escoger, ya que no sabía qué esperaba de alguien. Era probable que sus sueños hubieran consumido sus expectativas y en medio de la

desesperación cogiera a un zángano que en lugar de una solución se convertiría en un problema futuro. Sentía temor por lo que podía hacer Dorothea por culpa de la presión que ejercieron en ella para que tomara la decisión de aventurarse de esa manera tan arriesgada y que la dejaba vulnerable ante la mala intención de los cazadores de fortuna.

—Lo que sí he notado es que hay muchos más caballeros que en los condados y salen a la luz a exhibirse con las damas que les interesan. Quisiera tener esa fortuna de que un caballero desee caminar junto a mí; sin embargo, nadie se dio cuenta de mi existencia, salvo para notar mi excentricidad. Algunos fingían bien, pero a otros les costaba entender que fuera pelirroja. No soy un espécimen, hay más gente igual a mí, tal como muchos tienen el cabello rubio, ¿o no?

—Hay un par como usted, pero en otros países...

—¿Y qué hay de malo? Soy tan inglesa como cualquiera, son unos malditos.

—No eche a perder su bella boca con esas palabras que no deberían tener cabida en la lengua de una dama.

—Nadie más que tú me escucha. Tengo derecho a quejarme de mi suerte, lamentarla, maldecirla y soportarla. Si no lo hago moriré asfixiada con todo lo que pienso. Es mi primer día intentando cazar un esposo y estoy fracasando, cuando no vea la luz al final del túnel no sabré cómo actuar. La claridad tal vez se desvanezca y solo la locura me domine. Me prometí no fallar, este primer intento no decidirá lo que puedo hacer.

Capítulo 7

Pasaron al menos dos semanas desde que Adam echó a su madrastra de su casa. Eran los tiempos más felices que experimentaba en mucho tiempo en compañía de su hermano Anthony, también pudo contratar a otro preceptor para el niño. La paz se respiraba en aquella residencia, no hacía falta que él anduviera con cuidado por los escondrijos de su propia mansión. Si bien ella había intentado entrar, no lo había logrado. Ya que nadie le creía que extrañaba a su hijo.

Él sabía que Pippa había regresado a los salones como una dama que fingía ser una viuda respetable, no había cumplido con sus amenazas de decir que era el padre de Anthony, ya que eso jugaría en contra de ella. Adam tampoco regresó a los salones, sabía que sus amigos iban de manera eventual. Por lo general, cuando uno de ellos no estaba en *White's*, se encontraba perdiendo el tiempo por algún compromiso, promesa o curiosidad que los llevara a un salón para bailar. Algunos de los miembros del círculo de los solteros parecían desear pasar al otro lado y no entendía la razón, puesto que, si alguien consiguiera una esposa indecente como Pippa, era mejor permanecer soltero y alejado de cualquier serpiente con falda.

Aunque Adam era de los más solitarios del grupo de caballeros, era el que menos ideas tenía para pasar el tiempo en ausencia del resto. Se aburría con facilidad y por lo general la compañía era lo que le ayudaba a estar tranquilo. Una fémia sin compromiso era una excelente distracción, pero no le gustaba que algunas estuvieran viudas, antes disfrutaba mucho de eso; sin embargo, le daba asco pensar en algo así desde que Pippa se comportaba como una mujerzuela.

Esa noche decidió ir a la biblioteca para leer un libro, algo que no hacía con frecuencia. De hecho, continuaría uno que había dejado abandonado por meses. Le costó encontrarlo entre la inmensa cantidad de obras del lugar. Alguien ya había decidido que él no terminaría su lectura.

Se sirvió una copa de brandy, acomodó su lámpara para una buena iluminación y después se sentó para intentar disfrutar de eso. Tal vez imaginar eventos ajenos lo ayudara a estar más tranquilo.

A medida que avanzaba entre páginas, oía sonidos que provenían de la parte superior de la casa, como si alguien se paseara sin descanso en los pasillos. Bebió varias veces su brandy hasta que comenzó a quedarse dormido. Trató de mantenerse despierto, mas no lo conseguía por completo. El libro cayó y él quedó recostado en la silla hasta que sintió que alguien le acariciaba el cuerpo y pasaba sus labios por su cuello y su boca. Era una sensación placentera para ser un simple sueño, por lo que luchando contra sus ganas de dormir abrió los ojos y encontró a una mujer en su regazo.

—Sé que te gusto, Adam, lo siento en tu entrepierna...

La voz era tan conocida que se levantó como un resorte y arrojó a la mujer al suelo.

—¿Cómo entraste, Pippa? —cuestionó intentando mantenerse despierto y en pie. Sospechaba que ella le había vuelto a poner algo en su bebida.

—Parece que sé más secretos de esta casa que tú mismo, Adam. Siempre imaginé hacer el

amor contigo aquí en la biblioteca, pues eres muy atractivo cuando lees.

—¡Harry! —llamó Adam a su sirviente.

—Llámallo, agita la campanilla como tonto, él no vendrá. Le gusta jugar con las llaves, veremos si puede encontrar la que es para salir de la habitación de Anthony.

Ante eso, sabía que estaba en desventaja y en malas condiciones para defenderse de esa hiena. Cogió todas las fuerzas que tenía y la hizo a un lado para poder escapar, el lugar más seguro en ese instante era la calle, aunque estuviera llena de charcos por la lluvia de la tarde.

Llegó hasta la puerta sin demasiado esfuerzo. Escuchaba la risa de Pippa, mientras él se alejaba en una caminata zigzagueante hacia *White's*. No sabía si lograría llegar al lugar, esperaba que así fuera antes que aquella ave de rapiña lograra su cometido. Le costaba pensar en qué hacer, ya que su mente se nublaba y por cortos períodos lograba ver por dónde iba hasta que cayó en su charco y quedó ahí con los ojos cerrados. Se había rendido ante el sueño.

Pippa lo había seguido un par de calles hasta verlo tirado en aquel sitio, después de eso fue a buscar su carruaje y poder recoger a su hijastro. Lo torturaría hasta que la aceptara a su lado.

Estaba ajeno a lo que ocurría a su alrededor y esa noche parecía que las calles estaban desiertas, nadie pasaba por aquel callejón por el que él se hallaba tirado en un charco. Todo parecía indicar que sería presa fácil de aquella mujer.

Dorothea abandonó un baile público de uno de los tantos a los que había asistido en esas semanas. Le quedaba poco tiempo y nada resultaba como ella deseaba.

—¿Cómo le ha ido esta noche? —indagó Camile cuando la joven subió al carruaje.

—Igual que todas las noches. Esto es agotador, trato de no perder la calma, pero la situación comienza a rebasarme. Ni los paseos, ni los bailes públicos... ¿Qué ocurre conmigo que no puedo atraer a nadie, Camile? En última instancia cogeremos a un mendigo de la calle y asunto solucionado. Administraré el dinero, puesto que por algo ya era un mendigo... Tengo un plan adicional y desesperado.

—Lamento que nada resulte, pero la idea de un mendigo no es algo para una dama como usted.

—En mi estado de desesperación, que, por cierto, pronto será crónico, sí es una opción. ¿Qué hombre no querrá dejar la miseria por una dote generosa como la mía? Soy la hija de un marqués.

—Porque es la hija de un marqués considero que no es conveniente.

El carruaje se detuvo de manera abrupta y la ventanilla de comunicación se abrió para que el cochero pudiera hablar.

—Daré la vuelta, milady, hay un hombre tirado en el camino, debe ser un borracho.

Al oír esas palabras, Dorothea creyó que el cielo había escuchado sus súplicas y que ese era el camino. Se apresuró a abrir la portezuela del carruaje y bajar para observar.

—¡Milady! —exclamó Camile al hacer lo mismo que su patrona. No quería que cometiera una tontería.

—Qué ven mis ojos... —declaró la joven.

—Es un mendigo o un borracho, milady... No estará...

—¡Es un esposo! ¡Una bendición, Camile! Hay que subirlo al carruaje.

—¿Ha perdido el juicio? —cuestionó la doncella.

—Hay que apresurarnos. Imagina que existe otra Dorothea desesperada. Por supuesto que nos lo llevaremos a la casa y le ofreceré lo que tengo.

La doncella estaba a punto de desmayarse. Lady Dorothea había perdido el poco juicio que le quedaba. Entendía que la vida había sido cruel con ella y por eso enloqueció hasta el punto de recoger a alguien de la calle.

El cochero miró a la doncella que asintió. Ellos dos llevaron al hombre al carruaje y lo acostaron en el piso. Doblaron sus rodillas para que entrara completo. Dorothea se sentó en el asiento para apreciar su buena fortuna y Camile la acompañaba con el rostro enfurruñado. Eran diferentes caras de una misma moneda.

—El desperdicio de unos es el tesoro de otros. Mi búsqueda ha terminado, tengo a mi querido futuro esposo aquí. Creo que es joven y atractivo...

—Y la llevará a la quiebra muy pronto con todo el licor que tomará. La obligará a abrir una enorme taberna que también quebrará... Está llevando un problema, milady, se lo advierto.

—Cambiaré su vida, Camile. Míralo, tal vez la sociedad lo obligó a ser esto que no deseaba. Siendo tan joven, quizá solo esté desorientado.

—Usted tampoco está en capacidad de orientar a nadie si ha levantado un desperdicio londinense, sucio y hediondo.

—Es solo un poco de barro. Le compraré prendas nuevas para llevarlo junto a mi padre, por el momento quiero que el cochero se ocupe de él, porque si yo llegara a hacerlo, me emocionaría demasiado. Nunca he sentido tanta felicidad.

—Ha bebido demasiado en el baile. Se está volviendo una bebedora empedernida.

—Ahora ya no tengo razones para beber y él tampoco las tendrá una vez que despierte y pueda conversar con él. Ni imagina que lo ha recogido una dama rica, inteligente y bella, un poco peculiar, pero preciosa, ¿no lo crees?

—Por supuesto que creo en todo lo bueno de usted, pero no estoy de acuerdo con que coja mendigos de la calle. Se merece algo mucho mejor.

—¿Dónde está eso mejor, Camile? Nadie me quiere, ni ve más allá de que parezco una extranjera en mi país. Debieron dejar que buscara un esposo en Irlanda o Escocia, pero estamos en Londres, no podemos ponernos exquisitos.

Ella todavía no podía creer lo que había ocurrido. Esa debía ser una señal del cielo de que ese era el camino correcto. Era creyente de los caminos misteriosos de Dios, por lo que su fe era casi imperturbable. Pese a sus infortunios, comenzaba a ser afortunada. Era probable que las cosas maravillosas se presentaran de ese día en adelante.

Una vez que se detuvo el carruaje, bajaron Dorothea y sus sirvientes. Observaron al hombre acostado en medio del coche y después se miraron.

—Lo bajaremos y tú lo limpiarás. Le prestaré uno de mis camisones —dijo Dorothea en dirección al cochero.

—Milady, todavía está a tiempo de que lo dejemos por ahí —opinó el sirviente.

—No, es mi prometido, no lo abandonaré. Mañana compraré un anillo para que él me lo dé.

—Ay, milady, al menos espere a que este hombre despierte y pueda ver si tiene dientes enteros —exaltó la doncella.

—Con dientes o sin ellos es lo que tengo. Hagan lo que solicito.

Otra vez los sirvientes se miraron y bajaron al hombre del carruaje y la joven fue a su habitación a buscar el camisón que había prometido.

La logística dentro de la casa era muy sencilla, su prometido una vez higienizado ocuparía los aposentos que estaban al lado de los suyos y ahí descansaría, conversaría con él, harían un trato ventajoso, irían a Bath, se casarían y con eso se resolvería el problema de protección para ella y su madre. La dote los ayudaría a sobrevivir con holgura, aunque no con lujos.

Después de que Dorothea entregara el camisón y que el cochero limpiara, vistiera y subiera al prometido de la joven a la habitación, ella se sentó en la cama para apreciarlo. Estaba enamorada a primera vista de un hombre dormido. Por curiosidad se acercó a la boca de él y movió los labios para saber si tenía todos los dientes, y en efecto así era. Tenía el sueño profundo y no parecía que pudiera despertar pronto. Lo arropó, le dio un beso en la frente y después apagó la lámpara que estaba junto a él. Al día siguiente lo visitaría para saber más sobre su futuro esposo.

Al regresar a su habitación, ella no había podido dejar de sonreír. Mientras que arreglaba su cabello para dormir, notaba un brillo especial que el espejo le devolvía. Quizá eso era estar enamorada de alguien por más que no cruzaran palabra alguna. Era la primera vez que no podía identificar sus sentimientos. Era una persona tan pacífica que era capaz de confundir amabilidad con hambre. No estaba acostumbrada a debates muy intensos, excepto los que tenía con su madre porque ella no aceptaba que tenía una hija diferente a la que pocas cosas podían hacer daño, salvo la falta de empatía de su propia progenitora que la trataba como si ella no quisiera casarse, cuando la realidad era que llevaba años deseando ser la mejor esposa para alguien. Desde que su padre enfermó dejó todo a merced de la marquesa y por eso las cosas tampoco prosperaban, ya

que la gran dama era una experta en manipular a su moribundo esposo para que dejara mal parada a la pobre hija de ambos. Esperaba dejar impresionados a sus padres con lo que había conseguido. Tenía muchas ideas para que el mendigo al que encontraron se convirtiera solo en un caballero que lo había perdido todo.

Capítulo 8

A la mañana del día siguiente, Adam sintió un dolor punzante en la cabeza y llevó su mano hacia su frente para acariciarla. Con esa misma extremidad recorrió su rostro como si estuviera intentando despertar.

Al abrir sus ojos no reconocía el techo, aquella no era su casa. Antes de alarmarse miró otros detalles del sitio en donde se encontraba. Una vez que terminó se dio cuenta de que tenía motivos para estar alerta, irguió parte de su figura en la cama y se fijó que tenía un camión que ni siquiera era de su talla, le quedaba corto en los brazos y cuando levantó la manta que cubría sus piernas se percató que era peor de lo que imaginaba, ya que se le veían las pantorrillas.

Mientras analizaba la situación, dejando el pánico de lado, oyó voces que venían desde fuera de la habitación. Adam creía que en cualquier momento entraría alguien y esperaba que esa persona no fuera su madrastra diciéndole que habían tenido relaciones durante la noche. Esa sería su peor pesadilla, tan solo imaginar aquello, hacía que su corazón latiera desbocado.

Cuando la puerta se abrió vio a una mujer de unos cincuenta años, un poco rechoncha, pero no parecía ser una malvada secuaz de Pippa.

Camile entró a los aposentos del mendigo que había recogido su patrona para abrir las ventanas, ya que deseaba que hubiera más luz en el lugar y entrara aire fresco. Sin embargo, por un instante se sobresaltó al ver al hombre sentado en el lecho.

—Ha despertado, ¿se encuentra bien, mi señor? —saludó Camile intentando ser agradable. Con un buen baño el hombre no parecía ser un mendigo y, ciertamente, era atractivo como lo dijo la joven que decidió salvarlo de la calle—. Le avisaré a milady que ha despertado.

—No quiero que esa víbora entre aquí —espetó Adam, creyendo que la mujer a la que se refería la criada era Pippa.

—No debería expresarse de esa manera de su salvadora, pero dejaré que este asunto lo solucione milady. Con permiso...

La doncella salió de la habitación sin haber hecho lo que debería que era abrir las aberturas, pero estaba indignada porque hablaron mal de lady Dorothea y eso era algo intolerable para ella. Fue sin dilación a la habitación de la joven, pero la encontró en el pasillo, dirigiéndose hacia los aposentos del susodicho malhablado.

—Buen día, Camile. ¿Has revisado cómo amaneció mi prometido? —saludó Dorothea, sonriente—. Casi no pude cerrar los ojos en toda la noche, ya que me emociona mucho conocerlo.

—Debería bajar sus expectativas respecto a ese rufián, milady, ya que la ha llamado víbora y ni siquiera estaba consciente cuando lo cogió de aquel charco. Debió dejar ahí a ese malagradecido.

—Oh, pobrecito, debe carecer de la educación necesaria o la calle ha sido muy dura con él. Deberías comprenderlo, es un pequeño salvaje.

—Solo usted puede ver algo bueno en ese desperdicio, aunque es atractivo, tiene los ojos verdes.

—¿En verdad? Iré a verlo y apreciarlo. Espero que no me considere una víbora, al verme sabrá que no soy eso que dijo en primera instancia.

Dorothea ni siquiera pensaba ofenderse por el hecho de que alguien le dijera víbora sin que estuviera presente, suponía que tenía una amplia madurez para tratar el asunto como debería.

Se dirigió a los aposentos del mendigo al que consideraba su prometido y entró. Los encontró tapándose el cuerpo con la manta cerca de la ventana.

Cuando él escuchó que alguien entró sin mirar, no dudó en arremeter con sus palabras contra quien fuera.

—¿Qué pretendes trayéndome aquí, arpía desconsiderada? ¿No entiendes que nadie te quiere y mucho menos yo?

—Lamento que me tenga en un concepto tan deplorable sin conocerme. Es cierto que los caballeros no me aprecian como deberían, espero que usted sea la excepción.

Al escuchar que la voz no era la de su madrastra, él giró sobre sus talones para verla. ¿Qué diablos estaba ocurriendo? Una joven de cabellos largos y un color extravagante estaba frente a su persona y lo miraba con diversión en sus ojos color ámbar.

—Al notar la expresión de su cara entiendo que me ha confundido con otra persona. Si hay algo en lo que pueda ayudarlo, solo dígame.

—¿Dónde estoy? No reconozco este lugar, ni siquiera el paisaje.

—Esta es mi casa en Londres, al menos lo ha sido por las últimas dos semanas, pero partiremos mañana rumbo a Bath.

—¿Dónde me encontró y por qué me trajo aquí? ¿Tiene algo que ver con la viuda de mi padre?

—Lo encontré en la calle, en un charco. No soy nadie para darle consejos, pero no debería beber hasta perder la conciencia. Sé que la vida puede ser difícil en ocasiones, pero no es para que pierda la vida, atropellado por un carruaje. Ah, y sus ropas están al sol.

—Gracias por haberme ayudado en la calle, se lo agradezco, ¿puedo recompensarla?

La joven no dudó en acercarse al que suponía era un mendigo, lo cogió de las manos y lo observó.

—Ya he sido recompensada al conocerlo. He venido a cambiar su vida para bien...

Adam sintió algo extraño al estar en contacto directo con la piel de la mujer que estaba ahí. Ella era demasiado dulce y atrevida a la vez. Su voz era encantadora y conciliadora, inquietantemente tranquilizadora; sin embargo, la expresión que refería a que cambiaría su vida para siempre no era algo que le resultara muy apetecible.

—¿Cambiar mi vida? No necesito ningún cambio. Le agradezco de corazón que me salvara, y entiendo que me ha salvado por su buen corazón.

—Tal vez un poco más que buen corazón, exista un interés particular en su persona. Lo he escogido para que se case conmigo.

Como si hubieran puesto sus manos al fuego, Adam se alejó de la joven y se cubrió aún más con la manta. Se veía ridículo exhibiéndose con pocas prendas, confundiendo a una dama, haciendo que sus ardores estuvieran al rojo vivo. No era su intención provocar a nadie.

—No quiero casarme aún, soy muy joven, con un futuro de soltería muy largo, por cierto.

Ella sonrió ante lo que había dicho el hombre, sabía qué tal vez no estuviera de acuerdo, pero para eso estaba el dinero y las propiedades de su dote, era la forma de convencerlo.

—Tengo una generosa dote y usted necesita de mí para salir de las calles. Considero que nos haríamos un favor mutuo...

—¿Perdón? —interpeló Adam, confundido. Por lo que entendía, la joven lo estaba confundiendo con un indigente o mendigo o como quisiera llamarlo. ¿Tan mal estaba para parecer uno de esos?—. ¿Me está confundiendo con un mendigo? No necesito su dinero, tengo suficiente para vivir bien.

—Pobre de usted, debió golpearse muy fuerte al caer. Menos mal que no se ha roto ningún diente. No me tenga miedo. Es el prometido que escogí y es una decisión imperturbable.

—¿Quién demonios es usted? No concibo a nadie más demente que su persona. ¿Por qué quiere casarse conmigo? ¿No hay otro?

—Puede considerarme un ángel o un demonio, como guste. Mi nombre es Dorothea y soy hija del marqués de Fremont. Usted es el esposo que necesito y que no he conseguido en cuatro temporadas y no, no hay otro, por algo es el escogido, mi milagro, mi bendición.

—Lo que me faltaba. No era suficiente una madrastra loca, Dios debía castigarme con una solterona. Para que se informe, soy un conde.

—Puede ser lo que guste, nadie se lo impide. A veces la pobreza hace que las personas sufran delirios de grandeza.

—¡Por el bendito! —exclamó dejando caer la manta que lo cubría. Debía gesticular para defenderse de aquella mujer que no entendía de razones—. Soy Adam Bruster, conde de Baltimore, y voy a salir de esta casa.

—No saldrá de aquí, porque yo lo encontré y me pertenece —espetó Dorothea con determinación.

—Que me traigan mis prendas y me faciliten un caballo, regresaré a mi casa.

—Mi camisón le sienta muy bien y sus pantorrillas son simpáticas, nunca he visto pies tan blancos como los suyos, son encantadores.

A Adam se le subió un extraño calor a la cabeza al mirar hacia sus pies. Estaba siendo avergonzado por una fémina demente que pretendía retenerlo en contra de su voluntad.

—No debería estar observando. Una dama debe ser pudorosa —reprochó.

—Tiene razón, lo lamento, disculpe —pronunció y bajó la mirada.

—Ahora haga lo que le pedí, quiero regresar a mi casa.

—Usted no tiene hogar, lo encontré en la calle y me acompañará para presentarle a mi padre. Lo único que le concederé hasta que entienda lo que ocurre es el desayuno y por pudor se lo servirán aquí. Tal vez para la cena podamos darle sus prendas. Mi cochero irá a buscar unas nuevas para usted si hace falta.

—Debo mantener la calma para no caer en la locura. Estoy en un lugar desconocido con una mujer demente, más demente que Pippa. No pensé extrañar a mi madrastra en este momento.

—Debió tener pesadillas, pero conmigo no debe preocuparse por nada. Tendrá lo que necesita, aunque al menos para conocer a mi padre le solicito que se abstenga a beber.

—¿Ahora piensa que soy un bebedor empedernido? ¡Qué tontería!

—No lo digo yo, es que lo encontré dormido en la calle, únicamente un borracho podría estar tirado para que alguien lo recogiera, usted sabe, esto se cuenta solo.

—Por respeto a que me ha acogido, quiero que entienda que no soy un ebrio, soy un caballero. La recompensaré con mucho dinero por esto que ha hecho.

—Dinero lo tengo, me falta un esposo.

—Puedo ayudarla a encontrar a cualquiera que no sea yo. Si me ha cogido pensando que era un mendigo, podríamos coger a uno real que estaría encantado de estar con una dama tan fascinante como usted.

—Si le resulta fascinante, eso significa que existe un interés de su parte. Conversaremos cuando sus prendas estén secas o cuando mi cochero venga con las nuevas. Ahora, considere casarse conmigo.

—No lo...

—He dicho que lo considere —gruñó Dorothea que ya no quería seguir oyendo las negativas de su prometido.

Le dio la espalda y salió de la habitación con tranquilidad.

El conde echó una mirada a su vestimenta y se sintió disminuido y avergonzado por mantener una conversación con un camisón que dejaba ver sus pantorrillas. Era vergonzoso. No obstante, había algo mucho peor para él y era que esa mujer estaba decidida a comprometerlo, no era cualquier dama, era la hija de un marqués y él un hombre soltero, si ella quería acusarlo, podría hacerlo, ya que estaban solos en un lugar y aquello era muy propicio para dejarlo en mala posición.

Al considerar eso, lamentó haber dicho su nombre frente a la joven, aunque lo bueno era que ella no le creía una sola palabra. Lo que debía hacer era huir, apenas tuviera la más mínima oportunidad o terminaría casado y no estaba en sus planes hacerlo y menos por insistencia de una dama.

La culpable de que estuviera en ese problema era Pippa que con sus actos buscaba que él cayera en sus redes; sin embargo, lo que había logrado era que otra joven se apropiara de él. No sabía si burlarse o rezar para encontrar una solución a tanta tontería.

Fuera de la habitación del hombre, Dorothea fue a buscar a su criada para que pudieran alimentar al susodicho.

—Camile, llévale algo de comer al señor —pidió con el rostro enfadado.

—¿Le ha dicho cosas feas, milady? Puedo escupir en su desayuno si lo desea.

—No, Camile, no somos esa clase de personas vengativas. Me preocupa que, pese a que le he ofrecido dinero, él se niegue a casarse. No puedo dejarlo ir, debo aferrarme.

—Ay, milady. Lo mejor es que lo deje ir.

—No puedo. Es tan guapo y simpático que no puedo dejarlo ir. ¿Dónde conseguiré otro mendigo con la dentadura completa? Hay prioridades en esta vida. Me dijo que es un conde, pero no quiero creerle.

—Mmm... Los mendigos no tienen los dientes así, la verdad que sí creo que es un aristócrata. Es tan blanco como una nube y sus prendas son finas, milady. Las he lavado y se lo puedo asegurar.

Capítulo 9

—No me digas eso, Camile, no quiero dejarlo ir. Me niego a hacerlo —espetó presa del miedo de que su reciente prometido en realidad no fuera lo que esperaba.

—No quiera tapar el sol con un dedo, milady. Lo único que logrará es vivir en una absurda fantasía.

—Debo convencerlo de que es un bebedor y que no tiene familia, ni título, que solo me tiene a mí, que quiero convertirlo en mi esposo. No hay más que discutir, no aceptaré cualquier otra cosa por más que sea la realidad que me aqueja. No me queda más que aferrarme a lo que he podido conseguir.

—No diga que no se lo advertí. Ese hombre se le escapará en cualquier momento, ahora no puede porque no tiene prendas para hacerlo, pero una vez que las tenga, no dude que se arrojará de la segunda planta. Iré a servirle el desayuno al caballero.

No le quitaba la razón a Camile; sin embargo, ella podría seguir insistiendo hasta que él aceptara la generosa oferta de ser su esposo, por eso, lo dejaría en camisón hasta que decidiera aceptarla.

No se resignaría a perder a alguien que le gustaba. Antes no había sentido una atracción física similar y tampoco había cruzado tantas palabras con alguien como con él. Quería insistir en que la aceptara, le prometería todo lo necesario para convencerlo de algo, al menos no estaba casado, lo que le daba esperanzas para continuar insistiendo en que la viera de una buena manera.

Camile regresó a la habitación del hombre con el desayuno en una bandeja.

—Con permiso, señor. Milady ha pedido que se le sirviera el desayuno.

Adam miró a la mujer con enfado y fue a sentarse en una silla que estaba junto a una mesita cerca de la ventana.

—¿Su querida lady no le ha dicho que necesito mis prendas? —inquirió molesto.

—Milady ha dicho que tendrá sus prendas en cuanto estén secas. Hoy las he lavado, señor.

—No me llame señor, soy lord Baltimore.

—Hasta que no demuestre que es más que un señor, le seguiré llamando así, siga órdenes de milady, no otras.

—Ya entiendo por qué es así esa mujer. Todos a su alrededor se manejan con prepotencia. No entiende lo que se le explica, no puede pensar que debido a que encuentra algo en la calle necesariamente debe quedárselo y menos a una persona, no soy un esclavo. ¿Por qué milady está empeñada en casarse conmigo?

Ella le colocó la bandeja del desayuno frente a él y se alejó unos pasos.

—Nadie la ha querido en estos años. A los hombres no les parece bonita. Su padre le ha exigido que encontrara un esposo, él está enfermo y teme que su vida termine pronto, dejando a su hija en la miseria si su medio hermano no quisiera encargarse de ella. Hemos llegado hace poco más de dos semanas y debemos regresar con noticias positivas, el marqués solo le ha dado un mes para conseguir lo que no pudo en cuatro años.

—Es inexplicable como es que nadie la ha pedido en matrimonio. El problema no creo que sea su apariencia, más bien es su carácter y un temperamento un tanto controlador y pasivo agresivo. Parece una bella paloma al hablar, pero unos segundos después se despierta el cuervo que tiene en su interior.

—Milady no habla demasiado, es una persona un tanto extrovertida, pero dice lo necesario y jamás podría faltar al respeto a alguien. Si usted es un conde como dice, debería conversar con ella en su mismo nivel.

—No tengo tiempo para esas tonterías. Debo regresar a mi casa.

—¿Para qué tiene una casa si duerme en la calle?

—Por el amor de Dios, quiero desayunar tranquilo. No tengo razones para dar explicaciones sobre mis gustos a nadie y menos a una criada, si no le explico nada a una dama de cuna, sin duda jamás le respondería a usted.

—Que lo disfrute, señor. Recuerde no ofender a la servidumbre, pueden escupir en su comida.

La doncella se retiró dejando solo a Adam en aquel lugar. Él miró la comida con cierto asco. Esperaba que no hubieran escupido en el pan, porque eso sería lo único que comería, ya que no confiaba en el zumo de fruta ni en lo que parecía ser un té, pero que por la amenaza de la criada quizá ni siquiera fuera agua de charco.

Se suponía que durante ese día estaría esperando su ropa, mas él quería irse, aunque eso era imposible en las vergonzosas condiciones en las que se encontraba. Quería sus prendas sucias o limpias, mojadas o secas, lo único que le importaba era salir de ahí. Era increíble que saliera de un lugar horrible para entrar en otro y que definitivamente dos mujeres hubieran perdido la razón por su causa. A Pippa quizá hasta la comprendiera, pero no a la joven hija de un marqués que bien podría estar comprometida con un excelente candidato, aunque también era comprensible que estuviera desesperada después de cuatro temporadas, eso no perdonaba a ninguna mujer.

Quería sentir empatía por la situación de la joven, pero no podía, ya que él estaba involucrado hasta el cuello en algo de lo que no sabía y de lo que entendía que debía cuidarse. Mientras más tiempo se quedase ahí, la situación sería peor, puesto que se vería obligado a responder por el honor de una demente desconocida que creía que por encontrarlo en la calle él le pertenecía. ¿Dónde se había visto o escuchado algo semejante?

Después de un par de horas, la doncella regresó para llevar la bandeja del desayuno.

—No se ha tomado nada. ¿No tiene sed? —preguntó Camile, extrañada por el comportamiento del hombre.

—Me ha dicho que en esta casa escupen en la comida, ¿cómo cree que me tomaría algo? Me estoy muriendo de sed. Dígale a milady que quiero que venga con un vaso de agua.

Camile quería desternillarse de la risa por lo que le había dicho aquel señor. Era solo una insinuación por lo que le dijo cuando le llevó el desayuno.

—Enseguida le aviso, señor.

Debía hacer lo que le pedía el hombre. Lady Dorothea se encontraba en la habitación contigua, por lo que fue sin tardar demasiado, golpeó la puerta y esperó su aprobación para entrar, una vez que la obtuvo, entró sin hacer mucho ruido.

La joven estaba con un libro en su regazo, aunque no lo estaba leyendo, lo dejó junto a una lámpara que estaba al lado de la cama y se levantó de ahí para caminar por la habitación.

—¿Tienes novedades de mi prometido? —curioseó.

—Sí, quiere verla y que usted le lleve un vaso de agua.

—¿Por qué quiere que se lo lleve?

—Tal vez dije cosas que no debía, pero él empezó, es un incordio, un petulante, milady —se justificó con prontitud.

—¿Te atreviste a escupirle en la comida? No puedo creerlo, Camile.

—No lo hice, pero no fue capaz de tomar el zumo de fruta y tampoco el té por temor a mi advertencia.

—Complicas las cosas para mí, Camile. ¿Piensas que así querrá ser mi esposo?

—No la quiere de ninguna manera, un escupitajo es lo de menos, créame.

Dorothea suspiró y fue a coger un vaso para servir el agua que le llevaban a la habitación en una jarra.

—No vuelvas a decirle tonterías a mi prometido. Hay que darle razones para que me quiera y no para que crea que soy despreciable con escupitajos. En ocasiones los sirvientes son reflejo de sus amos.

—Soy el reflejo de su madre, milady.

—Sí, coincidido con tu afirmación.

Al acabar de decir eso, Dorothea fue a buscar al caballero. Respiró con fuerza y tragó saliva.

Adam estaba sentado con las piernas cruzadas, mirando hacia la puerta, y la dama pelirroja

entraba como si estuviera a punto de ser condenada por un delito.

—Camile me ha dicho que quiere agua —pronunció Dorothea, un poco nerviosa. No quería que él tuviera más buenas razones para abandonarla, ya que si aquel insistía en irse ella no podría hacer mucho para que se quedara.

—Beba usted primero —ordenó.

—¿Por qué quiere que lo beba?

—Porque no confío en ninguna bebida y menos después de que su criada, con tan buena voluntad —alegó sarcástico—, me dijo que escupiría en mi comida.

—Lamento mucho ese pequeño inconveniente. Camile es la doncella de mi madre, por lo que no puedo responsabilizarme por su vocabulario, pero le aseguro que nadie escupió ni escupirá en su comida.

—Entonces beba.

Ella lo hizo sin temor alguno, ya que no escupiría en su propia agua y no creía a Camile capaz de hacerlo tampoco.

Al ver que Dorothea bebió un poco del contenido, él extendió su mano para que se lo diera y ella accedió a entregar el vaso.

Estaba tan sediento que sintió que ese vaso equivalía a un trago de agua.

—Más —pidió.

—Se lo traeré.

—¿Y mi ropa?

—He decidido no entregársela, ya que me dejará si llegara a dársela.

—De todas formas, no me quedará aquí, solo está retrasando lo inevitable.

—Por pudor, tal vez le dé su pantalón.

—Cuánta generosidad, no puedo imaginar a una criatura más desprendida que usted.

—Le traeré el agua y seguiremos conversando. Espero que para la cena pueda acompañarme.

—La cena es mucho tiempo, quiero irme.

—Oh, me duele tener que decirle que no, pero mis intereses están sobre los suyos.

—Ni siquiera tiene escrúpulos para ocultar lo que en realidad desea.

—Sería engañarnos a ambos. Quiero que me conozca y reconsidere la idea de casarnos.

—Conocerla puede llegar a ser un placer, pero casarnos es absurdo.

Thea se fue y después de unos instantes regresó con la jarra y repitió el procedimiento anterior para demostrar que podía confiar en que nadie había contaminado su bebida.

Esta vez él se sirvió los vasos hasta quedar satisfecho con tanto líquido. Entonces, vio que la joven tomó asiento en el borde del lecho para observarlo.

—No soy su mascota —farfulló Adam.

—No pretendo que lo sea, solo lo estoy apreciando y esperando que me diga que espera casarse conmigo tanto como yo ansío casarme con usted. Quisiera decirle que estoy preparada para ser la mejor esposa. No han escatimado en mi educación y tampoco en mi dote. Además, me gustaría proporcionarle más información sobre mí que podría necesitar para decidirse.

—No hay dinero ni cualidades superpoderosas que haga que me case con usted, necesito que lo entienda. Sé que ha sido una buena persona al acogerme en mi peor momento, en verdad no sabe cuánto valoro su aporte; sin embargo, no significa que le pertenezco.

—No puedo regresar sin un compromiso, lo lamento por usted, pero como le he dicho, mi seguridad y la de mi madre están primero. Hay una dote que le pertenecerá y yo seré suya para siempre. Considero que no soy un mal premio por su sacrificio.

—No lo es, pero creo que debe continuar su búsqueda. No insista.

—Para usted es incomprensible que no le queda mucho tiempo de vida a mi padre y yo debo casarme este mes, en menos de dos semanas. Créame que no puedo dejarlo, me niego. Hágame el favor de casarse conmigo.

Para Adam era complicada la situación, pues ella lo tenía recluido en el lugar por miedo a la vergüenza pública de escapar con un camisón. Debía dejar de lado ese prejuicio. Su hombría no desaparecería por vestir prendas de una dama.

—¿Hay alguien en esa cabeza? Le he dicho que no y no es algo que pueda negociar. No necesito un heredero, ya lo tengo. Una esposa es algo sin importancia para mí, no siento la necesidad de juntarme con alguien para conocerla o soportarla, ¿qué más quiere que le diga?

—¿Es viudo? Debe tener un hijo muy bonito —comentó con un gran dolor en el pecho por el rechazo que afrontaba.

—No. Tengo un hermano menor, es mi hermanastro y lo aprecio mucho. No quiero un hijo que pueda ocupar su lugar. Quiero que él sea mi heredero.

—Es comprensible. Bien... Lo esperaré en la cena. —Ella no sabía cómo enfrentar su tristeza ante todo lo que oía, ya que ni siquiera podría darle hijos según lo que él manifestaba. Al parecer, su bendición no sería el esposo que esperaba.

Capítulo 10

Después de abandonar la habitación de Adam, ella fue a la suya y no era para otra cosa más que para ocultar su tristeza. Dejó caer un par de lágrimas antes de volver a ser la misma Dorothea. Llevaba al menos dos años sin llorar por el rechazo de las personas, pero en esa ocasión tenía esperanzas de que un hombre atractivo que encontró en la calle pudiera ser su esposo, pero él no quería. ¿Cómo podría convencer a alguien que no estaba interesado en ella al igual que todos? ¿Qué hacía mal para merecer tal castigo? Ser despreciada era algo demasiado cruel para Dorothea, ya que solo quería hacer el bien con lo que sabía. Podría ser la mejor esposa del mundo, pero nadie le daba esa oportunidad.

—Tranquila, Thea, las cosas no pueden ir peor de lo que ya están, eres solterona y lo único que cambiará es que serás pobre. Puedes hacer lo mismo que la señorita Green, que no le tiene miedo a nada. Puedes ser una dama de compañía para alguna anciana cotilla. Nunca te faltará diversión —dijo para consolarse, mientras limpiaba las lágrimas que bañaron sus mejillas en un instante—. Es un rechazo doloroso, ya que nunca te habían dicho que ni siquiera servirías para concebir hijos. No sé qué es peor, si tener un esposo que no quiera hijos o no tener uno. ¡Qué tontería! Es evidente que carecer de un esposo es una desgracia. No puedes darte por vencida. Si pierdes a este que tienes, corres y consigues otro en alguna taberna de mala muerte. De hecho, es mejor que echas a ese hombre que ocupa espacio.

Hablar con ella misma siempre surtía efecto para darse ánimos. Así sobrevivió los últimos tres años de su vida.

Una vez que se tranquilizó era hora del almuerzo. Ella fue hacia el pequeño y acogedor comedor con el que contaba esa residencia de alquiler.

—Llévale el almuerzo y sus prendas al caballero —ordenó Dorothea después de que Camile le terminara de servir—. Dile que se quedará hasta la cena y después nuestro cochero lo dejará en el lugar en que lo recogimos para que haga lo que quiera.

—Lo siento, milady. Sé que esta decisión le duele mucho, pero ambas sabemos que ese señor escapará ante la primera oportunidad que se le presente.

—Sí. Mañana conseguiré un esposo. Iré a una taberna y le pagaré al más guapo que encuentre y soluciono esto. Debí hacerlo en un primer momento, pero dentro de mí habita alguien que quiere un poco de dinero, me gusta la buena vida, pero de igual forma tendré una modesta si sabemos administrar mi dote.

—Es una mejor idea que recoger a un mendigo. En una taberna asegura que el hombre tiene para pagar lo que bebe.

—No lo había visto desde ese punto, pero tiene mucho sentido. Gracias, Camile.

—De nada, milady. Le llevaré el almuerzo al susodicho y veré que sus prendas estén secas.

—Podrías ofrecerle un camisón del cochero y después le repondremos. No le gusta que le

estén mirando la pantorrilla con mi prenda.

—Se pasa de exigente. A nadie le importan sus pantorrillas.

—Tiene unos pies atractivos. De hecho, todo en él es perfecto.

—Olvídelo, milady, o sufrirá.

La joven asintió y comenzó a sorber su sopa con tranquilidad, a la vez que la doncella iba hacia la cocina para preparar el almuerzo para el hombre.

Adam volvió a dormir después de que bebiera tanta agua como le fue posible. Solo el sonido de la puerta que se abrió, lo despertó y ahí notó que la criada de lady desesperada era quien entraba con una nueva bandeja. El aroma de la comida invadió toda la habitación, haciendo que el hambre también despertara.

—Aquí tiene el almuerzo, señor —anunció Camile.

—¿No ha escupido en él?

—Todavía no, pero puedo hacerlo si lo prefiere con mejor sazón.

—Pídale a milady que venga para probarlo.

—¿Quiere meterme en un problema? Me ha regañado por su causa.

—Es su culpa. Debería tener las ínfulas de una criada normal, no de la patrona. No voy a comer esto hasta que ella lo pruebe.

—Se lo diré a milady.

Camile fue hacia el comedor con el rostro enfurruñado. Ese hombre haría que la despidieran, ya deseaba que terminara de irse.

—Disculpe que la moleste, milady, pero el joven de la habitación se niega a comer.

—¿Quiere morir de hambre?

—Lo que espera es que usted vaya y pruebe la comida.

—¿Ves lo que hacen tus comentarios, Camile? Ahora debo hacer lo que pide porque lo tengo aquí.

Ella se quitó la servilleta del regazo, se limpió la boca y se levantó para ir hacia los aposentos del hombre. De nuevo debía enfrentarlo, pero lo haría con seriedad y no volvería a rogarle por un matrimonio.

Entró a la habitación, lo vio sentado frente a la comida que no había tocado. Ni siquiera cruzó palabra, probó cada uno de los platillos como la sopa, pudín de carne y vegetales, al igual

que la copa de vino. Cuando acabó de hacerlo, giró sobre sus talones para regresar al comedor.

El conde notó que la joven parecía enfadada. Además, tenía los ojos rojos, parecía haberlos frotado con frecuencia. No quería creer que había hecho llorar a una dama. Él no tenía corazón para semejante acto tan ruin.

—Gracias, milady —habló, pero ella no se detuvo a decir nada, tal como llegó, se fue.

A Adam solo le quedaba almorzar y nada más. Esperaba que esa mujer le diera su libertad en un par de horas, por más que dijera que no le entregaría sus prendas para que él no pudiera irse. No quería ser desagradecido con ella, podía estar equivocada en su actuar, pero era una gran persona, una dama impulsada por la desesperación por tener que vivir la soltería sin desearlo. Nunca se había puesto a pensar en las personas que no lograban casarse. En el caso de las mujeres no era igual que para los hombres, ellas no tenían las mismas oportunidades ni tampoco una forma de supervivencia propia.

Dorothea respiró hondo al dejar la estancia. Tal vez para la hora de la cena ella pudiera superar lo que le había dicho. Al menos trataría de demostrar su educación después, ya que no quería continuar humillándose, tal vez todos la rechazaran, pero tenía amor propio, insistió lo suficiente.

—He solucionado el problema. El señor comerá sin mayor inconveniente —afirmó regresando a su lugar, en donde la esperaba Camile.

—Lamento haberla molestado, milady, pero ese patán es complicado.

—No lo llames así. Entiendo su actuar, pronto se irá y no tiene sentido que nos enemistemos con él. Hablaré con el caballero por la noche para despedirnos, quizá me ofrezca como dama de compañía de alguna persona que conozca si dice ser un conde.

—No se contradiga, dijo que irá a una taberna.

—Es que a veces se me olvidan las cosas. Déjame comer tranquila, por favor.

—Por supuesto, milady. ¿Le serviré té al señor?

—No, porque pedirá que yo lo pruebe.

—Él no se dará cuenta si usted escupe en su comida. Piénselo.

—No me tientes, puedo caer.

La criada se retiró con una sonrisa maliciosa, al igual que Dorothea, puesto que esa travesura podría ser interesante. No se daría cuenta si ella escupía en su comida, pues quien la probaba era la misma Dorothea, pero no se atrevería a hacer algo tan asqueroso, tal vez a algún enemigo, pero no a ese hombre que estaba ahí solo porque no le interesaba casarse, era algo de esperar por más que eso no le gustara a ella.

Para la hora del té, Camile le sirvió a Dorothea y acto seguido fue a buscar la bandeja que había dejado en la habitación en donde se encontraba Adam. Golpeó la puerta para poder entrar y

retirar lo que debía.

—Al menos dígale a milady que me proporcione un libro. Estoy muriendo de aburrimiento —masculló sentado junto a la ventana, mirando hacia el desconocido paisaje que estaba afuera —. Me tiene prisionero, aislado y desnudo. ¿Podría darle ese mensaje?

—Pronto dejará de estar desnudo. Milady ha ordenado que se le entreguen sus prendas para que no siga exhibiendo sus pantorrillas.

—Es una descarada —expresó avergonzado.

—Le traeré sus prendas. Con permiso, señor, y le diré a milady que está aburrido.

A Camile le estaba cansando subir y bajar las escaleras cada rato. Esperaba que anunciar la cena fuera la última vez que debía subir junto al recogido de la casa.

La residencia contaba con una pequeña sala de té que tenía un gran ventanal para mirar al pequeño jardín que rodeaba la coqueta casa.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Dorothea que tenía un bordado en la mano.

—El señor está aburrido.

—¿Y qué quiere? ¿Pretende que vaya a tocarle el violín o que baile frente a él? —curioseó burlona.

—Quiere un libro, milady.

—Dale esto —dijo la joven que le entregó el bordado que estaba haciendo—. Le servirá más que un libro.

—Me lo arrojará en la cabeza.

—¿Qué más da?

Entre suspiros de cansancio y también un poco de vergüenza, Camile regresó junto a Adam. Dorothea la tenía como una mensajera de indirectas.

La mujer se acercó al hombre y le entregó lo que su patrona le pidió.

—Es el libro más extraño que he visto —alegó Adam con sarcasmo.

—Milady dice que esto le ayudará más que un libro.

—¿Y así pensaba que sería mi esposa? Dios me libre de esta clase de mujer que quiere controlar la vida ajena. Le advierto que esa dama no se casará.

—Lo sé, es evidente que lleva mucho tiempo soltera, señor.

—Y ya ve las razones. Quiere victimizarse conmigo, pero después es una criatura burlesca.

—Le dejaré esto y me iré. Ah, aquí tiene su ropa.

—Al fin podré salir de aquí.

—Con permiso.

Él quedó con ese bordado en la mano. Quería arrojárselo a la cara, pero lo haría después de estar vestido como un caballero. Ir en camisón le quitaría credibilidad y sería el blanco de mayores burlas a las que ya pesaban sobre su orgullo masculino.

Al acabar de vestirse, volvió a sentirse poderoso y con la sensación de tener el control. A veces se asombraba con lo que una simple prenda podía hacer por alguien.

Cogió el bordado y lo observó, aunque después le llamó la atención cómo estaba hecho. Estudió el camino de la aguja y la forma que tomaba cada milímetro de hilo. Entonces, levantó una ceja e intentó seguir el patrón de la figura. Al lograr un excelente resultado en su primer intento, siguió entretenido en él durante un largo rato hasta que el hilo quedó corto.

En ese momento se dio cuenta de que había caído en el juego de la joven y que también anocheció. Le había ayudado a distraerse bastante, tanto que perdió tiempo de su libertad.

Sin ningún temor abrió la puerta de la habitación para salir. Llevó consigo el bordado y comenzó a recorrer el pasillo, pero a unos pasos encontró a la artífice de su prisión.

—Aquí tiene su bordado. ¿Pensó que no podría hacerlo? —increpó extendiendo el tambor con la tela hacia ella.

—Nunca lo dudé. Querer es poder, ¿no es así?

—Es algo humillante para un caballero.

—No lo considere de esa manera. Usted es alguien que comprende que ha tenido lo que ha deseado: dejar de estar aburrido.

—No lo niego, el tiempo ha pasado muy rápido.

Dorothea observó a Adam y notó que sí era alguien de la aristocracia por las prendas que llevaba puestas.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —indagó Dorothea para recordar mejor.

—Adam Bruster, conde de Baltimore.

—Ahora sí se ve como un caballero, milord.

—¿Y usted?

—Lady Dorothea Coldwell.

—Ha sido un placer, debo retirarme.

—Le pido que se quede a cenar. Mi carruaje lo devolverá al mismo lugar en que lo encontré.

—¿Por qué quiere que me quede?

—Para pedirle que me tenga en cuenta como dama de compañía para alguna tía, madre, madrastra, prima, hermana o vecina en caso de no casarme.

—Se casará, tiene la entereza suficiente.

—Mañana haré mi último intento, iré a una taberna y le pagaré a alguien para que sea mi esposo.

Capítulo 11

Una carcajada sarcástica escapó de la boca de Adam al escuchar lo que la joven había dicho. Ella ni siquiera tenía idea de lo que ocurría en una taberna.

—¿Sabe que cuando habla de una taberna no está ni siquiera cerca de ser como *White's*? —cuestionó.

—Lo entiendo perfectamente, milord —correspondió educada—. Vayamos al comedor y discutamos el asunto para distraernos un poco. Quizá sus conocimientos me ayuden a escoger al que tenga un poco más de recursos.

—¿A qué recursos se refiere? —indagó, mientras caminaba junto a la joven.

—Atractivo y dinero para pagar su cuenta. Es importante que tenga todos sus dientes y tener forma de cancelar sus compromisos económicos es una buena señal, significa que está generando recursos para mantener a una dama.

—¿Ha escapado de Bedlam? Con todo respeto, usted es una dama, hija de un marqués, supongo que entiende que no cualquier bolsillo es capaz de sostener a semejante gastadora.

—Con todo respeto le responderé. Sepa que soy una persona que no necesita demasiados lujos para vivir, soy lo más independiente que se puede. Me he acostumbrado a hacer las cosas sola para no contar con una doncella. Camile es la doncella de mi madre y ocasionalmente se encarga de mí. Tampoco tengo joyas finas, ya que las que usé durante todas las temporadas son de mi madre y me las ha prestado. Entonces, volviendo al asunto de un hombre en una taberna, espero que tenga un oficio decente que me permita ser una persona respetable. Un letrado, un médico, un administrador, un capataz, un comerciante o algo similar.

—Usted es la hija de un marqués. Ni siquiera debería considerar pensar en esas personas que están por debajo de usted.

—No estoy en posición de escoger. Lo primero que caiga en mi red será el indicado. ¿Acaso no escuchó mi historia llena de fracasos en estos cuatro años? De hecho, hace falta que le cuente lo mal que me ha ido en Londres desde que llegué.

Los dos llegaron al comedor y, como buen caballero, Adam se apresuró a correr la silla en la que se sentaría Dorothea.

—Gracias, qué caballeroso. —Sonrió al decirlo.

Él le devolvió una sonrisa y se sentó cerca de ella. La doncella sirvió una sopa como entrada y colocó frente a ellos un jamón y patatas hervidas con verduras.

—No hace falta que pruebe su sopa, nos ha servido de la sopera, espere que dé el primer sorbo —habló Thea para generar confianza en el conde.

A Adam le resultaba graciosa esa joven, aparte de ser sencilla y hermosa. Le daba un poco

de vergüenza ajena que ella pretendiera buscar un hombre en donde no debía. Ni siquiera debería considerar tales opciones, pero ella no parecía entender razones o quizá quien no entendiera fuera él.

Después de demostrarle que no había nada que temer en la sopa, ella sonrió y colocó su servilleta correctamente.

—Mientras cenamos puedo contarle la odisea. El vino alentará mi valor —dijo Dorothea que alzó su copa hacia él—. A su salud, milord.

—Por usted, milady —correspondió alzando su copa de la misma manera que ella, pero la bebió después de Dorothea.

—Al día siguiente de llegar a Londres comencé la tarea de encontrar un esposo conveniente, teniendo en cuenta que, conveniente, se refería a que tuviera ciertas cualidades, no era muy exigente para conseguir algo pronto. Primero fui a los parques a esperar que alguien se acercara a mí para tener una conversación o al menos fingir amabilidad; sin embargo, todos los caballeros estaban en compañía de preciosas damas. Después de eso, decidí ir a los bailes públicos. Los eventos privados nunca me sirvieron, pero tampoco los públicos.

—Por lo general, en esos eventos podría haber encontrado a uno de los candidatos de los que habló antes, pero en una taberna solo encontrará hombres.

—¿Y no es eso lo que busco? Un esposo es un esposo. Considero que cuando cuente cuánto dinero tengo, la ambición hará que se acerque y con eso habré conseguido mi objetivo. La noche en la que lo encontré salía de un evento, muy frustrada, rogando por un milagro y como si de algo mágico se tratara, usted apareció en el camino. Me aferré a desear que se casara conmigo, pero ante sus negativas no puedo hacer nada. La compañía no se obliga.

—Me apena lo que debe pasar para conseguir un esposo, milady. Es una joven virtuosa, inteligente y decidida. Quisiera decirle que alguno de mis amigos podría estar interesado en todo lo bueno que ofrece, mas mentiría, puesto que algunos de ellos no quieren casarse y los otros ya están casados.

—Es entendible...

Los dos continuaron comiendo y conversando sobre lo que ambos esperaban de la vida.

—Como le comenté, tengo un hermano que se llama Anthony. Es hijo del segundo matrimonio de mi padre, pero es como un hijo para mí, ya que lo cargué en brazos después de los veinte años. Su madre es una persona despreciable que no comprende que no es querida bajo mi techo.

—Me encantan los niños. Como una buena futura esposa estoy entregada a la idea de tener familia si Dios lo permite, ya que en ocasiones he visto que muchas damas están secas, espero no ser de esas.

—Usted... Me agrada.

—No diga mentiras... —Ella se sonrojó ante lo que había dicho Adam de repente.

—Disfruto de su compañía. Tal como lo hago yo, también podría hacerlo cualquiera.

—Por eso quiero conocer a ese cualquiera y escoger el menor de los males. A estas alturas no importan los sentimientos, solo la seguridad que ofrece un matrimonio.

—Un pobre no le asegurará nada de lo que pretende.

—Mi dote hará todo. La condición para casarme será que yo administre esos recursos con inteligencia, ya que mi futuro y el de mi madre dependen de eso. Charles, al ser mi medio hermano, no querrá mantener a mi madre, tal vez a mí sí, pero no a ella, por lo que mis esperanzas no son tantas como esperaría cualquiera.

—Siempre oigo de damas que mantienen zánganos.

—Quería mantenerlo a usted, pero rehusó mi oferta de convertirlo en mi zángano.

En verdad esa dama lo hacía delirar de risa. Le sobraba gracia y simpatía. Merecía algo mejor que un ebrio de las tabernas. Cada vez se sentía peor al dejarla en esa condición de tener que escoger a cualquiera, pese a que él era parte del grupo de los cualquiera, pero era un cualquiera con recursos.

—Usted es graciosa. Pese a que me he sentido un tanto insultado, secuestrado y obligado a permanecer aquí bajo amenazas para que considere ciertas situaciones, me parece que merece más de lo que puede obtener en una taberna. No estoy de acuerdo con que lo haga.

—La meritocracia es algo que alguien inventó para consolarse por lo que hizo para obtener algo, siendo que otras personas obtuvieron lo mismo sin el mínimo esfuerzo. ¿Quién dice que por ser buena merezco un buen esposo? La vida no es justa, de ser así, muchas cosas cambiarían para los hombres y las mujeres.

—Tal vez tenga el inocente pensamiento de que por hacerme reír debería ser premiada.

—Entiendo que en Londres las cosas no funcionan como en los condados, si lo ven conversando conmigo de esta manera, estarían orquestando casarnos.

—Mmm... Si saben que usted es solterona, dirán que es mi amante.

—No he considerado ser la amante de nadie. Lo comento, ya que lo ha mencionado, prefiero ser soltera por siempre. No busco nada descabellado, solo quiero un hombre que necesite un matrimonio tanto como yo.

Estar juntos y conversar se había hecho algo muy divertido, tanto que el conde podía decir que tenía la puerta abierta para irse, pero prefería quedarse junto a ella a divertirse. No se había dado cuenta de que hablar fuera algo tan gratificante.

Los dos bebieron varias copas de vino hasta acabar una botella. Ese fue el instante en que las cosas para ambos parecieron terminar.

Se levantaron de las sillas y fueron hacia la entrada de la residencia. El cochero se adelantó y fue a preparar el carruaje para llevar al conde a su casa.

—Debo decir que ha sido un verdadero placer conocerlo. Venir a Londres me ha enriquecido más de lo que creía. Conocí a una joven que quería ser institutriz o dama de compañía y ahora lo conozco a usted. Si requiere una esposa en menos de un día, no dude en buscarme. —Ella extendió la mano para que él la tomara y pudieran despedirse.

Adam entendió que ella le estaba diciendo adiós. Quería que le besara la mano para que la cordialidad fuera de acuerdo con sus rangos. Él cogió la mano de la joven y la miró a los ojos con detenimiento. Brillaban con tanta dulzura que era imposible decirle que se iría.

—¿Me quiere echar tan pronto?

—No, pero es usted quien deseaba irse.

—Me quedaré un poco más para beber en su compañía.

Dorothea sintió los labios del conde en su piel y se sonrojó. Cerró la puerta y le señaló para que fueran al salón a sentarse.

—Creo que tengo una botella de brandy que me ha puesto mi madre por si un caballero me visitaba —pronunció Dorothea. Fue hacia un mueble y ahí lo encontró.

—Su madre es una mujer precavida e inteligente.

—Si por inteligente cree que el brandy es para que solo lo pruebe, lo creo inocente, milord. Mi madre es una arpía astuta, quiere esta bebida para que deje al caballero a mi merced, sin oportunidad de escapar y obligarlo a que se case conmigo.

—Podría ser una idea aterradora; sin embargo, no suena tan mal, o al menos le he perdido el miedo a usted y al matrimonio.

—No me haga reír... —Entre sonrisas ella le sirvió una copa a Adam y se la entregó—. Me sentaré junto a la chimenea. Aquí es un lugar abierto y más fresco que el centro de Londres.

—La acompañaré...

Se sentaron junto a la chimenea crepitante para observar cómo la leña se consumía en el fuego. Para Adam era un instante tranquilo y agradable al que no sería capaz de cambiarle ni un solo detalle.

—Creo que olvidó algo —habló Adam para que Dorothea lo mirara.

—¿Piensa que Camile hizo una travesura? No lo creo. Nunca he bebido brandy.

—Dicen que siempre hay una primera vez para todo. Quizá termine tomando unos tragos conmigo.

Ella cogió la copa y le dio un sorbo pequeño. No era digno de una mujer escupir frente a un

caballero, por lo que tragó el líquido ambarino y se levantó del asiento para dar unas vueltas en la estancia. Aquello le quemaba hasta el pensamiento.

—Con el respeto que se merece su bebida, tiene un sabor que solo alguien sin lengua y que no quisiera conservar su estómago podría degustar —se quejó la joven.

—Pida a su criada que traiga un vino, ambos beberemos. No pienso obligarla a beber algo que no le guste.

Thea aceptó la sugerencia del conde y llamó a Camile que, después de unos instantes, se presentó con el vino y una copa para que se sirviera a gusto.

No era lo mejor para la reputación de una dama que esta bebiera en compañía de un caballero, pero ella tenía la orden de ser ciega, sorda y muda ante cualquier situación que pusiera en riesgo los planes de conseguir un matrimonio.

Después de un rato tomando, Dorothea, achispada por la bebida, se levantó para enseñarle a Adam sus dotes como bailarina, ya que habían comenzado a hablar de los bailes.

—Jamás he pisado a ningún caballero durante el baile. Tengo los pies tan ligeros como la cola de una liebre —musitó Dorothea que hacía los movimientos para enseñárselos a Adam.

No paraba de mirar a Dorothea, ella era especial, lo sabía. No creía tener una habilidad para adivinarlo, lo veía sin necesidad de sacar conclusiones elaboradas.

—Bailo muy poco, no me agrada mucho hacerlo. Voy a los bailes para no estar solo, ahí encuentro a mis amistades.

—¿Por qué no es más abierto con el resto? Usted es muy amable y divertido. Las personas deberían conocerlo. Espero que mi futuro caballero de la taberna tenga habilidades para las relaciones con los demás y para bailar. ¡Yo quiero bailar!

La mujer dio unas vueltas y después perdió el equilibrio hasta casi caer al piso, pero Adam la cogió al vuelo.

—Sigo sin querer que consiga un esposo en una taberna.

—Solo quiero un esposo para hacer felices a mis padres, yo ya me he resignado, pero ellos no. —Ella llevó su mano hacia el rostro de Adam y este sin darse cuenta dirigió esa extremidad para tocar mejor su piel.

—Es tan bella, milady... —Al pronunciar esas palabras, Adam se dejó llevar por el momento y pegó sus labios a los de Dorothea.

Capítulo 12

Podría estar cometiendo el peor de los errores al besar a una mujer a la que le negó la posibilidad de casarse con él. ¿Podía ser alguien tan ruin? Estaba demostrando que sí, ya que se hallaba seducido por la joven tan encantadora que tenía en frente. Su compañía le resultaba cómoda y vibrante, pero no sabía si para casarse. También, le perturbaba saber que buscaría a un ebrio como próximo esposo. No tenía autoridad para negarle que lo hiciera, mas no quería que pasara por esa situación tan humillante. Imaginar a tan preciosa dama entrando a un lugar maloliente lleno de borrachos que podrían faltarle al respeto, le producía un gran enfado. Entonces, si no estaba dispuesto a un matrimonio, ¿para qué complicaba su vida?

Le preocupaba poco cuánto complicará su existencia con ese beso, lo único que podía hacer era disfrutar del acercamiento y pensar después en las consecuencias.

Dorothea no entendía qué significaba lo que estaba haciendo el conde hasta que la bebida dejó de nublar su mente y entendió que la estaba besando. Nunca había sentido algo similar, no había nada en el mundo más placentero que estar pegada a los labios de ese hombre, ¿cómo podría dejarlo ir después del beso?

El fuego en su interior se incrementaba, al igual que una cálida sensación de seguridad invadía cada centímetro de su cuerpo. Dorothea nunca se había sentido tan atendida y menos por un caballero. Al parecer quedaría por siempre con el recuerdo del conde de Baltimore, como el primer hombre que la besó y que a la vez no quiso casarse con ella. Estaba resignada a que él se iría al acabar esa noche y nunca lo volvería a ver. Al pensar en eso, Dorothea se aferró al joven conde cogiéndolo de las prendas para que no se escapara, aunque no hizo falta nada de eso, los dos estaban rodando en el suelo, besándose acaloradamente como si les faltara el aire y se lo robaran el uno al otro.

Llevaban varios minutos en esa situación hasta que la intensidad del beso fue disminuyendo y la suavidad de los labios de Adam en los de Dorothea le daban tanta paz que ella se había quedado dormida y todo era por culpa del vino. Si no hubiera bebido tanto, las cosas serían distintas.

—¿Milady? —preguntó Adam al notar que la joven dejó de moverse. Por un segundo pensó que la había asfixiado por besarla con tanta pasión; sin embargo, la zarandéo y ella soltó un gruñido. Se sintió aliviado al darse cuenta de que estaba viva.

Acomodó a Dorothea en sus piernas y con esfuerzo cogió la botella de brandy que estaba cerca y también la copa. Frente a aquella chimenea se sirvió la bebida y la sorbió, a la vez que acomodaba el cabello de la joven que dormía. Ese era el momento ideal para irse; no obstante, no le apetecía. Debería salir corriendo, huyendo de una mujer que lo quería arrojar a la hoguera que representaba el matrimonio, pero prefería cuidar de Dorothea, que era una mujer vulnerable y delicada. Jamás había sentido tanta empatía por una desconocida, que pese a su vulnerabilidad era fuerte y decidida.

Fue un error haberla besado, ya que eso ilusionaría a Dorothea y era peor aún que se

quedara en ese lugar sin ánimos de irse, ya que estaba preocupado por lo que pensaba hacer al día siguiente. ¿Qué trato ventajoso podría proponerle para cuidarla de su desesperación?

Durante un largo rato estuvo bebiendo y pensando hasta encontrar una solución al conflicto interno que tenía y no se le ocurrió otra cosa más que quedarse dormido.

La doncella fue al salón y encontró a los dos aristócratas en el suelo. Dorothea estaba en el regazo del conde y él recostado de manera poco ortodoxa en el cuello de la joven. Le daba pena despertar a los que descansaban, pero le preocupaba el cuello del caballero y su espalda, ya que la curvatura de su espina no era natural.

—Milord, milord —pronunció Camile para despertar al hombre.

Adam abrió los ojos y trató de incorporarse, pero tenía a la joven encima de sus piernas.

—Le pediré al cochero que venga a por milady para que ella pueda ir a descansar.

—Yo la llevaré.

Por más que estaba un poco mareado por la bebida, él demostró agilidad al no echar a Dorothea al suelo. La doncella lo guio por el camino que lo llevaría a la habitación de la joven. Le abrió la puerta y él pudo dejar a la mujer en su lecho. En ese lugar se respiraba el aroma del perfume de Dorothea, quedaría obsesionado con ese olor si no la volvía a ver.

—Cambiaré a milady para que pueda descansar, milord. El cochero todavía lo está esperando para llevarlo —comentó Camile que esperaba que él se fuera.

—Pasaré la noche en la habitación que me proporcionaron desde que llegué. Mañana quisiera conversar con milady antes de irme.

—Entonces le diré al cochero que puede irse a dormir. Volveré en un momento.

La criada dejó a Adam en la habitación de Dorothea. Cuando ella se fue, él se acercó a la dama y le tocó el rostro con los dedos. La piel de ella era pálida y suave. Tenía una belleza extraña y eso era algo adicional para el conde. Cogió la mano de Dorothea, dejó un beso en ella y se retiró hacia donde suponía que eran sus aposentos. No era un lugar muy grande, por lo que cada espacio era diminuto para él dentro de la casa.

Cuando entró a su habitación, él se quitó el frac y lo dejó en un rincón. Cerró los ojos, se tomó de la frente y se sentó en la cama para saber qué hacer al día siguiente. Tenía una idea en su mente, algo que podía funcionar para que Dorothea no corriera a los brazos de un extraño que podría ser su peor error. No imaginaba a alguien tan delicada, pasando miseria con algún desgraciado solo porque ella requería de un matrimonio urgente.

En la mañana del día siguiente, Dorothea abrió los ojos y se encontró en la habitación. Sentía un tenue dolor de cabeza que le impedía pensar con claridad en las cosas.

—Milord... —articuló al acariciar sus labios. Tapó su cara con la manta y sonrió como una tonta hasta que sintió que le faltaba el aire por estar con el rostro tapado. Emergió de entre la tela y después de unos segundos su sonrisa se desvaneció. Él debió irse ayer.

Se levantó desanimada y comenzó a prepararse para empezar el día, y no lo haría de la mejor manera. Le hubiera encantado casarse con ese hombre.

—Lo hubieras obligado, debiste encerrarlo en la habitación, pero no, Thea, eres una vergüenza para tu madre, ni siquiera pareces su hija. De hecho, ella hubiese hecho dormir al caballero y no quedarse dormida como tú lo hiciste. Deberían expulsarte de tu casa. Es mejor que te hagas a un lado por tu propia seguridad, eres un desastre —se reprochó a la vez que arreglaba su cabello. Lo único que podía hacer ese día era dar un paseo después del desayuno.

La puerta de la habitación de Dorothea se abrió y Camile entró para dejar sábanas limpias.

—¿Cómo amaneció, milady? —preguntó la doncella.

—Creo que bien... Ayer el conde me besó y me quedé dormida...

—Supongo que no se perdió mucho, por eso se ha quedado dormida.

—Fue a causa del vino, no volveré a beber si me arrebatará algo tan hermoso como un beso.

—Entonces ese caballero se ha aprovechado de usted. Primero la rechaza y después se da el gusto de querer engatusarla, ¿con qué fin? Eso solo quiere decir que recogimos a una alimaña, milady. Con ese beso usted podría acusarlo por aprovechado y conseguir un matrimonio. Merece ese castigo.

—No puedo hacer nada, lord Baltimore debió irse.

—¡Ja! Eso quisiera, pero el sinvergüenza está durmiendo en la habitación contigua. Anoche la tomó en brazos y vino a dejarla en su cama.

—¿Él está en la casa? ¡Todavía está aquí! ¡Y yo en estas fachas! Necesito una mejor prenda... ¡Y mi cabello! ¡Qué haré con él!

—No se haga muchas ilusiones, milord tal vez solo se sintió cansado y es por eso que se ha quedado.

—¿Qué haré? No puedo reclamarle, no quiere casarse conmigo.

—Pero sí quiere besarla a su antojo, muy conveniente.

En parte, su doncella tenía razón, pero como ella estaba enloquecida después del beso, no llegaba a ver el panorama completo.

—Muero por saber la razón por la que se ha quedado. Supongo que es porque me ayudará a conseguir al tan ansiado esposo que espero.

—Lo dudo. No creo que quiera nada de eso, como mucho comerá y le agradecerá el hecho de haberlo cuidado tan bien. Si la quiere volver a besar, resístase.

—No soy de piedra, pero haré el esfuerzo.

Ella se cambió el vestido y se colocó uno más atrevido y elegante, ya que dejó de ser una debutante tiempo atrás. Podía tener algunas libertades, por lo que deseaba impresionar a lord Baltimore, al menos para que se arrepintiera de no casarse con ella.

Salió de su habitación y fue hacia el comedor para esperar que él se presentara después de despertar.

—Ve y verifica que él se encuentre despierto y dile que puede venir a desayunar, que lo estoy esperando —ordenó Dorothea a su criada.

—Tenga mucha dignidad al verlo, milady, que no se note que se muere por estar a su lado. Aprenda a fingir.

—Eso estoy haciendo. No le demostraré nada que no sienta, tú tranquila, Camile, y haz lo que pido.

La doncella obedeció a Dorothea, después de que Camile se fuera, ella estaba nerviosa, recorría el comedor como una demente, pensando en cómo reaccionar al verlo. ¿Qué sería lo más prudente? Olvidar lo ocurrido, por supuesto, o al menos no mencionarlo por ningún motivo.

Camile regresó apenas se fue, ya que encontró al conde camino a las escaleras. Ni siquiera le dio tiempo de anunciar al caballero con su patrona.

Thea se sonrojó al instante cuando vio a Adam entrar a la estancia. No sabía hacia donde mirar, ya que ella no podía dejar de observar la boca del hombre.

—Buen día, milady —saludó Adam, que se sentía nervioso como la misma Dorothea. Acortó distancias y cogió su mano entre las suyas para dejar un beso. Ella le hizo una reverencia para corresponder al saludo.

—Milord... —dijo la joven. Sus rodillas le temblaban y podía sentir que se pegaban una con otra, solo que su vestido impedía que alguien la viera tambalear por la ansiedad de tenerlo tan cerca.

—¿Cómo ha dormido? —curioseó la joven.

—Muy bien, aunque siento una ligera molestia en la cabeza.

—Estoy en la misma condición que usted. Debería cambiar el brandy.

La joven sonrió y le indicó que se sentara para desayunar.

—Pensé que no lo encontraría al despertar.

—Me he quedado porque quería hablar con usted sobre la locura que piensa hacer.

—Lo suponía, pero considero que usted será amable y me ayudará a tomar el mejor camino. Es muy gentil de su parte ayudar a quien quiso obligarlo a casarse.

—Sigo estando en desacuerdo con que vaya a una taberna llena de gente indeseable. Me preocupa su seguridad.

—Entonces, entiendo que quiere acompañarme para asegurarse de que no corro peligro y para que tampoco escoja al peor.

—Está equivocada, déjeme que la saque de su error. Honestamente, considero que tiene demasiado potencial para desperdiciarlo al lado de un varón ignorante que jamás sabrá apreciar su amplia educación, gracia, simpatía, su linaje y sobre todo su dinero. ¿Qué pretende al tener un esposo de escasos recursos, milady?

—Tener un techo y sobrevivir en compañía de mi madre cuando muera mi padre. La dote es la que debería servir para eso, si es bien administrada, podrá durar toda nuestra vida.

—¿Es todo lo que espera? —cuestionó un poco sorprendido por la determinación de la joven.

—Sí, no hay más que eso, milord. ¿Por qué tantas preguntas?

—Porque he decidido ofrecerle un trato ventajoso y usted decidirá si es conveniente o no.

—¿De qué trato habla?

—Cásese conmigo y yo no solo le entregaré su dote, seré generoso para que nunca pase hambre en toda su vida.

Capítulo 13

Todavía no daba crédito a lo que escuchaba. ¿Él quería casarse con ella? Estaba confundida y eso no le permitía a Dorothea ordenar sus ideas correctamente.

—¿Cómo? —cuestionó sin entender aún lo que significaban las palabras del hombre.

—Sé que soy un poco incongruente. Ayer la traté de demente, porque quería casarse conmigo, pero lo he reconsiderado como usted pidió y debo admitir que me agrada y que la preferiría sobre cualquier otra dama. Disculpe si mis palabras le resultan confusas o quizá le hacen pensar que he perdido el juicio. Es de sabios darse cuenta de los errores. No es fácil coincidir con personas que nos agraden tanto en la vida, es por lo que prefiero que se case conmigo antes que con otro que tal vez no llegue a comprender el valor de una dama con su predisposición y gracia —desveló el conde que se sonrojó al decir eso.

Vio que Thea quedó en silencio, sin decir nada, por lo que Adam deseaba rellenar el silencio mientras esperaba una opinión de su parte.

—¿Le interesa saber lo que incluye el trato? —siguió Adam.

La mente de Dorothea regresó al comedor en donde se encontraban. Ella dio un sorbo a su bebida antes de asentir.

—Me interesa, por supuesto —respondió. Thea no era capaz de reconocer su voz, ya que desconocía su propio tono en ese momento.

—Como mencioné antes, no se trata solo de dinero, sería estatus, casas, joyas y más. Sé que usted solo quiere un esposo y yo no estoy tan necesitado de una esposa. Le he comentado que tengo a mi hermano pequeño, Anthony, quien quiero que sea mi heredero. Usted no tendrá que sacrificar su salud por darme herederos, de hecho, es parte de la propuesta mantener un matrimonio de apariencia más ventajoso para usted de lo que podría llegar a ser para mí. De esa manera, podríamos anular el enlace por no consumarlo, esa podría ser la forma en la que Anthony no pierda sus derechos sucesorios.

El mundo se le había caído en la cabeza a Dorothea. No había dejado que la sorpresa la alegrara, ya que, con las palabras del conde, no podía sentirse menos que afortunada, aunque afortunada a un costo alto. Entendía que le estaba proponiendo un matrimonio de conveniencia. No podía negarse a aceptarlo, era lo mejor que podía pasarle en la vida, salvo que estaba condenada a ser virgen y rica por siempre.

—Si me quiere dejar, ¿se quedará con toda la dote?

—No, no, no, milady, por favor, me insulta. Usted quería la dote para mantenerse con ella. Lo único que haré es ser un prestanombre para que ese dinero y las propiedades sean para su usufructo en vida. Aparte, le daré más dinero, joyas, propiedades, vestidos, carruajes y todo lo que pida por acompañarme el tiempo que disponga. Puede ser toda la vida o una parte de ella, como le dije, mi interés por el matrimonio es nulo, pero con usted las cosas son diferentes. Me

compadezco de su situación y su desesperación me ha abierto los ojos para salvarla de un cruel destino.

¿De qué cruel destino le estaba hablando el conde? Lo peor para ella era no poder tener hijos por su cuenta, Dorothea quería ser una esposa completa, no a medias, pero lo importante era que nunca pasarían hambre ni su madre ni ella.

—Le agradezco su compasión. La empatía que ha demostrado para sacrificarse por una desconocida es algo que le agradezco. Me pone muy feliz. —Ella forzó una sonrisa, puesto que, si bien estaba feliz por casarse, otra parte no se encontraba contenta con el pacto.

—Entonces, tenemos un trato.

—Tenemos un compromiso —lo corrigió. Dorothea le tomó la mano a Adam y este la besó en el dorso.

La mirada que ambos se dedicaban era de dos personas que se gustaban. De hecho, la decisión que había tomado Adam era por culpa del beso que se habían dado, también por su situación. Él aún no comprendía cómo ella lo había convencido, solo podía decir que Dorothea lo cautivó con su carácter dulce y decidido. Con pedirle matrimonio no solo solucionaba los problemas de ella, sino los suyos, ya que, no entraría en la engorrosa tarea de conseguir una esposa. Además, la joven podría orientar a Anthony como una madre responsable, puesto que la suya dejaba mucho que desear.

—Debo darle un anillo, ¿le apetece conocer mi residencia?

—Estaría encantada si me llevara a conocerla. ¿Podríamos ir de paso? Hoy quiero que iniciemos el viaje a Bath, mi padre quiere que esta boda se concrete como mucho en un mes.

—Entonces, deje que escriba una carta a mi criado para que pueda preparar mis pertenencias y tenga algo más que ponerme, mientras estemos en su casa.

—Le agradezco su sacrificio en mi favor, milord. Alguien que no tuviera buen corazón no sería tan desprendido como usted.

—No me acostumbre a los halagos, milady, puedo querer que siempre lo haga.

—Para mí no será esfuerzo alguno halagar a mi futuro esposo.

Los dos continuaron desayunando hasta que terminaron lo que se les había servido. Después, Dorothea le indicó al conde en donde se encontraban las hojas y el tintero.

—Tómese su tiempo. A nosotros nos costará guardar todo en los baúles.

—Entonces escribiré una carta corta a mis amistades para que no piensen que me ha pasado algo. Llevo un día desaparecido.

—Lo veo después.

Dorothea hizo una reverencia antes de continuar su camino y dejó a Adam sentado en un

sillón, preparándose para escribir.

Él la observó cuando ella se retiraba y alzó una ceja. Ver el contoneo de sus caderas no era un buen presagio para anular el matrimonio en cualquier momento, pues Dorothea era bella y tentadora. Tenía una inocencia que, en lugar de hacer que alguien la respetara, se quisiera exceder con ella. No podía andar sola por la vida, era un hermoso y tentador peligro.

Al recuperar la compostura, escribió la carta para Harry lo más rápido que pudo y luego otra para sus amigos que quizá estuvieran al pendiente de su desaparición. Cuando Wilburg decidió tomarse unos meses ni siquiera les había avisado y eso lo mantuvo en zozobra varias semanas. Él no cometería el mismo error.

Un par de horas más tarde, Adam ayudó al sirviente de Dorothea a subir las cosas en el carruaje para que pudieran partir pronto.

—Le pedí a Harry, mi ayuda de cámara, que preparara mi carruaje de viajes largos.

—¿Mi carruaje no le supone comodidad, milord? —curioseó Dorothea.

—Mi estimada dama, por supuesto que no. Es solo que estaremos mejor usted y yo en mi carruaje y su doncella, que quiere escupir en mi comida, puede irse en el suyo.

—Debería olvidar el chascarrillo de Camile.

—Fue un pésimo ejemplo de broma, milady, uno desagradable. Menos mal que ha dicho que es doncella de su madre y no suya. Contrataré a alguien que la cuide mucho.

—No hace falta, puedo arreglármelas sola. No requiero mucho esfuerzo.

—Quizá lady Dorothea, la solterona, no lo requiera, pero lady Baltimore es otra cosa. Hoy no tiene joyas, mañana tendrá un joyero abierto para usted. Verá el mundo de diferente manera.

—Tal vez.

—Pasemos por mi casa para que la vea...

Para Adam había llegado el momento incómodo de subir con la doncella que tanto le desagradaba. Mientras se dirigían a la residencia, Dorothea sonrió al mirar al conde de soslayo, puesto que lo notaba serio en presencia de Camile. Era evidente que el pobre no podía ver a esa mujer ni pintada.

El carruaje de Dorothea se detuvo frente a la residencia del conde. Ahí también se encontraba otro coche listo para partir, con su lacayo de impecable librea.

Adam bajó del carruaje y extendió su mano para que su futura esposa lo hiciera.

—Venga a mirar su futura casa —dijo Adam para que ella se animara.

La cara de Camile era un poema. Pensaba que ellas habían ido a dejar al conde, pero no

imaginaba nada de ninguna propuesta. Lady Dorothea no había dicho nada, ¿por qué no lo contaba?

La joven aceptó salir de carruaje sosteniendo la mano de Adam.

—Tiene un jardín precioso. Puedo verme bordar un par de cosas en ese lugar, tomar un té con mi madre y también invitaré a todas esas mujeres que dijeron que quedaría solterona, entre ellas a lady Kirby.

—¿No me diga que lady Kirby la ha sentenciado?

—Sí, desde que me vio en el parque.

—Ja... Esa mujer... —pronunció con cierta molestia—. Le cerraremos la boca, milady.

—Lord Baltimore, qué preocupado me ha tenido. Disculpe que no pude hacer nada por evitar su salida de la casa, la malvada me encerró y dejó puesta la llave para que yo no pudiera abrir la puerta... —se disculpó Harry con premura.

—Gracias a eso hoy tengo una prometida, Harry. Te presento a lady Dorothea Coldwell. Ella me encontró en un charco y le agradezco profundamente su intervención para salvarme.

El sirviente de Adam no podía creer lo que escuchaba. ¿Cómo era posible que de un día para el otro el conde estuviera comprometido?

—Es un placer, milady. Sea bienvenida.

—Muchas gracias —correspondió la joven.

—¿Dónde está Anthony?

—Se encuentra en el salón...

—Pídele que venga para que conozca a milady.

—Sí, milord.

Harry fue hacia la casa y después regresó con el niño.

Dorothea le entregó una sonrisa al pequeño, esperando que este fuera tan bueno como su hermano.

—¿Dónde estabas? —preguntó Anthony, molesto.

—Tuve un inconveniente anoche. Te presento a mi prometida, lady Dorothea.

—¿Otra mujer aquí? Son malas, Adam, son muy malas —espetó el niño—. No quiero que venga a vivir aquí.

El alma de Dorothea abandonó su cuerpo al escuchar lo que el niño había manifestado sin titubear.

—Discúlpate ahora mismo, Anthony —ordenó el conde.

Anthony guardó silencio y no se disculpó.

—Cuando regrese, tú y yo tendremos una conversación muy seria, Anthony —advirtió Adam—. ¿Y mis pertenencias?

—Están en el carruaje, milord. Todo lo que pidió está ahí.

—Gracias.

—¿En cuánto tiempo regresarás? —inquirió su hermano.

—Cuando termine lo que debo hacer en Bath. Mientras tanto, estarás a cargo de tu preceptor, a quien, por intermedio de Harry, le diré que te despeine con las lecciones para que aprendas a respetar a las damas. No todas son como tu madre, adorarás a Dorothea muy pronto.

Pese a que el niño estaba enfadado con su hermano mayor, corrió a abrazarlo antes de que se fuera y sollozó.

—Está bien, le diré a tu preceptor que no te torture, ¿de acuerdo? Compórtate como un buen niño. No seas malo, ni juzgues.

—Es que no quiero que nadie me trate mal.

Thea solo pudo observar cómo el pequeño se despedía de su hermano. A ella la miraba como si estuviera enfadado, la despreciaba. Saber que él sería la persona que viviría con ellos sin tener sus propios hijos le parecía injusto, pero no podía rechazar la bendición de un matrimonio, tendría un techo que era lo importante.

Terminaron de despedirse y Adam y Dorothea fueron juntos en el carruaje que le pertenecía a él.

—Lamento que su hermano no me quiera —pronunció Dorothea, entristecida.

—No se preocupe por Anthony, Dorothea. Debo explicarle lo que él ha querido decir. La madre de mi hermano es una mala persona, no lo quiere y lo ha maltratado. Desconozco la razón por la que ha tomado rechazo hacia cualquier forma femenina, entiendo que Pippa tiene mucho que ver, pero hasta ahora no había identificado que no le agradaban las mujeres.

—Supongo que tendré que ganarme el afecto de su hermano para que podamos vivir tranquilos en la casa.

—Al pisar mi casa, usted conseguirá que él la quiera. Usted no es difícil de apreciar, milady.

El conde se acercó a Dorothea y acarició la mano de ella antes de besarla ahí. Él tenía una terrible adicción por estar pegado a esa dama. Quizá fueran sus ojos, su boca, su piel o algo desconocido que hacía que aceptara de buen ánimo un matrimonio con una completa desconocida, porque eso era ella; sin embargo, desde un primer momento habían encajado y por

eso, Adam no dejaba de pensar en estar a su lado. Estaba obsesionado por pasar tiempo al lado de Dorothea.

Capítulo 14

Durante el camino, los dos tenían un par de libros que Dorothea había llevado para que pudieran distraerse en el camino a Bath. El conde tenía uno de ellos, pero él parecía más entretenido con el paisaje que con una lectura.

—Pronto pararemos para estirar las piernas y nuestro próximo destino será una posada —comentó Dorothea como si quisiera hacer sentir bien al conde.

—Como caballero debería ser yo quien diera las directrices para el viaje —comentó.

—¿Siente que le quito autoridad, milord?

—No, pero usted es extraña, existe como una condescendencia autoritaria. Su voz es suave y dulce, pero no es para tomarla a la ligera.

—Lamento que se sienta intimidado por mí, como le dije antes, he tenido que ser fuerte y lo más independiente posible para no ser una carga. En realidad, intentaba pasar desapercibida y para poder hacer eso hay que ser decidido. Mi madre no ha tenido el mejor concepto de su única hija y considero que se siente frustrada al saber que su futuro depende de lo que tenga que hacer por nosotros. Tal vez por eso le parece que soy un poco autoritaria, pero no es así.

—Entiendo que no es autoritaria, sino que es dura, aunque eso no ha afectado su amabilidad. Conozco a damas que se han endurecido con los años por diferentes motivos, pero usted no es de esa forma.

—¿Por qué ha cambiado de manera de pensar al pedirme matrimonio?

—No lo sé, solo me guío por lo que me agrada y déjeme decirle que, de ser su detractor, he pasado a ser su admirador. Es atractiva, bella, inteligente... ¿Qué más puede querer un caballero en una dama? Y, además, como sabe, yo no estaba interesado en un matrimonio; sin embargo, no podía dejar pasar la oportunidad de obtener el mejor ejemplar de dama. Debí aprovecharme de su necesidad para cubrir mi propia vacante.

Lo que decía el conde era algo tan sencillo que debía halagarla, ya que tendría el matrimonio que deseaba y él le ofrecía más de lo que había ido a buscar, ¿por qué razón no estaba conforme? Lo que le decía era lo que cualquier mujer podría esperar; no obstante, ella quería sentirse útil como esposa y dar herederos era parte de su rol primordial en la vida y más aún después de conocer al hermano de lord Baltimore.

Se cuestionaba la razón de su insatisfacción y solo le decía a su propia mente que se conformara, ya que estaría con un hombre deseable, amable, caballeroso y que la valoraba, entendía a la perfección su valía. Eso era lo que esperaba y debía conformarse, no había más que un buen pasar en la vida. Esperaba que con el tiempo se arreglaran los desajustes de su cabeza y pudiera compartir los mismos pensamientos que su futuro esposo.

Cuando llegaron a un lugar en el camino, cerca de un cauce de agua, todos se bajaron del

carruaje para estirar sus cuerpos, por más que estaba cerca de oscurecer, era tiempo de hacerlo.

—No me contó que se ha comprometido, milady —reprochó la doncella con discreción.

—Me ha tomado por sorpresa lo que milord me ha propuesto, no he tenido tiempo de comentar nada, pues mis pensamientos han viajado lejos de mí —confesó Dorothea.

—Todavía no puedo creer que consiguiera un compromiso con un caballero de verdad, bueno, aunque si anda dormido en los charcos debería cuestionarle un par de cosas.

—Lo que importa es que tiene dinero y una gran casa. ¿Viste ese jardín? Seré la dueña de todo eso.

—Y de ese hombre y su hermano, aunque ese niño parecía más su hijo que otra cosa.

Dorothea quería olvidar lo que había escuchado de la boca de su criada. No podía ser posible, muchos hermanos tenían gran parecido, una sangre fuerte, pero una parte de ella comenzaba a dudarlo, puesto que le daba tanta relevancia a su hermano que no quería tener hijos. Para dejar de lado lo que oyó, ella miró hacia donde se encontraba el conde que se agachó para coger unas pequeñas hierbas del suelo.

Ella era bastante juguetona, por lo que se acercó a él con cautela para asustarlo.

—¡Qué está haciendo! —exclamó entre risas al ver que el conde daba un salto a causa del susto.

—¡Qué maneras son esas, milady! —expresó apresurado por el susto, mientras la veía reír a carcajadas.

—Lo vi un poco distraído y aproveché la situación, es una simple diablura, milord.

—¿Sabe lo que quiero?

—¿Qué quiere? —curioseó Dorothea que seguía con ánimo juguetón.

—Venganza...

—¿Venganza?

Al interpelar sobre eso fue que vio que el conde se dirigía a ella con las manos levantadas, eso solo significaba que quizá la mataría a cosquillas. Entonces, Dorothea corrió, pero Adam la alcanzó y comenzó su tortura, aunque en ocasiones la joven lograba escapar por un instante, aunque siempre la volvía a alcanzar.

—¡Me rindo, milord, me rindo! —concedió respirando con dificultad. El aire parecía rasparle la garganta después de tantas bocanadas que intentaba meter para respirar.

—¿No puede soportar más? Pues aún no estoy satisfecho. —Él la cogió de la cintura y comenzó a darle vueltas, ya que era una joven de bajo peso y casi no le costaba ningún esfuerzo levantarla.

—¡Milord! ¡Milord! —lo llamaba con los ojos cerrados, pero con una gran sonrisa que adornaba su rostro. Eso sí era más divertido que las terribles cosquillas.

Adam la bajó cerca de su cuerpo y se acercó a la mejilla de ella para darle un beso. Dorothea se mordió los labios al sentir aquel acercamiento.

—Creo que ambos estiramos las piernas demasiado —pronunció Adam, que se alejó un poco, al darse cuenta de que, estar junto a Dorothea, podía convertirse en una tentación constante que podría hacer que él no cumpliera con su palabra de darle la opción de una separación por no consumir el matrimonio.

—Sí, lo sé. Recogeré un par de flores silvestres antes de regresar. Le darán un aroma distinto a su carruaje.

—¿No me diga que sigue oliendo a vómito?

—Tal vez no mucho, pero por si acaso iré a por algunas.

Ella se alejó con lentitud de él y fue a por las flores. La doncella fue tras ella con una canastilla. Acostumbraban a juntar flores en todos los viajes que hacían.

—Milord es tan atrevido, milady. Se ha osado manosearla —comentó Camile, escandalizada.

—A mí me parece extremadamente atento. —Dorothea lo miró de reojo y después se agachó para coger una flor.

—Ahora que se van a casar no debería anticiparle tantas concesiones.

—Con esas concesiones lo atrapé, así que seguiremos de igual forma hasta donde él lo desee. No queremos que se nos escape porque yo me pongo un poco tacaña con las sonrisas, ¿no es así?

—Pero al menos conserve un poco de dignidad, ese hombre está acostumbrado a usted sabe. Es un viejo lobo londinense, coqueto y experimentado en seducción.

—¿No crees que lo estás satanizando?

—No, en absoluto, milady, pero tenga cuidado de que no sea de esos hombres que comen como un ave y después vuelan igual que una.

—¿Olvidas que yo lo encontré en la calle? No va a decepcionarme de ninguna manera, si estaba en un charco.

—Tampoco puede ofrecerle mucho, ¿entiende?

—Tal vez, pero lo que me ofrece es el mundo que necesito. Eso es suficiente para mí. Imagina la cara de mi madre con el rostro sonriente al ver a lord Baltimore y también la tranquilidad en la cara de mi padre, pues podrá morir en paz cuando sea su momento. ¿No crees que es lo que importa?

—Su madre no dejará de sonreír y su padre podrá beber el brandy que esconde bajo la cama muy tranquilo. Él es el único que piensa que no lo huelen el resto de los mortales. Tal vez su madre sea la única que no se dé cuenta, ya que vive inmersa en su propio mundo en el cual su padre ya está muerto y usted y ella viven miserablemente.

—Oh, pobre de mi madre. Debe ser terrible tener una hija que no se ha casado, pero considero que ahora todo mejorará y podrá darse cuenta de que su esposo aún vive y lo querrá mucho.

—A ella le importa más cualquier otra cosa que la vida del marqués, créame que su padre sigue con vida porque yo me ocupo de él y no su madre. Es una mujer que no puede pensar con claridad en ocasiones, vive muy preocupada y sin paz porque lo desea. Nunca olvidaré el día que usted nació, ella ya la había rechazado al ver su cabello pelirrojo. Si no fuera por su padre que la obligó a cargarla en brazos, hubiera crecido en las caballerizas como una salvaje, milady.

—Me confirmas que nunca he sido apreciada por mi progenitora.

—Y creo que, desde ese día, su madre cerró la puerta de comunicación de la habitación. No ha querido parir más hijos por temor a tener más niñas pelirrojas.

—¿Puedes decirme algo bueno de mi madre?

—Mmm... Quizá no hay mucho que decir.

Saber tantas cosas de su familia le hacían pensar en que ella no quería ser así, como la marquesa. Le daba más temor ser una madre de esa calaña que parir hijos de diferentes colores, aunque para su pena, su futuro esposo pretendía que ni siquiera existiera contacto entre ambos. La puerta de comunicación siempre estaría cerrada. ¿Cómo serían los años sin conocer el cariño hacia un hijo y el cariño por un caballero?

Después de llenar el canasto, regresaron al carruaje para continuar el camino hasta la primera parada del viaje.

—Es una selección de flores un tanto olorosa —comentó Adam una vez que estuvieron en marcha otra vez.

—¿Se está quejando de mis gustos? —replicó la joven.

—No, pero es algo exótico. En mi casa no he percibido el olor de las flores por años. Desde que mi madre murió y mi padre volvió a casarse. Pippa solo usa un odioso perfume que inunda la casa.

—¿Ella vive en su casa?

—Vivía, considero que la prudencia le dijo que debería irse.

—¿Y se fue?

—Puede que no del todo. Mi casa tiene escondrijos antiguos que al parecer mi padre no me ha mostrado, pero ella los conoce todos. Quisiera que habláramos sobre su incidencia en la casa.

—No quisiera parecer irrespetuosa con usted ni con su madrastra, pero espero que comprenda que no pienso ceder mi lugar como la dueña y patrona de nada en su casa. Será mi hogar y serán mis reglas.

El conde estaba maravillado con la respuesta de Dorothea. ¿Qué más podía pedir? Ella era lo que necesitaba para que esa arpía no regresara jamás a la casa. La joven era el gato y Pippa el ratón. Era la esposa más conveniente de todas, dispuesta a no dejarse avasallar.

—Esas palabras son música para mis oídos. Quiero que la aplaste como mejor le parezca.

—Entonces debo entender que no existe cariño ni respeto de su parte hacia la condesa viuda. No habrá dos ladies Baltimore en esa casa, lo prometo.

—No haga que me emocione con sus palabras. Quiero verla en acción, limpiando toda plaga de mi casa. ¿Dónde ha estado todos estos años, milady? Es usted maravillosa.

—Buscando esposo por cuatro largos años, recorriendo Londres y todos los condados ingleses más relevantes hasta terminar en Bath y creer que nada cambiaría. Le demostraré que estoy preparada como nadie para ser una esposa de peso. No he esperado tantos años para ocupar un puesto distinto al que un caballero debería darle a su esposa.

Tanto Dorothea como el conde parecían cómplices de una maldad; sin embargo, estaban planificando su futuro y dejando claras las reglas. Ella quería cumplir el papel de esposa en todo lo que pudiera y él estaba dispuesto a apoyarla en todo lo que emprendiera dentro del hogar y que fuera para beneficio de los dos. Esta era una verdadera relación «ganar-ganar», conveniente desde cualquier ángulo, ya que obtenían lo que estaban buscando de manera independiente, juntos. Para Adam, esa joven había caído del cielo para salvarle del mal que lo aquejaba y que llevaba falda y un escote atrevido durante la mayor parte del tiempo. Eran los últimos tiempos del reinado de Pippa, la única y verdadera condesa la aplastaría.

Capítulo 15

Después de quedarse en la posada por una noche, partieron en la mañana. La intención era llegar sin mayor contratiempo a la residencia del marqués en Bath. No volverían a parar durante el camino.

Dorothea le indicó a Adam que estaban entrando a las tierras del marqués, para que supiera que estaban cerca de llegar.

—¡Su señoría! ¡Su señoría! —Un mozo bajó corriendo de un caballo y se acercó a la puerta de la residencia de los marqueses de Fremont.

La marquesa se levantó de su sillón en el que se encontraba bordando y salió de la casa.

—¿Por qué tanto alboroto? —preguntó la dama.

—Es el carruaje del marqués, está regresando, pero no viene solo, hay otro carruaje con él. Lo he visto cuando montaba por la propiedad.

—¿Estás seguro?

—Es una caravana, milady, estoy seguro. Los carruajes venían muy cerca.

Ella corrió hacia dentro de la casa y miró a todas direcciones, después cogió la campanilla y la agitó con rapidez. Una doncella se acercó con premura hasta ella.

—Dígame, su señoría.

—Preparen al marqués, Thea ha regresado y no lo ha hecho sola. Quiero aquí a ese cadáver ambulante para que reciba a nuestra hija. Veremos si eso mejora su salud. También, pide que preparen un banquete, que alguien vaya a por un venado o maten al cerdo más gordo de la propiedad.

—Sí, su señoría.

La mujer estaba extasiada. Todavía no sabía si su hija en realidad llevaba buenas noticias a su casa, pero todo indicaba que así era. Estaba ansiosa por saber qué era lo que había hecho para conseguir un esposo o lo que fuera que viniera en el otro carruaje.

Unos minutos después, algunos lacayos ayudaron a que el marqués bajara hasta el salón y lo colocaron en su silla especial.

—¿Por qué tanto apuro, querida? Los sirvientes ya ni siquiera me respetan, van, me despiertan, me bajan sin mi consentimiento y aquí estoy con sueño —se quejó.

Su esposa se acercó a él y comenzó a arreglarle el cabello y la barba, al igual que su ropa.

—Dorothea no viene sola... —contó la marquesa que levantó la ceja para darle mayor

expectación a lo que decía.

—¿De dónde sacas eso, mujer?

—Me lo ha contado un sirviente que estaba vigilando la propiedad. Están a punto de llegar.

El relinchar de los caballos y el sonido de las hebillas de los tiros, alertaron a la marquesa que se acercó a la ventana apresurada. Observó en silencio que desde el carruaje de la familia solo bajaba Camile y del otro carruaje con blasón desconocido, bajó un caballero demasiado atractivo para ser real. De hecho, la aristócrata fregó sus ojos para saber si lo que estaba viendo no era objeto de su imaginación. Después, Dorothea descendió del coche con la ayuda del hombre.

—¡Es Thea con un hombre joven y noble, querido! —anunció.

Ante la incredulidad del marqués, él se levantó de la silla como si nada y colocó su rostro por el cristal ante la mirada atenta y sorprendida de su esposa.

—Esto es increíble, lo ha logrado —dijo el marqués, entusiasmado.

—Lo que me parece increíble es que puedas estar de pie tanto tiempo y sin quejarte.

—Es la emoción del momento. Lo que importa es que nuestra hija no ha vuelto sola.

Oyeron el sonido de la puerta y vieron a Dorothea entrando a la casa y al caballero que la acompañaba observando la estancia que lo rodeaba.

—¡Padre! ¡Está de pie! —expresó la joven que corrió hacia él.

—Cuando escuché que eras tú quien se acercaba, no dudé en levantarme. Veo que has venido acompañada.

Adam estudiaba la casa en su conjunto. Definitivamente, Dorothea era una dama de excelente posición. Su residencia rural estaba decorada con armonía y lujo. Hasta el momento, todo le gustaba, aunque debía conocer mejor a los padres de la joven. Ninguno de ellos era pelirrojo. El padre tenía tantas canas que era imposible saber de qué color había sido su cabello y la marquesa todavía era una mujer que no llegaba ni siquiera a los cincuenta años, a juzgar por su cabellera y la escasa cantidad de canas entre su pelo.

—Sí, padre. Les presento a lord Baltimore, mi prometido —habló Dorothea que cogió al conde del brazo.

—Es un... —Adam no pudo terminar de hablar, pues la marquesa empujó a su hija para mirarlo de cerca.

—¡Un milagro! ¡Sal de ahí, querida! ¡Oh, es real! ¡He esperado este momento por tanto tiempo! Soy la madre de Dorothea, la marquesa de Fremont.

—Querida, lord Baltimore creerá que nunca has visto un caballero. No lo asustes. Disculpe el entusiasmo de mi esposa, milord. Estamos contentos de saber de su existencia.

—Es un placer conocer a la familia de milady. Ella me ha hablado mucho de ustedes en estos días que llevamos conociéndonos.

—Por favor, siéntese. Thea, iremos a verificar que bajen todo de los carruajes para que puedan hospedarse aquí —mandó la marquesa—. Dejaremos que los caballeros hablen de cosas de caballeros.

—Está bien, madre...

Las dos mujeres fueron hacia la entrada y ahí la marquesa llevó a su hija hacia una parte alejada del jardín.

—Todavía no puedo creerlo. ¿Qué hiciste para conseguir un esposo? —indagó la marquesa.

—Lo dejé en manos del destino. Un día que dejé de perseguir lo imposible, él apareció en mi camino y lo rescaté, ahora es mío y le gusta ser de mi propiedad.

—¿No has compartido la cama con él? Algunos caballeros quedan prendados de una dama en el lecho.

—¿Qué haría con él en la cama?

—Inocente de ti, querida. ¿Cómo crees que se hacen los hijos? No comes un scon que ha mordido tu esposo.

—¿No se dan así los hijos?

—Esa institutriz... —La dama respiró antes de explicarle a su hija—. Debería reservar esta charla para otro momento; sin embargo, debo hacerlo ahora.

—Madre, estaba bromeando. Por supuesto que los hijos no se hacen así y tampoco por los besos, o de lo contrario, ya estaría esperando uno.

—¿Entonces cómo vienen al mundo?

—Mmm... —Dorothea se quedó pensando y la verdad que no entendía mucho de eso.

—Para que exista un hijo, la mujer y el hombre deben acostarse en una cama y unir sus cuerpos de una manera poco sutil, en donde el pudor se pierde, y es un poco doloroso al principio, después simplemente te acostumbras a las visitas y a consentir al esposo, por supuesto, hasta que no te apetezca tener hijos.

—¿Y qué ocurre si no existen las visitas a la habitación?

—Lamento decirte que existen tres personas en tu matrimonio, pero no te preocupes, las amantes tienen su función en esta vida que es distraer a los esposos para que no molesten a sus esposas cuando no quieren recibirlos. He oído de algunas damas cuyos esposos son más molestos que las moscas en una caballeriza y las amantes son la solución. La esposa tiene una función primordial en la vida que es dar herederos.

—¿Y usted ha cumplido con su única función?

—Lo bueno de ser la segunda esposa, Dorothea, es que existió una primera que hizo ese trabajo, tú fuiste un... accidente. No debí quedar embarazada, pero una noche tu padre entró a mi habitación y descargó su lujuria y aquí estás... —confesó la dama.

—¿Y qué ocurre si una mujer no da hijos al esposo?

—Es el fin. Un matrimonio sin hijos es igual a vivir en el abandono para siempre. Una vez que tu esposo compruebe que no le darás hijos, se irá a la cama de otra en caso de ser un caballero de buenos valores, de lo contrario, puede planear tu muerte para volver a casarse. Un heredero es todo lo que un hombre espera y si llegaras a negarte, ya sabes lo que te espera, Thea. En ocasiones, es mejor ser la segunda esposa, pero tú serás la primera. Serás una condesa, Dorothea. Estoy tan orgullosa y tranquila porque has solucionado nuestro futuro que antes era tenebroso, ya no necesitamos a tu padre.

—Madre, no me diga que quiere que mi padre muera.

—No, por supuesto que no, solo que él ya dejará de pensar que nos dejará desamparadas.

—Considero que eso no le ha importado en mucho tiempo, sino más a usted y se lo ha metido en la cabeza. Confío en Charles, él no sería capaz de dejarnos desamparadas.

—Tal vez a ti, pero no a mí. Nunca ha querido que su padre volviera a casarse. Es un hombre egoísta.

—No es cierto, siempre es amable cuando viene y la trata bien, madre. No puede quejarse de él.

—No hablemos de Charles o es probable que lo llamemos de tanto que lo mencionamos.

En el salón en el que estaban Adam y el padre de Dorothea, él ayudó al hombre a llegar a su asiento, ya que pareció perder fuerza en sus piernas.

—Le agradezco la ayuda, pero le agradezco mucho más que se compadeciera de mi querida Thea. Como sabrá, no es común que una dama de su edad aún estuviera soltera. Hemos intentado todo y enviarla a Londres para que consiguiera un esposo sin tener en cuenta el dinero, ha sido la mejor opción. Entiendo que usted aceptó casarse con ella por dinero, debe ser un hombre de escasos recursos, pero imagino que ella le habló sobre su dote, una muy generosa y que pienso duplicar para que le entregue a mi hija la vida que merece y a mis futuros nietos...

—Su señoría... —pronunció Adam para que el hombre guardara silencio un segundo y lo dejara hablar—. Tanto su hija como usted me han juzgado sin conocerme. Le comento que gozo de fortuna y muchas tierras productivas, por lo que milady jamás podría tener ningún inconveniente. Su hija me encontró en la calle y me recogió como si fuera un mendigo y no aceptaba que era un noble que tuvo un pequeño percance, por lo que quedé inconsciente. Ella es encantadora, para mí no hace falta agradecer nada, es lo que cualquiera desearía como esposa.

—Lamento mi terrible indiscreción, pero pensé que como otros nobles la rechazaron, usted

solo se acercaría a ella por el dinero de la dote.

—No, eso no es problema en mi caso.

—¿Y cuándo piensan casarse?

—Por mí puede ser mañana, ya que necesito regresar a Londres. He dejado ahí a mi hermano pequeño y no quisiera dejarlo solo mucho tiempo.

—Oh, comprendo, milord. ¿Le parece que organicemos el matrimonio en la capilla de la propiedad en dos días? Quisiera otorgarle un gran festín a mi hija y poder acondicionar un buen vestido.

—Me parece una excelente idea, milady merece lo mejor. En Londres haré una gran recepción para presentar a mi esposa frente a mis amistades más íntimas y una parte de la sociedad que me agrada. Ustedes están invitados a acudir, las puertas de mi casa están abiertas para la familia de mi futura esposa.

—Usted es con exactitud lo que imaginé para Dorothea. Ella tiene un gran corazón.

—Y un gran carácter. Me ha llamado la atención la tranquilidad de sus reclamos, pero con una gran firmeza. Siempre creí que esas cosas no podían juntarse en una sola.

—Ella es peculiar no solo en su aspecto, también en cómo maneja sus emociones. Es un volcán dormido, no la deje erupcionar.

—Dios me libre de conocer a la diablesa pelirroja que puede existir bajo la fachada de mi inocente esposa.

La marquesa y su hija regresaron al salón y encontraron que los caballeros seguían conversando de manera amena.

—Ha llegado el momento de conocer a mi futuro yerno —musitó la marquesa que se sentó junto a él y lo miró con los ojos brillantes.

Las mejillas de Dorothea se sonrojaron por lo que hacía su madre, ya que ella miraba a Adam de la misma forma, como si estuviera a punto de devorarlo con los ojos.

—Madre...

—Quiero saber todo de milord.

—No se preocupe, tengo mucho tiempo para responder sus preguntas.

—Querida, deja que ambos descansen. Ahora te daré una gran noticia. En dos días nuestra hija se casará, prepara una ceremonia sencilla.

—¿Dos días? Mi hija no se casará como si hubiera consumado el matrimonio antes de tiempo. Al menos dame cinco días.

—Es el tiempo que ha dado milord, no puedo hacer mucho.

—Que sean cinco días. Como dije, mi prometida merece lo mejor.

Capítulo 16

Después de que por fin el marqués los soltara, tanto Adam como Dorothea podían descansar en las habitaciones que les habían asignado.

Dorothea todavía seguía un poco distraída, ya que saber que sus cuatro años de desgracia se solucionarían en cinco días y que pasaría a ser la condesa de Baltimore, le daba cierta tranquilidad. Su madre pidió más tiempo para preparar el matrimonio y cerrar la boca de la mayoría de las personas que creían que jamás se casaría y lo haría mucho mejor que las personas de la región, para la marquesa era importante que todos lo supieran y que, si se podía, murieran de envidia.

Camile le preparó un baño y le lavó el cabello para que estuviera bien limpia después del largo viaje que habían tenido.

Mientras ella se secaba el pelo y miraba el fuego de la chimenea en donde removía sus cabellos para que el calor les llegara, Camile buscaba entre las prendas del armario en compañía de la marquesa la ropa más adecuada para el matrimonio.

—¡Oh, Dorothea, tienes cosas horribles aquí! —se quejó la madre.

—Le recuerdo que usted me ha acompañado a comprar todo eso. En la mayoría de los casos los vestidos han sido de su gusto y no del mío —replicó Dorothea ante la insinuación de su madre.

—¿Y qué quieres decir con eso, jovencita?

—Que tal vez he estado soltera por su causa, por sus pésimas lecciones en mi vestuario.

—¿Y qué hiciste para que lord Baltimore quisiera casarse contigo? ¿Acaso únicamente te ha visto sin ropa?

—¡Madre!

—Entonces esa no es la razón. Vaya, eres irrespetuosa al dar tu opinión. Tu madre sabe lo que hace.

—Si sabe lo que hace, ¿por qué critica sus propias elecciones?

—Lo que pasa es que ninguno de estos es digno para una futura condesa. Iremos mañana mismo a encargarnos un vestido en la modista. No, no, no, iremos ahora mismo.

—Madre, es hora de la cena.

—La modista no se negará a abrirle la puerta a la marquesa de Fremont. No te preocupes, cenaremos y después me acompañarás.

Dorothea negó con la cabeza, ya que su madre apenas respiraba por la emoción de saber

que su hija pronto se casaría, no era justo para sus ánimos de descansar que ella quisiera llevarla otra vez fuera de la casa en un largo trayecto en carruaje.

—Iré a pedir que sirvan la cena. Camile, encárgate de la niña y que termine de arreglarse. Después, ve a por el conde. La cocinera ha preparado un banquete para agasajarlo. Ah, y ponle joyería a nuestra Dorothea, que será la protagonista en estos días y en todo el condado. Disfrutaré viendo la cara de esas malvadas que se burlaron de ti. ¡Ja! Gozaré viéndolas retorcerse por dentro.

La marquesa se retiró de la habitación después de dejar que su hija y la criada oyeran su sonrisa maliciosa.

—La pobre ha enloquecido, milady —comentó la doncella.

—Es comprensible. Ha estado esperando esto durante demasiado tiempo y en cinco días se cumplirá su deseo y por fin estará tranquila. Eso también me da tranquilidad de que no la tendré respirando en mi nuca, al menos hasta cuando mi padre muera.

—¿Si eso ocurre llevará a su madre a vivir con ustedes, milady?

—Dios me libre de eso. Le compraré una casa y le pondré sirvientes si los necesita. He pasado muchos años escuchándola como para pasar mi matrimonio, sintiéndola respirar cerca de mí. Al único que debo tener en esa casa en la que viviré con el conde es a su hermano.

—Ese niño es un engendro malcriado. No me agrada.

—Son las reglas de milord y es todo lo que tendré que soportar. La madre del niño ya no debería estar en esa casa, según lo que me ha dicho, pero de la misma forma, confesó que ella entraba por lugares de su residencia que él no conocía.

—Mmm... Un poco tonto, ¿no lo cree?

—¿Qué quieres decir?

—Debe conocer las entradas de esa casa a la perfección, pero le dice que no porque hay cosas que milord no quiere aclarar.

—No es de mi incumbencia saberlo.

—Un niño que más parece su hijo que su propio hermano, ¿no le parece muy sospechoso? Debería considerarlo.

—Mi obligación es creerle a mi futuro esposo, y si tiene algún asunto del pasado no es de importancia, pues él me dará lo que necesito que es techo y dinero, el resto no importa.

—Se lo digo solo por ser cotilla, en algo debo distraer mi mente ahora que sé que se irá de aquí. La he visto nacer y crecer, ahora también casarse. Es una lástima que no pueda llevarme con usted.

—Eres la doncella de mi madre y sabes que, sin ti, tanto ella como mi padre terminarán

mueritos. Tal vez después de que me casen, ellos quieran ir a Londres.

—Su madre no piensa quedarse con el hijo del marqués, milady. No podría escuchar que la desprecie. Llevan veintitrés años conociéndose, pero las cosas no han resultado bien porque sabe que milord no quería que su padre se casara.

—Me temo que puede que viva algo similar en casa de mi esposo. Ese niño no parece quererme ahí, ni por más que no me conozca. No podría alejar a milord de su hermano, al final tendría que irme de la casa, sola.

—Está próximo a ir a Eton, el niño maleducado tiene los días contados y usted aprovechará para llenar ese lugar con hijos para que aquel ni siquiera quiera regresar a vivir con ustedes.

Todos en esa casa pensaban que ella se casaría para tener hijos, pero el conde había dicho expresamente que quería que su hermano heredara y no podía hacer nada ante eso. Entendía que él jamás entraría a su habitación, aunque no sabía si la relación de ellos incluiría un poco de afecto mutuo en lo que respectaba a los besos. Debía preguntarle si al menos tendrían ese tipo de contacto, ya que la cama no sería una opción si no deseaban tener hijos.

En una habitación no tan cercana a la de Dorothea, Adam bostezaba cerca de la ventana, meditando sobre lo que estaba haciendo con su vida al ir hasta Bath para asegurar un matrimonio con una desconocida, a la que llevaba conociendo como mucho cinco días y en otra cantidad igual, estaría casado con ella.

Sus amigos dirían que estaba demente, él mismo se gritaría que había perdido el poco juicio que le quedaba, pero era mejor escoger a alguien que le cayera bien a otra que tal vez estuviera tan loca como su madrastra. De un tiempo a ese momento sentía bastante desconfianza hacia las féminas y tenía múltiples razones para desconfiar hasta de su sombra; sin embargo, Dorothea le parecía alguien digna, sencilla, inteligente y con una belleza peculiar.

Consideró que, dentro de sus opciones de esposa, le convenía una que fuera de su agrado y alguien que enajara con sus vivencias. La joven que llegó a su vida en forma de ángel era lo mejor. Sabía que no encontraría a alguien con la entereza suficiente para enfrentarse a la vida. Desaprovechar lo que se había puesto en su camino era algo de tontos. Dorothea llegó hasta él para mejorarlo y no para hacerle daño. Ella era la compañera ideal, ya que la veía con la capacidad suficiente para mantenerlo interesado.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron sus pensamientos y el conde aprobó la entrada de quien estuviera del otro lado.

—Disculpe, milord, la marquesa ha dicho que puede bajar a cenar —comunicó Camile entreabriendo la puerta.

—Gracias. Iré ahora mismo.

La doncella ni siquiera entró a la habitación, solo le anunció el asunto de la cena y se retiró.

Adam se arregló el pañuelo del cuello y su frac antes de salir de la habitación. Una vez fuera, se encontró con Dorothea que dejaba a su paso el delicioso aroma de su perfume. Cuando el olor entraba en sus fosas nasales casi podía jurar que podría hacerle perder el control, pues era como un poco de opio operando en su cuerpo, era adictivo.

—Es bueno verlo con una prenda diferente. Qué elegante es usted, milord. ¿Cómo pude confundirlo con un mendigo? —lo halagó Dorothea que por dentro suspiraba al ver a Adam. Trataba de no mostrarse muerta de encanto por él, aunque cada vez era más difícil.

—Le agradezco sus palabras, milady. Es comprensible que me confundiera, estuve tirado en el lodo.

—Al menos pude convencerlo de que se casara conmigo, soy afortunada.

—Dudo que solo usted sea afortunada. He oído que la llaman Thea, ¿cuándo podría llamarla así? Dorothea me parece un nombre demasiado largo y un poco duro para alguien como usted.

—Puede llamarme Thea, pero tal y como usted tiene esa concesión, me gustaría que yo pudiera llamarlo por su nombre.

—Adam no tiene nada de especial, no es como Thea, puede llamarme como guste.

—Debemos ir a comer, Adam.

—¿Puedo acompañarla, Thea?

—Si se enfada conmigo puede llamarme Dorothea, así sabré que debo esconderme o cerrar la puerta.

—¿Acaso existe alguien que pueda enfadarse con usted?

—Por supuesto. Mi madre es mi detractora por excelencia.

Él le enseñó el brazo para que ella lo cogiera. Cuando la joven lo tomó, Adam sacó algo de su frac y se lo puso en uno de sus dedos.

—Le sienta a la perfección. Este compromiso no puede ser llamado así sin un anillo de por medio. Le pedí a mi sirviente que buscara en el joyero de la condesa el más hermoso para usted —dijo sonriente.

Dorothea lo soltó en ese mismo instante para mirar su dedo. ¡No podía creerlo! Por fin se casaría. Con los defectos y virtudes que le esperaba a ese matrimonio, ella estaba tan emocionada para encontrarle cosas malas a ese momento.

—No sabe lo que esto significa para mí, Adam. Años soportando muchas cosas que ahora se verán recompensados con su compasión.

Al terminar esas palabras, ella abrazó a Adam y se recostó en su pecho por un instante para cerrar sus ojos y sentirse protegida.

Él la abrigó y después la separó un poco para acomodar los cabellos de ella. En la penumbra que los rodeaba, Adam podía distinguir su belleza. Tragó saliva para no hacer una locura, ya que quería besarla en los labios, pero eso significaba alimentar más su lujuria hacia ella, pues eso podría significar la consumación de ese matrimonio en el mismo día en que se casaran. Debía mantener al menos esa distancia y tener una relación amistosa y agradable como la que tenían. Besó una mejilla de ella y volvió a cruzar su brazo con el de Dorothea.

La joven le sonrió con timidez, aunque por el acercamiento, esperaba que fuera un beso en los labios, pero al parecer el conde mantendría su palabra de ofrecerle un matrimonio con una futura separación si no llegaban a convertir su unión en un enlace real. Con el tiempo, la gente se daría cuenta que la falta de hijos en esa unión podría convertirse en grandes habladurías que podría acabar con ellos. Para corresponder a su educación, Dorothea también le sonrió, por más que se sentía un poco decepcionada.

—Mi madre se desmayará al ver este precioso anillo. Sus sueños se verán cumplidos.

—¿Y los suyos?

—Están cumplidos, ahora solo queda que usted reciba lo que yo le prometo. Seré la mejor esposa que podrá tener.

El conde asintió para que ambos pudieran continuar con su camino hacia el comedor.

Cuando los dos entraron ahí, quedaron sorprendidos al encontrar un gran banquete y no una simple cena. La marquesa se había excedido.

—Mi madrastra se ha preocupado por consentirme y eso que no le he avisado de mi llegada —pronunció una voz.

—¿Charles? ¡Charles! —exclamó Dorothea que se soltó del brazo de su prometido para ir corriendo hacia su hermano.

—¡Qué hermosa y olorosa estás, mi querida Thea! —correspondió Charles, conde de Tyne—. ¿Por qué el conde de Baltimore está aquí?

—Es un gusto saludarlo, no sabía que era el hermano de mi prometida, lord Tyne.

—¿Qué clase de disparate es este? —increpó Charles.

Capítulo 17

—Charles... —habló la marquesa al ver a su hijastro en la casa—. Lord Baltimore es el prometido de tu hermana. ¿Qué te trae por aquí?

El conde de Tyne dejó de abrazar a su hermana y fue a besar las mejillas de la marquesa.

—Mi querida madrastra, he venido para criticar a usted y a mi padre por haberme enterado por una matrona de que Thea estaba en Londres y que no había acudido a mí para cuidarla.

—Tu hermana fue para algo muy específico y aquí está. Ella no tendrá que depender de tu buen ánimo o del malo en el futuro y tampoco será una carga para ti.

—¿Por qué se empeña en decir que Thea es una carga para mí? Estaría encantado de tenerla en casa.

—Sabes que no me fío de un soltero que puede ser influenciado por una víbora.

—¿Una víbora como usted?

—Vaya presentación que le estamos ofreciendo a mi prometido —masculló Dorothea, avergonzada.

—¿De nuevo peleando? —preguntó el marqués al llegar al sitio en compañía de un sirviente que lo llevaba en su silla de ruedas.

—Estaba conversando sobre las incongruencias de mi madrastra y de sus delirios al decir que rechazaría cuidar a mi hermana. ¿Quién sugirió que no me molestara en Londres?

—Fui yo misma quien lo decidió, Charles. No quería molestar. Mi padre dijo que fuera a pedirte ayuda, pero no lo creí necesario. Al final vine con un prometido de Londres —respondió la joven.

Los ojos verdes de Charles recorrían la figura de Adam, pues a este no le causaba mucha gracia que él estuviera ahí.

—Es un placer poder verlo, lord Tyne. No hemos podido conversar en Londres, aunque todos nos conocemos de vista. —Adam extendió su mano para saludar al hermano de Dorothea, pero este se alejó y fue a colocar sus manos en el hombro de su padre.

—Lo veo igual que la última vez, padre. Al menos no está empeorando con los paupérrimos cuidados que puede darle su ociosa esposa.

—Cuida tus palabras, Charles. ¿En dónde has dejado la educación? —gruñó el marqués—. Es el festejo de compromiso de tu hermana.

—Hubiera agradecido una maldita invitación, pero aprovecharé que he llegado para festejar con ella. Pongan un lugar para mí —ordenó el recién llegado.

—Mira el anillo que me ha dado Adam, Charles —habló Dorothea que se acercó para enseñarle aquello a su hermano para que dejara de gruñir por no haber sido invitado.

El hermano de ella observó la preciosa joya y le sonrió a Thea.

—Es bonito, aunque tal vez no tan digno de ti. Te compraré un anillo más grande para que lo uses con él —declaró Charles.

—Boberías —farfulló la madre de la joven que le arrebató la mano de Dorothea para observarla—. ¡Es tan hermosa! Y mucho más grande que esa baratija que me diste cuando nos comprometimos —reprochó la mujer que miró a su esposo, enseñándole la mano de su hija.

El marqués hizo un esfuerzo por observar, pero realizó un gesto hacia su sirviente para que este le entregara su monóculo. Una vez que lo tuvo, pudo fijarse en los detalles.

—Es un valioso anillo de diamantes, lord Baltimore. Es digno para mi hija.

—No hay ninguna joya de poco valor entre las joyas de mi familia, su señoría. Lord Tyne no debería creer que podrá superar un presente que le he dado a mi futura esposa con un anillo corriente, ya que lo importante no es solo su valía, sino también la importancia de la ocasión que obedece a un compromiso de matrimonio.

Lord Tyne miró a Adam como si quisiera crucificarlo, tomaría su venganza después.

—¿Por qué debatimos tantas tonterías? Hay que disfrutar del banquete y alegrarnos porque me casaré. Charles, siéntate junto a mí, Adam se sentará con mi madre. —Ella cogió del brazo a su hermano para acomodarlo y después fue a llevar a su prometido al lugar que ocuparía junto a la marquesa—. Por favor, Adam, no se enfade con Charles, esto lo hace solo por pelear con mi madre —susurró la joven cerca del oído de Adam.

A él no le quedó más que asentir, pero suponía que su hermano en realidad sí tenía un problema y no sabía la razón, ya que siempre se habían visto en los salones y en *White's*, aunque no eran asiduos a cruzar palabras con frecuencia, pues no compartían el mismo círculo de amistades.

Para Dorothea la cena se percibía tensa. Todos se concentraban en sus deliciosos platillos, eso no estaba mal, pero tampoco los demás querían mirarse. Su madre y su hermano cargaban conflictos absurdos y en esta ocasión no comprendía la razón por la que Charles había tomado a Adam como su nueva víctima. Lo averiguaría después, mas no le gustaba sentir cómo a su alrededor reinaba la enemistad.

—Ha sido curiosa la manera en la que tu hermana conoció a lord Baltimore, Charles —comentó el marqués que deseaba que la gente conversara.

—Quiero escuchar la peculiar historia, padre —alegó Charles que miraba desafiante a Adam.

—Lo encontré en un charco en la calle y pensé que era un vagabundo —contó la joven—. Lo llevamos a la residencia que alquilamos en las afueras de Londres y ahí nos pusimos de

acuerdo para casarnos, aunque él primero se resistió.

—No quería casarme con una desconocida que tenía ánimos de ser déspota. Usted dijo: «reconsidérelo» entre dientes. Por supuesto que me negaría.

La mayoría de los integrantes de esa mesa reían con lo que ellos contaban; no obstante, Charles era la excepción, no tragaba al conde. Quería hablar con él para dejarle claro un asunto particular.

—Entonces ni siquiera se casa de buen grado contigo, Thea. No te humilles, amada hermana —afirmó lord Tyne.

—No es cierto. Al final fue él quien me propuso matrimonio. Lo convencí tocando su duro corazón —rio—, no es cierto, le di brandy y...

—Y se quedó dormida —interrumpió Adam, ya que tanto el padre como el hermano tenían el rostro muy pálido, por lo que podrían estar imaginándose cualquier cosa que pudiera alimentar el desprecio de lord Tyne.

—Es cierto, pueden preguntarle a Camile si gustan. Al despertar e ir a desayunar, milord me sorprendió con la propuesta. Considero que lo conversado en la cena surtió efecto para el desayuno. Después nos embarcamos hacia Bath y aquí estamos. —Thea terminó la historia que a fin de cuentas podría meterlos en peores problemas, ya que Charles no se veía muy feliz con lo que ella había contado. Agradecía que Adam la salvara de contar que se habían dado un beso.

Después de acabar la incómoda cena, la marquesa estiró de su hija y la llevó al salón en donde colocó una lámpara cerca de sus dedos para estudiar la interesante joya que el conde de Baltimore había puesto en su dedo. Mientras tanto, lord Tyne y su padre quedaron en compañía de Adam en un salón especial para caballeros en el que podían gozar de juegos, bebidas, cigarros, lecturas si les apetecía, apreciar armas de fuego y espadas.

El hermano de Dorothea recorría el área de las espadas acariciando cada una de ellas, deseando alzar alguna para intimidar a Adam para que este se fuera.

—Qué lugar tan interesante, su señoría. ¿Aquí vienen para amedrentar a la gente? —preguntó Adam sin temor. No estaba interesado en fingir que le temía a algo. Enfrentaría lo que fuera con tal de gozar de tranquilidad.

—Ja, ja, ja. Por supuesto que no, milord. Es un lugar un poco más pacífico. Usted sabe que escuchar a mi esposa es algo que puede llegar a dar un poco de dolor de cabeza.

—Mi madrastra es una malvada exponente del demonio y él lo sabe. No pudo casarse con alguien mejor, pero tampoco lo lamentó mucho, pues gracias a eso tengo a mi hermana, que es lo único decente que puede salir de ese ser.

—Si hablas mal de mi esposa me iré, Charles. —El marqués agitó la campanilla para que los sirvientes fueran a atenderlo. No pensaba quedarse a escuchar las tonterías de su hijo, ya que siempre utilizaba a la marquesa como medio de distracción para divertirse.

—Es mejor que descanse, padre. No tema que no hablaré mal de esa venerable dama.

—Me gustaría quedarme, pero ni siquiera puedo beber ni fumar, no tiene sentido. Mañana los veré en el desayuno.

Los sirvientes llegaron para buscar al marqués y se lo llevaron sin decir demasiado y quedaron solos Adam y Charles.

Los dos se miraban con desconfianza y Adam menos confiaba en lo que aquel podía hacer tocando una espada, por lo que él lo imitó.

—¿Cómo pudo alguien como usted tener tanta suerte al quedarse con mi hermana? —increpó Charles que parecía molesto, casi hablando entre dientes.

—¿Qué hay de malo conmigo? No sé qué tiene en mi contra, pero resulta insoportable ver su cara.

—¿Le parece civilizado sostener una relación con su madrastra? Es un desvergonzado. Me ha costado cuidar a mi hermana y viene un degenerado a llevársela...

—¿De qué demonios habla? —replicó Adam, encolerizado. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Muchos sabemos por intermedio de la misma boca de la condesa viuda lo que hace con ella.

—¿Y cómo puede saberlo usted? Oh, entiendo, ha metido a la víbora en la cueva. Qué lástima si le ha creído a esa díscola.

Lord Tyne cogió una espada y atacó a Adam, pero este se defendió con presteza cogiendo otra arma.

—¡Es un demente! ¡Qué cree que está haciendo!

—¡Lárguese de esta casa! Si hubiera sabido antes lo que estaba ocurriendo, no estaría aquí ilusionando a una pobre ingenua como Thea.

—Tanto ama a su hermana que la llama de esa manera tan equivocada, pues ella es mucha dama para compararla con Pippa. Jamás le he tocado un cabello a esa atrevida.

—Le digo de esa manera porque Thea quiere un matrimonio, pero nadie la merece, no existe alguien que me guste para ella.

—Ese es su problema. Ella y yo nos llevamos a la perfección. Me escogió y estoy conforme. Hágase a un lado porque no la pienso dejar. Es mejor que vaya a meterse a la cama de esa mujerzuela. Tenga cuidado porque no le gusta respetar las buenas costumbres.

—¿Es por eso que ha tenido un hijo al que hace pasar por su hermano?

—Es tan ingenuo al creerlo. Anthony es mi hermano, es hijo de la culebra, pero no conmigo, al menos he comprobado que lleva mi sangre por el parecido familiar. Ella es una

desvergonzada que busca su beneficio y también calmar sus ardores con alguien. Hágale bien el favor para que deje de buscarme o quizá sea mejor que le ayude a conseguir que recupere la dignidad que perdió hace tiempo.

—Está a tiempo de irse y dejar en libertad a Thea. Se irá conmigo y yo la cuidaré.

—¿Por qué no le pregunta si es lo que ella desea?

—Porque no está en condiciones de escoger. Usted la tiene atontada.

—¿Qué son esos gritos? —curioseó la joven que entró al salón después de oír que los dos caballeros gritaban.

—Lord Tyne quiere jugar con las espadas, Thea.

—Charles, suelta eso —ordenó Dorothea.

—¿Se ha atrevido a llamarte, Thea? ¡Sinvergüenza! —Charles volvió a intentar atacar a Adam.

Dorothea, al darse cuenta de que su hermano no estaba jugando, colocó su mano en el camino de la espada creyendo que no le haría nada y que pararía su ataque, pero fue tarde y llegó a cortarla.

—¡Ay! —gritó Dorothea al sentir la espada en su piel.

—¡Thea! —expresó Charles que soltó la espada para auxiliar a su hermana.

Adam se quitó el pañuelo del cuello y colocó la tela en su mano para que la herida dejara de manar sangre.

—¡No la toque! —exigió Charles.

—Usted es un peligro. Aléjese de ella, tengo más derecho sobre milady que usted que es su propio hermano. Quítese —mandó Adam que la cogió en brazos.

—¿Qué está ocurriendo? —indagó la marquesa—. ¡Thea! ¿Qué ha pasado?

—Nada, madre. Fue solo un accidente, Charles no quiso hacerme daño... —lo defendió Dorothea, dolorida—. Me interpuse absurdamente en un juego de caballeros.

—La llevaré a su habitación —avisó Adam que salió del salón con ella en brazos.

—No te cansas de hacerle daño a Dorothea, Charles. Déjala en paz, por fin ha conseguido a alguien que no está al tanto de tus mentiras para ensuciarla.

—¿Sabe con quién se casará? Es alguien que se acuesta con su propia madrastra.

—Si no influye en la vida de Dorothea, puede acostarse con quien quiera. Ella tendrá un título y una vida privilegiada. Las amantes son parte de la vida. En cambio, tú tienes un amor insano por Thea.

Capítulo 18

Pese al dolor en la mano, Dorothea aprovechaba el acercamiento con el conde. Estaba recostada en su pecho, disfrutando la cercanía.

—Puedo caminar —pronunció Dorothea, tratando de tener un poco de dignidad.

—No caminará, si se desangra no podré hacer nada, no soy médico. Su hermano es un demente, debería alejarse de él.

—Me hermano me quiere.

—Sí, y lo más probable es que la quiera muerta. No se detuvo al verla ahí.

—Charles no ha tenido intención. ¿Por qué estaban peleando?

—Porque lord Tyne se mete en el nido de la serpiente. Se acuesta con mi madrastra que dice más mentiras que un niño en aprietos. Hice lo que debía hacer con ella que fue echarla de mi casa. Pippa debe ser experta no solo calentando camas, también los pensamientos ajenos.

—No creo que él esté involucrado con nadie, es un hombre soltero y respetable.

—La creí más inteligente. Usted sabe lo que hacen los solteros cuando esperamos el momento de buscar una esposa. Vamos de mujer en mujer como picaflor de flor en flor. Me incluyo en dicha forma de proceder.

—No sabía que lo hacían en verdad, creí que eran exageraciones de mi institutriz, pero por lo que me dice es así.

—¿Cuál es su habitación?

—Es esta... —señaló.

Él no tuvo inconveniente en abrir la puerta para entrar con la joven. La habitación estaba bien iluminada, por lo que tampoco se le dificultó depositarla en la cama.

—Déjeme ver su mano —pidió quitando el pañuelo—. No se ve bien.

—Lo que no se ve bien es su pañuelo. Pídale a Camile que venga a atenderme, usted ya dijo que no era médico para saber sobre heridas.

Adam levantó su mano y la llevó hacia el rostro de Dorothea.

—Estoy muy enfadado porque usted está herida, Thea. Tiene entre sus filas a un demente. Es capaz de hacer cualquier cosa. Imagine que la ha atacado por algo tan ridículo. Debí matarme si sentía tanta rabia. No lo defienda, su actuar es de alguien que no comprende las cosas y que ha sido manipulado por una mujerzuela.

—Por favor, espero que no odie a mi hermano por esto. No podría vivir sin verlo.

—Cuando nos casemos puede verlo, pero de lejos. Él es un riesgo para su salud.

—Pero...

El conde le dio un beso en la frente antes de que pudiera seguir defendiendo a Charles.

—Iré a por la doncella —confirmó el hombre y después fue a buscar a Camile.

Unos minutos después, tanto la doncella como la marquesa se encontraban en la habitación con ella.

Camile no podía creer lo que había hecho Charles y la marquesa no dejaba de hablar mal de su hijastro por lo que le había hecho a Dorothea.

—Ya ves la razón por la que no quiero que esté aquí. ¿Qué le importa a él si tu esposo es bueno o malo o tiene una amante por el mundo? Es tu problema, no el suyo. Es tan cansado tener que convivir con él, ha perdido el juicio —se quejó la marquesa.

—Por favor, no quiero enemistades entre nosotros. Lo que ocurrió fue un accidente lamentable. Han sido solo los celos por el cariño de Charles, no pasa nada. —Ella se empeñaba en justificar lo que aquel hacía.

—Lo justificas porque crees que es un acto de amor. ¿Y si te hace una herida mortal? ¿Te parece que sería por amor? No, Thea, es por locura, por demencia. Él apareció aquí para echar a perder tu vida.

—No quiero que siga hablando mal de él. No se lo permito, madre. Él es mi hermano y quiere lo mejor para mí.

—Hace mejor su trabajo de buen hermano estando lejos de aquí. Mira que pudiste estar peor. Menos mal es una herida que fue más susto y sangre que otra cosa. Le diré a tu padre que lo eche mañana.

—Madre, por favor...

—No pienso quedarme callada. Es suficiente con él, ¿acaso soy la única que nota que no está bien de la cabeza?

—Usted no lo quiere, así cualquiera puede no estar bien de la cabeza para usted, madre. Hablaré con mi padre para que no le prohíba estar en mi casamiento. Madre, ya está solucionado su futuro, no odie a Charles por un evento desafortunado.

—Su mano está lista. Con todo lo que le he puesto la herida amanecerá seca y la mano estará curada para el día del matrimonio. Es una suerte que no le cortara un dedo. Me extraña la actitud de lord Tyne.

—Es una pena que mi prometido y mi hermano se lleven tan mal.

—Tú saldrás del lado que más te conviene y ese es el de tu prometido. El que te dará un nombre y un techo es el conde de Baltimore y no el estúpido y romántico de Charles. Puede

defender a alguien que necesite ser defendida y no a ti que eres capaz de defenderte sola. Si has conseguido un esposo sin tu hermano, definitivamente, no lo necesitas para nada. Te tienes a ti y el apoyo de lord Baltimore, que es mucho más caballero que Charles, que está dolido porque no puede romper este compromiso. Ahora nadie me quita de la cabeza que él ha estado saboteando tu campaña de matrimonio durante todos estos años y ahora te has escapado de sus garras con alguien que no estaba en su mismo juego.

—Habla de conspiraciones como si fuera que Charles es capaz de pensar en algo semejante. Siempre me ha apoyado para casarme y solo las cosas no se han dado como deseábamos, fue infortunio y no un plan de convertirme en solterona.

—Su señoría, milady debe descansar. Deje la mano en esta posición. Con esta ligera tela no tendrá moscas alrededor —dijo Camile para que dejaran en paz a la joven.

—Duerme bien, querida. Estaré atenta a lo que ocurra. Camile, cierra la puerta de esta habitación con llave. No me fío de algunas personas de esta casa, los celos pueden ser malos consejeros.

—Sí, su señoría. Buenas noches, milady.

Las dos mujeres se retiraron y dejaron a Dorothea en la penumbra. Escuchó el llavero de Camile y de paso el sonido del seguro de la puerta.

Con lo que lord Tyne le había dicho, Adam sospechaba que él no era el único que andaba creyendo las barbaridades de Pippa. Claramente, ella deseaba perjudicar su reputación. Por supuesto que era creíble que un joven embarazara a una jovencita y no el viejo con el que se había casado, pero no sería desleal con su padre, ¿qué clase de persona pensaban que era? ¿Por qué existiendo tantas mujeres y siendo él joven y atractivo iría a meterse en el lecho de su padre con la esposa de este?

No quería tener que explicarle algo tan vergonzoso a Dorothea, puesto que no le encontraba sentido. Una vez que ella estuviera en su casa lo entendería; sin embargo, el hermano estaba ahí para impedir que ellos pudieran casarse. Le molestaba su actitud sobreprotectora con su hermana. Era tan insoportable y exagerado que no creía normal que alguien protegiera de esa manera a su pariente y más siendo medios hermanos. Encontraba sentido en la forma en la que la marquesa trataba a su hijastro, tampoco era la miel más dulce del bosque, pero las conexiones con el rechazo eran obvias.

Adam creyó que conseguir una esposa fue lo más sencillo de su vida, mas el asunto se complicaba con la relación entre el medio hermano y la suripanta que tenía como madrastra. No estaba dispuesto a perder a Dorothea, ya había hecho planes con ella para su existencia y, además, habían llegado a un acuerdo en el que quedaron que ambos saldrían beneficiados.

Esa noche le fue difícil conciliar el sueño, pues no dejaba de pensar en la pelea que había tenido con lord Tyne y que Dorothea había salido herida. Quería adelantar la boda, pero la madre no estaba dispuesta a dejar pasar la ocasión de una manera tan sosa.

Por la mañana, la misma doncella de siempre fue a despertarlo y a decirle que podía desayunar, aunque le comentó que Dorothea estaba en el jardín fomentando su hábito de alimentar a los pájaros que se arrimaban a la casa.

—¿Hacia dónde se encuentra milady? —preguntó antes de que Camile se fuera.

—Desde aquí no puede verla, pero si baja al salón principal podrá distinguirla sin problema, milord.

—¿Y lord Tyne?

—Milord ha desayunado en su habitación muy temprano y después se encerró en la biblioteca.

—Gracias.

La mujer hizo una inclinación y se retiró para continuar con sus quehaceres.

Fuera de la residencia, Dorothea salió a alimentar a los pájaros que siempre la visitaban en la propiedad, al menos ella creía que eso hacían. Le gustaba mucho hacerlo. La servidumbre siembre guardaba migajas y unas semillas para repartir entre los comensales de la naturaleza.

Con su mano vendada sostenía lo que debía arrojar a los animales y con la otra arrojaba la comida para ellos.

—¿Sigues alimentando a los pájaros? —curioseó Charles que se acercó a ella. Él la había visto desde la ventana de la biblioteca. Sentía mucho remordimiento por lo que había pasado la noche anterior.

—Siéntate, Charles —pidió la joven que le colocó un poco de comida en la mano de su hermano.

—Lamento lo que ocurrió. Jamás quise hacerte daño, Thea. Solo enloquecí al escuchar la familiaridad con la que ese aprovechado te trataba.

—Charles, él es mi prometido. Estoy feliz de que me llame por mi nombre. Por fin he conseguido un compromiso, ¿no puedes alegrarte por mí?

—No, no puedo. ¿Acaso hay alguien que pueda con la responsabilidad de cuidarte?

—Me he cuidado sola los últimos años, Charles. No esperaba que me dijeras que no estás feliz.

—No te has cuidado sola, mi mano ha estado detrás de ti, cuidándote de cada...

—¿Qué has hecho? —cuestionó al comprender que algo no estaba bien.

Su hermano no respondió al instante, prefirió arrojar la comida a las aves.

—Te protegí, es todo. ¿Qué más puede haber?

—No quiero pensar que estés detrás de mi larga soltería. No deseo creer que el problema nunca ha sido cómo me veo, sino lo que creen saber de mí. ¿Has manchado mi reputación a tu conveniencia?

—¿Cómo puedes creer eso de mí? No he querido perjudicarte de manera consciente. Deja a este hombre y quédate conmigo en Londres.

—¿Estás demente? No voy a dejar a mi prometido, es mi oportunidad de tener mi propia casa. Ser una solterona en tu residencia sería como ser una visita, ya que pronto te casarás con alguna joven y yo pasaré a ser nadie, siendo lo más probable que me echen de ese lugar. La gente que se casa quiere su privacidad. No debes olvidar que tengo a mi madre.

—No tengo intenciones de casarme. ¿Para qué tenemos primos? Me complace más tu compañía que la de cualquier otra persona.

—Sé que no eres un santo y que has estado recorriendo como un picaflor los lechos impuros de algunas damas. Recapacita, Charles, y busca una esposa. No dejaré a Adam por nada. Él me tiene enamorada, no hay algo que me desagrade de su presencia.

Charles se acercó más a ella y olió el perfume de Dorothea muy cerca de su cuello y recostó su cabeza ahí.

—Él te hará sufrir, te lo aseguro.

—Si sufro te tengo a ti para que me consueles, ¿o no? —Dorothea le acarició el cabello cobrizo a su hermano y después sonrió.

Desde la ventana del salón, Adam observaba molesto aquella escena. ¿Qué pretendía lord Tyne creyéndose el enamorado de su hermana?

—Por algo nunca me ha gustado mi hijastro, no al menos desde que Dorothea se convirtió en mujer —comentó la marquesa que se colocó junto a él—. Me parece algo inadecuado, aunque siempre Charles lo ha hecho. No creo que sea un cariño convencional.

—Es indecoroso, algo incestuoso —opinó Adam.

—Hablamos el mismo idioma, lord Baltimore.

—Iré a por milady...

—Ella no entiende razones cuando alguien le habla mal de su hermano, le aseguro que no tendrá sentido ponerla en contra de él. Lo he intentado por muchos años.

—No la pondré en contra de nadie, solo la separaré de él. Hay muchas cosas de lord Tyne que no me agradan y no solo se trata de sus malas compañías.

—Tendrá un problema en Londres, pero si es discreto nada le ocurrirá. No quiero que mi hija pierda lo que ha conseguido. Lo comprendo, lord Baltimore, las amantes son algo convencional y necesario y a Thea no le da la talla para ser una mujer apasionada.

Capítulo 19

Era tan evidente que la marquesa no creía en la belleza y sensualidad que desprendía Dorothea con su inocencia, o tal vez él era el único que lo notaba. La madre de su prometida pensaba que tenía una amante, cuando la realidad era que llevaba tiempo atravesando una sequía en lo que respectaba a tener una dama en su lecho. No se sintió desesperado para correr a los brazos de nadie y aplacar sus ardores. Él podía controlarse sin problema, ¿por qué necesariamente debía meterse en un conflicto? Prefería la compañía y beber antes que acostarse con alguien, parecía haberse aburrido de eso, o quizá se volvió algo monótono y vacío, por eso no le encontraba tanta necesidad. Sin embargo, Dorothea era preciosa, una mujer que sin duda disfrutaría en su cama si algún día decidieran que eso era lo mejor para el matrimonio, solo que aquello podría interferir en sus planes de dejar a su hermano como su único heredero. Tendría que comprar muchos intestinos de oveja en todo caso.

—Se equivoca con respecto a mí, su señoría, no tengo ninguna amante y si la tuviera, jamás sería mi madrastra y no solo es porque fue esposa de mi padre, para tener una amante la mujer debe ser de mi gusto, y ella no lo es.

—A mí no tiene que convencerme de nada, es a mi hija a quien debe conservar en tranquilidad. Iré a por mi esposo para el desayuno. Aún no sabe lo que ocurrió por la noche. Su salud puede verse afectada por esto. Con permiso.

La marquesa y el conde tomaron caminos distintos. Tendría que prepararse para dar muchas explicaciones, ya que los problemas recién comenzaban para él. ¿Por qué las cosas se complicaban si escogió a una dama de manera sencilla y sin estar enamorado o algo similar? Le parecía una dama preciosa, inteligente e ideal, que era capaz de cautivarlo, pero no sabía lo que era estar enamorado, aunque sí sabía lo que le desagradaba y eso era ver a otro hombre cerca de ella, por más que este fuera su hermano.

A medida que se acercaba al banco, escuchaba las risitas y susurros entre Dorothea y Charles.

—Buen día, Thea —saludó Adam, interrumpiendo el momento.

La joven se levantó de su asiento y fue hacia su prometido. Charles se quedó en el lugar dándole la espalda a Adam.

—Adam, ¿cómo amaneció? —preguntó Dorothea que hizo una reverencia para él.

—Muy bien, ¿cómo sigue su mano? Debería estar reposando —alegó cogiendo la mano que no estaba herida para dejarle un beso al dorso como parte de su saludo.

—Quiero aprovechar estos días para alimentar a mis amigos. Ellos siempre vienen aquí a buscarme. Cuando era pequeña comía panecillos aquí y los pajaritos bajaban a llevar las migajas. Han pasado generaciones de pájaros por esta casa. Me encanta hacerlo. Charles me acompaña porque él suele estar conmigo cuando viene de visita.

—No soy quién para prohibirle un acercamiento con su hermano, Thea, pero debería cuidarse, ayer quiso cortarla.

—No fue con intención. Fue a usted a quien quise hacerle daño. Nunca se me ocurriría lastimar a Thea —reprochó Charles.

—No van a volver a pelear, ¿o sí? Si soy el motivo de sus disputas, les pido que se retiren y me dejen estar con mis amigos. Ellos no discuten por mí porque saben que los quiero por igual —musitó Dorothea, ya que no quería peleas. Los dos deberían estar tranquilos y darle paz a ella.

—No tengo intenciones de pelear con lord Tyne, pero sí de estar en su compañía. ¿Le molestaría que los acompañara?

Dorothea sonrió y le dio un poco de comida para que arrojara con ellos. Le indicó que se sentara y fueron hacia el banco en donde cabían tres personas sin inconvenientes. Ella creyó que se sentaría en el medio de ambos; sin embargo, Adam se sentó junto a Charles. La idea era espantarlo, si quería estar ahí tendría que aguantarlo a él.

—¿Cómo le arrojo esto a las aves? —curioseó Adam.

—¿Eres tan inútil para preguntar esa tontería? —replicó Charles, enfadado por la intromisión del prometido de su hermana.

—¡Charles! —espetó Dorothea, avergonzada, por él comportamiento de su hermano.

—No se preocupe. Son sus aves, no las mías, pregunto por la técnica... Si las arrojo cerca o lejos, con fuerza o sin ella. Si a lord Tyne le molesta que quiera informarme no es culpa suya, Thea.

Charles se levantó del banco y se alejó de ellos sin decir nada. Dorothea agachó la cabeza, apenada por lo que ocurría con su hermano.

—Me temo que mi hermano no está de acuerdo con que nos casemos, Adam. Me ha pedido que me vaya con él a Londres y que lo abandone.

—Vaya... Usted es demasiado sincera. No calla nada para conservar la reputación de los demás. ¿Y ha considerado dicha propuesta?

—No, ni por un segundo. Le he dicho a Charles que con usted me siento feliz y no pienso dejarlo. Si a usted no le molesta estar a mi lado, entonces, ¿para qué abandonarlo?

—Me enfadaría mucho si me dejara por cotilleos malintencionados, y no digo que sean propios de su hermano, más bien está influenciado por una falda demoníaca. Me ha convencido de casarnos, si usted me abandonara lo más probable es que decidiera quedarme solo para siempre.

—No le creo, usted es atractivo, no considero que deba quedarse solo.

—No por ser atractivo merezco una buena persona a mi lado. Usted es la excepción.

—Tampoco soy tan buena si he querido obligarlo a pertenecerme.

—Algunas cosas las hago con gusto. —Adam alzó la mano para acariciar el rostro de Dorothea.

Ella cogió la extremidad que él había puesto en su cara y dejó un beso. Esa era la única manera que tenía de corresponder sin invadir la comodidad de Adam y el trato que él había propuesto. Deseaba besarlo hasta perder la conciencia como la última vez; sin embargo, eso sería tentar a su suerte, tal vez lo intentara cuando vivieran bajo el mismo techo.

Los dos quedaron mirándose por un momento, no decían nada, solo se miraban. Quizá si llegara a decir algo el momento se arruinaría.

—¿Usted acostumbra a cabalgar? —inquirió la joven que arrojó su última ración de comida a los pajarillos.

—Soy un animal londinense, a veces salía a montar por Hyde Park.

—Aquí será mucho más libre, sin los convencionalismos. ¿Quiere cabalgar conmigo?

—Con usted todo suena encantador. Si me caigo igual tendré suerte porque me atenderá mis dolencias.

—No dejaré que se caiga. Mi prometido no puede lastimarse días antes de nuestro matrimonio.

—Usted se lastimó por colocarse frente a mí cuando su hermano quería hacerme daño.

—Prefiero olvidar el acontecimiento. Para dentro de cuatro días estará todo bien. Mi madre ha encargado otro vestido para mí y este tiene que gustarle. Ha criticado todos los que ella misma me ha comprado. Tiene memoria corta para lo que no le conviene.

—No me sorprende, los padres a veces olvidan muchas. ¿Ha desayunado?

—Lo estaba esperando a usted.

—Entonces vayamos y después aceptaré cabalgar con usted.

—¿Quiere que hagamos una carrera?

—¿En su condición? No podría dejarla en vergüenza.

—Yo no he tenido compasión por sus pantorrillas, no tenga compasión conmigo cuando se trata de un juego.

—Sé lo déspota que puede llegar a ser. Si no reconsidero el asunto de correr contra usted, no me irá bien.

Los dos sonrieron recordando la forma en la que se habían conocido. Después emprendieron el camino hacia la residencia, dejando detrás de ellos las migajas y semillas que

quedaban.

Al entrar en el comedor, el marqués estaba de pie en lugar de estar en su silla.

—¿Dónde está Charles? —increpó con seriedad.

—Padre... —Dorothea quiso interceder, ya que se daba cuenta de que su padre estaba muy enfadado.

—No quiero escucharte. Quiero saber en dónde está ese sinvergüenza que quiere echar a perder tu matrimonio. Me escuchará.

—No quiso hacerlo con malicia, padre. Él es bueno, le ruego que no sea duro. Ha sido un accidente, por favor...

—Thea, mantente al margen de la situación —ordenó el marqués—. Tu cariño no te deja ver que ha hecho algo terrible. Si necesitaba hablar de algo, pudo haberlo hecho conmigo y no increpar a tu prometido y después atacarte a ti.

—Fue sin intención...

—Te cansarás de insistir. Que alguien busque a Charles, quiero verlo en mi despacho. Estaré enfermo, pero aún no he muerto, sigo poniendo las reglas en esta casa. ¡Charles!

El padre de la joven abandonó el comedor y fue hacia el despacho con una caminata un tanto temblorosa después de estar tanto tiempo en la silla. No era lo mismo pararse que dar varios pasos.

—Dejen que mi esposo solucione las cosas con Charles. Si quiere asistir al matrimonio de su hermana, será obediente.

—¿Por qué le ha dicho, madre? Puede comprometer su salud —reprochó Dorothea, molesta.

—Su padre debe tomar cartas en el asunto de su hermano, Thea, es un individuo peligroso. Si en un arrebato ha hecho esto, ¿qué más es capaz de hacer? —apoyó el conde.

—Él no es lo que ustedes piensan.

—Tienes una herida en la mano, ¿quién crees que tiene la razón, Dorothea? Siéntate a desayunar y guarda silencio —ordenó su madre.

Ella estaba enfadada por lo que hacían sus parientes y también por el apoyo que su prometido le daba a su familia para estar en contra de Charles. Para ella no existía nadie más amable y bienintencionado que su hermano. Lo ocurrido en la noche había sido un terrible accidente, un error del cual evidentemente se arrepentía. Dorothea era la afectada y ella había accedido a perdonarlo, ¿por qué ellos no lo comprendían?

Se sentó en la mesa con mal semblante, aunque cuando miró el rostro sereno de Adam, Thea también suavizó sus facciones. Estaba embelesada viéndolo y eso no la ayudaba a que el

matrimonio que tendrían fuera por conveniencia, si ella tenía un interés marcado e incontrolable por su prometido. Con él había una atracción a primera vista.

—Milady ha propuesto que salgamos a cabalgar —contó Adam que quería que la madre estuviera al tanto de lo que hacían.

—Aunque está herida, me parece perfecto. Ella es una gran amazona. Puede dejarlo con la lengua fuera.

—No exagere, madre. Le mostraré algunas habilidades y gracias que le he enseñado a mi caballo.

—¿Le ha enseñado trucos? —indagó Adam, curioso.

—Sí, sabe seguir órdenes a la perfección.

—Qué fascinante. Ya quiero conocer a ese caballo.

Al terminar el desayuno, Dorothea y Adam partieron hacia las caballerizas para cumplir con la actividad de cabalgar.

—También me gusta mucho pintar paisajes y animales. Durante estos años debía buscar la forma de entretenerme. Casi puedo decir que pinto a la perfección.

—Usted estuvo años entrenándose arduamente, pese a que sus expectativas eran bajas. ¿Y sabe qué he hecho yo todos estos años?

—¿Beber?

—Pensé que diría: «no lo sé, Adam, orientame» —la imitó y después se carcajeó—. No creí que lo adivinara tan pronto.

—No era muy difícil el enigma que planteaba. De hecho, lo encontré ebrio en la calle.

—Dormido... —corrigió.

—Inconsciente.

—Me han puesto láudano, se lo aseguro.

—¿Y quién podría ponerlo en su bebida?

—Deben ser los restos de la medicina de mi padre que esa malvada colocó en mis botellas de brandy.

—¿Con qué objetivo lo haría?

—Uno espurio, imagino. Nada bueno puede venir de ella, es por eso que llevo tiempo queriendo deshacerme de Pippa, intentó matar incluso a su propio hijo. Es intolerable. Yo puedo defenderme, pero Anthony no. He pensado hasta en lo impensable para que ella desaparezca de nuestras vidas, pero no es algo que me convierta en una mejor persona que ella, me convierte en

un monstruo, por eso lo único que puede luchar contra una mujer es otra. Confío en que usted hará un gran trabajo, Thea. Tiene la entereza necesaria para que nadie se atreva a desafiarla alguna vez.

—Me tiene en un concepto tan hermoso que jamás pensé que podría oír. Quiero hacer el bien en su casa y le prometo que no tendrá inconvenientes con su madrastra, yo me ocuparé de ella.

Capítulo 20

Los dos llegaron hasta las caballerizas y pidieron los caballos que deseaban.

A Adam le sorprendió que el marqués le comprara a su hija un caballo tan valioso y sobre todo de mucho carácter; sin embargo, le asombraba mucho más que aquel animal tuviera el comportamiento de un sabueso adiestrado. Había visto corceles de ese tamaño y raza arrojando a sus jinetes varios metros, pero el caballo negro de su prometida era lo más cercano a la bondad encarnada.

—No me diga que le ha puesto de nombre Capullo de algodón... —se burló el conde.

—Se llama Dragón. ¿No le parece que el nombre se le ajusta a la perfección?

—No, en verdad que no. Pensé nombres un poco menos hostiles para un caballo que casi baila.

—Dragón fue un regalo de cumpleaños de mi padre. Charles no quería que lo comprara porque le parecía peligroso. Desde que tengo a mi caballo no he vuelto a subir a una yegua sosa.

—Las damas andan en yeguas sosas, Thea.

—Hay excepciones. Hay damas que se casan en su primera temporada y otras que no. No puede encasillarnos a todas en lo mismo.

—¿Y cuál usaré yo?

—Escoja el que guste...

—Ese... —Señaló Adam con el dedo índice.

—Ese no se puede, es de Charles, se llamaba Frost.

—Es extraño que usted prefiera al caballo negro y no al blanco.

—Tengo el alma más oscura de lo que imagina, ¿eso responde a su pregunta?

—Sí, es lógico viniendo de una mujer que secuestra borrachos.

—No lo he secuestrado.

—Entonces no diga tonterías sobre almas oscuras. Usted lo único que tiene oscuro debe ser su pupila.

Adam escogió otro caballo y fue en compañía de la dama. Su quijada cayó sobre sus pies una vez que vio a su prometida sin silla de amazona. Él era un hombre convencional, no le agradaban esas excentricidades femeninas, ya que podría ser peligroso para su virginidad.

—¿No es mejor que use una silla de amazona? —cuestionó Adam queriendo que ella se

hiciera lo que pedía. Quería persuadirla de lo inadecuado de su comportamiento.

—No. Estaría en desventaja si llegáramos a competir. ¿Le molesta algo?

—Tal vez sea peligroso para su salud. He oído un par de cosas referentes a las damas, su virginidad y las sillas de montar.

—¿No fue usted el que dijo que no quería tener hijos? No debería preocuparse por mi virginidad, ya que no le interesa. ¿Iremos a cabalgar o prefiere cuestionar más cosas?

—Sigamos.

Ella le había cerrado la boca de manera incuestionable, por lo que no le quedaron muchas ganas de insistir. Su futura esposa era alguien que amaba zanjar los asuntos tan pronto como le fuera posible. No era algo malo, pero amenazaba su soberanía queriendo compartir el poder. Entendía que ella no había dicho nada fuera de lugar. Era cierto que él propuso lo de no tener hijos, mas por supuesto que le preocupaba la virginidad, ya que no deseaba que por falta de atención suya fuera con otros caballeros a buscar lo que no se le había perdido.

—En unas millas llegaremos a campo abierto, Adam. No tenga miedo de competir —habló la joven que después le sonrió.

—Ese asunto de su virginidad es preocupante...

—¿De nuevo con eso? Ni mi madre se ha preocupado tanto por eso. Carece de sentido que usted lo haga. Será mi custodio, mi guardián, ¿qué cree que me pasará?

—No quiero que se lastime.

—Hay más cosas que lastiman y una de ellas no es exactamente la falta de una silla de amazona. Las palabras golpean con dureza más que cualquier cosa. Dejan heridas que son difíciles de sanar.

—¿He dicho algo que la ha molestado o que le ha dolido?

—No. Usted solo dijo cosas que yo quería escuchar en la mayoría de los casos. Imagínese, se casará conmigo por una extraña conveniencia, siendo yo la mayor beneficiada con su sacrificio.

—Esto ha dejado de ser un sacrificio desde que se lo propuse. Me agrada estar en su compañía. Es el matrimonio por conveniencia más extraño que pueda existir, puesto que me divierte tenerla cerca, quizá hasta pueda sufrir por usted en su ausencia.

—¿Se ha encariñado conmigo?

—Tal vez como un perro sin dueño.

—Me ha dicho que no es mi mascota.

—Si hasta el caballo ha sido domado por usted, ¿qué me puede esperar?

—Usted debe tener un carácter indomable, Adam, pues ha defendido con ferocidad su soltería hasta que se dio cuenta de que lo supero un poco en cuestiones de defensa de objetivos.

—Es adorable, Thea...

Siguieron su camino hasta llegar a la pradera que le había dicho la joven. Ahí se colocaron uno junto al otro.

—Hemos llegado. Aquí hay un largo trecho hasta los árboles que están allá —indicó la joven señalando el sitio.

—Será arduo el camino. Confiaré en este caballo que me ha prestado. Lo importante es la habilidad del jinete.

—Justificándose antes de perder...

—No me haga desear que usted muerda el polvo. Lo único que verá de mí será la cola de mi caballo batiéndose contra el viento.

—Lo veremos...

Una vez que acordaron el momento de la salida de la que sería la línea imaginaria, gritaron al mismo tiempo antes de salir disparados hacia la meta.

Dorothea era excepcional sobre su caballo; no obstante, Adam era un verdadero jinete, alguien que era capaz de controlar a cualquier equino por más que no lo conociera. El único pecado de su prometida fue haberle dado un gran caballo a un experto.

Al terminar la carrera con Adam como ganador indiscutible, Dorothea bajó de su caballo, agitada.

—Le dije que todo era cuestión del jinete. No me enorgullece ganarle a una dama herida, pero una victoria es una victoria.

—Lo felicito. Su habilidad es grandiosa para dominar a animales que no son de su propiedad.

—Imagino que todos sus caballos están adiestrados en sus caballerizas. Usted parece un hada mágica haciéndole el bien a todos. Estamos a pocos días y todavía no me arrepiento de mi decisión de ser su esposo.

—Quizá se arrepienta después, todavía tiene cuatro días para recapacitar.

Pasaron los cuatro días que faltaban para la boda y la marquesa hizo un verdadero milagro para que la recepción que ofrecerían en su honor fuera algo espectacular.

—Su madre no ha escatimado en nada —comentó Camile que arreglaba a la joven con las joyas que su madre le había prestado para la ocasión.

—La apariencia es importante para ella. No se quedaría tranquila con una boda secreta frente al vicario. Yo estaría feliz con lo que ocurriera, siempre y cuando lord Baltimore sea mi futuro esposo. —Ella suspiró y se levantó del sillón para observarse en el espejo más grande. Quería ver el conjunto completo de prendas y joyas.

—Se ve tan hermosa, milady. La extrañaré mucho una vez que se vaya. Espero que sea exigente con milord. No quiera consentirlo tanto o verá que es floja y hará con usted lo que guste. Pídale joyas, dinero y una doncella.

—No soy de esas personas, Camile. Él me conoció así y no sé qué cambiar de mí y tampoco existe un objeto para que eso ocurra.

—Sea siempre de la misma forma. Usted es exigente, pero tan cariñosa que muchos no la tomarán en cuenta.

—Solo advierto una vez, Camile, y es cuando me sobra paciencia, si carezco de ella, que todos se sujeten de algo.

—Está lista. El conde se ha ido en compañía de lord Tyne, milady.

—¿Quién dejó que fueran solos? Enviudaré antes de casarme. ¿Quién ha pecado de ingenuo?

—Su padre lo ordenó y por poco no hizo que ellos fueran abrazados con una soga.

—Espero casarme y que esto no termine en la vergüenza del condado.

La joven salió de la habitación y al bajar las escaleras, giró hacia la derecha, en donde estaba la enorme puerta al gran salón de baile y lo vio decorado con sofisticación y opulencia. Las telas de seda y terciopelo surcaban la estancia de un lugar al otro, al igual que las guirnaldas de flores. La porcelana y la cristalería eran capaces de dejar ciego a cualquiera.

Dorothea se había quedado petrificada al ver tanto lujo.

—El vicario no puede empezar sin ti, jovencita —pronunció su madre que la cogió del brazo para llevarla fuera de la residencia y que pudieran coger el carruaje para irse a la vicaría.

—No puedo creer lo que ha hecho, madre —alegó aún sorprendida por todo lo que había visto.

—Lo mereces. Es el principio de algo perfecto. Verás que el matrimonio es algo maravilloso para ti. Recuerda que, en tu primera noche, si quieres gritar cuando él te visite, ponte la almohada en la cara, eso disminuirá los sonidos y el asunto no será tan escandaloso.

—Madre, por favor...

—Trata de cooperar para que también sea placentero para ti. Mejor que no te quites toda la ropa, sube lo que haga falta. —La mujer seguía aconsejando a su hija, mientras la llevaba al coche.

—Es suficiente, sé todo lo que tengo que hacer, madre. Me lo ha repetido los últimos días como si no tuviera nada más que decir.

—Los hijos son importantes, eres la primera esposa, dar un heredero es tu responsabilidad, nadie más que tú puedes suplir esa necesidad. Sé amable, sumisa y sonríe. No discutas con tu esposo y menos por otras personas. Te visitaré en un par de semanas. Te digo todo esto porque estaré muy ocupada, riendo de los incrédulos y bebiendo mi copa de oporto con gran gusto.

Thea subió al carruaje y en él se encontraba su padre, esperando a que llegara la persona más importante de ese día.

El marqués suspiró al ver a su hija y dejó correr un par de lágrimas que secó con su pañuelo.

—Mi querida Thea, te vas... —dijo entristecido.

—Se va, pero te deja a mi cargo, querido —comentó la marquesa, conmovida.

—Es lo que me temo. Me dejas con esta mujer, querida mía.

—Oh, padre. Mi madre ha estado más tiempo con usted que yo. Estaré siempre pendiente de lo que precise. Lord Baltimore tiene una buena relación con usted, aunque lamento que dejara que él fuera con Charles. Ellos no se soportan.

—Pues aprenderán a tolerarse por amor a ti. Para mí este asunto es sencillo. Estoy de lado de lord Baltimore, ya que tu hermano se ha comportado como un crío malcriado.

—Está preocupado por mí, pero cuando vea que estoy perfectamente bien con Adam, él se calmará y me dejará en paz, eso sin contar que pronto conseguiré una dama que lo encandile y que lo lleve al altar.

—Espero que sea antes de que me muera, se lo he dicho y no me hace caso. Al menos tú has cumplido con el plazo. ¿Y si le doy un límite de tiempo?

—Eso funciona solo con las mujeres y por necesidad, querido. Charles es dueño de todo lo que nos rodea y cuando te mueras, que tal vez sea pronto, me echará, pero ya tengo un lugar al cual ir.

—Qué insistencia con eso de matarme, mujer, ¿y si me recupero de mis dolencias?

—Es probable que dures dos años más, cariño. Tampoco es demasiado.

A ella le divertía la discusión entre sus padres, hacía que despejara su mente de lo que estaba a punto de ocurrir.

Con ese vestido marfil enfrentaría el futuro de la mano de Adam y del matrimonio de conveniencia que habían pactado. La parte más difícil no era dar el sí frente al vicario, pero sí era soportar las condiciones que habían puesto para la consecución de esa unión.

Para buena fortuna de todos, la vicaría estaba cerca de la residencia. Alrededor del lugar

había muchos carruajes que se encontraban parados. Esos eran sus invitados al matrimonio. Había llegado el momento.

Dentro de la vicaría, Adam debía soportar los ojos del buitre que Dorothea tenía como hermano. No veía la hora de que se casaran y poder dejar atrás la propiedad y a ese pariente tan detestable.

—Lady Dorothea ha llegado, milord. Estamos a punto de empezar... —anunció el vicario que entró con premura al altar en donde él estaba esperando a la mujer perfecta: Thea.

Capítulo 21

Al verla entrar en la capilla, Adam sintió como un golpe seco en el pecho, su corazón latía presuroso y su garganta se había quedado atorada, por lo que él deseaba tragar su saliva con normalidad; sin embargo, no podía, se había quedado tan asombrado con Dorothea, que las funciones más básicas de su cuerpo estaban fallando. Ella se veía tan hermosa y sonriente en aquel vestido marfil, con adornos con flores de lavanda en su cabellera y también esas mismas las tenía en un ramo coqueto y colorido.

Estaba ansioso de que ella llegara hasta donde se encontraba. En lugar de que su padre la ayudara a llegar hasta el altar, Dorothea parecía hacerlo.

Una vez que se paró junto a él y el marqués se retiró con lentitud, Dorothea lo miró y le sonrió.

—Me alegra que llegara con vida, Adam —comentó.

—Su belleza me ha calado profundo, Thea. Me enorgullece que sea mi esposa muy pronto...

Esas palabras hicieron que ella se sonrojara con presteza. Él era alguien que exaltaba su belleza constantemente, no la dejaba pensar que por fea la habían rechazado alguna vez. En esos días pudo darse cuenta de que la forma en la que se veía no había sido el problema de su falta de suerte, sino que Charles fue quien dijo cosas para que ella nunca se fuera de la casa. Quería mucho a su hermano; sin embargo, él se comportó de manera egoísta y desleal. Agradecía que Adam nunca hubiera escuchado algún chisme o fuera amedrentado por lord Tyne como quizá ocurrió con otros. Agradecía que ellos no se hubieran conocido antes o seguiría soltera.

Adam y Thea no dejaban de mirarse, mientras el vicario hablaba sobre el matrimonio. Ninguno de ellos estaba concentrado en lo que aquel decía. Se sentían demasiado atraídos el uno por el otro y era inevitable observar la complicidad entre ambos.

Cuando los declararon esposos, los dos salieron de la capilla, caminando sonrientes y las personas fueron acercándose para saludar a los recién casados. Ellos no tenían tiempo de hablarse, pues estaban siendo invadidos por los curiosos que deseaban saber de dónde había salido el atractivo esposo de la pálida lady Dorothea Coldwell, que desde ese día era la condesa de Baltimore.

—Thea, iremos en mi carruaje. Le pedí a mi cochero que hiciera el favor de buscarnos, ya que un regreso con su hermano podría convertirse en una masacre —alegó Adam una vez que pudo escaparse de la curiosidad ajena y salvar a su esposa de todos los que no dejaban de observarla con una mirada casi escrutadora, ya que ella se veía despampanante.

—Haremos lo que diga, Adam. Sé que puede ser incómodo viajar con mi familia.

—No es que pueda ser incómodo, lo es... —afirmó ayudando a su esposa a subir al carruaje.

En lugar de ofenderse, Dorothea sonrió, pues era cierto que sus parientes eran un poco extravagantes.

Al estar solos en el carruaje, los dos volvieron a observarse, pero en silencio. Ninguno de ellos sabía qué decir, ni por dónde empezar ese matrimonio.

—Estamos casados. Ya no tiene que buscar un esposo en una taberna —alegó Adam.

—Lo encontré en un lugar excéntrico: en la calle, en un charco. Sabía que usted sería mi esposo.

—Háblame de tú, ya estamos casados, podemos tutearnos.

—Es tan extraño, todavía no lo creo...

El conde cogió la mano de Dorothea y se la llevó a los labios.

—Ahora eres la condesa de Baltimore, lady Baltimore, la única e indiscutible condesa, la más hermosa. He considerado hacerte un retrato en breve. Contrataré al mejor pintor. Tu belleza no puede pasar desapercibida por las próximas generaciones de mi familia...

¿A quién le importaría el retrato de una dama que no había dejado nada en la vida? Era un tanto absurdo; sin embargo, quería cumplir cualquier cosa que le pidiera su esposo.

—Podría ser un retrato juntos, como lo que somos, cómplices. Nadie podrá con nosotros, Adam.

—Suena hasta que yo mismo no podré contigo. ¿Qué haremos en nuestra noche de bodas?

En ese instante, las mejillas de la joven se pusieron casi del mismo color de su cabello. Esa pregunta que le había hecho Adam no tenía una respuesta adecuada.

—Supongo que, partiremos a Londres, ¿no es así? Estaremos en alguna posada, cansados después de la recepción de hoy. Considero que llevemos una botella de vino y celebremos en soledad nuestra unión.

¿Qué otra respuesta esperaba Adam? Ella no le diría: «desvísteme y hazme tuya». Era obvio que pasarían su primera noche en aposentos distintos y así sería por siempre. Eso comenzaba a resultarle molesto, ya que una esposa servía para que no saliera de su casa, pero por capricho deseaba dejarle a su hermano el título de conde.

—Que sean dos botellas para dormir bien. En Londres contratarás a la doncella que gustes para que se ocupe de ti.

—No necesito una doncella, puedo arreglarme sola. Mi vida de condesa será tranquila, salvo que te gusten en exceso los bailes, si es de esa manera, tendré que renovar mi guardarropa con mucha frecuencia y conseguir joyas. No te haré pasar vergüenza con alhajas de poco valor para lucir ante tus amistades.

—La verdad es que tengo amistades de alto perfil. Y dos de ellos tienen esposas, encajarás

a la perfección con ellas. Se reirán de mí cuando sepan que me casé. Cada año apostamos por quién será el próximo en perder la soltería. Quedan tres por casar... O dos... Uno de ellos no piensa pisar ese camino otra vez.

—Me encantará conocer a otras damas.

—Lo bueno es que no tendrás que esperar mucho. Al poco tiempo de llegar, prepararás una gran fiesta. Pondré a prueba tu capacidad de organizar tu propia presentación con personas opulentas.

—No voy a defraudarte. Mi madre es una buena anfitriona, ¿no lo has visto?

—La casa ha quedado irreconocible, casi se asemeja al matrimonio de mi buen amigo, el duque de Westwood que se casó con la hija de un duque. En ese banquete la opulencia no faltó.

—Lamento que sus amistades no pudieran estar aquí.

—Estarán en nuestra casa, contigo como la gran festejada, Thea. Te adorarán cuando te vean. También sé que Anthony no tardará en quererte. Seremos nosotros tres en esa casa.

—Espero que el niño no me desprecie. La primera y última vez que lo vi no fue lo más agradable del mundo.

—Anthony es grandioso, te lo prometo. No tendrás quejas de su comportamiento, actúa de esa manera porque debe tener un trauma por culpa de su madre, eso explica muchas cosas, te lo aseguro. Espero que no tengas el disgusto de convivir con Pippa en muchas ocasiones.

—Lo mejor es que me conozca lo más pronto posible, a lo mejor me termina queriendo.

—Queriendo muerta, Thea. No sabes lo que pides...

Llegaron a la residencia un poco antes de que los invitados llegaran. La familia de Dorothea llegó un minuto después de la feliz pareja de recién casados.

Charles ayudó a su padre y a su madrastra a descender del carruaje, sin perder de vista al esposo de su hermana. No podía respirar el mismo aire que él. Esos días junto a él habían sido un infierno, y para acrecentar la enemistad entre ambos, su padre insistía en que lo tratara. Después de acabar con su caballerosidad del día, se acercó a su hermana y la cogió de la mano frente al conde de Baltimore.

—Todavía lamento que tengas que casarte con alguien que no vale la pena —pronunció lord Tyne.

—Si no valgo la pena, debió buscarle algo a su hermana y no lamentar el hecho de tener un esposo —reprochó Adam, que con sutileza arrebató esa extremidad de las garras de Charles.

—¿No me digan que seguirán peleando? Charles, no tiene sentido que lamente mi matrimonio, error o no, es lo que deseaba, y tú, esposo mío, calma, no dejes que te provoque o envejecerás pronto. Hoy es un día para alegrarse, comer y beber hasta saciarnos. No quiero saber de peleas, insultos o amenazas. Les agradecería que cumplieran mi deseo.

—Por ti lo que sea, Thea —alegó su hermano.

—Lo mismo digo —musitó Adam, aunque respondería si ese hombre atentaba contra su tranquilidad.

Dorothea creyó que alcanzaría la tranquilidad con esos dos caballeros calmados y separados. Sin embargo, no todo era como lo esperaba.

—He ahogado en envidia al menos a un par de personas del vecindario —dijo la marquesa, orgullosa.

—Me alegra que pudiera cumplir sus objetivos, madre —reconoció la joven—. Mi esposo me dejará organizar una gran fiesta para que me conozcan sus amistades en Londres. Espero quedar tan bien como usted en esta organización.

—No me digas esas cosas, Dorothea, que tengo tentación de ir con ustedes y arruinar sus primeras semanas de matrimonio con tal de adornar el que será tu hogar. Quiero que todos te halaguen y estén pendientes de ti, hija de un marqués y esposa de un conde. Al final de todo lo has conseguido, querida mía.

—Fue en el tiempo correcto y con la persona correcta. ¿Será posible que alguien tenga tanta buena fortuna como yo la he tenido? Mi esposo es un hombre maravilloso, me atrevo a decir eso con el poco tiempo que lo conozco. Me ha demostrado que su moral es más importante que sus propios deseos.

—Para casarse contigo debió estar más que decidido a hacer frente a las consecuencias. Todo contigo ha sido bueno para él. Tu dote resulta demasiado generosa.

—A él no le importa mi dote, tiene mucho dinero. Él no está conmigo por eso, sino porque cumplió mi deseo y yo cumpliré el suyo. Un trato es un trato, los dos obtendremos con exactitud lo que hemos esperado.

—Imagino que por su edad él ya debe estar buscando un heredero.

—Se equivoca, no busca ningún heredero, solo quiere compañía y he caído del cielo para él.

—Querida, ser un adorno para el esposo es algo convencional. Con amigos casados, debió sentir la presión de no encajar. Es evidente que lo que espera es conservar sus amistades y tú eres una forma de hacerlo.

—Es probable, pero lo que quiere en realidad es que me encargue de su madrastra.

—¿Una madrastra? Oh, qué lamentable. Tu esposo debe ser tan despreciable como Charles. Buscar la desgracia de una segunda o tercera esposa no debería ser algo bueno.

—La acusa de ser una mala persona y no querer abandonar la residencia familiar por su propio pie. Iré a poner orden en esa casa. Él se encargará de su hermano pequeño, es un niño un poco caprichoso y tal vez hasta mañoso y Adam afirma que es culpa de la madre.

—Thea, sabes que soy madrastra y me siento ofendida con lo que pretende tu esposo. Espero que sepas estudiar a la dama y asegurarte que en realidad es malvada. Con Charles no he sido mala; sin embargo, me ha rechazado y yo no pretendo imponer mi presencia, no estoy interesada en que me vea como una madre si no le apetece. Respeto su voluntad, aunque quizá no la comparto. Mi deber es estar con tu padre y no con ese jovencito.

—Charles es cariñoso y amable con usted, madre. No puede rechazarlo todo el tiempo.

—No digas tonterías, es amable y no más que eso, pero me desagrada que quiera estar cerca de ti de manera tan indecorosa. Llevo años desconfiando de él. Menos mal que te has casado y que lo dejarás de lado. El cariño de hermanos no debería ser tan cercano, solo lo justo y necesario. Ten eso en cuenta.

—Exagera. De hecho, ahora que mi esposo está conversando con tantas personas desconocidas, bailaré con Charles. Me da pena que tendré que dejar ciertas cosas de lado, incluso a él.

La joven emprendió el camino hacia su hermano que recientemente había abandonado una tertulia y se alejó para buscar una copa.

—¿Te agrada la fiesta, Charles? —preguntó cogiéndolo del brazo.

—Mi madrastra tiene buen gusto para estos menesteres —aseguró colocando una mano sobre la de su hermana—. Mañana me iré a Londres, si me necesitas ya conoces mi casa.

—Lo sé. No seas un pillo, Charles. Deja las malas compañías para llevarte bien con mi esposo. Te lo pido. Lo que más deseo es conservarte cerca de mí, aunque no lo merezcas.

Capítulo 22

Mientras que Adam conocía a algunos terratenientes de la zona, perdió de vista a su esposa, pero la encontró en compañía de su hermano. Ambos se hallaban bailando y conversando. A él no le agradaba que estuviera a su lado, pero no podía evitarlo. Lord Tyne era un mal necesario para Dorothea. Esperaba no tener que verlo en su residencia. No estaba interesado en un relacionamiento con su cuñado. De hecho, todavía no sabía qué acciones tomar en su matrimonio después de definir ciertos aspectos.

—Lady Dorothea siempre ha sido muy hermosa; sin embargo, es poco entrañable que carezca de buen carácter —comentó un caballero que se encontraba en la misma tertulia que Adam.

—He oído lo mismo, aquí tenemos al valiente caballero que se enfrentará a eso —dijo otro.

—¿Están hablando de mi serenísima esposa? —cuestionó en tono burlón para ellos, pero con mucha seriedad para él.

—Es lo que ha dicho el mismo lord Tyne —contó uno de ellos.

—A mí me han dicho lo mismo. ¿Cómo dudarlo si viene de la misma familia?

—Lord Tyne al parecer ha sido de esos hermanos que no saben jugar, siendo una dama menor que él, ¿les sorprende que hablara mal de ella? La condesa es una dama en toda la extensión, y lamento decirles que han perdido una gran oportunidad y mucho dinero de la dote. Salud por mi buena fortuna... —declaró lord Baltimore. Con eso podía comprobar que la bondad que mostraba lord Tyne no era más que una terrible fachada para mantener a su hermana lejos de los caballeros, pero las cosas le salieron muy mal, ya que él se la llevaría. No quería ser como la marquesa y pensar que el hermano era un incestuoso caballero que deseaba llevar a su virginal y hermosa pariente a la cama. Prefería creer que era alguien celoso de su seguridad y conocedor de su valía, por su tranquilidad mental o terminaría enloqueciendo con tantos pensamientos alarmistas.

Su esposa dejó de bailar con su hermano y fue con un grupo de varias damas a las que les enseñó no solo su anillo y joyas, sino también su vestido. Para ellas no existía una explicación para que una solterona de tantos años consiguiera un excelente partido de manera repentina, por lo que las especulaciones sobre un supuesto estado de gravidez corrían entre ellas como pólvora. Cualquier hinchazón dentro del vestido era motivo suficiente para ser mal pensados.

Después del banquete en honor a ellos, el carruaje del conde estaba listo para partir. Para Adam había sido suficiente, era momento de que se fueran. Los baúles estaban puestos en sus lugares, solo faltaban los recién casados.

Camile llevó vino y brandy y lo colocó dentro del carruaje. Se alejó de él para despedir a la hija de sus patrones.

—Camile puede ir contigo, al menos hasta que consigas una doncella de confianza para que

te atienda, Thea —dijo su madre que abrazó con fuerza a la joven.

Dorothea no pudo evitar derramar un par de lágrimas. Era el momento de abandonar el nido e ir con su esposo a formar el suyo propio.

—No, se preocupe, madre, puedo hacerlo sola...

—Ya he insistido con eso, su señoría. Espero que mi esposa recapacite al respecto —alegó Adam.

—Eres una condesa, no avergüences a tu esposo. Recuerda que él es lo más importante para ti —espetó la marquesa

—Adiós, mi querida y hermosa, Thea. Espero pronto poder visitarte y si yo no lo hago, puedes hacerlo tú. Nos escribiremos cartas para estar al tanto —habló su padre que también la abrazó con fuerza.

—Yo los seguiré en unas horas para ir a Londres —comentó Charles como despedida. Él ya se había despedido de su hermana.

—Esperamos no encontrarte en nuestro lecho —expresó Adam, burlón, antes de despedirse de sus suegros y de su pésima adquisición al tener a Charles como cuñado.

—Adam —lo reprendió Dorothea que abrió los ojos para persuadirlo.

—Nos veremos pronto.

Los dos subieron al carruaje y sacaron los brazos para despedirlos, agitándolos con fuerza. Cuando ya no podían verlos, se sentaron en sus lugares para comenzar el primer viaje como matrimonio.

—En esta ocasión la primera parada la decidiré yo —comentó el conde.

—Como gustes. Extrañaré a mis padres y a mis aves. ¿Puedes pedir que lleven a mi caballo a Londres?

—Por supuesto. ¿Quieres que te compre otro caballo?

—No hace falta, son muy caros.

—Puedo permitirme muchos caballos, Thea.

—Me alegra saberlo. ¿Cómo te ha parecido la fiesta? Me he divertido mucho, aunque varias damas creyeron que me casaba porque...

—Solo nos hemos dado un beso...

—Sí, solo uno... Tengo una duda... ¿Lo volveremos a repetir?

—Si lo deseas claro que sí, yo estoy dispuesto a lo que sea por mantenerte feliz. ¿Cómo te ha ido en la despedida con lord Tyne?

—Bien, lo veré en Londres y lo visitaré.

—¿Todavía quieres visitarlo después de lo que ha hecho para mantenerte soltera?

—Es mi hermano.

—A la familia también la podemos alejar si hace falta y más cuando no son buena compañía.

—Son solo especulaciones.

—Lo que me comentaron unos caballeros no son especulaciones, pero agradezco la maldad de lord Tyne, de lo contrario, estarías casada con cualquier otro hombre y no conmigo. Se han perdido de una dama excepcional que puede hacer buenos tratos.

—Casi logras que me enfade contigo, pero encuentras lo bueno en lo malo. Mereces una copa de brandy.

—¿Piensas emborracharme?

—Sin láudano...

Él sonrió y le gustó la idea que le daba la joven. Por supuesto que le daba tranquilidad estar casado y lejos de su residencia. Ya no correría peligro, pues estaría cuidado por Dorothea.

Los recién casados rieron como si estuvieran haciendo algo malo. Con el movimiento del carruaje, las copas salían sobrando. Cada uno sorbía su bebida favorita desde la botella.

Pasaron varias horas hasta que llegaron a la parada que los albergaría en su primera noche de casados. Adam quería tentar al destino y que ambos durmieran en una misma habitación. No quería que su excéntrica esposa estuviera ebria lejos de él. Podría ocurrirle cualquier cosa.

Los condes de Baltimore descendieron del carruaje y fueron hacia la entrada de la posada para buscar al posadero y solicitar una habitación. No había posadas de lujo, la mayoría eran de paso, por lo que ninguno esperaba algo espléndido para la primera noche.

—Una habitación... —pidió Adam que miró a su esposa que tenía el rostro tan pálido como si fuera una nube.

Una habitación en la que estarían solos. Cuando entendió lo que significaba, por un lado, Dorothea estaba asustada, pero por el otro, creía que era lo mejor para que no se separaran nunca, si consumaban el matrimonio estarían juntos para siempre.

La joven no quería perder a Adam. Podría decir que su esposo por conveniencia la había conquistado con todas sus palabras y su educación. Era más de lo que podía creer que merecía, él era perfecto, quizá demasiado para ella.

—Por supuesto, milord, milady. Por favor, síganme, los llevaré a la habitación.

El cochero iba tras ellos llevando un pequeño baúl con prendas de la joven para que pudiera

colocarse un camisón para dormir, aunque no sabía si el conde le ordenaría buscar una prenda para él.

El posadero abrió la puerta de la habitación y los invitó a pasar con un gesto de la mano para después dejarlos solos.

—Aquí está el baúl de milady. ¿Se le ofrece algo, milord? —preguntó el cochero.

—Tráenos el brandy y el vino que dejamos en el carruaje —ordenó el conde.

—Sí, milord.

Una vez que el sirviente se retiró para acercarle lo que había pedido, Adam miró la habitación al igual que su esposa.

—¿En dónde dormirás? —curioseó Dorothea que abrió un pequeño armario para buscar mantas.

—Contigo, en la cama... —respondió Adam que se sentó en el lecho, mientras la miraba recorrer el lugar. El precioso vestido de casamiento lo había cambiado por uno de viaje, era igual de atractivo, pero el que había usado ese día le resultó lo más bello de la creación. Podría colocar ese vestido en la galería para que estuviera expuesto a las próximas generaciones.

—¿Y qué hacen los recién casados en una habitación solos?

—No, lo sé, me he casado por primera vez, pero puedo decirte lo que hacen un hombre y una mujer en una habitación cuando están solos —dijo Adam con una sonrisa lobuna y un tono que no dejaba lugar a dudas que estaba coqueteando.

—Yo... he oído un par de cosas.

—Pues lo mejor es que olvides lo que te han dicho. Si fue una mujer como tu madre u otra dama recatada, harán ver esto como si fuera un sacrificio milenario. Para tu tranquilidad, dormiremos, ¿está bien? De esa forma consideraremos continuar con el matrimonio sin consumarlo.

—¿Y si lo consumamos?

—Esta noche no será, pues no tengo lo necesario para evitar un probable embarazo. Como he dicho con anterioridad, quiero que Anthony sea quien lleve el título, ha sufrido mucho en su corta vida y siento que merece la importancia que le dará en el futuro tener un nombre como conde y no el hermano de uno.

—Consumado y sin hijos no se puede anular, entonces, quedaremos sin consumir y sin hijos, es más conveniente para ti. He conseguido lo que quería, ahora es el momento de darte lo que esperas de mí —declaró Thea con cierta acritud en sus palabras. Las cosas entre ellos irían por el rumbo acordado por más que ella deseara tener hijos. Debía respetar el acuerdo, no podía imponer sus propios deseos y creencias. Lo importante para ella debería ser acumular riquezas de alguna forma en que pudiera venderlas en caso de que el futuro heredero de su esposo decidiera dejarla en la calle. Este momento le hacía comprender el sentir de su madre. Perder a su esposo

no solo suponía una gran tristeza, sino también la incertidumbre de no conocer el final de la vida. Al menos su progenitora la tenía a ella, mientras que Dorothea no tendría a nadie si su hermano no le tendía la mano.

—No lo pintes como si llegara a ser algo infeliz para ti o para mí.

—Mi madre ha dicho que las amantes son importantes, ahora entendí lo que quería decir... —insinuó.

—¿En dónde está la dulce y positiva dama con la que me casé? Thea, son implicancias de lo que hemos hecho, pero no te preocupes, encontraremos una solución a todo, nada es definitivo...

—Con permiso, he traído lo que ha pedido y las copas. ¿Se les ofrece algo más? —indagó el cochero, pero al ver la mano abierta de su patrón agradeciendo por su gestión, asintió y se retiró raudamente.

Con la puerta cerrada, Adam pudo dejar la cama y se acercó a su esposa que le daba la espalda. Con mucha confianza colocó una de sus manos en la cintura de ella y Dorothea respondió colocando su mano sobre la de él.

—¿Me dejarás besarte? —inquirió Adam que colocó su rostro sobre el hombro de ella.

—Ha sido un pedido mío, pero si necesitas valor, puedes beber más brandy —correspondió acercando su rostro al de él—. Puedes servirme una copa a la vez que me cambio.

—Eso suena muy interesante... —Adam no dudó en alejarse y sentarse en la silla para beber, mientras observaba ese espectáculo. Cogió las copas y las botellas y comenzó a servir.

Thea cogió el camisón del baúl y creyó que tendría privacidad suficiente para cambiarse; sin embargo, Adam podía servir miles de copas sin mirarlas y sin derramar una sola gota.

—No puedo cambiarme si me miran... —habló queriendo persuadirlo.

—Estaba pensando en lo injusta que es la vida. Tú has visto mis pies, mis pantorrillas y casi mis muslos gracias a tu diminuto camisón, ¿no merezco una compensación por tal abuso? Pido ver un poco de lo que ha podido ver de mí. Sé que la justicia no existe en muchos casos, pero si acordamos que entre nosotros el trato sea justo...

—Supongo que dicha asignación viene con un pedido expreso. Te escucho...

—Muéstrame al menos una pierna...

Capítulo 23

Ella se sonrojó al oírlo decir eso.

—¿Y tu supuesto pudor? —preguntó Dorothea.

—Era cuando pensaba que eras una alimaña, ahora eres mi esposa. No me hagas usar mi poder para persuadirte.

La joven cruzó los brazos y rio antes de burlarse.

—¿Y cuál sería ese poder?

—La obediencia. Thea, no quiero parecer un tirano, pero prefiero ser amable antes que exigir. —Él cogió su copa de brandy y la llevó a sus labios—. No debes temer, he demostrado ser respetuoso, pero siendo esposos tenemos un par de libertades a las que, con sinceridad, no quiero renunciar y una de ellas es ver a la que es mi esposa con pocas prendas. Tampoco exijo desnudez, solo una muestra, tal como tú la tuviste de mi parte.

—Pantorrillas y es todo.

—Me conformo por el momento.

El conde estaba cometiendo un gran error y no esperaba admitirlo en poco tiempo. Tenía una esposa y no pensaba desaprovecharla y menos cuando ella era una mujer tan bella y atractiva, ya que ella podría buscar en otro lugar lo que no estaba consiguiendo a su lado. Lo más humillante para un caballero era que su esposa se fuera con otro hombre que le daba lo que necesitaba.

Sus manos le temblaban al intentar levantar su falda. Una vez que consiguió superar su temor, lo miró y su esposo tenía la copa en su mano, llevándosela con lentitud hacia los labios. En sus ojos algo había cambiado, no tenía una mirada pícara, sino más bien una que estaba expectante. Cada vez que subía sus manos para quitar la liga que sostenía su media, una llama parecía asomarse en sus astros verdes. Deslizó la tela hasta llegar a sus talones y después volvió a fijarse en su esposo que esta vez cruzó sus piernas en un elegante movimiento.

El error comenzaba a tener un gran efecto en su entrepierna, lo único que le había mostrado fue su pierna y él no podía controlar su miembro. Su piel blanca era como una divina tentación, quería tocarla, hacer tantas cosas con ella que ni siquiera podía ordenar en su mente. Pese a que bebía su brandy, sentía su boca seca y la remojaba mil veces.

—Aquí tengo un poco de vino para ti —comunicó Adam esperando que ella se acercara.

—Me apetece... —Ella dejó a un lado la media y caminó hacia él para coger la copa que le había ofrecido; sin embargo, Adam le tomó la mano con delicadeza.

—¿Y si me dejas quitarte la otra media? —curioseó con atrevimiento.

—Dijiste que solo verías. Deja de ser justo si me tocas.

—Eso no es problema, podrías tocarme cualquier parte del cuerpo que quieras, te pertenezco, lo sabes. —Al terminar de ofrecerse, Adam comenzó a quitarse su pañuelo lazado y su abrigo de doble botonadura. Su camisa la quitó del pantalón y la dejó holgada sobre su figura. Esperaba que ella tomara alguna opción o quizá se volvería loco. Si seguía así, debía olvidarse del asunto de no consumir su matrimonio. Era demasiada tentación para no disfrutar de sus derechos maritales.

Para Dorothea no parecía una mala idea tener que tocar alguna parte del cuerpo de su reciente esposo. Sonaba gracioso, pero él se notaba muy ansioso por participar en su desnudez. Para decidirse agachó un poco su figura junto a Adam para coger su bebida y vio que el caballero casi se había metido a su escote. Sus ojos no parecían ser suficientes para calmarlo.

—¿Qué quieres tocar, Thea? Puedes hacerlo, primero para que veas que no quiero aprovecharme de ti.

—No debes temer de mí, no puedes disculparte y explicar todo a cada paso, pero quisiera... Si no es molestia, observar tu torso.

—Eso ni siquiera deberías mencionarlo, es tuyo, todo como gustes. —Él se apresuró y se quitó la camisa, permaneciendo solo con el pantalón y con sus botas.

Al ver que la joven no ejercía su derecho, él tomó su mano y la colocó en su pecho para que pudiera tocar y de paso, Adam poder tener libertad al acariciarla cuando llegara el momento de quitarle la media que faltaba.

Thea retiró la mano con rapidez del pecho de su esposo, ya que ese contacto era demasiado íntimo para mantenerlo mucho tiempo, pues le hacía sentir cosas extrañas, como un calor inexplicable.

—No muerdo, querida, pero si quieres, estoy dispuesto a lo que desees...

—Me parece un poco osado tu ofrecimiento. No lo considero correcto.

—Oye, no sería correcto si fuéramos dos solteros, pero te recuerdo que tenemos un par de horas casados, por lo que esto debe ser lo más normal.

—No se parece en nada a lo que mencionó mi madre, esto da calor, me estremece.

Suspiró al escuchar las palabras de Dorothea, ya que él se sentía de la misma manera.

—No importa eso, tú tocas, yo toco, ¿es justo para ti? Para mí es perfecto. Bebe un poco...

Debía persuadirla para que pudieran disfrutar de la primera noche que pasarían juntos. Para que ambos fueran felices con lo que deseaban, no servía que los dos contuvieran sus deseos por más tiempo o vivirían reprimidos.

Bebieron una buena cantidad de alcohol, tanto que comenzaban a marearse; no obstante, el ardor estaba más presente que nunca.

Los dedos de la joven recurrieron el pecho de Adam con atrevimiento y rio como si estuviera haciendo una travesura.

—Los mozos tienen más vello que tú... —comentó risueña.

—No quiero pensar que mi esposa ha estado mirando mozos... —dijo Adam a la vez que levantaba la falda de Dorothea para buscar la liga que sostenía su media.

—Tú apreciaste a muchas mujeres bellas, ¿por qué yo no podría disfrutar de ellos en el silencio?

—¿No te complace mi atractivo?

—Tú eres incomparable... —alegó sintiendo las tibias manos de Adam subiendo por sus piernas de una manera osada, pero deseable. Ella cerró los ojos con complacencia por esas caricias que no dejaban lugar a dudas de que, en cualquier momento, ese pacto que habían hecho no tendría validez.

La atracción que sentían era tan fuerte que comenzaba a ser despiadada con ellos, haciendo que sufrieran y a la vez gozaran con el acercamiento. Los planes podían hacerse, pero las circunstancias eran capaces de cambiar muchas cosas. Lo único que consiguieron en tan corto plazo era desmoronar el objetivo de ese matrimonio.

—¿Para qué se suponía que era la bebida? —cuestionó Adam que estaba a punto de meterse en el tentador escote de Dorothea.

—No lo recuerdo... —respondió con la voz entrecortada por el deseo.

—Yo sí lo recuerdo, pero creo que no cumplirá con su objetivo, que era mantenernos lejos.

—Considero que esto es por tu culpa, si no hubieras pedido una misma habitación para los dos... —Ella no pudo acabar lo que quería decir, pues Adam subió su mano hacia la parte prohibida de su cuerpo y ella dio un respingo para alejarse. Tiró su copa y retrocedió, pero su esposo fue tras Dorothea y la cogió de la cintura.

—Lamento asustarte —dijo sonriente. Esa no parecía ser una cara de lamentar algo, aunque entendía que quizá iba demasiado rápido para Dorothea, pero no dejaría que ella se durmiera, al menos sin darle lo que le había pedido.

Sin esperar mucho, Adam se arrojó a los labios de su esposa y comenzó una danza atrevida con su lengua, obligando a Dorothea a abrirse para él. La pegó con tanta fuerza a su cuerpo que juraba que podría fusionarse con ella si se descuidaban.

Entre tanto, Dorothea liberó su espíritu, aquel que deseaba con locura a Adam. Se sentía tan reconfortada y atendida que podía rendirse ante él para que hiciera lo que quisiera con ella. Colocó sus manos alrededor del cuello, aunque después comenzó a estirar la cabellera de su esposo, haciendo que pudiera tomar un poco del control que le pertenecía a él. Después de unos instantes, sintió que su esposo la llevaba hacia la cama; no obstante, ambos pisaron su vestido y terminaron cayendo al suelo. El estruendoso sonido de un golpe hizo que los dos se alejaran.

—¡Auch! —expresó Adam que daba vueltas en el suelo sosteniendo su cabeza.

Dorothea quiso ayudarlo, pero en ese ínterin el vino había hecho de las suyas y ella ni siquiera podía salir de las telas de su vestido que se habían liado por su figura.

—Adam... —pronunció una vez que pudo ponerse en pie.

—No estoy en condiciones de convertirme en mi mujer y tampoco de moverme de aquí... —Él comenzó a reír como un tonto y contagió de risa a su asustada esposa.

—Sube a la cama... Contaremos arañas...

—No puedo contar ni siquiera un cotilleo ahora mismo. Las arañas darían vueltas frente a mis ojos y terminaría por contar el doble de ellas...

Seguían inmersos en el juego, pero esta vez ya no se trataba de aquel juego sensual de antes, sino en uno un poco más inmaduro para tratar de no llorar ante la desgracia que les había acontecido.

Siguieron así por un rato hasta que el silencio liberó su manto sobre ellos con lentitud hasta que solo se oían los grillos y animales nocturnos. El conde y la condesa de Baltimore se rindieron ante los efectos de la bebida.

Por la mañana, Dorothea despertó sin muchas ganas de moverse de la cama, aunque una vez que lo hizo se dio cuenta de que todo le dolía. Observó a su alrededor y levantó su pierna, viendo que tenía su media a la mitad del pie, a punto de salir e independizarse. Recordó lo que había pasado en la noche y sonrió con diversión; no obstante, su esposo no estaba por ningún lugar de la habitación, por lo que bajó de la cama para buscarlo.

—¡Auch!

Ese grito era de Adam, al que había pisado por accidente en el estómago. Olvidó que lo había dejado ahí después del apasionado accidente que los separó.

—Lo lamento, Adam —se disculpó arrodillándose junto a él.

—Diría que fue un maravilloso despertar a tu lado, pero ni siquiera dormimos juntos.

—Al menos no has perdido la costumbre de dormir en el suelo por culpa del alcohol, deberías agradecer que fue en la habitación de una posada...

Adam se incorporó con dificultad, después se estiró y se arrojó a la cama como un yunque.

—Debemos continuar el camino a Londres —comentó ella.

—El regreso será muy duro...

Se sirvieron un desayuno muy ligero de té con un poco de pan. La bebida había acabado con ellos y lo único que debían hacer era sobrevivir al camino que los esperaba.

Cuando subieron al carruaje para continuar, Adam se acomodó para dormir. Estaban uno frente al otro, entonces, Dorothea al verlo buscar una buena posición, se colocó junto a él y le ofreció que la usara de almohada.

—Puedes recostarte en mi hombro o en mi regazo, en donde sea más conveniente para ti —ofreció Dorothea.

—Los caballeros debemos conversar el complejo de gallina y dormir sentados, pero nadie me ve... —Él se recostó en el regazo de su esposa y cerró los ojos. Pronto sintió como las manos de Dorothea lo acariciaba, haciendo que se perdiera en el mundo de los sueños.

Mientras ella disfrutaba de ese momento y miraba por la ventanilla del carruaje, comenzaba a darse cuenta de que la burbuja en la que vivía con Adam pronto explotaría y esos instantes de felicidad desaparecerían. Debía entregar al hermano de su esposo, que no sería nada fácil y a la madrastra que se negaba a desaparecer la vida de ellos. Tendría que tener un carácter firme, aunque sin entrar en la rigidez. Su cuñado era un niño de solo diez años y Adam esperaba que lo tratara bien y era lo mejor, ya que en el futuro tal vez le tocara depender de él. La noche anterior estuvieron tan cerca de consumar el matrimonio, que lo ideal sería buscar que eso ocurriera en el menor tiempo posible, por más que eso fuera en contra de lo que habían acordado antes de convertirse en esposos.

Capítulo 24

El viaje estaba llegando a su fin y ambos se encontraban recuperados de su primera noche como esposos. Tuvieron que hacer otra parada antes de llegar a Londres, pero esta vez Adam prefirió las habitaciones separadas para que descansaran.

—Es bueno tener un paisaje conocido de vez en cuando —dijo Adam al reconocer la calle sobre la que se encontraba su casa.

Al decir eso miró a Dorothea y ella parecía un poco más pensativa que de costumbre o quizá estuviera nerviosa por cómo la había tratado Anthony tiempo atrás.

—Thea, te aseguro que Anthony te adorará. Es cuestión de que conversemos con él y que le hablemos de su nueva vida junto a nosotros. No pretendo que seas su madre, puedes ser una gran hermana. Dudo que Anthony desee que alguien tome el lugar de una persona malvada como Pippa.

—Me preocupa que no le agrade y que, en lugar de una solución a tus problemas, te dé otro más grande.

—Eso no va a ocurrir. Eres maravillosa y adorable, no existe una criatura en el mundo que no pueda adorarte.

—¿Me adoras?

—No me hubiera casado contigo si no fueras lo que esperaba. En realidad, no sabía que ibas a llegar a mi vida, pero estoy feliz de tenerte.

Ella se conmovió con lo que él le había dicho y cogió valor para hacer el trabajo que le había encargado Adam. Quería un hermano que fuera un buen niño, una madrastra fuera de su casa y una esposa que fuera la compañía ideal. Era capaz de todo eso, por supuesto que sí, era cuestión de que se acomodara a su nueva situación.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de Adam, Dorothea inhaló profundamente. Su corazón comenzó a latir desbocado por el temor a lo que le esperaba detrás de ese portal.

El cochero los ayudó a bajar y abrió el portón para que pudieran entrar.

—¿Te gusta lo que ves? El jardín trasero es mucho mejor. Podríamos tomar el té cuando te apetezca y en plena armonía con los pajarillos —habló Adam para serenar a Dorothea que lo tenía sujeto del brazo y lo apretaba con fuerza.

—Es encantador. Puedo alimentarlos con migajas.

—Es justo lo que deseo hacer a tu lado. Ven, entremos...

Esa puerta podría ser el principio del fin para Dorothea. Si no hacía las cosas bien, viviría en la amargura por siempre.

—Milord... —saludó Harry con presteza, parecía agitado.

—Harry, ya conoces a Dorothea, ahora es mi esposa.

—¡Oh, milady! ¡Qué alegría, qué alivio! —expresó sin darse cuenta de que lo había dicho con demasiado ahínco, buscando, en realidad, un verdadero alivio al pronunciar esas palabras.

—Junta a los demás sirvientes para que conozcan a la condesa.

—Será un verdadero placer hacer eso, milord, por favor, pasen...

El sirviente se hizo a un lado para dejarlos pasar, y entonces, Dorothea pudo ver la preciosa casa que tenía su esposo y que era suya. Le parecía perfecta, pero sabía que debía darle su toque personal. A medida que avanzaba, pudo ver al niño en el salón en compañía de un hombre elegante, pero al mirar hacia un rincón más alejado, vio a una mujer con el escote pronunciado y un rostro atrevido, era bella de verdad; sin embargo, no le daba confianza.

—Tienes prohibida la entrada a esta casa, Pippa —escupió el conde al ver a su madrastra en ese lugar.

—¡Adam! —exclamó Anthony que abandonó lo que estaba haciendo para correr a abrazar a su hermano—. ¿Por qué me dejaste con ella?

—La pregunta es, ¿por qué el supuesto tutor de mi hijo lo deja solo? Alguien debía cuidar de él —replicó la mujer—. Además, te recuerdo que esta también es mi casa, soy la condesa.

Ante lo que había dicho Pippa, Adam sonrió y mientras acariciaba la cabeza de su hermano, se dispuso a responder:

—Pues ya no eres quien manda en esta casa. Te presento a Dorothea.

—¿Y quién es ella? ¿Un ama de llaves elegante? Por favor, nobles en la quiebra hay muchas —alegó burlona.

—Me disculparé, pero soy la esposa de Adam, la nueva y única lady Baltimore —se presentó la misma Dorothea, sin darle oportunidad a su esposo para que respondiera. Esa mujer era tan despreciable como él había descrito.

A Pippa, la noticia de que Adam se había casado, no le resultó agradable. Estaba molesta y más aún porque la había rechazado a ella por una mujercita que no tenía nada de especial.

—Cariño, imaginaba que encontrarías algo mejor que ese... espectro —dijo Pippa en tono despectivo.

—Puedes decir lo que gustes. Vete —ordenó Adam antes de perder la cordura. No permitiría insultos para su esposa.

—Por favor, que alguien le abra la puerta a la dama —pidió Dorothea con autoridad. Ella no había llegado a ese lugar para quedarse como una simple espectadora, esa era su casa.

Harry se apresuró a cumplir la orden de la nueva condesa.

—Me iré después del almuerzo. Conoceré a la nueva condesa —masculló la mujer que se sentó en el sillón, nadie la sacaría de ahí.

Adam y Dorothea se miraron y después decidieron observar a Anthony, no podían seguir peleando e ignorando la presencia del niño.

—Ya has visto a Dorothea, Anthony, ella vivirá con nosotros y será como una hermana para ti —anunció Adam.

Anthony frunció el ceño sin separarse de Adam.

—Buen día, Anthony, es un gusto conocerte. Te aseguro que nos divertiremos. Además, puedo enseñarte muchas cosas interesantes...

—Adam, no quiero estar aquí. Ven conmigo a la habitación, quiero conversar contigo —musitó el niño sin darle importancia a las palabras de Dorothea.

—Subiremos con Thea para que conozca la casa y tu habitación.

Dorothea trataba de mantener la autoridad que había demostrado desde que llegó. Ni el niño ni la madre debían darse cuenta de que la indiferencia hacía lo que ella decía, podría afectarla para mal si no resistía. Tenía una situación difícil entre las manos y esperaba que pronto pudiera encontrar una solución, solo debía mantener la calma.

Él cogió a su hermano de la mano y lo llevó escaleras arriba en compañía de Dorothea.

—Harry, que la servidumbre vaya a mi habitación —ordenó Adam. No permanecerían en el salón en donde estaba Pippa que se negaba a irse.

—Sí, milord —acató el sirviente.

Una vez en la habitación de Anthony, este miró a Dorothea que los acompañaba.

—No quiero que ella esté aquí... —alegó señalando a Dorothea de manera grosera.

—No hagas eso. ¿Qué ocurre contigo, Anthony? Dorothea es una persona importante para mí, debes tratarla con respeto —declaró golpeando la mano de su hermano para que dejara de señalar a Thea.

—No se preocupen, mientras conversan, iré a recorrer el resto de las dependencias de la casa —dijo Dorothea que recibía un golpe tras otro.

Ella abandonó la habitación y dejó solos a los hermanos.

Los ojos de Adam parecían tener llamas a causa del enfado que le provocaba Anthony con su comportamiento. Suficiente tenía con Pippa con el peor recibimiento para ellos para que su hermano también hiciera una pésima presentación.

—Eres irrespetuoso —espetó Adam, enfadado.

—Me dejaste con mi madre, no cumpliste con cuidarme por irte con esa señora rara.

—Más respeto y cuidado a cómo te refieres a Thea. Ella es una persona maravillosa. No te niegues a conocerla. No es como tu madre. Admito que me fui más tiempo del deseado, pero pensé que estarías bien cuidado.

—Ella me quemó los dedos con los cigarros que tenía y me derramó brandy en la cabeza. Es más malvada que nunca y ahora que hay otra mujer aquí lo será más todavía. Desde que te fuiste, no ha dejado de culparme de tu ida y me ha amenazado con que, si no regresabas, cortaría mi lengua con un tenedor, porque dice que con el cuchillo no sufriría lo suficiente.

¿Cómo podía enfadarse con su hermano si le estaba contando lo que esa malvada le hacía? Se distrajo con la paz y la tranquilidad que le daba Dorothea, pero no era la realidad que se vivía en esa casa. Comenzaba a sentirse culpable de los sufrimientos del pequeño Anthony.

—Oye, eso no volverá a ocurrir, estoy aquí, de vuelta contigo. Estarás bien después de que Pippa se vaya. Pediré que te sirvan el almuerzo aquí y también a tu preceptor. Quiero que los dos estén tranquilos.

—Al preceptor le ha tirado humo de su cigarro en la cara. Estuvo a punto de irse, pero Harry lo convenció de quedarse, Adam. Este señor se irá como todos los demás. Me dejarán abandonado con ella y cortará mis dedos y mi lengua...

—No, no, no, Anthony. Ella solo bromeaba. Sabe que si te hace daño puede terminar en la horca. Sus amenazas están vacías.

No importaba lo que él le dijera, Anthony estaba convencido de que su madre lo torturaría hasta morir.

Recorriendo por el piso superior, Dorothea intentaba observar todo con ojo crítico para olvidar su frustración. Su primer día como condesa podía ser descrito como un fracaso mayúsculo. No había conseguido el respeto de su cuñado y mucho menos de la madrastra de su esposo. Esperaba que al menos la servidumbre la escuchara.

—Milady, aquí están todos los que forman parte de la propiedad de Londres. Estamos a su servicio. Puede ordenar lo que guste —habló Harry que se presentó en compañía de siete sirvientes.

—Les agradezco mucho sus servicios. Deseaba presentarme con ustedes. Soy lady Dorothea, la condesa de Baltimore. Quería que comprendieran que en esta casa solo puede haber una condesa y esa soy yo. La madrastra de mi esposo ni siquiera debería estar aquí. Sus órdenes no deben ser respetadas y cualquier amenaza en contra de ustedes carece de validez. Deseo que se sientan tranquilos de cumplir con sus deberes, de cerrar puertas y ventanas, de rechazar su presencia. Se los agradecería mucho. También, he conocido algunos lugares de la casa y pretendo hacer cambios.

—Por supuesto, milady. Es su casa y sus órdenes son las que respetaremos. Deseaba

comentarle que hemos hecho cambios en la que será su habitación. Como ya lord Baltimore dijo que estaban comprometidos, no perdimos tiempo para acondicionar sus aposentos. Esperemos que se sienta muy cómoda en él. Si usted lo aprueba, comenzaremos la búsqueda de una doncella que pueda atenderla. He visto que no ha traído ninguna.

—No necesito una doncella propia. Si requiero algo puedo pedírselo a cualquiera de ustedes que para eso están a mi servicio. Los honraré con trabajar más cerca de mí.

Dorothea ofreció a los sirvientes una cálida sonrisa acompañada por el tono suave de su voz. En ella era innato decir algo con suavidad y que de hecho sonara como una orden que debían seguir. Hablaba con mucha seguridad y sin trabarse frente a los demás.

La servidumbre todavía no podía entender de donde había salido la nueva condesa, ya que en esa casa existían demasiados conflictos.

—Sí, milady. ¿Quiere que la acompañe a su habitación?

—Se lo agradecería. Aún no he llegado hasta ella.

El ayuda de cámara del conde despidió a los demás sirvientes para que ellos pudieran ir a la habitación de la condesa.

—Puede llamarme Harry, milady. Estoy para servirle. Para mí será un placer que me considere su sirviente de confianza.

—Si milord confía en ti, yo no tengo razones para desconfiar.

—Milord ha sido muy afortunado al cruzarse con usted. Él era reticente al matrimonio y en parte es entendible su rechazo, todavía se creía joven para eso, pero de un día para el otro la halló.

—Ambos fuimos afortunados, Harry. Adam es un verdadero caballero, aunque quizá empezamos con el pie izquierdo, pero gracias a su comprensión y su caballerosidad, soy la condesa.

—Esta es su habitación —indicó Harry abriendo la puerta de los aposentos de la condesa.

El lugar le parecía amplio a Dorothea y le gustaba el color dorado en las molduras y el techo. Era un diseño sobrio, pero que hablaba de opulencia, lujo y elegancia.

—Esta habitación es preciosa. Es mejor que mi espacio en Bath... Harry, ¿cómo hace la condesa viuda para entrar a esta casa?

—Nosotros no le abrimos la puerta. Supongo que la casa tiene distintos escondrijos por los que ella siempre aparece. Hemos cerrado un par, pero ella es persistente como una plaga.

—Pues acabaremos con ella, para eso estoy aquí.

Capítulo 25

Después de que Harry se retirara de la habitación, Dorothea se quedó en la que sería su alcoba por tiempo indefinido. Le gustaba el lujo y la amplitud del sitio, era más de lo que imaginaba que ella pudiera merecer. Por más que ya estaban en el que sería su hogar, todavía se sentía desorientada con respecto a lo que debía hacer, pues era recién llegada y todavía sentía cierto temor de moverse sin su esposo.

Sus baúles ya se encontraban prestos a ser colocados y con los nervios que cargaba encima prefería hacer el trabajo ella misma en lugar de descansar.

—¿Qué se supone que haces, Thea? —preguntó Adam que entró a la habitación por la puerta de comunicación que los unía.

—Estoy guardando mis prendas en el armario. ¿Por dónde entraste? Me has asustado —respondió.

—Nuestras habitaciones se comunican por esta puerta que ves aquí... —Adam avanzó y se recostó sobre la cama de Dorothea. Cogió la tela de uno de sus vestidos y lo deslizó por su nariz —. Hasta tus prendas huelen tan bien...

—No eres un gato, no te revuelques en mis vestidos o terminarán arrugados, Adam —reprochó quitándole la tela de entre los dedos a su esposo para colocarlo en el armario.

—Hablé con Anthony, está muy asustado por tener aquí a su madre.

—No quisiera hablar mal de una desconocida, pero la condesa viuda es una mujer de escasa educación y su vestimenta parece la de una...

—Suripanta...

—Quise decir otra cosa, como si se tratara de alguien vulgar. No me explico cómo puede alguien casarse con una persona así.

—Me hago la misma pregunta todos los días. Tuve que aceptar lo que mi padre decidió; sin embargo, al morir, él me ha dejado con tremendo lío. Esta mujer no conoce la dignidad y las buenas costumbres.

—Qué tormento debe ser para ti y para tu hermano. Es una pena que ni siquiera quiera verme. Tal vez sea muy pronto...

—Él debe entender que las cosas aquí cambiarán para bien... ¿No me invitarás a dormir en tu cama? Veo que han renovado la habitación en mi ausencia. Al parecer solo debí irme para que mis sirvientes trabajaran.

Ella se acercó a donde se encontraba Adam y agachó su figura para estar casi al mismo nivel de él.

—¿Por qué quieres dormir aquí?

—Haces esa pregunta con el busto muy cerca de mí, no dejas que me concentre en lo que debo responder, pero este escote es una razón válida para querer estar aquí y la otra es porque me sentiré más seguro contigo.

—¿Por qué un conde necesita sentirse más seguro en la habitación de su esposa?

—Te he concedido la autoridad para espantar a vivos y muertos de esta casa. Eres la persona correcta para cuidar de mí en todos los aspectos.

—¿Te victimizas o me dices que hay cosas aquí que no solo los vivos pueden tocar? No estoy capacitada para lidiar con fantasmas.

—No hay fantasmas. Es solo un chascarrillo para que me invites a dormir a tu lado. Puede ser divertido...

—Eres un bufón, Adam. Puedes venir a dormir aquí cuando gustes y también si te apetece «jugar», como tú lo llamas. Ahora vete que no me dejas trabajar.

—Es que tú no deberías estar trabajando. Prefiero que estés conmigo preguntándome si estoy feliz, quizá dándome un beso en la frente o acariciando mi cabeza.

—Eres un caballero de más de treinta años...

—Tú me confortas... —Él se arrastró sobre las prendas que estaban en la cama como si fuera un gusano y acortó distancia con Thea.

—¡Adam, mis vestidos!

—Dame un beso y me iré sin causar mayor escándalo, esposa mía.

Dorothea lo cogió de las mejillas y le dio un beso antes de empujarlo para que sus vestidos no terminaran tan arrugados.

—Te veré en el almuerzo.

—¿Por qué no vienes a conocer mi habitación? Te gustará... Le pediré a Harry que se encargue de acondicionar esto...

—Pero...

—Pero nada. Un no es algo que tu esposo no acepta. —Adam se puso en pie y cogió a Dorothea de la cintura para guiarla a su habitación.

Thea sonrió ante lo que estaba haciendo Adam. Estaba segura de que él se sentía culpable por lo que ocurría en su casa. Ambos debían ir renovados al almuerzo o la bruja los devoraría, era capaz de haberlos añicos.

Al entrar al lugar, Dorothea sintió que era un sitio demasiado sobrio y varonil.

—Unas flores no estarían mal aquí —comentó.

—Puedes convertir mi habitación en un jardín con la condición de que tú seas el picaflor...
—Adam la abrazó por detrás y sopló el cuello de Dorothea.

—Eres demasiado pillo para no desear un matrimonio.

—Era un soltero empedernido hasta que te conocí, Thea. ¿Siempre eres tan elocuente y fría?

—No soy elocuente, tú no lo eres y cuando alguien te comenta algo crees que los demás sí lo son. Adam, sin ti mi vida sería un infierno. Eres un ángel.

—Creo que me agradas más de lo que deberías...

—Sí, tal vez, pero es lo mejor para que nuestro matrimonio sea beneficioso para los siguientes días.

El conde besó el cuello de su esposa y ella rio con fuerza, haciendo que aquella muestra de alegría e intensa felicidad llegara hasta el escondrijo en el que se encontraba Pippa oyendo detrás de las paredes. Odiaba como no se podía odiar a nadie más a Dorothea. ¿Cómo esa mujer en tan poco tiempo había conseguido quedarse con Adam? No los dejaría ser feliz jamás, convertiría sus vidas en un infierno y tenía la herramienta perfecta en sus manos para causar el mayor daño posible.

—Adam... Recuerda que llamaste a tu sirviente...

—Eso no importa, Thea, tú y yo podríamos divertirnos un poco. Quiero volver a tocar tus piernas, ya estoy sobrio y el chichón de mi cabeza casi ni se nota.

Cuando ella sintió que él quiso recorrer sus piernas con la mano, ella comenzó a correr y él a perseguirla por la habitación.

—Cuando te atrape, te dejaré sin aliento, Thea, lamentarás tu huida... —advirtió divertido.

Mientras los dos correteaban juguetones, Harry entró a la habitación unos minutos después de que el conde cogiera la campanilla para que alguien fuera al sitio.

Cuando Adam logró arrojarle como un gato sobre Dorothea, escuchó el incómodo carraspeo de su sirviente que lo miraba perplejo ante tal acto.

Él rio y se colocó las prendas correctamente antes de hablar.

—Dorothea ha estado acondicionando sus prendas en el guardarropa. Pide a alguien que lo haga —pidió agitado por la carrera.

—Por supuesto, milord. Quería comunicarle que el almuerzo está listo.

—¿Y la bruja? —cuestionó.

—Si se refiere a que si ha tenido la decencia de irse, lamento informarle que no. Ha dicho que saldría a dar una vuelta por el jardín.

—¿Por qué no han cerrado todas las aberturas de la casa?

—Adam... —pronunció Dorothea que se arregló el cabello y trató de serenarse después de haber corrido de su esposo un par de minutos atrás—. No puedes pretender vivir en una jaula por causa de una persona. Lo que debemos hacer es negociar su salida.

—No negocio con mujerzuelas.

—Es una dama, no deberías referirte a ninguna mujer de esa manera.

—A las cosas por su nombre, Thea. A una serpiente no la llamarás cariño, ¿o sí?

—Mi padre le dice «querida» a mi madre, no hay mucha diferencia. Deja que negocie con ella, quizá entre mujeres podamos entendernos.

—Está bien, dejaré que tú trates este asunto a tu manera, pero si no funciona, mi bota derecha hará el trabajo.

—Acepto el reto.

Ni siquiera estaba segura de si sobreviviría un mes en esa casa, pero ella estaba tomando la decisión correcta. No todo podía ser por la vía de la violencia, aunque esa mujer ameritaba todo tipo de acto.

Harry fue a buscar a una doncella para que se encargara de acomodar sus vestidos.

A medida que Adam y Dorothea llegaban al comedor, ella no vio el lugar a su cuñado.

—¿Y tu hermano?

—Él comerá en su habitación con su preceptor... No creas que es por tu culpa, es por todo lo que le ha hecho esa bruja en mi ausencia.

Ella veía muy difícil el camino de ganar el cariño de Anthony, al igual que las posibilidades de ser una esposa de verdad. Su rostro apenas podía ocultar la tristeza que le daba empezar de esa manera su primer día.

—Malcrías a Anthony, eso no será bueno para ti ni tu esposa —habló Pippa que se presentó frente a ellos.

—Me ha contado lo que le hiciste, maldita víbora... —espetó molesto.

En ese instante, a la mente de Dorothea volvieron los recuerdos de su primer día conversando con Adam y la había llamado de esa forma tan peculiar. En verdad parecía tenerle un gran resentimiento a esa mujer.

—Querido mío, tú sabes cómo es él, exagera muchas cosas. Anthony pudo haber visto un

perro y confundirlo con un lobo. Si no fueras tan tonto, no me tendrías aquí cuidando de mi hijo.

—Tú no cuidas ni siquiera tu decencia y piensas cuidar a un ser vivo. Basta de hacerme reír.

—Nos sentaremos para disfrutar del almuerzo o al menos intentarlo... —interrumpió Dorothea antes de que la bota de Adam entrara en acción.

Adam retiró la silla para que Dorothea se sentara, una vez que ella lo hizo, él tomó asiento y cogió su servilleta.

—¿No moverás mi silla, Adam? —curioseó Pippa.

—Si no te gusta el trato, puedes irte, nadie requiere tu presencia.

A Dorothea le estaba dando un sofoco inexplicable de vergüenza. En su vida había visto semejante trato, era válido para su esposo, pero no por eso se suponía aceptable.

Ante la réplica de Adam, Pippa se sentó y después sonrió ante quienes la miraban. No tenía límites en su vergüenza.

—¿Cómo es que te casaste en tan poco tiempo, hijastro? Eras tan reacio a hacerlo. No debiste conocer a tu esposa en un buen lugar para tener que casarte tan pronto —insinuó la mujer.

—Dorothea es lo mejor que me ha ocurrido en la vida. Es maravillosa y de buena familia...

—Debe tener una dote interesante para que captara tu atención, Adam —siguió punzante.

—Es generosa, pero no tan interesante como ella.

—¿Y cómo les va en la cama? ¿Es ardiente con usted, milady? —increpó Pippa, maliciosa.

Ese fue un golpe bajo contra Dorothea. Ella ni siquiera podía afirmar algo o desmentirlo. Lo que estaba viviendo era una situación de terror. Ella quería jugar respetuosamente, pero la madrastra no tenía intenciones de hacerlo.

—Mi intimidad no es asunto suyo. Debería comportarse como lo que es: una viuda, pero al parecer no se puede esperar mucho de alguien de su calaña. Puede ser indiscreta cuanto quiera; sin embargo, nadie le seguirá la corriente, perderá el tiempo echando su veneno. Aquí no prosperarán sus malas intenciones. Ahora, si me permite unas últimas palabras, la invito a no regresar. Lo hago de la mejor manera posible, si este trato no le convence, puede que ser expulsada por lacayos sea de su complacencia. Disfrute su almuerzo.

El conde entendió que no debía abrir la boca para continuar respondiendo a los desafíos de esa mujer. Responder, aunque fuera de mala gana, solo hacía que Pippa ganara más poder para incomodarlos en su propia casa. Dorothea era una verdadera dama, intachable y regia. Cada vez quedaba más enamorado de ella.

Cuando acabaron el incómodo almuerzo, Dorothea tocó la mano de Adam para que ambos

se levantarán.

—Adiós —se despidió la joven al mirar a su comensal que aún seguía en la mesa.

Los pasos que daba Dorothea eran tan largos que Adam apenas la alcanzó.

—Thea...

—¿Por qué quiere saber qué hacemos en la cama o qué no? Supongo que es nuestra intimidad y no un asunto de dominio público digno de escarnio. Qué mujer más insoportable e irreverente.

—¿Te das cuenta lo que he tenido que pasar en compañía de Anthony?

—Sé que no es suficiente lo que le he dicho, para ella ha sido una simple mancha en el dobladillo de su vestido vulgar. Podría jurar que uno de sus senos estuvo a punto de golpearme.

—Es lo que he tenido que sufrir.

—¿En verdad has sufrido, Adam? Comienzo a pensar que no es así y llevo solo un día aquí.

—¿Me tratas de mentiroso?

—No, pero te gustan los escotes y no puedes negarlo.

Capítulo 26

Adam dejó ir a Thea escaleras arriba, tenía un problema entre manos, y todo por culpa de Pippa. Esperaba que su esposa no se sintiera mal gracias a la presencia de esa malnacida.

—¿De dónde sacaste a esa mujercita, Adam? Es peor que cualquier otra insulsa que imagine para ti —expresó Pippa que se acercó hacia donde él estaba.

—No cruzaré palabras contigo —escupió Adam.

—Tendrás que hacerlo obligatoriamente, ya que hablaremos de Anthony. Quiero visitarlo al menos dos veces por semana.

—Tú tienes prohibida la entrada a esta casa. No entrarás ni siquiera para verlo. Además, ¿para qué quieres ver a alguien a quien desprecias?

—Eso es asunto mío. Recuerda, Adam, que todavía tengo un nombre y que esa desabrida no me robará. La condesa soy yo y ella dejará de serlo en algún momento, cuando alguien le diga sobre nosotros. Se irá de aquí por vergüenza, cuando todos en Londres murmuren a sus espaldas que somos amantes.

—Eso no te dará el resultado esperado. Si quieres frustrar mi vida para que esté a tu lado, más vale que procures matarme, porque jamás me tendrás. Oye bien esto: nunca compartiré la cama con una suripanta como tú y no importa lo que hagas para lograr que me fije en ti. Ni si la raza humana dependiera de que estemos juntos.

—Cada humillación la pagarás, Adam. Antes tenías menos debilidades, tenías una sola, ahora tienes dos y eso significa mayor oportunidad de hacerte daño y que ruegues por dormir conmigo.

—Bebes demasiado, Pippa. Ten cuidado de que no escupan en tu bebida. Sé lo que le has dicho a lord Tyne, pero no ha impedido mi matrimonio con su propia hermana. No te atrevas a amenazar a ninguna persona que yo quiera, porque me convertiré en alguien que no te gustará.

—Acabaré contigo desde adentro, Adam. Pronto regresaré con noticias o quizá con un letrado. Avísale a ese intento de dama que no le tengo miedo.

—Ella mucho menos te teme a ti, mujerzuela. Lárgate.

Pippa lo observaba a la vez que caminaba hacia la salida, dejando la estela de su despreciable perfume a su paso. Hasta náuseas le habían provocado a Adam.

Él suspiró al ver que su madrastra dejaba la casa. La situación era desgastante para él e imaginaba que sería aún peor para Dorothea que con el rechazo y la rebeldía de Anthony no estaba pasando un buen momento. Comprendía que quizá su esposa fuera demasiado sensible y dulce para lidiar con una mujer con la desfachatez de Pippa. Debía apoyarla para que no decayera, estar casada era lo que esperaba, aunque quizá no deseaba el infierno que él le estaba ofreciendo en ese momento.

Tanto Adam como su esposa durmieron la siesta. Cuando llegó la hora del té, Dorothea despertó de su descanso y fue hacia la ventana para observar el jardín, aunque solo podía ver el del frente, quería conocer lo demás.

Salió de la habitación con sigilo, imaginaba que Adam estaba durmiendo en sus aposentos.

Al llegar a la planta baja no encontró a nadie, hasta que fue a la cocina y ahí encontró a los sirvientes comenzando con su ronda del té.

El ayuda de cámara de Adam dejó lo que estaba comiendo en un rincón y se apresuró a presentarse frente a ella.

—¿Se le ofrece algo, milady? —preguntó Harry.

—Supongo que mi esposo sigue dormido. ¿Podría llevarme el té al jardín trasero?

—Por supuesto, milady.

—Gracias.

Toda la servidumbre comenzó a movilizarse para sacar dos sillas y la mesa para el té en el jardín, mientras que Dorothea fue a buscar su canasto de bordados. No sabía en qué lugar lo habían puesto los sirvientes. Recorrió varias estancias y con eso comenzó a conocer los rincones de su casa hasta que encontró lo que sería una sala de costura con un gran baúl cerca de su canasto.

La curiosidad que tenía por ese baúl la llevó a abrirlo. Dentro solo había un montón de juguetes de madera, desde caballos hasta carruajes. Lo volvió a cerrar y cogió su canasto para sacar de él un bordado para ir a terminarlo. Tenía varios que aún no había empezado. Por lo que percibía en esa casa, lo que necesitaba era un par de actividades que la mantuvieran con la mente ocupada o se volvería loca.

Después de que cogiera lo que necesitaba fue al jardín y ahí encontró un coqueto juego para disfrutar el té, eso hizo que suspirara, ya que formaba parte de su objetivo de tener su propia casa y ese lugar lo era. Tenía todo lo que siempre deseó: una buena posición, un esposo atento y atractivo y un precioso jardín en el cual pudiera alimentar a sus próximos comensales. Esperaba que la naturaleza siempre la consolara con los pajaritos que surcaban el cielo cada día.

—¿Qué le parece, milady? ¿Desea que le traiga algo más? —curioseó Harry al ver que ella se sentaba con una gran sonrisa en su rostro.

—Es perfecto, Harry. El jardín es tan hermoso como dijo Adam. ¿Sabes si los pájaros vienen con frecuencia?

—Nunca me he fijado, milady, pero desde ahora lo haré para avisarle. ¿Le gustan los animales?

—Las aves en especial. Desde siempre he alimentado pajaritos en cada propiedad a la que voy. Me encantaría tener una pequeña bandada aquí.

—Qué hábito tan agradable, milady. Debo decir que milord ha sido tan afortunado al encontrarla...

—No, Harry, la afortunada he sido yo. No tendría todo esto que me rodea si él se hubiera negado.

—No sé cómo pudo convencer al conde de casarse, pero me alegro mucho de que esté aquí.

—Yo también, por más que Anthony no quisiera verme.

—El pequeño lord ha sufrido mucho desde la muerte de su padre. Con un hermano mayor casi ausente por las cacerías, las juergas y los compromisos sociales, ha quedado a merced de... Usted sabe de quién. Lo cuido la mayor parte del tiempo, pero su madre entra por lugares insólitos.

—Mañana me enfocaré en conocer la casa y buscaremos en cada rincón cualquier indicio de pasadizos secretos. En esta casa no pueden existir dos condesas y se lo dejaré claro a ella.

Harry asintió y siguió conversando con la condesa que le resultaba una mujer sencilla, delicada y agradable. Después se retiró para dejarla sola y fue hacia las habitaciones, quería ver si el conde había despertado o si el hermano estaba jugando o haciendo algo malo.

Llegó hasta la habitación del niño y lo encontró dormido sobre la alfombra junto a su caballo favorito. Lo cogió en brazos y lo llevó a la cama para acondicionarlo. Una vez que le sacó los zapatos, lo tapó con cariño y salió del lugar.

Siguió su caminata hacia la habitación del conde, al entrar encontró la cama vacía al igual que el sitio, aunque lord Baltimore entró al lugar por la puerta de comunicación de la condesa.

—¿Y Thea? ¿No me digas que se ha ido?

—Milady está bordando en el jardín y disfruta de un excelente té. Es una dama tan agradable... Usted sí se ha casado con alguien conveniente.

—Es por eso que no podía dejar pasar la oportunidad. Vi algo especial en ella y aquí me tienes, intranquilo, pensando que me ha dejado, pues mi familia no ayuda a que mi esposa quiera permanecer aquí. ¿Y Anthony?

—Él está dormido, milord. ¿Pido que le lleven un té para acompañar a la condesa?

—Por supuesto, no puedo dejar que se divierta sin mí. Mañana saldré a comprarle joyas, merece todas las que pueda y le pediré a la modista más famosa de Londres para que venga para vestirla. Aquí no tendrá ropa campestre que pueda provocar burlas a su costa. ¿Puedes facilitarme mi libreta y un grafito? Haré algunos planes con ella.

—Lo veo tan entusiasmado, milord.

—Lo estoy. Ella es adictiva, su presencia, su aroma, su voz...

—¿Le dirá a sus amistades que está casado?

—Por supuesto, para eso es que pienso hacer una gran fiesta de presentación para Thea, eso la mantendrá entretenida por varios días. Una organización nunca es fácil y ella necesita afianzarse en esta casa. Puede que la desdichada presencia de Pippa la molestará y ni se diga más sobre el bochornoso comportamiento de mi hermano.

—Milord pronto cambiará su forma de ver a milady. Debe estar muy asustado por la presencia de su madre en esta casa.

—Cuando lo despierte el preceptor, dile que ella se ha ido para que se sienta tranquilo.

—Por supuesto, milord.

—Ahora ve a por lo que te he pedido y yo me arreglaré para que ella siempre me vea bien.

—No creo que haga falta, lo encontré en un charco.

—No ha sido mi mejor momento... Quiero dejar eso en el pasado, pero hasta tú me lo recuerdas.

El sirviente se retiró con una sonrisa burlona en la cara. Estaba muy contento porque con la ausencia de la condesa viuda el aire que se respiraba en la casa era diferente. Todo parecía más pacífico y hasta hermoso.

Adam terminó de emperejilarse y se apresuró a ir junto a Dorothea. No podía ser que ella estuviera lejos de él. Lo primero que había hecho al levantarse de la cama era ver si seguía en la casa. Su perfume impregnado en su nueva habitación y su armario colmado de vestidos le decían que ella no se había ido, al menos con sus cosas. Por un segundo pensó que lo había abandonado, pero ella no sería capaz de eso. No llevaba una vida conociéndola, mas el tiempo que llevaban juntos era suficiente para hacer que la conociera para saber lo que podía hacer.

Cuando Dorothea vio que llevaron una taza más para el juego de té que ella estaba tomando, sospechó que su esposo había despertado. Pronto lo vio caminando hacia ella y se sonrojó como si no estuviera casada. Cada vez que lo veía algo dentro de su cuerpo se retorció.

—Te dije que este lugar te iba a encantar —comentó el conde que se sentó junto a ella.

—Es un paisaje encantador, Adam, tienes razón —opinó para complacerlo.

—¿De nuevo con ese bordado?

—¿No te gusta? Si no te agrada como lo hago, puedes hacerlo tú.

—No de nuevo, no tocaré eso otra vez.

—Entonces silencio. Si no me ayudas, tampoco me estorbes. —Rio al decirlo.

—Vine aquí no solo a beber té, sino también a recordarte que tienes pendiente presentarte frente a la sociedad londinense.

—¿Me darás un presupuesto?

—Por favor, tú no necesitas eso, confío en ti, harás lo que te parezca mejor.

—No conozco a la mayoría de la gente.

—¿Eso te preocupa? Ni lo consideres, tengo ayuda suficiente para eso...

Dejó su bordado a un lado y vio que su esposo dejó sobre la mesita del té una libreta con algo para escribir.

—¿Es para mí?

—En realidad, es mío, pero te lo prestaré hasta que consiga uno para ti. Es solo una libreta.

—En ella podré anotar lo necesario.

—Es eso exactamente lo que quiero que hagas.

La sonrisa de la joven podía partir su cara en dos. Era más de lo que esperaba. Sin perder tiempo comenzó a hacer sus anotaciones, dejando de lado a Adam, que cogió el bordado para continuarlo.

Por la noche, en la hora de la cena, Dorothea pidió que se prepararan tres lugares, uno de ellos era para Anthony. Ella volvería a intentar un acercamiento. Estaba de buen ánimo después de todo lo que le había dicho Adam para que ella armara la fiesta.

—¿Qué comeremos? —preguntó el niño con el rostro enfurruñado.

—He pedido un poco de sopa de carne y cebada y unas patatas —contó Dorothea, esperando que fuera de su agrado.

—¡No quiero ninguna sopa! Quiero cerdo salado —se quejó Anthony.

—¿Desde cuándo no comes sopa, Anthony? —indagó Adam, perspicaz.

—Desde que estoy en esta casa. Adam, tu hermano adelgazará mucho si pretende comer solo lo que le apetece. Anthony, te aseguro que la sopa te encantará. Después de cenar podríamos jugar al ajedrez, ¿te gusta?

Anthony seguía enfurruñado, pero le gustaba el ajedrez y para él un contrincante era lo que necesitaba.

—Las damas no saben jugar ajedrez —masculló.

—No sé cuántas damas conoces, pero yo sé jugar a la perfección y ¿sabes algo más? Soy encantadora de caballos. Puedo hacer que hagan trucos graciosos...

El conde miraba como los ojos de Anthony se abrían mostrando un gran interés por lo que decía Dorothea. Ese era el camino que necesitaba para conquistarlo.

Capítulo 27

Dorothea consiguió que Anthony pudiera al menos dirigirle una mirada diferente. Con eso que había dicho estaba segura de que se lo ganaría en poco tiempo.

Esa noche jugaron dos partidas de ajedrez y Dorothea intentó darle una batalla fácil al niño para que este se sintiera en confianza, pero que no pensara que era una inútil al momento del juego de estrategia. Era hábil, aunque no perfecta.

—¡Le he ganado! —exclamó Anthony que miró a su hermano, festejando su victoria contra Dorothea.

—Eres excelente, ¿lo ves?

—O tu esposa no sabe jugar...

—Anthony...

—Déjalo, Adam, le he ganado primero, así que no es cierto lo que dice. Tal vez podamos corroborarlo mañana con otro juego.

—¡Sí, sí! También quiero que haga bailar a mi caballo, usted dijo que podía hacerlo —dijo Anthony.

—No es tan sencillo, requieren entrenamiento, pero te prometo enseñarle todo lo que mi caballo sabe. Adam, ¿puede alguien buscar a Dragón para que Anthony lo pueda conocer?

—Por supuesto. Mañana enviaré a alguien para que traiga a tu caballo. Ahora es momento de ir a la cama, Anthony...

—Dormiré contigo —comunicó el niño.

Adam alzó una ceja, tendría que conformarse, aunque lo que él había estado esperando era ir a la habitación para estar en compañía de Dorothea, deseaba jugar un poco con ella, al menos acariciar sus muslos un minuto para dormir tranquilo. Este asunto de dejarla virgen sería toda una odisea.

—Entonces nos iremos todos a dormir... —pronunció Dorothea. Suponía que eso echaba a perder sus planes de que Adam la visitara. Era lamentable tener que estar casada y no poder compartir un minuto a solas sin que varias personas estuvieran a su alrededor.

Los tres dejaron lo que estaban haciendo y fueron hacia las habitaciones. Adam acompañó a Anthony a la suya, mientras que Dorothea siguió su camino.

—Te ayudaré a ponerte un camisón —habló Adam que buscó en el armario del niño.

—Eso lo hace Harry. —Anthony cogió la campanilla y la agitó.

—Se supone que él es mi ayuda de cámara... —bromeó.

—También es mío.

—¿Seguro que no quieres dormir solo aquí?

—Sí, o mi madre vendrá en la noche para arrancarme los dedos.

—Deja de pensar en eso. Ahora Dorothea y yo vamos a cuidar de ti. No tengas miedo. Pippa ha pedido visitarte dos veces por semana, pero le dije que sus visitas las guarde en donde mejor le quepan.

—Ella entrará igual. Aparece aquí en medio de la noche para aterrorizarme.

—Sé que entra de maneras desconocidas, pero ¿no has considerado que tienes pesadillas de vez en cuando?

—No. Es real, su olor se queda aquí.

—Vaya... Por un segundo pensé que pudiste haber soñado eso. Disculpa que le diera el beneficio de la duda a esa bruja.

—Por eso quiero dormir en tu habitación, ella no entra ahí.

Harry se presentó en la habitación del niño, mientras que Adam miraba la ventana y los rincones de las paredes. Nada parecía sospechoso en el lugar. Después escuchó sonreír a su hermano y correr al terminar de colocarse el camisón.

—Dormiré en la habitación de Adam —contó el niño, emocionado.

—Los niños no duermen con las personas que recién se casan —alegó Harry que cogió al niño y terminó de anudar el camisón—. Usted no es una liebre para saltar por todos los rincones, milord.

—No entiendo, ¿por qué no puedo dormir con Adam si cada uno tiene su habitación? ¿Ella tiene miedo de dormir sola?

—Por supuesto que no, Anthony. Puedes dormir conmigo, pero no todos los días, ¿está bien?

—Los días en que sales con tus amigos me quedaré aquí.

Eso que le había dicho su hermano tampoco lo animaba demasiado, ya que era evidente que Anthony estaría pegado a él como una sanguijuela, mermando las posibilidades de que existiera algo entre él y su esposa. Tendría que hacer muchas cosas con tal de pasar tiempo con Dorothea.

Salieron de la habitación y fueron a la de Adam para que pudieran acostarse a dormir.

Con el pasar de los días, Pippa no había vuelto a la casa y Dorothea vivía bastante ocupada, acostumbrándose a las actividades del hogar, al igual que coordinar todo lo referente a lo que

sería su presentación como la condesa de Baltimore.

La relación que tenía con Adam era muy buena, pero las oportunidades para que ambos estuvieran a solas eran algo casi imposible de conseguir. También había avanzado mucho con Anthony, él ya la llamaba por su nombre, aunque no le decía Thea, sino Dorothy, al parecer nunca recordaba pronunciar su nombre correctamente.

Dragón había sido enviado desde la propiedad de su padre hasta ese lugar y Anthony quedó maravillado con el animal y con los pequeños trucos que hacía. Ella dedicaba tiempo a ganarse el cariño de su cuñado, pues con eso no solo estaba más tranquila, mantenía contento a Adam y eso era tan importante para la paz en su hogar, aunque seguía sintiendo que le faltaba algo para completar su felicidad.

—Thea... —murmuró su esposo cerca del cuello de ella.

Dorothea dio un respingo y perdió el número que estaba haciendo en las cuentas.

—¡Adam! —reclamó tratando de volver a lo que estaba haciendo.

—El administrador me dio los nombres de las personas a las que puedes invitar en Londres, verifiqué que fuera gente muy importante. Mi memoria no funciona tan bien.

Ella cogió la lista con entusiasmo, pero al mirarla no encontró a Charles.

—¿Por qué mi hermano no está aquí?

—¿Y todavía lo preguntas? Pero te respondo: no es gente importante.

Se levantó de la silla en la cual estaba y golpeó la mesa.

—Hago todo lo posible por agradarle a tu hermano y tú eres incapaz de dedicarle buenos pensamientos a Charles —espetó ofendida.

—Hay una diferencia enorme entre ambos. Pippa tiene a tu hermano sujeto por donde es más débil y no diré qué lugar de su cuerpo es y Anthony es una víctima de las circunstancias y de las locuras de su madre.

—No me importa si Charles se acuesta con todo Londres. Es mi hermano y lo quiero aquí. Lo invitaré.

—¿Pasarás sobre mi buen consejo de esposo?

—Lo que haré con tu buen consejo de esposo es desecharlo.

—Ahora que conseguiste tu esposo te pones en mi contra. Eras muy buena cuando no me tenías atrapado.

—Pero aún tienes posibilidades de salvarte si no hemos consumado esta farsa.

—Esa palabra es demasiado fuerte para que la use alguien tan delicada como tú. Thea, no

peleemos. Invita a ese hombre y a su suripanta. No voy a sacrificar la paz de mi casa por no verlo un día. Si de eso depende que mi adorable esposa regrese de los confines de la histeria, pues lo toleraré.

—Lo lamento mucho, es que quisiera que tú y Charles se llevaran bien.

—No haré mucho esfuerzo para que eso ocurra, pero lo soportaré por ti, porque yo...

—¡Adam! —exclamó su hermano, enfadado. Llegó corriendo junto a ellos.

Tanto Adam como Dorothea rodaron sus ojos al ser interrumpidos y más aún el conde que estuvo a punto de declararse a su esposa.

—¿Qué pasa, Anthony? —preguntó Adam intentando no parecer enfurecido. Debía tener paciencia con su hermano.

—El señor Wooden me ha dado más cosas que estudiar, diciendo que soy un holgazán.

—No estás muy lejos de eso. Eres consentido y holgazán.

—Lo mismo dijo él. Quiero que hables con el señor y le digas que no necesito más lecciones.

—Anthony, necesitas lecciones. Es importante para ti, en el futuro las necesitarás —opinó Dorothea.

—Estoy hablando con mi hermano, Dorothy —bufó.

—Soy Dorothea, ¿o puedo llamarte Arthur? —increpó cansada del pésimo genio de ese niño. Era grosero cuando lo deseaba y era culpa de Adam, que en su afán de que él fuera feliz hacía todo lo que no era conveniente para un pequeño y probable futuro heredero.

—Es cierto, Anthony. Dorothy lo pronuncias de una forma tan despectiva —masculló.

—Le digo así, porque me acostumbré a hacerlo. No lo hago con maldad. ¿Te molesta que lo haga? —preguntó Anthony a Dorothea.

—Siempre preferiré mi nombre o un sobrenombre cariñoso. Si Dorothy es lo que puedes recordar, no me parece mal siempre y cuando no sea con la connotación inadecuada. Sobre lo que te tiene enfadado, deberías considerarlo. Tu preceptor no está aquí para ser tu amigo y tampoco para que no cumpla con su labor. Está educando a un pequeño lord, tú eres importante. Si le has gritado al señor Wooden le pedirás disculpas por abusar de tu posición de lord.

Anthony bajó la cabeza al oír el cariñoso reproche de Dorothea. Era firme, pero a la vez dulce. No podía hacer más que eso.

—Mis comensales vendrán más tarde, ¿quieres alimentarlos conmigo? —inquirió la joven al notarlo arrepentido.

—Sí. Estaré aquí, ahora iré junto al señor Wooden.

El conde vio que su hermano se retiraba y que Dorothea se acomodaba en su asiento para continuar con lo que estaba haciendo.

—Eres como una madre ejemplar para él —comentó Adam que quería halagar su forma de resolver conflictos. A veces ella sí mostraba una personalidad más tosca, pero no podía ser un capullo de algodón todo el tiempo, él tampoco lo era.

Escuchar que le dijeran madre hacía cierta mella en ella, ya que estaba muy lejos de tomar ese rol preponderante.

—No soy su madre, soy su cuñada. No pretendo suplir el lugar de nadie. Quiero que esté educado, algo que al parecer a ti te da igual. ¿Cuándo estaremos solos en tu habitación o la mía? No puedes decírmelo, ¿no es así? No quiero reprocharte nada, porque has hecho suficiente por mí.

—¿Crees que eres la única que sufre tal peripecia? Soy un hombre y sufro más que tú en ese aspecto. He considerado fingir que voy a *White's*, entonces él no me molestará. Después, me esconderé en el jardín un par de horas hasta que esté en su habitación y listo. Tú y yo podríamos mostrar un poco de piel... —Él sonrió lobuno y se acercó al cuello de ella para llenarlo de besos.

Thea se mordió los labios al creer en ese encuentro que tendrían, aunque no sabía cuándo sería, solo esperaba que fuera pronto.

—Deseo ese momento con ansias... Bésame, Adam... —pidió girando un poco la cabeza para que él pudiera hacerlo.

Una vez que sus labios se unieron, el fuego se avivó de nuevo entre ellos. Ninguno hablaba de acostarse, pero estaba en la mente de ambos que quizá quisieran llevar ese matrimonio a otro nivel.

Un carraspeo incómodo los interrumpió. Era Harry en compañía de sus amistades y las esposas de estos.

—Hemos desayunado semejante espectáculo, Adam... —habló George, marqués de Blister.

—Supimos por la carta que te casarías, pero no que ya estabas casado. Hemos sabido de tu regreso por nuestros lacayos que se han cruzado con los tuyos —agregó Wilburg, duque de Westwood.

—Thea, quisiera presentarte a mis amistades y a sus agradables esposas —dijo Adam que comenzó la presentación.

Las esposas de los amigos de Adam la miraban con gran curiosidad. Eran mujeres bellas, sofisticadas y elegantes. Ella pronto tendría que hacer un importante cambio a su guardarropa para estar como ellas.

Los caballeros fueron hasta otro salón de la residencia para conversar de cosas que probablemente terminaran en reclamos, mientras Dorothea se quedaba en compañía de las selectas damas que eran agradables.

—Nos complace conocer a una más de las que han podido casar a otro caballero del círculo de los solteros. Adam ha sido bastante complicado durante estos años que llevamos conociéndolo. Nos ha tomado por sorpresa este matrimonio. ¿Cuándo se han casado? —preguntó Brianne, marquesa de Blister.

—Llevamos casados casi dos semanas y...

—Disculpa el atrevimiento, pero ¿aún no te sientes extraña? Digo... después de acostarse... —Augusta, la duquesa de Westwood, quería saber mucho más de lo que las damas convencionales no querían contar.

—Es cierto, podrías estar embarazada —apoyó la marquesa.

—No es tan maravilloso, pero es lo que ellos necesitan —comentó Augusta.

—Ustedes parecen ser buenas personas y por eso, les contaré algo vergonzoso y les pediré un consejo. —Thea quería que la tierra se la tragara, pero deseaba compartir ese secreto con alguien—. No hemos consumado el matrimonio, porque Adam quiere que su hermano sea su heredero. No quiere hijos conmigo.

Capítulo 28

Augusta y Brianne se miraron sorprendidas por lo que acontecía. Nunca antes lo habían escuchado.

—Esperen, creo que no he oído bien... ¿No han hecho nada? -cuestionó Brianne.

—No, nada de lo que deberían hacer los esposos en una casa. Mi madre me lo ha explicado, pero no ha ocurrido ni nada doloroso ni nada placentero. El primer día se golpeó la cabeza y después se durmió por culpa de la bebida y luego no hemos podido compartir la habitación por culpa de Anthony que vive metido en el pantalón de mi esposo —contó con cierta rabia y vergüenza.

—Esto no puede quedarse así. Hablaré con Wilburg para que converse con Adam sobre cómo va orientada su vida. ¿Cómo no va a desear tener hijos contigo? Su única misión en esta vida es tener herederos —farfulló Augusta, enfadada.

—Él dice que Anthony será su heredero, porque ha sufrido mucho y lo merece. No quiero involucrar a nadie más en esto. Me han dado confianza para que se lo contara. Adam confía ciegamente en sus amigos, si ellos son de fiar, ustedes también.

—Entonces deberíamos ver una forma de que este matrimonio de mentiras se convierta en una realidad —propuso Brianne con una mirada pícara—. La única manera de que esto se solucione es volviendo loco a tu esposo, Dorothea.

—¡Es cierto! Loco de verdad... —La apoyó Augusta, maliciosa.

—¿A qué se refieren?

—Lo primero que debes hacer es enseñar un poco de piel para tentarlo. Eso nunca falla. Las pantorrillas, el busto... También una caminata que muestre que no estás hecha de madera... —musitó la marquesa, pícara.

—Y algo muy importante es enseñar sin que pueda tocar. Que lo desee con locura hasta que se rinda ante ella. Lo mejor es que una dama se haga desear. Verse inalcanzable es el principio de la locura de un caballero —siguió la duquesa para alimentar la mente de Dorothea para que ella pudiera conseguir acostarse con su esposo.

—¿Hablan de que coquettee con él?

—No. Hablamos de seducción con todas sus letras. Por supuesto, sin caer en la vulgaridad. ¿Cómo diferencias a una mujer vulgar de una mujer seductora? —preguntó Brianne.

—Hay una delgada línea que las separa. La mujer vulgar muestra y deja tocar, la seductora no hasta que lo haga sufrir por ella con toda su gracia, su elegancia y extravagancia. Oh, un caballero puede sufrir mucho por una dama que lo encandile.

—No sé seducir, eso tengo que aprenderlo. Considero que tengo interesado a Adam, pero

no podemos concretar nada, porque...

—¡Excusas! —masculló Augusta—. Las tres saldremos ahora mismo de esta casa e iremos a la modista por prendas menos... campestres. Serás una mujer como nosotras. No puedes dejar que tu esposo busque en otro lugar lo que no puede aquí por capricho, dejando bastardos por ahí y castigándote a ti. Todavía no te ha conocido, Dorothea, demuestra quién manda aquí.

—Tú mandas en esta casa, por eso te irás con nosotras. No hay vuelta que dar. Iremos a decírselo a nuestros esposos —sentenció Brianne.

A Dorothea no le quedaba mucho por hacer más que aceptar la ayuda de aquellas damas que llevaban varios años de matrimonio.

En otro lugar de la casa, el conde le ofreció algo de beber a sus amigos. El primero en darse cuenta de que no era brandy lo que le daban fue Wilburg que alzó una ceja, confundido.

—Primero te casas y ahora vino, ¿vino, Adam? ¿Dónde ha quedado el brandy? —indagó el duque.

—Lo que pasa es que tengo que contar muchas cosas.

—¿Y por eso nos matarás de sed? Eres pésimo atendiendo a tus visitas —reprendió el marqués.

—Si dejan de quejarse podré explicar lo que ocurre. Un día estaba aquí bebiendo y sentí que me quedaba dormido, pero en medio de mi confusión, vi a mi madrastra que se colocaba sobre mí. Salí corriendo, pero lo que ella me había puesto en la bebida hizo efecto a pocas calles de aquí sin poder llegar a *White's*. Caí en un charco y quedé ahí, dormido, hasta que Dorothea me encontró. Creyó que era un mendigo y me ofreció cambiar mi vida a cambio de casarme con ella por una dote.

—Vaya... —pronunció Wilburg, incrédulo.

—Aquí me ves casado, Wilburg, no es ninguna mentira. Es cierto que no necesito su dinero, pero casarme con la hija de un marqués no me ha venido mal. Ella estaba desesperada por un matrimonio y la verdad es que la compadecí. No quería que buscara un mal esposo, ya que eso es lo único que encontrará en una taberna que fue donde me dijo que sería el lugar en el que pagaría por uno. No podía dejarla. ¿No han oído su voz? ¿Qué piensan que hubiera ocurrido con ella?

—Lo más probable es que... —George no quería decir lo que pasaba por su mente—. Es muy bella. De todos has sido el que más nos ha sorprendido con su matrimonio, nos has dejado fuera.

—Te hubiéramos hecho lo mismo.

—Esperen, no se enfaden. Estamos organizando una gran presentación y ustedes serán los primeros. Sé que no podré evitar que se cuele lo peor de Londres aquí, pero mantendré a mi

esposa alejada de los cotilleos malintencionados. Pippa ha inventado un rumor sobre que ella es mi amante y hasta me dijo que inventaría que Anthony es mi hijo.

—Eso es imposible, tú dijiste que fuiste de cacería a una de tus propiedades para no ver a tu padre ni a su esposa. Al poco tiempo ella ya estaba embarazada —dijo George.

—Y así es. Anthony es mi hermano y no mi hijo, pero con lo demente que está, es capaz de decir cualquier cosa. Ustedes son las únicas personas en las que confío. Mi situación es complicada y mi matrimonio mucho más.

—¿Qué hay de complicado en un matrimonio? Es lo más gustoso. Nadie debe salir a buscar a una mujerzuela y ni siquiera hay que preocuparse de dónde se deja la semilla —manifestó Wilburg.

—Lo que no les comenté de este matrimonio es que dije que no lo consumaría para que ella pudiera quedar libre, ya que yo me casé para hacerle el favor de tener su dote. Creo que cometí una estupidez y ahora no sé cómo solucionarlo. Quiero acostarme con ella, lo necesito, pero hay mucho en juego. Quiero que Anthony sea mi heredero y que Thea no tenga que hacer ningún sacrificio solo por un matrimonio.

—Si tú no la llevas a tu cama, ella se irá a la de otro y el asunto quedará como un gran problema cuando venga embarazada y tengas que darle tu título al hijo de quién sabe, ya que no puedes quitarle ese derecho al que podría ser tu primogénito. Muchos estarían dispuestos a meterse en la cama de tu esposa. Los hombres huelen cuando alguien es infeliz y ellos, en un acto desinteresado, quieren solucionar el problema —alegó el marqués, molesto por lo que oía.

—Hoy he visto y oído demasiadas tonterías, creo que ha sido suficiente para mí. Le diré a Augusta que nos vamos. No puedo seguir rodeado de tanta estupidez humana. Lo único que debes hacer es que abra las piernas, le hagas un hijo y asunto solucionado. Todavía hay posibilidades de que tengas una niña si deseas que tu hermano sea tu heredero, y si viene tu heredero propio, ¿qué? Es más importante tu hijo que cualquier otro pariente. No hagas que arremeta contra ti. Tendrás a esa dama de adorno en esta casa.

Wilburg comenzó a perder la poca paciencia al escuchar lo que salía de la boca de su amigo.

—Más vale que cumplas como esposo, porque si tu esposa llegara a oír lo de tu madrastra y que Anthony es tu hijo, te aseguro que será tu fin y más si creo que ella es solo una amable dama cuando está bien, pero enfadada no creo que lo sea tanto. Puedes llegar a conocer el infierno —advirtió George.

—Intentaré primero sacar a Anthony de mi cama y después acostarme con ella. Qué pésimas amistades tengo para que me traten tan mal...

—Disculpen que los molestemos, pero hemos venido a disculparnos con ustedes porque saldremos con Dorothea. Iremos a la modista —anunció la duquesa—. Después quiero saber qué estaban discutiendo.

—Iré a comprar vestidos, Adam. Ellas me han convencido de hacerlo —musitó Dorothea

que miró a los demás caballeros que acompañaban a su esposo y ellos parecían muy enfadados.

—Que se diviertan, ¿no es así, Adam? —preguntó Wilburg.

—Por supuesto. Las veremos más tarde.

Ellas se despidieron sonrientes y cuchicheando.

—Es mejor que se vayan para que podamos arrastrar tu cuerpo por el suelo, Adam —se burló George en compañía de Wilburg. Por supuesto que lo usarían para limpiar hasta el vecindario.

El día de la presentación había llegado y las prendas nuevas que había ordenado Dorothea, en compañía de sus primeras amigas oficiales en Londres, habían llegado para vestirla. Tenía acceso a las joyas que en ese momento le pertenecían. Debía verse muy ostentosa.

—A la condesa viuda le gustaba usar ese collar de rubíes y el juego completo —comentó una doncella al ver que Dorothea estaba a punto de probarse esas joyas. Al instante que escuchó eso, las dejó en un rincón.

—¿Cuál no ha usado? —preguntó para no seguir cogiendo algo que esa mujer hubiera llevado puesto.

—Lo ha usado todo, milady.

—Entonces me pondré cualquiera —sentenció—. Prepara mis compresas, por favor.

—¿Todavía no ha quedado embarazada o tiene dudas?

—Cuánta curiosidad cabe en tu cuerpo. Milord y yo aún no hemos intimado, ya pronto será el momento —contó avergonzada.

La doncella asintió e hizo lo que la condesa le pidió. Una vez que terminó sus quehaceres, fue a cambiarse para servir en la presentación, no sin salir al patio antes de que llegasen los invitados al evento.

—¿Se quedará dentro de la casa para la fiesta? —curioseó la doncella.

—Depende de lo que tú me cuentes sobre los recién casados... —Pippa le enseñó dos monedas a la mujer.

—La nueva condesa aún no ha intimado con milord, ella misma me lo ha confiado. Su hijo duerme en la habitación con su hermano, supongo que se debe a eso.

—Qué valiosa información me has dado. ¿Y cómo trata mi engendro a la pelirroja?

—El niño aprecia a su cuñada, milady. Ella es muy dulce y amable con todos.

—Eso me molesta. No quiero que nadie coma perdices aquí. No me quedaré esta noche.

Dejaré que sean felices, ya que supongo que esperan mi presencia para su amargura, pero no ocurrirá. A partir de mañana, esa mujercita estúpida se arrepentirá el haberme robado a Adam. — La condesa viuda le entregó el dinero a su informante y se retiró raudamente antes de que alguien la viera.

Dentro de la residencia, la gente iba y venía para ultimar detalles. La orquesta se encontraba ensayando cuando llegaron los marqueses de Fremont en compañía de lord Tyne.

Cuando le avisaron de eso a Dorothea, ella entró a la habitación de su esposo para contarle.

—¡Han venido mis padres y Charles! ¡Vamos a saludar, Adam! —exclamó animada. Lo cogió del brazo mientras Harry lo ayudaba con sus prendas.

Adam estaba a punto de decirle que se fuera sola, pero al verla tan bella con sus ojos brillantes como las joyas y el vestido dorado que lucía, en lugar de eso alejó a Harry para poder mirar mejor a Dorothea. Su escote era bastante llamativo para su gusto, pero ya podía vestirse de esa manera, era una mujer casada, aunque virgen.

—Thea... —Guardó silencio y después suspiró—. Te ves hermosa.

Ella dio una vuelta para que la viera completa.

—¿Lo crees? Tú no pareces el mendigo que encontré en un charco. —Sonrió al decirlo. Después se acercó y le dejó un beso en los labios.

—Claro que lo creo, eres la más bella de las damas de esta ciudad, si no es de toda Inglaterra.

—Me gusta esta diadema que encontré entre las joyas.

—Era de mi madre. La añadió al joyero. Una condesa siempre hereda una joya para el título.

—Espero que mi esposo me obsequie para mis propias joyas. Ahora, si no estás listo, me iré. Hay que atender invitados contigo o sin ti, Adam.

La condesa dio vuelta sobre sus talones y salió de la habitación dejando su aroma al paso.

—Cuando la lleve a mi cama no le quedarán ánimos de dejarme aquí abandonado. ¿Escuchas cómo me habla?

—Ambos sabemos quién controla esta casa a su antojo.

—Es cierto. Apresúrate, ha venido mi acérrimo enemigo: mi cuñado. Ese no dudará en meterse en el provocativo escote de mi esposa.

—Milord, es el hermano de milady.

—Medio hermano, y uno muy incestuoso. No me gusta cómo la mira.

Capítulo 29

—¡Madre, padre! —exclamó Dorothea al verlos en el salón. Cogió sus manos para saludarlos.

—¡Qué orgullosa me siento al verte tan hermosa, Thea! Veo que lord Baltimore no era un charlatán, tiene una casa preciosa —comentó la marquesa.

—Y todavía no ha visto mi mano en esta casa. Tengo muchos planes para cambiar algún mal gusto en esta residencia...

—Estoy feliz al verte sonreír, Thea. Ahora siento más ganas de caminar que de quedarme en mi silla —alegó su padre.

—Me alegra que esté con el bastón, padre. Pensé que no volvería a verlo tan vivaz. ¿En dónde se están quedando? Supongo que con mi hermano. Charles... —Ella lo saludó con un abrazo.

—Te ves preciosa, Thea —correspondió su hermano al saludo—. Te he traído un presente, porque pensé que quizá tu esposo no fuera tan generoso contigo.

—Adam es muy generoso. Deberías dejar de lado ese resentimiento tan absurdo. Deseo verlos en estos días aquí para que bebamos té. Quiero que conozcan mi jardín y a mis nuevos comensales. Los pajaritos han corrido la voz de que aquí hay alimento. ¿Qué me has traído, Charles?

—Joyas, consideré que escaseaban aquí.

—Si bien, tu compañera de cama las ha usado y me dio cierta cólera utilizarlas, pero dije: soy la condesa y estas son mis joyas sin importar qué tantas personas se las han puesto.

—Qué sutil te has vuelto desde que te casaste con el otro compañero de cama de la viuda —replicó Charles.

—Inventar esas cosas no hará que abandone a mi esposo. Sé bueno, Charles —pidió Thea que se dispuso a abrir el obsequio. Era una preciosa gargantilla de diamantes con los aretes—. Es tan bello. Prometo ponérmelo en el primer acontecimiento destacado de esta temporada. Gracias, hermano.

Charles cogió la mano de su hermana y dejó un beso en ella.

—¿Dónde está ese indeseable? —preguntó lord Tyne al referirse a Adam.

—Aquí, llegando para sorprenderte, mi indeseable cuñado.

—Por ningún motivo me arruinarán esta noche. ¿Oyeron?

—Solo estoy saludando a tu hermano con la misma cordialidad que él me saluda —replicó

Adam que se colocó junto a Dorothea y la cogió de la cintura para demostrar que ella le pertenecía.

—Puede saber más de mi cordialidad si nos vemos en privado... —agregó Charles.

—Charles... —habló su padre.

—Por Thea seguiré siendo un buen hombre.

—No, por Thea debería ser un buen hermano... —reprendió Adam.

—¿Qué quiere decir con eso? —increpó lord Tyne.

—Podemos discutirlo en privado sin mi mujer presente.

—Madre, acompáñeme, le mostraré la casa. Y usted, padre, cuide a estos dos.

La joven se alejó en compañía de su madre. Dorothea se juntaría con la única persona que disfrutaba de sus logros tanto como ella. Su madre estaba tan encantada con lo que hacía que comenzaba a comprender cómo funcionaba la mente de su progenitora y que no era tan mala como creía; sino que era una mujer exageradamente preocupada por su hija y su propio futuro. Estaba en una situación parecida a la suya, quizá en una peor, ya que, al carecer de un hijo o una hija, terminaría sus días sola y miserable. Cogió a la marquesa de la mano con fuerza, pero con cariño, quería sentirse reconfortada por ella.

—Le diré que quiero que mantenga una distancia decente de mi esposa, su media hermana. Estoy cansado de sus miradas y de su actitud incestuosa con ella. Es todo lo que tengo que decirle, lord Tyne.

—¿Qué disparates dice? Thea es mi hermana.

—Entonces compórtese como eso y no quiera tomar el lugar de un enamorado. ¿Qué pretendía al hablar mal de ella? Y no mienta, he hablado con dos caballeros y ambos han dicho lo que ha salido de su boca, lord Tyne, así que no intente negarlo frente a su padre. Si usted hace lo que le pido seguirá viendo a Thea, pero si se niega, le contaré todo y dudo que ella quiera seguir viendo al hombre que la ha llevado a la soltería y a la desesperación para intentar casarse con un mendigo.

—¿Es cierto lo que dice lord Baltimore, Charles? ¿Saboteaste las temporadas de tu hermana? —increpó el marqués, sin desear creer lo que decía su yerno, ya que parecía tan conspirador como todo lo que decía su esposa sobre Charles.

—Padre, son exageraciones. Alguien debió malentender mis palabras, aunque usted sabe que nadie la merece, y menos el hombre con el que se casó. Al final creo que todo me salió peor. Un supuesto caballero que se acuesta con su madrastra no puede ser nada bueno. En la vida se me ocurriría hacer algo semejante con la arpía con la que se casó mi padre.

—Pienso igual que usted. Espero que esto que le digo le ayude para cambiar de parecer con su madrastra. Ella no es tan arpía como Pippa, lo único que le preocupaba a la marquesa era el futuro de su hija, ya que usted alimentó su desconfianza. Le debe una disculpa a esa dama.

Debería considerarlo... Ya me parezco a Thea, quiero que la gente reconsidere las cosas... Qué bobería... —Adam dejó a Charles en compañía de su suegro y fue a buscar a su esposa.

Thea y su madre recorrían la residencia, ambas estaban tan unidas como nunca antes. Era evidente que los objetivos comunes unían a las personas.

—Tu casa es preciosa, Thea. Eres muy afortunada. La solución solo era alejarte de tu padre y de tu hermano. Ahora lo tienes todo, aunque falta lo esencial: un hijo. No tardes mucho. Él necesita herederos y tú algún aval.

—Madre, Adam tiene un hermano pequeño, ¿por qué apurarme?

—Porque ese niño no es tuyo y no velará por ti. Además, la madre es una mujer inescrupulosa que puede ponerlo en tu contra y quién sabe, hasta puede matar a su hijastro para que su hijo herede todo y tú termines con una mano adelante y la otra atrás. Recuerda la terrible escena de ambas juntas mendigando dinero a tu hermano o a algún pariente, o tal vez, me convierta en una dama de la noche y tú también.

—¿Por qué siempre piensa en lo peor, madre?

—Piensa mal y acertarás. Tu hermano se ha involucrado con la madrastra de tu esposo y según se dice él no le ha sido indiferente, pero tú, como buena esposa preocupada por tus deberes y obligaciones, obviarás sus escándalos si hace falta. Lo importante eres tú y los hijos que puedas tener.

—Madre, no soy una mujer que pueda callarse ante algo así. Sé que Charles ha inventado ese asunto aprovechando que ha sido promiscuo. A la madrastra le he dejado claro que aquí no es bienvenida. Trato de ganarme al niño de todas las formas posibles para que sea feliz.

—Ese niño crecerá y tú serás un estorbo. Si es conde, buscará su condesa y ella hará exactamente lo mismo que tú has hecho. Ten tus propios hijos y asunto solucionado, no pienso discutir contigo si no piensas como debes. En algún punto de mi vida debo dejar de preocuparme por ti. Regresemos al salón, debes atender a muchas personas.

Su madre tenía razón en muchas cosas por más que no compartiera otras. Ella también sabía del problema de no tener hijos, pero solo podía esperar lo mejor en un par de meses.

—Los invitados están llegando y nosotros no estamos presentes —pronunció el conde de Baltimore al ver a su esposa yendo en su dirección.

—Le estaba enseñando la casa a mi madre —contó.

—Lo felicito por darle esta vida maravillosa a mi hija. Espero que pronto vengan los nietos. Usted sabe cómo es la sociedad con este asunto de los matrimonios y de los hijos, los esperan al instante... —insinuó la marquesa antes de ir junto a su esposo.

Dorothea se sintió muy avergonzada por lo que dijo su madre. No debió decir nada y no responder al comentario de ella.

Adam también se sintió un poco incómodo, pero sonrió para que su esposa no se diera

cuenta.

—Te ves tan hermosa que no se fijarán en el esfuerzo que has puesto en las decoraciones, solo te verán a ti. Olvidé felicitar a tu madre por el talento que te ha heredado para organizar. — Él colocó su brazo para que ella lo cogiera.

—¿Por casualidad no ha llegado lady Kirby? Ella es la persona que me interesa que esté aquí y que me vea, casada, con uno de los solteros codiciados, según han dicho las esposas de tus amigos.

—Fui un hombre codiciado, ahora pasé al lado de los caballeros de alta reputación — repuso sonriente.

—Veremos si ella ha venido...

Los dos regresaron al salón y comenzaron a saludar a todos los que llegaban. Ella pudo conocer al resto de los tres amigos de Adam, aquellos que aún seguían siendo solteros. Por su salón desfilaron personas muy importantes, desde la más pura aristocracia hasta los políticos. La lista que su esposo le había dado tenía nombres interesantes.

—¡Oh, pero si es la jovencita a la que le dije que no se casaría! —expresó lady Kirby, burlona—. La edad puede hacer que me equivoque.

—Es cierto que me ha dicho eso en el parque, pero se da cuenta de que no puede sentenciar a todos —musitó la joven.

—Eres la excepción, querida. Hay tantas damas que no han logrado lo que tú, con una suerte desconocida, ha podido. En años no he logrado que lord Baltimore pise un salón de baile con la intención de contraer matrimonio. Me queda la duda de cómo ha conseguido usted tal hazaña. No haga que quiera jugar a las adivinanzas, pero estaré contando la fecha del matrimonio con el primer nacimiento de su hijo.

—Siempre tan graciosa, lady Kirby. No nos hemos casado por esas razones que usted piensa. Mi esposa y yo nos conocimos en Londres, en la calle y fue como una atracción a primera vista. No puede resistirme y por eso le pedí matrimonio. ¿No considera que Dorothea es la mujer más bella?

—Para cada caballero su esposa es la más bella. La suya no es la excepción. Déjenme felicitarlos por este matrimonio tan conveniente. Iré a conversar con su padre y madre, milady. Oh, y su hermano, es otro soltero tan escurridizo que es solo comparable con un insecto en fuga. Conversaré con él.

—Lady Kirby, sería de mucha ayuda que consiguiera una preciosa dama para mi cuñado. Él no se lo ha dicho a nadie, pero estoy seguro de que está ansioso por casarse —comentó Adam, pese al pequeño reclamo que sintió en el brazo por parte de su esposa.

La mujer siguió su camino hacia el centro del salón, mientras que Dorothea miraba a Adam con desaprobación.

—Metiste a Charles en un problema, ¿lo sabías?

—Eso era lo que quería hacer. Todo fue fríamente calculado. No voy a ocultar mis verdaderas intenciones con ese sátrapa.

—No es la manera de mantener contento a nadie.

—No quiero poner feliz a nadie, quiero paz y tu hermano es un provocador, merece que lady Kirby lo persiga hasta en sus sueños. Ella es casi eterna, un adefesio de los salones, aunque siempre con buenas intenciones. A lord Tyne le hace falta una esposa para dejar las malas compañías.

—¿Cómo lo hiciste tú?

—Nunca tuve malas compañías, salvo mis amigos a los que conociste. ¿Te parecen malas personas, dementes o poco elocuentes?

—Por ningún motivo, el duque de Durmont me parecería poco elocuente, pero el conde y el marqués de Horshire me han dejado un tanto sorprendida.

—Ellos son especiales. Durmont es otra historia. Siempre ha sido un caballero respetable, pero la desgracia lo ha alcanzado y espero que no me pase contigo. A los hijos hay que verlos de otra manera en ocasiones.

—No pensemos en eso, es mejor que disfrutemos de nuestra noche. Ellos deben conocernos. Bailaremos, comeremos y desafiaremos a nuestra cordura.

—Elaboras los mejores planes. Espero que Anthony no ande espiando desde mi habitación.

—¿Y si está dormido?

—Y si está dormido, aprovecharé el tiempo para observar tus zapatos y tus medias nuevas. Siento mucha curiosidad por ellos.

La joven se sonrojó al darse cuenta de lo que él insinuaba.

—Entonces, yo quisiera observar lo que esconde ese frac tan elegante...

Capítulo 30

Podrían jugar que esa noche fueron la pareja más envidiada de Londres, ya que ni Adam ni Dorothea habían podido ocultar sus sentimientos y la terrible atracción que los consumía. Sus invitados fueron partícipes de la poca sutileza ante las emociones de los condes de Baltimore que no escatimaban en momentos para demostrar que ese matrimonio no había sido concertado por algún interés más que el temido y desconocido amor, aunque ellos ni siquiera imaginaban que los agasajados no habían consumado su matrimonio y mucho menos se declararon algún sentimiento ajeno al pacto de casarse por beneficio mutuo. Hasta esa noche ambos consiguieron lo que habían deseado.

Al acabar la velada, los pies de Dorothea casi eran incapaces de dar un paso más. Tal vez aún se viera impecable por fuera, pero estaba completamente devastada. No quería volver a organizar nada parecido en lo que le quedaba de vida.

Harry cerró la puerta después de que fuera el último invitado y tanto Dorothea como Adam pudieron suspirar.

—Demonios, pensé que nunca se irían —masculló Adam.

—Tú quisiste una presentación de esta manera. Fue lo que pediste —comentó la joven.

—No pedí que la gente quisiera quedarse a vivir aquí.

—Fue porque ha sido divertido para todos... todos menos mis pies. No sé si podré subir las escaleras.

—Puedo ayudarla si gusta, milady —se ofreció Harry.

—Qué encantador eres, Harry, pero ayudaré a mi esposa para que llegue bien a la habitación.

Adam colocó una sonrisa lobuna en su boca. Por supuesto que acompañaría a su esposa para que llegara a su habitación.

Dorothea correspondió ese gesto con una sonrisa pícara y esperó que Adam se acercara. Aquel instante parecía estar lleno de promesas que se convertirían en una preciosa realidad. Con el hermano en la otra habitación y la tensión haciéndose inevitable entre ellos, tal vez esa fuera la noche escogida para que pudieran convertir la unión en algo real y palpable.

Su esposo se acercó a ella y la cogió en brazos como si no pesara nada. Sin inconvenientes, Dorothea se agarró del cuello de su esposo y partieron rumbo a la planta alta.

Sonreían sin parar por más cansados que estuvieran y se besaban en aquel trayecto que parecía eterno.

—Voy a observar cada fibra de esa media de cabo a rabo, Thea.

—Son medias de algodón, no tienen ningún secreto —dijo juguetona.

—Por supuesto que sí, guardan el secreto de tu sensualidad.

—Qué cosas dices, Adam —lo reprendió sonriente.

El conde abrió la puerta sin inconvenientes y con la libertad que le otorgaba aquel lugar, él se arrojó al cuello de Dorothea y comenzó a devorarlo con rapidez.

Ella no podía soportar las cosquillas por lo que le hacía su esposo, reía y reía sin parar. Ese era uno de sus momentos más divertidos. Sí, definitivamente esa era la noche de la felicidad. Su esposo fue hacia la cama para depositarla y cuando lo hizo, la bajó con presteza y se recostó sobre ella.

—Adam... —pronunció Dorothea al sentir algo en su cama.

—¿Qué pasa? Estoy muy ocupado —respondió aún con los labios pegados al cuello de ella.

—Hay algo raro en la cama.

—Sí, lo raro es que somos dos en este lecho.

De repente, algo se movió ahí y los dos se alejaron para mirar. Cogieron una de las lámparas que estaba cerca y vieron a Anthony durmiendo, rodeado de las joyas con la que estuvo jugando al ser descuidado por ellos y la servidumbre.

—Sigue dormido, no arruinaremos este momento por él. Es suficiente, vamos a mi habitación —mandó Adam. No podía ser posible que Anthony estuviera hasta en la cama de su esposa. Su hermano estaba superando los límites de su paciencia. ¿Dónde estaba su privacidad?

Thea estaba cansada al no poder concretar lo que desde tiempo atrás deseaba. Anthony era un problema que no podía solucionar, entendía que era un niño y no podía enfadarse con él, pero tampoco era capaz de olvidar su propia molestia.

—Está bien —aceptó. Cogió la mano de Adam y los dos se disponían a abrir la puerta de comunicación para ir a la otra habitación a continuar lo que habían dejado a medias por demasiadas semanas.

—Adam... —llamó el niño a su hermano al escuchar la puerta crujir. Eso lo había despertado.

—Duérmete, Anthony —ordenó volteando los ojos.

—No he podido hacerlo. Tanto ruido en el salón hizo que me aburriera de intentar dormir. Dorothy tiene cosas divertidas en su habitación.

—Adam, es mejor que duermas con él en mi habitación para no moverlo y yo voy a la tuya.

—Thea, por favor... —rogó Adam que quería ahorcar a su hermano. Había llegado a su límite.

—Hasta mañana. Que duerman bien —se despidió Dorothea que pasó a la otra habitación.

Cuando Adam escuchó que su esposa cerró la puerta, miró a su hermano y le dio la espalda.

—Me estoy cansando de tu actitud, Anthony. Tu madre no volverá a molestarte. Desde mañana dormirás en tu habitación y no acepto discusiones o negociaciones al respecto.

—Pero...

—¡Al demonio con tus excusas! Quiero un tiempo a solas con mi esposa y tú pareces una sanguijuela pegada a mí, absorbiendo mi vida. Por supuesto que, si sigo así, ella buscará consuelo en cualquier hombre.

—Ella volverá y me hará daño.

—No lo hará. Lleva semanas sin aparecer. Es lo mejor que ha hecho y tú llevas semanas arruinando la privacidad que alguna vez tuve.

El niño derramó un par de lágrimas, pero Adam no era capaz de tener sentimientos positivos por él. Estaba a punto de perder la paciencia y prefería que su hermano entendiera de una vez que quería recuperar su intimidad y eso incluía el dominio de su habitación. Lo único que tendría esa madrugada era el perfume de Dorothea impregnado en la almohada. Al parecer, sí necesitaba un hijo, porque Anthony no tenía madera de conde y tampoco demostraba interés alguno en querer ser alguien importante. Él no recordaba haber sido un niño tan llorón. Quería darle lo mejor al pequeño, pero no cooperaba lo suficiente para ser merecedor de tal herencia.

Dorothea no le dio tantas vueltas a lo que ocurrió en su habitación. Lo único que podía hacer era dormir, esperando olvidar todo y no guardar resentimientos.

El cansancio era tal que consiguió dormir al poco tiempo de colocar la cabeza en la almohada.

Al día siguiente, ella despertó como cualquier otro día y fue al salón. Los sirvientes habían retirado todo. Parecía que nadie había estado danzando hasta la madrugada en aquel salón de baile y que tampoco existieron un montón de platos y copas. Tampoco quedaron vestigios de las risotadas, murmullos y notas de los sonidos que ayer los habían deleitado. La normalidad volvió a aquella casa, tanto esfuerzo y anhelo habían culminado.

—Perdón por entrar a la habitación de milord, no sabía que se encontraba ahí —se disculpó Harry, avergonzado.

—Buen día, Harry. No me has dejado saludarte. Saliste asustado de ahí. Sé que puedo verme extraña con un camisón de Adam, pero al menos no se me vieron las pantorrillas. Él se encuentra en mi habitación en compañía del niño.

—Iré a atenderlos ahí. Disculpe la intromisión, por favor. Milady, debe buscar una doncella para usted.

—Hay una aquí en la casa.

—Mmm... Déjeme decirle que mucha gente en esta casa no es de fiar. ¿Por qué le parece que la condesa viuda puede entrar aquí?

—Advierte al personal de la casa que me deben respeto, quien no quiera amoldarse a mi pedido, puede conversar conmigo o con el conde para renunciar a su trabajo. No me agrada despedir a nadie.

—Sí, milady. Con gusto le diré eso a los demás.

—Iré al jardín para alimentar a mis comensales. Ellos deben estar esperándome. Hay que darles algo por la mañana y la tarde para que nos llenen con sus cantos.

—Cúidese de no atraer cuervos, milady.

—Si quisiera hacerlo, pondría cosas más grandes que solo migajas, pero son preciosos con su plumaje negro. Iré a por las migajas y las semillas.

Harry vio a la condesa ir hacia la cocina para buscar lo que deseaba y él fue a la habitación de ella en donde se suponía que se encontraba el conde.

Al entrar, vio al niño tirando las valiosas joyas de la condesa al suelo en un juego absurdo, mientras que el conde tapaba su cabeza con la almohada.

—Buen día, lord Anthony. Deje de arrojar esas cosas al suelo. Es hora de ir a cambiarse para comenzar sus lecciones. —Harry cogió a Anthony antes de que comenzara a correr.

—No quiero hacerlo. Quiero jugar con Adam.

—Usted está jugando solo, milord está deseando dormir. Vamos...

El sirviente llevó al niño en brazos y Adam pudo liberarse de la presencia de él. En verdad, su hermano estaba más insoportable que nunca. Solo se fue un par de días y fue como si le dieran a otro niño que ni siquiera era pariente suyo.

A su alrededor solo existía desolación y desastre. Las valiosas joyas que iban de generación en generación estaban tiradas como si fueran baratijas.

—Pequeño demonio... —masculló y fue a su habitación con la esperanza de ver a Thea, pero al entrar ahí, todo estaba perfectamente tendido y nada se hallaba fuera de su lugar. Ella ya debía estar en el jardín alimentando pájaros.

Se acostó en su cama por un instante y percibió el aroma de ella. Si seguía así terminaría arrojándose por la ventana por la locura de no poseer a su mujer. ¿Cómo pudo ser tan tonto al creer que podría dormir junto a ella sin querer hacerle algo? ¿Qué gallina se resistía a cuidar una bolsa de arroz? Tonterías, los lobos no cuidaban polluelos.

Se apresuró a llegar junto a ella en el jardín y se sentó en el banco junto a la dama.

—Buen día, Thea, ¿cómo has dormido? —preguntó Adam que le dio un beso en la mejilla.

—Mejor que tú, por supuesto. Espero que no te moleste que usara tu camión.

—Yo usé el tuyo, pero ya no me avergüenza mostrar mis pantorrillas.

—Preciosas, por cierto.

Los dos rieron, pero aquella supuesta alegría se disipó con rapidez, ya que sobre ellos pesaba la terrible tensión por la atracción que los enloquecía.

—Lamento lo que pasó —pronunció Adam.

—No te preocupes, sé que no es fácil hacerse un espacio con un niño tan absorbente como Anthony.

—No volverá a ocurrir. Dormiré en su habitación a partir de hoy y, tú y yo por fin podremos tener un momento para nosotros. Espérame esta noche en la habitación...

Se sonrojó al sentir que esa por fin sería la promesa que se cumpliría, sus esperanzas de ser marido y mujer por siempre.

—Volveremos a intentarlo esta noche... —acordó la joven.

Esperaban que el día pasara sin que se dieran cuenta. Estaban ansiosos por ese instante acordado en el que deseaban un acercamiento más íntimo.

Al llegar la noche, los tres estaban reunidos en el comedor, terminando la cena de ese día.

—¿Has hecho todo lo que ha pedido tu preceptor el día de hoy? —preguntó Adam a su hermano.

—Siempre lo hago, por más que no me guste o no me interese.

—¿Qué clase de respuestas irrespetuosas son esas, Anthony? Es tu hermano mayor, deberías respetarlo.

—No quiero hablar con ninguno de ustedes. —Anthony se levantó y fue corriendo hacia el salón. Se notaba enfadado.

—Adam... —habló Dorothea.

—No pienso ir detrás de ese niño malcriado. Es suficiente con todo lo que hace. Nos ha metido a la mesa la ley de hielo. No tengo razones para soportarlo.

—Es tu hermano. Habla con él. Convéncelo de que necesitas tu espacio. No lo apartes de manera tan evidente. Sé que lo quieres mucho y que tal vez estés molesto, pero recuerda que tú eres el adulto y quien no puede controlar sus emociones es él y no tú.

Él suspiró y de mala gana, se levantó de la mesa para ir tras su hermano.

Dorothea sabía que había hecho bien al aconsejar a su esposo, mientras tanto, ella bebería un poco más de vino antes de ir a su habitación a esperar a Adam.

Capítulo 31

Después de un tiempo que Adam no pudo precisar, dejó dormido a su hermano y se apresuró a ir a la habitación de Dorothea. Entró por la puerta de comunicación esperando encontrarla ahí, ansiosa por estar con él, pero lo único que había conseguido fue verla dormida en la cama, todavía sin acomodarse. El sueño la había atrapado esperándolo.

Otro día más en el que tendría que esperar. Él cerró la puerta con sigilo y esperó a Harry.

—¿Su hermano se ha quedado dormido? —preguntó el sirviente que lo ayudaba a despojarse de sus prendas.

—Igual que mi libido. Esperaba con ansias poder estar con Thea. Estoy a punto de tomar un arma y dispararle a mis partes, que de un tiempo a esta parte no me ha servido más que para sufrir por mi propia culpa. Quise convertir a Anthony en mi heredero dejando de lado a la que podría ser mi propia descendencia por cariño.

—Qué gran error, milord. La vida tiene un orden específico, al igual que los derechos hereditarios, la función de su hermano es la de reponer un nombre en caso de hacer falta, pero usted tiene una esposa a la que puede dejarle sus propias semillas para que continúen con su nombre.

—Lo sé, estoy comenzando a darme cuenta de mi error, solo que no sé si Dorothea se ha casado por el trato de no acostarse conmigo... ¿Qué pasa si cambio las reglas del juego a mi favor?

—Como mucho ella le dará una bofetada; sin embargo, milady parece enamorada de usted. Dudo que llegara a atraerla con semejante trato tan poco empático para una dama.

—Soy una bestia con título, lo sé. Mañana prometo no volver a hacerle caso cuando me aconseje hablar con Anthony si hace un berrinche. Espero que deje de hacer méritos para enviarlo con su madre, ya que se está volviendo tan nefasto como ella.

—Ni siquiera pronuncie esas palabras frente a su hermano, porque no pararía de llorar en semanas.

—Era un chascarrillo, jamás se lo daría a esa bruja.

La casa se encontraba en perfecto silencio, tan solo los animales de la noche se asomaban por el lugar; sin embargo, nadie sabía que por los escondrijos de la residencia se movía la rata más grande de todas.

Pippa salió de uno de los huecos del armario de Anthony, necesitaba que él hiciera cosas por ella.

—Despierta, niño —ordenó la mujer zarandeando a su hijo.

Anthony se levantó con el corazón en la boca, ya que todo estaba muy oscuro en su

habitación.

—Eres un inútil, Anthony, tú deberías estar durmiendo con tu hermano para evitar que esté con su esposa —lo reprendió Pippa.

—Le diré a mi hermano que está aquí... —dijo asustado.

—Vengo para advertirte sobre la presencia de esa mujer aquí. Es una mala persona.

—Dorothy es muy buena y amable.

—Será solo hasta que tenga sus propios hijos, y cuando eso ocurra, a ti te olvidarán y te enviarán a una escuela lejos de aquí. Y si eso no ocurre, te llevarán conmigo y si estás a mi lado, sabes lo que haré contigo, arrancaré tus deditos uno por uno y con una gallina picotearé tus ojos.

El niño comenzó a llorar de miedo. Estaba aterrado con lo que podría hacerle su madre. Nunca había imaginado que fuera tan malvada.

—Pero sabes que todo tiene solución, Anthony, solo debes hacer que ella se vaya de esta casa y pedir que yo retorne. Si haces eso te prometo que jamás volveré a molestarte, pero si no lo cumples, estaré aquí para cumplir mis amenazas. Sé insoportable y acúsala de hacerte daño. Ella es muy mala y hará que tu hermano deje de quererte, no lo olvides.

Ella cogió la mano de su hijo y se la estiró con fuerza para que hiciera lo que decía.

—¡Ay! —exclamó con un grito desgarrador que era guiado más por el susto que por el dolor de un estirón.

La condesa viuda regresó a su escondite. Dejó a Anthony llorando.

Dorothea despertó al oír el grito desesperado de Anthony y corrió a la habitación del niño para socorrerlo.

—Anthony, ¿estás bien? ¿Tuviste un mal sueño? —preguntó preocupada, acercándose a él.

—¡No me toques, no me toques! —Él volvió a gritar con más fuerza, asustando a Dorothea.

Ella lo intentó tranquilizar, cogiéndolo de ambos brazos para que intentara enfocar la vista en ella y calmarse, pero era peor.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? —increpó Adam que se acercó con una lámpara.

—¡Ella me quiere hacer daño! ¡Dorothy es muy mala! —gritó al ver a su hermano.

—Acabo de llegar. Anthony debió tener una pesadilla —se apresuró a decir Dorothea.

—¡Me amenazó con que no quiere verme en esta casa!

Anthony corrió a los brazos de Adam, que no pudo hacer más que cogerlo al vuelo y abrazarlo. El pobre temblaba, estaba muy asustado.

—Solo fue un mal sueño. —Adam quiso consolarlo.

—Me duele el dedo, ella me ha hecho daño —expresó. Estaba preso del dolor, de la angustia y del temor.

El conde acercó la lámpara al dedo del niño y se dio cuenta de que se notaba raro.

—Mueve el dedo —ordenó Adam para observarlo y él no podía hacerlo, lloraba al intentarlo. Entonces, él le dedicó una mirada acusatoria a Dorothea—. Ven a mi habitación, buscaré un médico para ti.

Thea sintió que Adam le había creído a su hermano. Ella no sabía qué había estado haciendo el niño antes de que ella llegara, pero lo que entendía era que él no la quería ahí.

Los siguió a una distancia prudente para no continuar asustando a su pequeño cuñado.

Los sirvientes estaban en el principio de la escalera de la segunda planta, ellos también habían oído el intenso llanto del menor.

Harry también siguió a su patrón para ayudarlo con el niño. Entraron a la habitación y, pese a que nada estaba a favor de Dorothea, ella lo hizo también.

—Que alguien traiga a un médico. El dedo de Anthony no está bien —alegó Adam, furioso. Su hermano sollozaba en sus brazos—. No quiero que Dorothea esté aquí.

Su esposa lo oyó decir eso y sintió como su corazón se rompía. La mirada de su esposo era la de alguien que la despreciaba. No entendía lo que había ocurrido, estaba desorientada.

El sirviente la miró y le hizo un gesto para que la acompañara.

—Regrese a su habitación, milady, la mantendré al tanto de la situación. Milord conversará con su hermano y lo atenderá. El dedo no está en una posición común.

—Pero... —Dorothea quería insistir, pero no podía estar en un lugar donde la rechazaban. Acompañó a Harry sin rechistar.

En la habitación solo quedaron Adam y su hermano que seguía llorando, pero más calmado. Estaba pegado con fuerza a su cuello.

—Anthony, dime, ¿qué ocurrió? ¿Tuviste una pesadilla?

Su hermano no respondió.

—¿Por qué no me cuentas cómo te ocurrió eso en el dedo?

—Ella quiso arrancarlo.

—¿Quién es ella? ¿Pippa? ¿Ella te ha visitado?

—No, no, no —respondió apresurado con el corazón latiendo con fuerza—. Fue Dorothy, Adam. Quiero que se vaya de la casa. Quiso hacerme daño.

El pequeño sabía que su bienestar dependía de la mentira que él pudiera decirle a Adam. Quería que la echara de la casa.

A Adam le costaba creer que su esposa hiciera algo semejante. Ella era un ángel, una criatura digna y adorable. No suponía que podría existir maldad en ella.

—¿Estás seguro? ¿No fue una pesadilla?

—Ella me hizo esto. Debe estar enfadada porque dormía en la habitación contigo.

Esa respuesta de su hermano hacía que uniera los sucesos. Podría ser posible que Dorothea, impulsada por los celos, hiciera tal cosa. Llevaban varias semanas intentando juntarse y no podían hacerlo por causa de Anthony. No obstante, su mente no le permitía creer que Thea fuera una persona detestable.

—Hablaré con Thea. Quiero que me explique la razón por la que actuó de esta manera.

—Puede ser más malvada conmigo si dices algo. —Anthony en realidad ni siquiera pensaba en Dorothea, todo el miedo lo impulsaba su madre.

—No me detendrás, esto tiene que tener una explicación.

Después de una hora, uno de los lacayos apareció en compañía del médico que revisó el dedo y lo vendó una vez que lo colocó en su lugar. Por suerte no estaba roto. El niño logró quedarse dormido en compañía de Adam, que no dejaba de pensar en la supuesta malicia de su esposa. Decidió que en esa madrugada no le haría ningún reclamo a Dorothea; no obstante, no podría pasar por alto el asunto por la mañana.

Conciliar el sueño no solo se había vuelto una tarea difícil para él, sino también para Dorothea que comenzaba a preocuparse por lo que su esposo podría pensar sobre ella después de lo que Anthony había dicho. Sabía lo importante que era él para Adam y entendía lo peligroso que era el juego que había inventado el niño, aunque no entendía con qué objeto lo estaba haciendo.

Cuando llegó el momento de abandonar la cama, parecía que ella no podía levantar su cuerpo del lecho, se sentía cansada y con temor a lo que podría ocurrir durante el día. Trató de seguir con sus actividades, esperaría la hora del desayuno para conversar con Adam.

Fue como cada mañana para alimentar a las aves, mientras esperaba el desayuno. Vio que Anthony salía por la puerta de siempre. A veces la acompañaba para arrojarle comida a ellos y era un hábito que a menudo disfrutaban juntos. Cuando quiso llamarlo, él la miró y correteó al menos a quince de los emplumados que la visitaban para comer. No podía creer que Anthony hiciera eso.

—¡Anthony! —lo llamó para reprenderlo, pero el regresó de vuelta a la casa. Entonces, Dorothea fue a buscarlo. Era incomprensible la actitud que había tomado el niño.

—¡Adam! ¡Adam! —gritó Anthony buscando refugio.

Al oír los gritos de su hermano, él se apresuró a ir junto a aquel y vio que Dorothea también

estaba detrás de Anthony.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adam que se apresuró a llegar junto a él.

—De nuevo Dorothy quiere hacerme daño —avisó el niño.

—Eso no es cierto. ¿Por qué espantaste a mis pajaritos? ¿Qué te han hecho? —Dorothea se defendió con esas preguntas.

—No hice nada. Tu esposa es una mentirosa, Adam —acusó.

—Me viste sentada dándoles comida como todos los días, me miraste y correteaste a los animales.

—Anthony, ve a desayunar con tu preceptor al otro lado del jardín. Hablaré con Dorothea —pidió el conde.

Al escuchar que su esposo la llamaba por su nombre, comenzó a sospechar que las cosas no marchaban a su favor y que tendría que preparar algo que jamás había hecho: una defensa, ya que ella siempre decidió hablar con la verdad, ante todo. Seguiría de esa manera, no había nada que inventar o algo que defender. Ella era inocente de las acusaciones del niño.

Anthony fue corriendo a buscar a su preceptor y Adam no despegaba sus ojos de Dorothea. ¿Por qué ella estaba cuando su hermano comenzaba con su comportamiento extraño?

—Desayunemos para comenzar... —ordenó Adam. Él se hizo a un lado para que ella pasara. No la saludó como acostumbraba.

Ella fue hacia el comedor y no esperó que él moviera la silla. Se sentó y cogió su servilleta para acomodarla.

Él también se sentó e hizo lo mismo que ella.

—¿Qué fue lo que ocurrió anoche? —inquirió el conde.

—Escuché un grito en la habitación de tu hermano y corrí para ver si podía socorrerlo. Pensé que tuvo una pesadilla o que su madre entró aquí para hacerle daño.

—Él te acusa del daño. Pippa no ha sido mencionada.

—¿Dudas de lo que te digo?

—No es que dude, él tenía el dedo fuera de lugar. No pudo haberlo hecho solo.

—¿Y por qué razón tendría que ser yo quien le hiciera daño? Te pedí que conversaras con él para que no durmiera enfadado con nosotros.

—Hay suficientes motivos para que tú pudieras hacerlo. Tal vez impaciencia.

—¿Impaciencia? Me conoces, Adam.

—Conozco más a Anthony que a ti, ha convivido conmigo los últimos diez años. Escucha, Dorothea, no quiero tener inconvenientes contigo, pero por el maltrato que ha sufrido mi hermano es que su madre no está aquí.

—¿Insinúas que también me echarás? Si lo haces espero que cumplas con tu palabra de darme mi dote.

Capítulo 32

No quiso seguir escuchando acusaciones sin fundamento por parte de Adam. Lo dejó para que desayunara solo en el comedor.

Adam maldijo en voz baja. Lo último que quería era tener algún enfrentamiento con Dorothea. No le apetecía pelear con alguien que daba órdenes con dulzura y hasta se enojaba con esas mismas características. No quería comenzar su matrimonio de esa manera, pero tampoco podía exponer a Anthony a algo tan terrible. ¿Qué podía hacer? Quería conservar a su esposa. En realidad, sentía algo por ella. Estaba sentimentalmente atado a Dorothea de manera inexplicable. En cambio, él no sabía si era correspondido, ya que era difícil suponer por una persona con la frialdad y la dulzura fusionados. Adam era más sanguíneo y visceral, no le importaba mucho congraciarse con nadie o llegar a un acuerdo. Quería llevarse a todos por delante, al menos eso fue hasta que encontró a Dorothea que de negociaciones tampoco sabía mucho, pero entendía a la perfección lo que necesitaba.

En un acto de caballerosidad pidió que le llevaran el desayuno a la habitación de su esposa. Se había enfadado con él por lo que dijo, pero era mejor que por ese día al menos se separaran para saber con exactitud lo que ocurría.

Después de terminar el desayuno, fue a buscar a su hermano que se encontraba con el preceptor.

—Disculpe que lo moleste, señor, pero quisiera conversar con mi hermano un momento —pronunció Adam.

—Por supuesto, milord. Estaré cerca...

El preceptor fue hacia el salón, mientras que Anthony fingía hacer sus deberes.

—Anthony, quiero saber qué ocurre entre Dorothea y tú. Quiero que entiendas que es importante que me digas la verdad.

—Quiero que regrese mi madre aquí. Dorothy debe irse, Adam.

—¿Por qué dices eso? Tú no querías ver a tu madre.

—Ahora la quiero de vuelta aquí con nosotros, como antes. Estaba mejor con ella. — Cuando respondía, en la mente de Anthony retumbaban las amenazas de su madre. Él solo quería paz y la conseguiría cuando Dorothea se fuera.

—Ella ha intentado matarte, tú mismo me lo has dicho.

—Mentí, mi madre no me haría daño. Haz que vuelva y dile a Dorothea que la devuelve. No quiero que tengas hijos con ella, es malvada. Me odia porque tú me quieres mucho.

La mente de Adam era un torbellino de información confusa. ¿Desde cuándo Pippa era buena y Dorothea una malvada mujer ambiciosa?

—Tony, no puedo devolver a Thea, la amo. Quiero que siga aquí...

—¡No puedes dejarla aquí! Puede vivir en otra propiedad, lejos de aquí, pero no con nosotros. Que cambie de lugar con mi madre. La quiero aquí, por favor, Adam...

—No, no traeré aquí a tu madre. Puede visitarte, pero no conseguirás que vuelva. No te creo que ella no te ha hecho nada. Entiende, Anthony, debes hablar con la verdad.

—Te la estoy diciendo. No quiero aquí a Dorothy.

En verdad no conseguiría nada con su hermano, estaba empeñado con que ella era la causante de su sufrimiento. Él no tenía dudas, pero tampoco estaba convencido. Dorothea no parecía ser capaz de maldades. Era demasiado buena para pensar siquiera en hacer daño a los demás.

Dorothea no quiso salir de la habitación. Se sentía ofendida por lo que había dicho su esposo. Adam la consideraba una persona detestable. ¿Cómo podía pensar que ella le hizo daño a Anthony? Era imposible, pero entendió que los años con su hermano caprichoso eran mucho más que las semanas en las que se conocían. Anthony era mentiroso y manipulador. Si esas palabras llegaran a salir de su boca, Adam estallaría en su contra. Nadie podía hablar mal del pequeño mimado y consentido de la casa.

Al llegar la noche, ella había cenado sola en sus aposentos y se preparó para dormir. Solo pidió una copa de vino para descansar mejor, si le llegaban a dejar la botella, ella no podría ni siquiera moverse. Cuando se acostó en la cama, oyó que la puerta de comunicación se abría. Era Adam que entraba sigiloso al lugar.

—Thea... —habló con cuidado.

—Resulta que ahora soy Thea y ya no Dorothea...

—¿Por qué no entiendes que debo creerle a Anthony?

—¿Por qué no debes creerme a mí?

—Es complicado. —No sabía cómo excusarse. Estaba enfadado consigo mismo por lo que ocurría.

—¿Qué has venido a hacer aquí? No me apetece estar en tu presencia ahora. Mañana iré a visitar a mis padres en casa de Charles. Pasaré el día en ese lugar.

—He venido a hablar contigo... ¿Por qué tienes que ir a casa de tu hermano? Es nefasto.

—Es tan nefasto como el tuyo, ¿o me equivoco?

—No vuelvas a referirte a Anthony de esa manera.

—Es un niño mimado y por tu causa es que piensa que puede manipular a cualquiera. Me

defenderé de sus mentiras como te defiendes tú de las supuestas mentiras de mi hermano.

—Ni siquiera puedes compararlos. Fue un error haber venido aquí. Anthony tiene razón contigo, por eso le pediré a Pippa que regrese a visitar a su hijo.

—Si es tu deseo que esa arpía vuelva aquí, no tengo nada que hacer en este sitio. El trato era sencillo, el matrimonio a cambio de sacar a tu madrastra. No ha vuelto, pero tú quieres traerla.

—No la traería por gusto, es porque Anthony lo ha pedido.

—Buenas noches, Adam.

Con esa frase quiso despedirlo. Habían cruzado suficientes palabras por esa noche, al menos para ella.

—Eres desinteresada por solucionar este asunto. Quiero conservarte aquí...

—No soy un objeto al que puedes trasladar de un lugar a otro. Me interesa que esto se aclare, pero contigo acusándome no lo resolveremos, porque no tengo nada que confesar.

Él salió de la habitación y golpeó la puerta de comunicación con fuerza. Estaba enfadado por la frialdad con la que actuaba su esposa. Esa forma de ser que antes le encantaba, en ese instante, le desagradaba de sobremanera. Había ido a conversar para reconciliarse con ella, pero todo había salido mal.

A los días que siguieron, Dorothea había decidido cambiar de lugar en el cual alimentar a sus aves, ya que Anthony se empeñaba en estropear todo lo que tocaba. Los cambios y cuadros que había mandado traer estaban destruidos. Tampoco pensaba tocar nada más en esa casa.

Adam también pasaba el tiempo en *White's*, ya que en su casa no hallaba paz y tranquilidad. En su ausencia, Harry se encargaba de velar por Anthony y de mantener a su peligrosa esposa lejos de él. Casi no conversaban y se ignoraban. Sentía que le dolía más a él de lo que podría hacerle daño a ella. Sufría al verla tan bella caminando por los pasillos y no poder tocarla. Además, oía las acusaciones de su hermano que cada vez le parecían más absurdas. Su mente le decía que Anthony estaba jugando, pero el dedo doblado no podía ser algo tan malicioso para un niño de diez años. Era demasiado elaborado para que fuera algo planeado.

—¿Todo bien, milord? —curioseó James que se acercó al conde para servirle una copa de brandy.

—No. Tengo una crisis matrimonial.

—Todos aman las crisis matrimoniales. ¿Cómo puedes tener una crisis con una dama tan adorable y vistosa como tu esposa? —preguntó John que era uno de los que se encontraba ahí.

—No estás casado para saber las peripecias que uno puede pasar en compañía de una dama. Thea es tan hermosa y sensual que todo eso es igualado por su frialdad.

—Estás demonizando a un ángel. Oye, mi consejo para ti es que dejes este lugar y vayas a

calentar la cama de tu esposa, ya que he visto que varios caballeros se han acercado a ella en el parque. Es la dama más bella que alimenta a los pájaros en todos los aspectos. Grandes águilas la consideran como una mujer triste y abandonada. Tu esposa es tu reflejo —dijo Steven que cogió su copa y la levantó para señalar a su amigo Adam.

—Lo que me dices es todo lo que no quiero escuchar y más cuando no he hecho mis deberes como esposo.

—¿Cómo que no ha cumplido con sus deberes? ¿A qué se refiere? —curioseó James que deseaba escuchar lo que el aristócrata escondía.

—Llevo un mes conociéndola y aún no me he asomado a su cama y no es que me falten ganas. El asunto de Anthony me tiene nervioso. Le he pedido a Pippa que fuera a visitar a su hijo, él mismo lo ha pedido, pero no quiero estar ahí cuando eso ocurra, ya que siento su lengua recorriendo mi cuello y me asquea.

—Casi todos en Londres se han acostado con ella, menos yo, siento respeto por tu buen nombre —agregó John con presteza.

—Lo mismo digo. Es una mujer fácil y bella, pero prohibida —lo apoyó Steven.

—Debo escoger entre mi esposa y mi hermano.

—Yo escogería a tu esposa. Es la persona a la que escogiste para pasar el resto de tu vida, tu hermano buscará una mujer y se olvidará de ti. ¿En dónde quedas tú y tu familia? No me quiero casar, pero si llegara a hacerlo, ella estaría primero —lo aconsejó el marqués de Horshire.

—Sabes lo que quiere decir. Ve y consuma este matrimonio o lo consumaré por ti —masculló Spencer.

Los consejos de sus amigos solteros no eran tan buenos. Iban en contra de lo que su hermano le pedía, pero él ya no podía con sus propios sentimientos. No quería perder a Dorothea.

En la residencia, Dorothea aprovechó la ausencia de su esposo para cenar. Harry no se despegó de ella, ya que debía vigilar que no hiciera nada extraño.

—No voy a morder a nadie, Harry...

—Estoy seguro de eso, solo que lord Baltimore está confundido y usted sabe, solo sigo sus órdenes.

—Lo comprendo...

El sonido de unos golpes en la puerta de entrada los interrumpió mientras conversaban.

—¿Esperaba a alguien? —inquirió el sirviente.

—No. Es una pena que venga alguien en ausencia de Adam. Tendré que atenderlo.

—Iré a ver...

Cuando Harry se acercó y abrió la puerta, entró Pippa sin dilación.

—¿Y Adam? —increpó la mujer.

—Buenas noches, milady. Milord no se encuentra, pero la condesa puede atenderla.

Al oír de quién se trataba, Dorothea cerró los ojos y se levantó de su cómodo sillón.

—Buenas noches, condesa viuda —saludó Dorothea con autoridad.

—Déjanos, Harry, entre condesas podemos entendernos —refirió Pippa.

El sirviente miró a Dorothea y ella lo autorizó para que se retirara.

—¿Qué la trae por aquí? Espero que su visita sea muy breve.

—Adam me ha pedido que viniera. Es evidente que no puede vivir sin mí. Han sido demasiadas semanas en las que creyó que podría construir una vida alejado de mi calor.

—¿Cuánto ha bebido para venir? Él no la tolera.

—Eso es lo que le ha hecho creer a usted, pobre ingenua. ¿No se da cuenta? Tanto mi hijo, como él me necesitan aquí. Entiendo que sabe cuál es su función en esta casa.

—Soy la esposa de Adam y lo único que sé es que usted no hace falta.

—Él se ha casado para aparentar. Nuestro romance es demasiado fuerte para que se note. Sabe que es impropio que una viuda se case con el hijo de su esposo. Está mal visto. Usted es como la solución a lo que necesitábamos para vivir nuestro amorío. Gracias a eso ni siquiera la ha tocado, me extraña demasiado. Debe estar cansado de jugar con una niña virgen...

Dorothea perdió el aliento por un momento, pero no se permitió mostrar cuánto le habían afectado esas palabras.

—Al menos sé que no le ha sido tan fiel a Adam si se acuesta con mi hermano. En ocasiones donde come uno, comen dos.

—¿Piensa que me ofenderá con esas palabras? Se equivoca. Lo mejor es que cumpla con su ciclo y se olvide de Adam. Es tiempo de que regrese para estar con nuestro hijo... —Pippa vio que el rostro de Dorothea se había puesto pálido como un papel—. Adam tiene un par de secretos. Anthony es todo para él, porque es su hijo, su tan amado retoño.

Las lágrimas querían brotar de sus ojos, porque ella se había negado a creer esas cosas que le dijo Camile cuando vio al niño. En ese instante, se dio cuenta de la razón por la cual quería heredar todo a su supuesto hermano, y la razón era obvia: era su hijo.

Capítulo 33

Las palabras de Pippa eran como un terrible veneno para Dorothea. Era una situación frustrante y humillante. Los rumores los dejaba pasar, pero confirmar lo que había oído era más de lo que esperaba. Su paciencia no era tanta para tolerar lo que ocurría. No sabía cómo enfrentar a la mujer, se la estaban llevando por delante.

—Si ha terminado con sus orgullosas confesiones de amante, la invito a retirarse. Puede buscar a mi esposo en un horario más propicio y conveniente —habló Dorothea sacando fuerzas de cualquier sitio.

—No pienso irme hasta verlo.

—No puede esperarse nada más de una amante cualquiera. Tenga la decencia de irse y regresar mañana para que convivan en familia. Esta es mi casa y no está invitada a permanecer en este horario. —Ella fue a coger la campanilla y la agitó.

Harry se presentó instantes después.

—Acompaña a la dama a la salida, Harry —ordenó.

—Ni se te ocurra tocarme, Harry. He dicho que no me iré.

—Entonces, le serviré una copa de vino para que espere tranquila.

Dorothea fue al mueble para quitar una copa y la botella de vino.

—Si me permite, milady... —Harry la interrumpió para ayudarla.

—No te preocupes, Harry, para la condesa viuda debe ser un honor recibir una copa de la condesa de Baltimore. —Ella seguía dándole la espalda a Pippa para servir el vino.

Sabía que lo hacía con las intenciones más oscuras. Todas las veces que Camile dijo que haría esa travesura las había tomado en broma; sin embargo, con la herida en el pecho y la poca paciencia que le quedaba, ella prefirió darse un pequeño gusto.

Sirvió un poco de vino en la copa y escupió su saliva en ella ante la atenta mirada de Harry que no podía creer lo que veía. Después, Dorothea continuó sirviendo para que los líquidos se volvieran una mezcla homogénea.

Con la copa servida, se acercó a Pippa y se la entregó.

—Harry, prepara una copa para mí. Brindaré con la condesa viuda —pronunció.

El sirviente acató la orden y le sirvió una copa a ella. Él seguía inmerso en el asombro por lo que había visto. Eso era algo tan extravagante que no podía digerirlo, aunque le resultaba tan divertido como asqueroso.

—¿Y por qué brindaría con usted? —increpó Pippa, confundida, por la amabilidad de Dorothea.

—Porque las dos hemos conseguido lo que queríamos. Yo un matrimonio y usted a su amante... Salud, milady —declaró alzando la copa para beber su contenido.

Pippa le hizo el mismo gesto y bebió el líquido con tranquilidad.

La sonrisa triunfal en el rostro de Dorothea era enorme. Sentía una gran satisfacción por su maldad. Las ganas que había tenido de llorar quedaron en el pasado.

—También quiero brindar por los buenos consejos que he recibido de la doncella de mi madre. Con tanta sabiduría me dijo que escupiera en la bebida de las personas que no soportaba y tenía razón, me siento satisfecha al verla beber mis fluidos...

La condesa viuda miró la copa de vino y palideció. Acto seguido comenzó a tener arcadas.

—Ahora sí, Harry, acompaña a la condesa viuda a la salida. Estará encantada de abandonar la casa.

El ayuda de cámara del conde hizo exactamente lo que Dorothea le pidió. La sacó afuera y aquella no paró con los vómitos.

—¿Qué demonios está ocurriendo aquí? ¿Por qué Pippa está ensuciando mi jardín? —indagó el conde al regresar a su residencia.

—¡Tu esposa! ¡Esa alimaña repugnante y asquerosa! —estalló Pippa que estaba dolorida por tanto esfuerzo.

Adam la dejó ahí en compañía de su sirviente y fue al salón. Ahí vio a Dorothea que estaba de pie bebiendo una copa de vino. Su tensa calma hizo que él se acercara con cuidado. Debió hacerle algo muy malo a Pippa.

—¿Qué le ha ocurrido a Pippa? —curioseó cuidadosamente.

—Buenas noches, esposo mío. Ella ha venido a visitarte, dijo que estaba aquí porque tú lo habías pedido... —respondió Dorothea.

—Le dije que viniera para que la viera Anthony, ha estado muy insistente con el asunto de su madre que no he podido...

Thea echó el contenido de la copa en el rostro de Adam. Le indignaba que quisiera mentirle.

—No te atrevas a decirme mentiras, basta de esto. Yo solo quería un matrimonio, no te pedí amor o respeto, solo quería casarme y tener un techo sobre mi cabeza. ¿Entiendes que tus mentiras sobran? ¿Por qué no me has dicho lo que ocurría? No me hubiera sentido tan insultada si me preparabas para convivir con tu amante. Me has estado enamorando y he caído como una verdadera estúpida. Debiste decirme que querías que mintiera por ti, porque lo hubiera hecho con gusto por hacerme el favor de rescatarme de la soltería, pero en estas condiciones no puedo

permanecer aquí.

El conde se apresuró a secar su rostro con un pañuelo. Dorothea había caído en el juego de Pippa.

—Estás equivocada. Jamás me involucré con ella.

—Es la última vez que te pido que no sigas mintiendo, todo concuerda. Tu falso odio hacia ella es lo que te delata. La invitas aquí apenas te enfadas conmigo, quién sabe si no la has visitado cada vez que no estuviste aquí. No quiero quedarme a romper esta familia que has formado con ella. Regresaré a Bath, no tengo cara para enfrentar a mi familia y decir que Charles tenía razón contigo. Espero que al menos seas un hombre de palabra y me otorgues comodidad en el futuro.

Dejó la copa en un rincón y fue hacia la planta superior, no podía seguir ahí. Ese mismo día quería abandonar esa casa.

Sin entender qué había sido lo que le ocurrió a Dorothea, él corrió tras ella. No quería perderla. La amaba.

—¡Thea! —gritó y corrió tras ella.

—¡No vuelvas a llamarme así! —espetó siguiendo su camino.

—¡No puedes creer a Pippa!

Ella giró sobre sus talones y le puso un dedo en el pecho a Adam y lo hincó en repetidas oportunidades, mientras decía:

—No creo en ella ni en ti, creo en los hechos. ¿Por qué ocultas a tu hijo?

—¿Creíste esa mentira de que Anthony es mi hijo? Ni siquiera estuve aquí cuando lo concibieron. Es absurdo.

—Si es tan absurdo, ¿por qué quieres que él sea tu heredero? ¡Por qué me rechazas! ¡Por qué no quieres a los hijos que yo pueda darte!

Ella estalló. Eso lo tenía atorado desde el primer momento en que hicieron el pacto de casarse. Aquello era lo que la mantenía tan agobiada y desesperanzada desde el principio de aquel matrimonio.

Él enmudeció al oírla y al ver que las lágrimas corrían por sus mejillas, entendió que había sido un imbécil al decirle que no tuvieran hijos.

—Thea...

—He estado con esto atorado en el pecho por semanas, porque desde un principio me creí incapaz de que este matrimonio fuera solo un trato en el que debería resignarme a ser un árbol seco. Las preguntas con respecto a cuándo estaría embarazada comenzaban a agobiarme. Es como un ataque constante para recordar mi miseria. Estoy en tu casa, duermo junto a tu

habitación, sufro por causa de las mentiras de Anthony y, aun así, estoy de pie alimentando mi alma con lo poco que puedo. No es la vida que quiero, hoy me doy cuenta de que no es lo que deseo. Prefiero morir en soledad que vivir entre personas sintiéndome sola. No tengo nada más que reprochar, solo decirte que te amo. Adiós, Adam.

—¡Basta de tanta cháchara molesta, Thea! ¿Por qué no me dijiste que no estabas de acuerdo con el trato de no consumir el matrimonio?

—Porque para ti era más cómodo pensar que yo no necesitaba nada más. De hecho, también lo creí, pero me fui enamorando de ti y de tu galantería. Tu compasión por mí... Pero al final quería mi propia familia y no la conseguiré. Pese a todo esto que te confieso, no le he tocado un pelo a tu hermano. Tal vez él confiese cuando ya no me encuentre aquí.

—¿Piensas que voy a dejarte ir? No tienes tanta suerte. —Él la abrazó con fuerza y la restregó contra su pecho—. No le creas a Pippa, ha querido hacerme daño desde siempre, pues no le he correspondido. Jamás he caído en sus garras, y si me encontraste en la calle, fue porque hui de aquí, desesperado por no caer en sus manos. ¿Qué podía hacer afectado por el láudano que había puesto en mi bebida para involucrarme con ella? Es una culebra. Anthony es mi hermano y te lo juro por madre y mi padre que es de esa manera. Perdóname por haber pensado por mí, convenientemente por mí —repitió—. No voy a perderte, Thea, porque eres la razón de todo lo que me rodea. Gracias a ti quise casarme y solo por ti he cambiado mi vida, mis pensamientos y hasta mi moral. Te aseguro que te amo más de lo que tú puedes amarme.

—No me digas eso cuando me voy de aquí. No puedo convencerte de nada.

La alejó de su cuerpo y limpió las lágrimas de Dorothea con sus dedos.

—No quiero que me convenzas de nada, solo quiero amarte y que me ames... —Al terminar de decir esto, Adam se apoderó con frenesí de los labios de Dorothea. Esa era la noche en que todo lo que podía ocurrir, ocurriría.

Tuvo que alejarse de ella para tomarla en brazos y correr hacia su habitación. Con el apuro, arrojó a Dorothea sobre el lecho y después se apresuró a cerrar tanto la puerta de entrada como la de comunicación. Las excusas habían terminado.

—Haré lo que debí hacer desde un principio, ser un esposo de verdad y cumplir con lo que esperas de esto y de mí.

Dorothea no buscaba resistirse a nada, había sufrido para llegar a ese momento tan crucial para ella. Se recostó en la cama y esperó que Adam se colocara encima para comenzar.

Su esposo no perdió tiempo y empezó a deshacerse de sus prendas superiores.

—Nadie nos interrumpirá. Serás mía, mi mujer, Thea.

Al acabar de pronunciar aquello, levantó la falda de ella y observó sus medias. Sin mucha delicadeza, le arrancó las ligas que las sostenían y le quitó aquella molesta capa de tela que ocultaban su belleza y sensualidad. Ahí estaban las pantorrillas que tanto había deseado acariciar. Las apretó con fuerza, como si con eso fuera a saciar su necesidad. Subió con sus labios por las

piernas de ella y besó aquel gran pedazo de piel con locura y atrevimiento.

Mientras él se ocupaba de deleitarla, ella cogía con fuerza las sábanas, ya que su excitación parecía que pronto la haría volar. Las sensaciones que invadían cada centímetro de su piel la llevaban al cielo, por más que de repente se sintieran tan insoportables, queriendo cerrar las piernas para calmar su ardor.

Cuando Adam consideró que su atención era suficiente en esa zona, comenzó a desear quitarle el vestido. Era un experto sacándolos, llevaba años practicando para ese día, ya que ella era la mujer con la que él deseaba estar por el resto de su vida.

—Alguien me mostrará su cuerpo y pienso ser justo al enseñar el mío... —dijo Adam que procedió a deshacerse de sus prendas inferiores, quería que ella pudiera observarlo en todo su esplendor.

Su esposa se recostó en los codos para poder observar a detalle el cuerpo de él. Adam no tenía tantas curvas como ella, pero tenía algo bastante extraño que estaba erguido. Cuando volvió a acercarse a Dorothea, acercó su mano al cuerpo de Adam y lo acarició para sentirse poderosa. Cuanto más lo acariciaba, su respiración se hacía más pesada, ya que sentía que lo desconocido se acercaba.

—Es mi turno... —declaró alejándose de él para quitarse el vestido.

Cuando Adam la vio deshacerse de todo lo que llevaba puesto, incluso de sus horquillas, dejando caer su larga cabellera, él no pudo soportarlo, la atrajo hacia su cuerpo y no dudó en deleitarse en su generoso busto. Los gemidos de placer de su esposa hacían que perdiera la cordura y que quisiera poseerla a toda costa. Pese a que siguió jugando y acariciando su figura, había llegado el momento de recostarla y hacer lo que deberían. Lo disfrutaría mucho.

—Una vez que me pertenezcas, no saldrás de esta casa, Thea. Arreglaremos cualquier diferencia como sea...

Ella cerró los ojos al ver que él se acercaba a su entrepierna. Una vez que la penetró, además del dolor, sintió que por fin podía empezar otra etapa de su vida, como mujer y esposa de verdad.

Capítulo 34

Las cosas habían cambiado para Thea y Adam, pues lograron unirse para siempre. Nadie los podría separar, al menos ellos lo habían decidido así.

—Quiero saber qué hacer con las mentiras de Anthony, ¿por qué de un día para el otro comenzó a acusarme? —preguntó Dorothea recostada en el torso de Adam. Ambos estaban descansando después de que hicieran el amor por primera vez.

—También deseo saberlo. Algo está mal con mi hermano. Para mí es difícil escoger a quién creer, pero esto lo solucionaremos de una manera práctica.

—¿De qué forma?

—Tú entrarás a su habitación y sin que hagas nada te llegara a acusar, es evidente que algo no está bien.

—¿Y cómo lo sabrás?

—Los estaré espiando detrás de la puerta. Necesito acabar con este dilema, pero pase lo que pase, ninguno de ustedes se irá y menos ahora que quizá pronto...

—¿Y el asunto de que Anthony te sucediera?

—Pues será lo que Dios o el diablo escojan, yo solo quiero estar a tu lado y si hace falta llenarnos de hijos, que así sea.

Dorothea creía haber alcanzado la felicidad ese día después de sentirse derrotada y humillada por Pippa. Debía creer en Adam, vivir su vida y su matrimonio como mejor podía, sin nadie que quisiera hacerle daño.

—Gracias por dejarme ser una esposa completa. Al principio el trato parecía ventajoso para los dos...

—Pero debo admitir que era impracticable, desde un principio. ¿Cómo podía creer que dormiría a tu lado sin tocarte un pelo? Fui un tonto.

—Los dos fuimos tontos y, ¿qué haremos con ella?

—Matarla...

Ella levantó su cabeza del pecho de su esposo para mirarlo.

—¿Cómo que matarla?

—Era una mentira que me daba alegría, no puedo matarla, es cierto.

—La única solución es que no vuelva a entrar aquí. Es extraño que usara la puerta en esta ocasión. He buscado por las paredes algún tipo de pasadizo, pero no lo he encontrado aún.

—Pues hay que ser más exhaustivos. Buscar afuera directamente. —Adam bostezó preso del cansancio por haberle hecho el amor a su esposa.

—Duérmete... —ordenó Dorothea al percibir que aquel la devoraría con su bostezo. Ella se levantó de la cama para coger sus prendas e irse.

—¿A dónde crees que vas, Thea?

—A mi habitación...

—Esta es tu habitación. De hoy en adelante este será nuestro aposento matrimonial, en el otro puedes tener lo que te apetezca, pero dormirás aquí conmigo hasta que te hastíes de mí.

—Está bien.

Los dos se acomodaron y al poco tiempo se quedaron dormidos. Estaban exhaustos y satisfechos por esa noche.

Por la mañana, Harry no pudo entrar a la habitación del conde para despertarlo, entonces entró al de la condesa que estaba vacío y eso le causó gran satisfacción.

Cuando estaba a punto de retirarse de la habitación de Dorothea, ella entró a la estancia por la puerta de comunicación.

—Buen día, Harry —saludó Dorothea acomodando sus prendas y su cabello.

—Buen día, milady, ¿cómo amaneció?

—Maravillosamente. Creo que puedes entrar junto a mi esposo. ¿Y Anthony?

—Sigue durmiendo.

—Comenta eso con Adam para que podamos ir juntos a la habitación de Anthony.

—Sí, milady.

El sirviente se retiró y ella se arrojó a la cama con una sonrisa triunfal, había conseguido en poco tiempo lo que durante años persiguió. Era esposa y esperaba pronto ser madre de los hijos que pudiera tener con Adam.

Adam se levantó del lecho y se lavó la cara. Oyó entrar a su ayuda de cámara y lo recibió con una sonrisa.

—Harry, ha sido una noche perfecta con Thea... —comentó entusiasmado.

—Puedo notar que ha sido de su agrado y también del agrado de milady. Es una pena que el único que lo pasó mal fuera yo en compañía de su madrastra que ha vomitado en mis zapatos.

—Para que sepas lo que se siente traer eso en los pies. —Rio Adam—. ¿Por qué se sintió tan enferma? ¿Qué le dijo mi esposa?

—Su esposa solo le confesó que escupió en su bebida y eso fue todo. Milady no es de esas personas que toleraran ciertas cosas. Le sugiero que tenga cuidado al beber junto a ella en caso de estar en una disputa.

—Esa es mi esposa con los terribles consejos de la doncella de su madre, pero por esta labor tan noble de enseñarle a escupir en las bebidas de gente despreciable, le enviaré un aliciente. Pippa no regresará con semejante humillación en los hombros.

—Ciertamente, considero que regresará más enfadada que nunca y buscará la ruina de milady.

—Eso no ocurrirá, porque buscaremos una solución a lo que ocurre y si no la conseguimos, por supuesto que nos iremos de Londres con Anthony. No pienso dejarlo aquí.

—Debe resolver primero ese inconveniente. Milord no piensa acercarse a su cuñada.

—Lo hará. Descubriré qué ocurre con él.

Después de que Harry preparara al conde para desayunar, este entró a la habitación de Dorothea y la encontró lista para ir al comedor.

—No hagas que desee desvestirte otra vez, Thea... Qué perfume —pronunció con la voz ronca, rodeándola como una serpiente.

—Qué galante, pero tenemos cosas que hacer. —Dorothea le dio unos golpecitos en el hombro y fue hacia la puerta para que pudieran poner en marcha el plan—. Sígueme, iré a despertar a tu hermano.

Una vez que llegaron frente a la habitación de Anthony, entró Dorothea y se acercó con sigilo, después le tocó el brazo para despertarlo.

—Buen día, Anthony, ¿quieres darle el desayuno a mis comensales? —saludó Dorothea.

El niño, con solo escucharla, gritó como un demente y ella tuvo que cerrar sus oídos con las manos.

—¡Adam! ¡Adam! —llamó a su hermano.

El conde fingió que había tardado un tiempo en llegar y entró.

—¿Qué pasa, Anthony? —preguntó Adam.

—¡Dorothy quiere hacerme daño!

—¿Qué te ha dicho Dorothea?

—Que me arrancará los dedos con sus dientes. Dile que se vaya —pidió tapándose la cabeza.

—No más mentiras, Anthony. Tu hermano te ha escuchado y mientes muy mal, ¿por qué

me comería tus olorosos y pequeños dedos?

—Es cierto, tuve que espiarte para darme cuenta de que tus acusaciones contra Thea son falsas. Dime la razón por la que te comportas así con ella.

Anthony retiró su manta del rostro y se sentó en la cama sin decir nada.

—¿Viste a tu madre? ¿Qué te ha dicho? Tú y yo compartíamos muchas cosas juntos, Anthony, ¿por qué te has puesto en mi contra? —curioseó Dorothea que se sentó cerca de él.

Todavía seguía en silencio. Adam también tomó asiento junto al niño.

—Apareció esa noche en que mi dedo se torció. Ella fue quien lo hizo. Me dijo que debía hacer que echaras a Dorothy, porque cuando tuvieran un hijo me dejarías de querer, que me llevarías a un internado o me dejarías viviendo con ella —confesó.

—Oh, Adam, ¿oyes lo que ha sufrido tu hermano? Esa mujer es una alimaña —masculó Dorothea sorprendida de que existiera una hiena en lugar de madre.

—Me dijo que debía pedir que ella regresara y que si lo conseguía nunca más me haría daño...

—Quiero matar a esa maldita víbora. Debiste decírmelo, Anthony.

—Es que creí que ibas a dejar de quererme...

—Eres mi hermano. Nunca dejaré de quererte. Me tienes a mí para todo. Thea es una hermana más para ti y mis hijos serán tus sobrinos con los que podrás jugar y divertirte, ¿crees que eso es algo malo?

El niño negó con la cabeza.

—Tú enseñarás muchas cosas a tus sobrinos, Anthony. En algún momento llegarán y serás un excelente guía para ellos. Te amarán y los amarás.

—¿No me dejarán de lado? —insistió Anthony, preocupado.

—No, jamás. No tengas miedo. Fue solo un juego de tu madre para hacerte daño. Ahora que Thea y yo lo sabemos, no hay nada que temer y puedes estar tranquilo.

—Ella volverá por el mismo lugar de siempre y ahí romperá mis dedos.

—¿Por dónde has visto que entra o sale de la habitación? —preguntó Dorothea.

—Sale de mi guardarropa.

Dorothea se levantó de la cama y fue hacia el guardarropa del niño. El mueble no parecía tener nada extraño a simple vista; sin embargo, al golpear la madera, notó un espacio hueco. Buscó una forma de abrirla y encontró lo que parecía un clavo, pero aquel estaba oculto. ¿Por qué seguía oculto? Alguien dentro de la casa se encargaba de que nadie notara aquella entrada.

Cuando la movió, una parte se abrió. Era un espacio estrecho para arrastrarse.

—Dorothy... —dijo el niño, asustado.

—Vengan, creo que será divertido.

El pequeño miró a su hermano que asintió. Después, ambos fueron detrás de la joven.

El escondrijo era oscuro y un poco seco. Las fosas nasales parecían llenarse de polvo. Más adelante, el camino se dividía, lo que significaba que la estimada Pippa podía ir por donde quería. Siguieron el camino recto hasta llegar a un lugar que parecía no tener fin, hasta que Dorothea empujó con fuerza. Estaban en el jardín, justo detrás de uno de los bancos. Aquel contaba con otro muro falso del mismo material que la residencia.

Los tres salieron a la luz y Adam aún no podía creer lo que veía.

—¿Cómo mi padre no me dijo esto? Lo más probable es que no quería que saliera a buscar suripantas, aunque él no sabía que vivía con una.

—Por aquí es donde ha entrado. ¿Te sirve este lugar? —inquirió la esposa de Adam.

—No, acabo de enterarme de la existencia de este sitio.

—Entonces pediré a los peones que cierren este lugar con materiales duros. Creo que alguien se llevará una desagradable sorpresa al querer entrar aquí... —musitó Dorothea que seguía en una racha memorable.

Semanas después...

Pippa no se había asomado por la residencia, al menos no de buena manera, ya que suponían que pudo haberlo intentado en algún momento. Desde que cerraron la entrada secreta, Anthony volvió a comportarse como un niño caprichoso, pero no mentiroso. Lo preferían así.

En esos días, Dorothea supo que estaba en la dulce espera y se lo comunicó a sus familiares que todavía seguían en Londres. Al parecer, su madre prefería pelear con Charles con tal de quedarse un par de días más para seguir disfrutando de la temporada que escondía un par de vistosos escándalos, uno que se atribuía al amigo de Adam, al marqués de Horshire en una casa de campo con una debutante de buena familia.

La doncella que tenía contacto cercano con Pippa también supo de la pronta llegada de un heredero a esa residencia, por lo que, en su tiempo de hacer las compras, desvió su camino del mercado y fue al sitio en el que vivía la mujer cómodamente.

—¿Cómo que embarazada? —increpó enfadada. Arrojó su taza de té hacia la pared y abandonó su sillón.

—La condesa está embarazada. Tiene pocas semanas...

—Ahora que han cerrado mi entrada, no puedo agobiar a nadie, pero tú me ayudarás a conseguir hacer lo que necesito.

—Dígame, milady.

—Deja la puerta de la cocina sin seguro, del resto me ocuparé yo. Voy a deshacerme de esa asquerosa mujer que se atrevió a hacerme semejante jugarreta y a arrebatarme lo que más quería que era a Adam, pero él también pagará por esto. Debió enamorarse de mí...

Pippa ardía de celos y rabia hacia la mujer que su hijastro había escogido. Sus únicas esperanzas de tenerlo se habían desvanecido cuando él contrajo matrimonio; sin embargo, siempre quedaba una opción y esa era deshacerse de lo que le molestaba. La nueva lady Baltimore era la mujer más detestable que había conocido y el día que escupió en su bebida firmó su sentencia. Jamás la dejaría ser feliz.

Sabía en qué lugar de la casa Adam tenía el arma que perteneció a su padre. Esa era una manera de acabar con ella con rapidez, pero quería torturarla para que sufriera las mismas humillaciones que le hizo. Le haría beber su saliva hasta que se ahogara con ella. Si había alguien resentida con la vida, esa era Pippa que odiaba su destino y no haber tenido al hombre que siempre deseó.

Capítulo 35

La felicidad parecía envolver la residencia de Adam. Se sentía tranquilo al ver feliz a Dorothea y también a Anthony, que estaba animado por conocer al nuevo miembro de la familia que llegaría en unos meses más. El vientre de su esposa aún era imperceptible, aunque ya sabían que ahí había algo.

—Anthony quiere salir a cabalgar, ¿quieres acompañarnos? —preguntó Dorothea que se acercó a Adam que estaba en el despacho. Ya era tiempo de que se ocupara de sus finanzas.

—Qué graciosa, pero tú no subirás a ningún caballo. Prefiero que venga tu hermano a tomar el té contigo antes que verte en peligro. Saldré con Anthony y tú te quedarás aquí descansando. Otra cosa es que también inicié la búsqueda de una doncella para ti, necesitas a alguien que te cuide.

—¿Me dejarás respirar por mi cuenta? Adam, no estoy enferma, no necesito tantas precauciones, solo estoy embarazada.

—Embarazada de mi hijo.

—¿Y si es una niña?

—De todas maneras, estás embarazada y es mío. ¿A dónde quieres llegar?

—Quiero decir que quiero salir a cabalgar...

—Y yo quiero que entiendas que es peligroso para una mujer embarazada. ¿Quién te ha educado? ¿Una cabra?

—No, pero...

—Escuché a tu madre que dijo que ni siquiera deberías bajar las escaleras tantas veces al día. Tiene razón, solo lo harás una vez. Pediré que nuestra habitación esté en la planta baja. No tendremos tantas comodidades, pero correrás menos riesgo.

—El único riesgo que veo aquí es el de arrojarte algo en la cabeza si sigues diciéndome que no puedo hacer lo que deseo.

—No puedes hacer algo peligroso y montar es una actividad dañina para ti. ¿Por qué mejor no juntas caracoles que están devorando el jardín o bordas algo?

—Iré a las caballerizas a entrenar al caballo de Anthony —masculló. Cruzó los brazos bajo el pecho y fue hacia la salida del despacho.

—Me preocupo por ti, Thea. No te enfades.

—No me enfado, es solo que estoy inquieta. Necesito hacer algo, sentirme útil.

—Qué daño te hizo lord Tyne al dejarte soltera tanto tiempo. Estar ociosa no es algo malo, disfruta de este momento. Por mi experiencia con niños pequeños, te aseguro que este momento de ocio no regresará. Escucharás llantos, gritos y olerás cosas desagradables. Hazme caso.

—Tal vez tengas razón, pero ¿puede venir Charles a tomar el té?

—De todas maneras, lo invitarás. ¿No conoces a nadie que pueda llevárselo lejos?

—No, pero he pensado en alguien que conocí cuando venía a Londres. Alicia Green quería convertirse en dama de compañía o institutriz. Me parece una persona tan agradable, si llegara a encontrarla, estaría muy contenta. Le he dado una carta de recomendación para que encontrara un oficio muy pronto.

—Está bien. ¿Por qué mejor no invitas a las esposas de mis amistades? Así dejarás que esas almas masculinas sean libres.

—Pues esas almas masculinas vendrán aquí, beberán y llenarán de tabaco los pasillos de la casa.

—¿Tiene algo de malo?

—No, no tiene nada de malo, Adam, solo digo que no podrás concentrarte para acabar con tus pendientes.

—Ellos me ayudarán, son más inteligentes que yo, incluso cuando están ebrios.

Ella le sonrió. Buscó un papel y una pluma para invitar a sus amistades a una tarde de té, eso al menos le serviría para sentirse mejor.

Por la tarde, las esposas de los amigos de Adam estaban en la casa y los esposos se encerraron con él en el despacho, por supuesto que, si abrían las ventanas, aquello parecía una chimenea gigante, puesto que los tres eran grandes fumadores.

Anthony se había comportado como todo un caballero con las damas que fueron ahí. Él era encantador cuando lo deseaba y no tenía mucho de su madre, gracias al cielo la herencia era mínima.

Por la noche, Adam quedó en ir a *White's* para conversar con el resto de sus amigos sobre la situación del marqués, más bien apostarían en su contra.

Dorothea y Anthony se quedaron solos en la residencia, entonces debieron buscar algo para distraerse, ya que el ajedrez los había aburrido de tanto jugarlo.

—Creo que es hora de ir a dormir. Tu hermano no regresará hasta la madrugada —dijo Dorothea que cogió sus objetos de costura para empezar algo.

—No hay suficiente luz para eso —la reprendió Anthony, juicioso.

—Siento que escucho a Adam prohibiéndome algo. Si pongo dos lámparas juntas tendré más luz.

—Acompáñame a la habitación, duerme conmigo.

—En algún momento tendrás que superar ese miedo. Vamos a mi habitación para descansar, mi cama es más grande.

—Mañana te mostraré una costura que hice en unas servilletas.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Tal vez tengas que comprar servilletas nuevas.

—Ah, es por eso. —Ella se levantó del sillón y extendió la mano para que los dos pudieran ir a la habitación. Lo que ella pretendía era que el niño durmiera tranquilo y eso era algo que no podría conseguir hasta que el fantasma de su madre desapareciera de su mente.

Por más que creyó que no dormiría, ella se había quedado dormida junto a Anthony. Cuando se acomodaba en la cama, oyó un sonido extraño. Su mente incrédula le decía que no era nada, pero Dorothea sabía que esa casa tenía escondrijos y que lo más probable fuera que la madre de Anthony hubiera ido a perturbar la paz de la casa.

Se levantó con cuidado para no molestar a Anthony y fue hacia el salón. Lo mejor era no bajar las escaleras por seguridad, pero no había falta que ella fuera a ningún lugar, una lámpara salía del pasillo que iba al despacho.

—¿Adam? —preguntó pensando que podría ser él que había regresado más temprano; sin embargo, cuando vio el arma, supo al instante que no era su esposo.

—A ti quería encontrarte —alegó la voz de Pippa, tuteándola.

—¿Cómo ha entrado? No le he dado autorización para que me tuteara —expresó Dorothea con valentía.

—Es mi casa y haré lo que quiera. Vine a ajustar cuentas. Me he cansado de ti, no quiero saber de tu existencia. Siempre he querido a Adam para mí, pero él es tan absurdo, tan correcto, que solo pudo conseguir a alguien sosa y aburrida como tú. Por unos instantes, me lo arrebataste. Esa noche él debió ser mío.

—Lo recogí primero y es mío. No me importa lo que usted piense o crea. He llegado a Londres con la esperanza de encontrar un matrimonio y acabar con mis eternas temporadas siendo una solterona. Yo encontré a Adam en un charco y desde ese día es mío. No ha podido ni ha querido separarse de mí.

—¡Mereces que acabe contigo! —vociferó la mujer que comenzó a subir las escaleras para acortar distancia con Dorothea.

La joven retrocedió al verla avanzar con aquella arma apuntándole.

—No es nada sin su arma. ¿Por qué no la suelta y se enfrenta a mí con argumentos sólidos?

—No tengo intención de ganar una discusión, quiero lo que me corresponde y por lo que he

soportado todo. Llegué aquí obligada, pero me enamoré al ver al hijo del que sería mi esposo. Adam es el sueño de mi vida.

—Usted tiene una obsesión incontrolable. Él le ha dicho que no la quiere, ¿por qué no puede comprenderlo?

—Porque él no sabe que me adora, aún no sabe que puedo ser maravillosa...

—Ha atentado contra su propio hijo, ¿cree que es maravillosa?

—Odio a ese niño porque es fruto de las visitas del conde a mi habitación. Fui tan joven y hermosa... Mi sueño no era ser la esposa de un anciano. Quería la misma vida que las mujeres de la familia Fane, con sus esposos jóvenes y galantes. Tengo dinero y muchos privilegios, pero no es suficiente para mí.

—Hay muchos caballeros jóvenes que pueden tomarla como esposa.

—No, ellos son un pasatiempo para mí. Con quien quiero estar es con Adam y tanto tú, como Anthony, me estorban. —Pippa seguía avanzando hasta llegar a Dorothea.

—Si me mata, sabe que jamás tendrá a Adam y no es porque no pueda hacerlo, irá a la horca.

—Tienes dos opciones o caes o te disparo. Tu hijo es un impedimento para mí, porque debió ser mío.

Thea entendió lo que Pippa quería.

—Ha enloquecido por completo.

—No me interesa saber nada. Ahora, ve hacia las escaleras si no quieres que yo te lleve.

La puerta principal de la casa se abrió y Adam entró con tranquilidad sin percatarse de nada.

—¡Adam! —lo llamó Dorothea para que la viera.

Al oír la voz de Dorothea, él sonrió y fue hacia las escaleras, pero su sonrisa se desvaneció al ver a Pippa apuntándole con un arma.

—No te cansas de hacer daño, Pippa. Deja a Dorothea —ordenó.

—No la dejaré. Sal de la escalera o le disparo. ¡Vamos, Adam! —exigió.

A él no le quedó más remedio que retroceder. Los sirvientes también habían llegado al salón atraídos por los gritos de Pippa.

—Mientras más alto el vuelo, más dolorosa es la caída, lady Baltimore. Te irás al infierno... —espetó Pippa que empujó a Dorothea, pero ella se sujetó de la escalera.

—¡No! —gritó Anthony que corrió hacia su madre y la empujó, haciendo que ella fuera la

que cayera escaleras abajo.

Él había despertado con miedo al oír la voz de su madre, y al ir a buscar seguridad con Dorothea, la vio ahí en peligro y quiso ayudarla.

—Dorothy... —habló el niño que fue a abrazarla.

—Estaremos bien, Anthony. Calma... —pronunció abrazándolo y a la vez desviando su cara para que no viera el cuerpo de su madre en el suelo.

El conde y su sirviente se acercaron para saber cómo estaba la mujer, no sabían si ella lograría sobrevivir a esa caída.

Epílogo

Cinco años después...

El pequeño Alexander era tan pelirrojo como su madre y tan parecido a su tío Charles que Adam sentía que su hijo era el castigo vivo por haber odiado mucho tiempo a su cuñado. En esos años lo había tolerado sin mayor dilema y quiso integrarse al círculo de los solteros como uno más de los que habían quedado en aquel momento. Charles también había aprendido su lección con respecto a su afecto por su hermana y que durante tantos años la había perjudicado con vientos de cambio en su vida, dejó de ser posesivo e invasivo por su propio bien y el de los demás.

Respecto a Pippa, tanto Adam como Dorothea se habían comprometido con su cuidado, pues aún era la condesa viuda. Ella había sobrevivido a la terrible caída años atrás, pero quedó sin movilidad en las piernas. La enviaron a vivir a una de las propiedades rurales de Adam, también despidieron a su cómplice dentro de la casa. Anthony nunca quiso volver a ver a su progenitora. Él estaba bien con su hermano y con Dorothea, aunque ya se estaba convirtiendo en todo un caballero. Adam lo envió a Eton para que se educara como un noble debía hacerlo.

—Todavía no puedo creer que cumplirá dieciséis años. Se ha puesto casi más alto que tú —dijo Dorothea al ver una carta de su cuñado, Anthony, y al recordar cómo era la última vez que lo vio.

—¿Y qué más dice en su carta? —preguntó Adam que jugaba con su hijo en el sillón con los caballos que habían pertenecido a Anthony.

—Que no le demos los caballos de madera a Alexander...

—Oh... —expresó con el caballo en la mano.

—No es cierto. Dice que ha cogido el hábito de bordar para pasar el tiempo cuando está aburrido. ¿No te parece que es tierno?

—Lo que me parece es que le has inculcado las cosas equivocadas a Anthony y quién sabe qué ocurrirá con mi hijo. No es una niña, no tenemos hijas para que enseñes bordado.

—No tenemos una hija... aún...

—¿Has dicho aún? Eso quiere...

—Eso quiere...

—Eso quiere decir que hay... —Él señaló su estómago como diciéndole que si había algo ahí.

—Tal vez...

—¿Cómo que tal vez? Seré padre otra vez. Ya sé con quién la voy a emparejar en el futuro.

Tengo fríamente calculado el hombre con el que se casará.

—No sabemos si será niña...

—Lo será, porque yo espero que lo sea. Necesito hacer tratos...

—No le dirás a tus amistades que quieres que sus hijos esperen a nuestra hija.

—Hay que pactar un matrimonio. No quiero una hija solterona. No seré como tu padre y tú no serás como tu madre.

—Y mi hijo no será como mi hermano.

—Exacto. Tenemos todo el panorama claro. La dote...

—Mmm... No debí decirte nada.

—Los números son importantes para atraer un buen candidato.

—¿Por qué? Mi hija podría encontrar un esposo en un charco o taberna...

—Lo siento, pero eso no será así. Emily tendrá la vida resuelta.

—¿Cuál Emily?

—Nuestra hija...

Dorothea negó con la cabeza y le dio un beso a su esposo.

—Iré a alimentar a los comensales.

—¿Por qué mejor no te quedas conmigo?

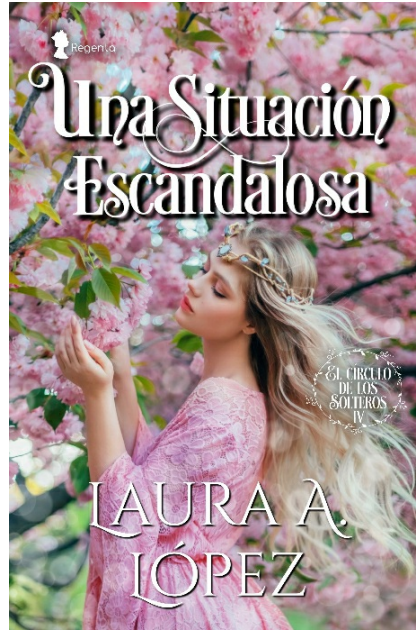
Él se levantó con presteza y fue a coger a su esposa de la cintura para después acariciar su vientre.

—Te amo, Thea. ¿Qué sería de mí si no te hubiera conocido?

—Bien, puedo decirte que otra te hubiera recogido, pero no serías tan feliz como lo eres conmigo. Te amo, Adam.

Fin.

Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros.



John Coleman, marqués de Horshire, comenzaba a ser el detestable problema de una gran cantidad de caballeros, ya que se convirtió en el soltero favorito para las damas indecentes. No obstante, una situación podría cambiar su vida para siempre.

Lady Philippa Parker, hija del conde de Earl, y sobrina de lord Nottingham, había debutado sin conseguir un solo pretendiente siendo miembro de una conocida e importante familia, pero un acontecimiento desafortunado la llevará a ser la víctima del mayor libertino de Londres.

Una habitación equivocada, una dama incorrecta y una obligación pendiente, colocaban a John en un lugar que no deseaba. ¿Podrá resignarse a un supuesto destino cruel junto a la criatura más extraña que conoció?

Si te gustó Una casadera incorregible, podría gustarte...



Frederick Case, conde de Melbourne, había sido víctima de su primera decepción amorosa, por lo que decidió abandonar su visita a Londres para adentrarse en su otro origen: el escocés.

Catriona Crawford, era la hija de un antiguo jefe de clan, que se encontraba en el dilema de la probable muerte de su padre que quería enviarla a Inglaterra, convencido de que su futuro sería mejor por ser la nieta de un duque.

Las Highlands no representaban un problema para Frederick, mas no contaba con encontrarse a la criatura más grosera y abominable en su forma de ser y que lo llevaba a considerar de nuevo la idea de matrimonio: Catriona, quien lo despreciaba por su lado inglés que él también acostumbraba a menospreciar.

¿Qué le depara el destino a un caballero y una salvaje de las Highlands? ¿Podrán los dos superar sus prejuicios para vivir un gran amor?

Novela relacionada con El querido enemigo, serie Extraños y con la Familia Fane.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida*, *Belleza y Venganza*, *Amor y dolor*, *Entre las sombras*, *Obligándote a amar* y *Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita*, *La ventana de los amantes* y *Mi amada señorita Angel*.

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con: *Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno*, *Una heredera obstinada*, *Una beldad indomable*, *La esquivia señorita Millford*, *Las peripecias de los amantes*, *Nuestro tiempo perfecto*, *La dama de Sandbeck Park*, *Las oscuras intenciones de lord Coventry*, *El amante de Londres*, *Anhelos de primavera*, *Una candidata inadecuada*, *El silencio de los amantes*, *Amantes en la eternidad*, *Amantes en guerra*, *La prometida desconocida*, *Enamorar a un lord inglés*, *La acompañante del marqués*, *El candidato perfecto*, *La joven matrona*, *La herencia del duque de Gloucester*, *El esposo ausente*, *Una forajida cautivadora*, *El preceptor*, *La justicia de un canalla*, *El domador*, *La nueva esposa*, *Una solución para lord Nottingham*, *El prometido despreciado*, *Un beso irreverente*, *El querido enemigo*, *Un compromiso accidentado*, *Un caballero misterioso*, *Un seductor afortunado*, *Una diablesa enamorada*, *Su encanto inglés*, *Una elección peligrosa*, *Una casadera incorregible* y *Una decisión imperturbable*.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense*, *Nuestro tiempo perfecto* y *The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquivia señorita Millford*.